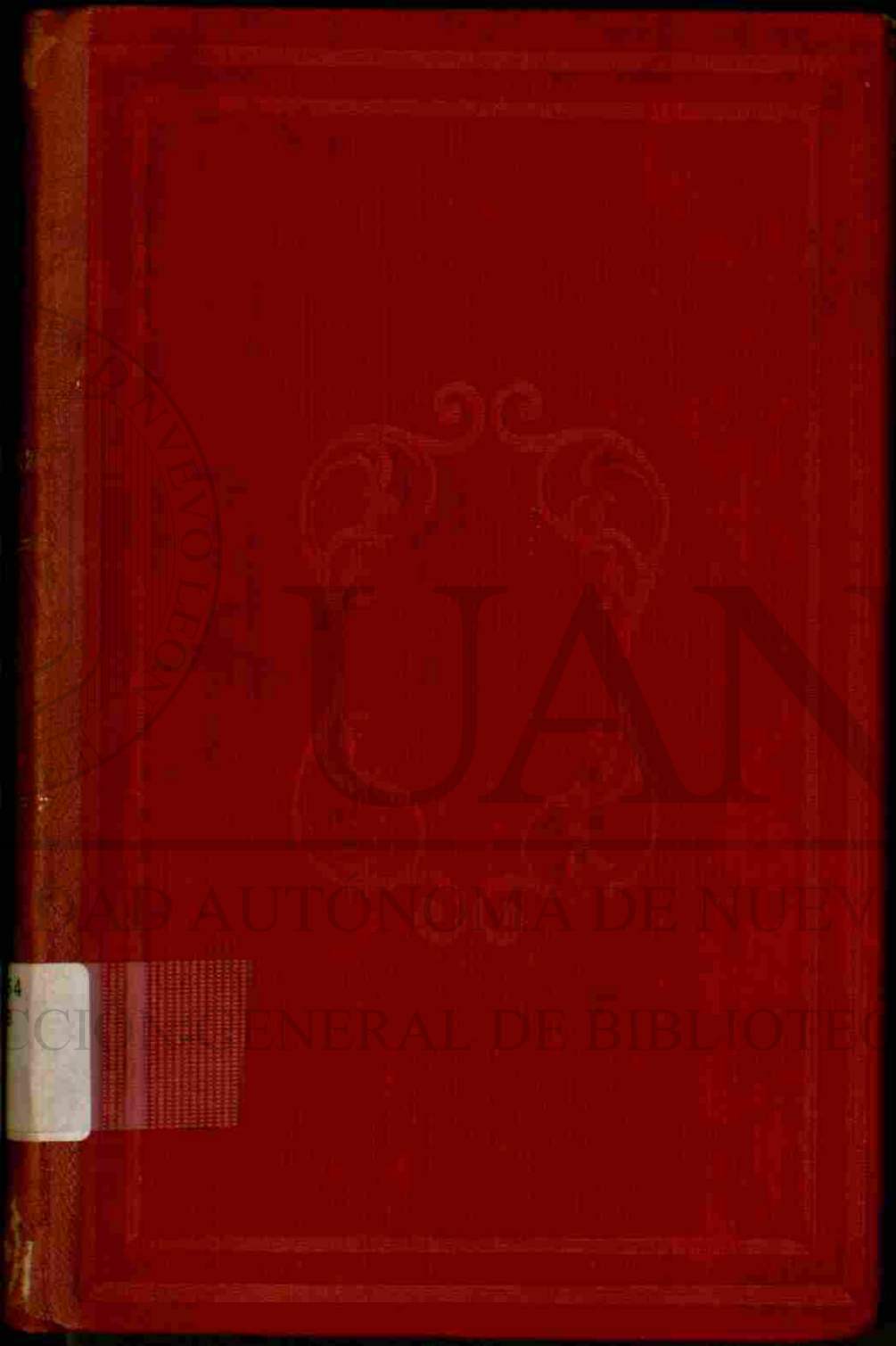




UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

64



OBRAS
DE
P. DIAZ



3

PQ6554

.P218

v. 3

1866



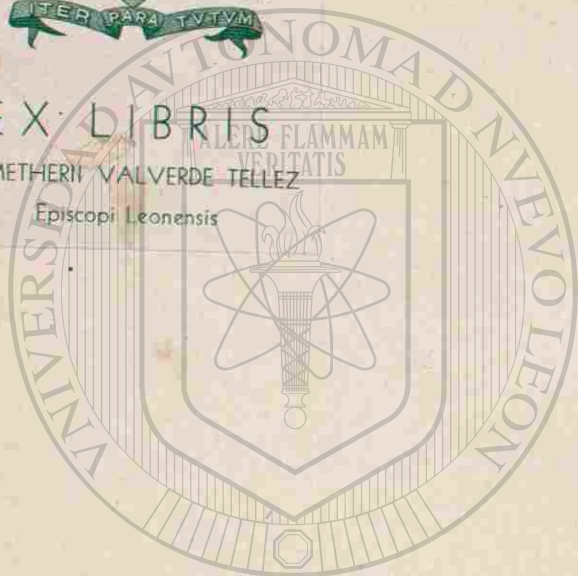


1080019033

EX LIBRIS

HEMETHERII VALVERDE TELLEZ

Episcopi Leonensis

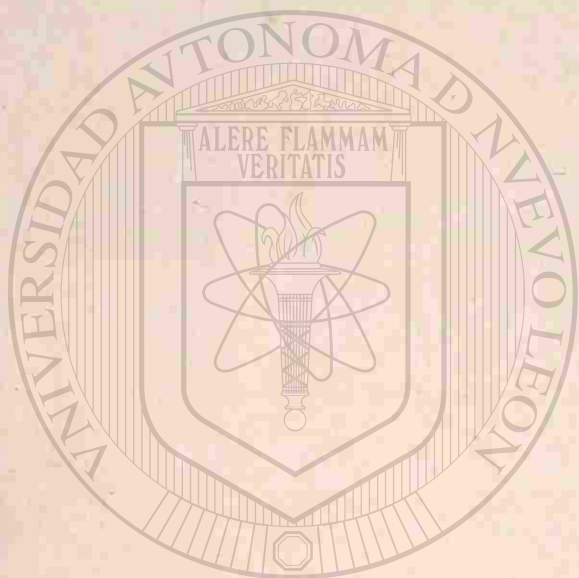


UANL

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN



DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS



UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

OBRAS

DE

DON NICOMEDES-PASTOR DIAZ,

VALVERDE Y TELLES
FONDO E. 1. 3. 10



Capilla Alfonsina
Biblioteca Universitaria

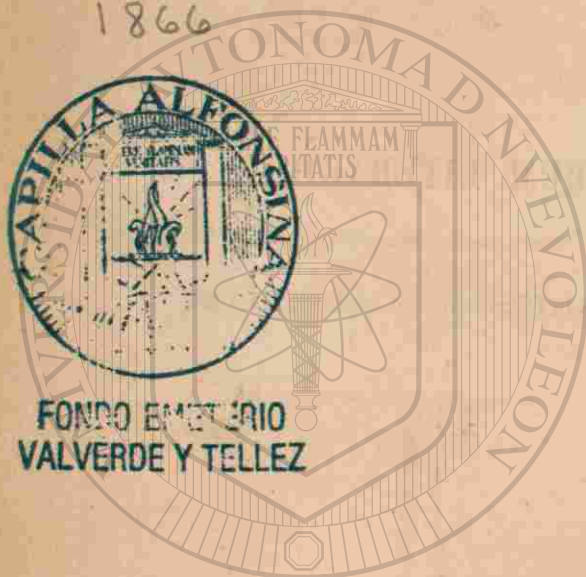
46692

PQ 6554

P218

V.3

1866



DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

82000

ALBUM LITERARIO.

COLECCIÓN DE ESCRITOS EN PROSA

LITERARIOS Y ACADÉMICOS.

UANL

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN



DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEÓN
Biblioteca Valverde y Tellez

010415



UNIVERSIDAD AUTÓNOMA

DIRECCIÓN GENERAL DE

PRÓLOGO.

Album Literario llamó el Sr. D. Nicomedes-Pastor Díaz al total de los varios opúsculos aquí puestos y coleccionados segun el orden cronológico en que brotaron de su pluma, y en que se dieron á la estampa. Ellos bastarian á marcar el itinerario ya seguido por su autor ilustre, desde que en 1833 consagraba frescas y patéticas memorias á Galicia, su recién abandonada patria, hasta que en 1847 hacia la entrada solemne en la Real Academia Española. Unos toman el aire de novela; críticos hay bastantes; algunos vienen á ser de historia, y á la más elevada filosofía corresponden otros: todos llevan el sello de una época de revolucion política y literaria, en que la juventud pagó tributo á la libertad y al romanticismo; en todos preponderan la imaginacion y el sentimiento; con todos se patentiza que la fé católica y el espíritu liberal caben á maravilla y sin pugna dentro del alma; de todos

resulta un entusiasmo jamás decadente y siempre comunicativo; ninguno se puede leer sin verdadero encanto.

Antes de saltar denodado al político palenque, nuestro autor hizo la pintura fantástica de *Unacita*, y habló *Del movimiento literario en España*, y puso el *Prólogo* al primer tomo de poesías de D. José Zorrilla. —Vulgar anécdota de su país nativo le dió asunto para agrupar en torno muy bellas descripciones y tiernos y felices recuerdos, trazando con pincel magistral el carácter borrascoso de Luciano, y el ideal tipo de Eulalia, que personalmente no aparece más que difunta, y excita sumo interés y arranca melancólico llanto. —Como heraldo figuró de nuestra regeneración literaria, al admirar el conjunto portentoso de producciones líricas y dramáticas de los días en que se fundaba el Liceo Matritense; en que los cantos de los noveles vates eran recitados, leídos, declamados, aplaudidos y censurados por toda la sociedad culta; en que á cada estreno se llenaban los teatros de bote en bote; y aunque su inspiración arrebatada le indujo á consignar que los laureles escénicos se habían secado sobre las tumbas de Calderón y de Moreto, haciendo caso omiso de que los cosecharon inmarcesibles y envidiables D. Ramón de la Cruz y Cano, D. Leandro Fernández Moratín y D. Manuel José

Quintana, sin duda anduvo atinado en concebir esperanzas halagüeñas para la literatura española, que sacudía el polvo de la vejez y se remontaba en alas de la poesía, durante las convulsiones inherentes á los angustiosos períodos de crisis y de transición de los pueblos. —Pintoresco y sentimental cronista fué de un suceso extraordinario, que en la historia de nuestras letras hará gran bulto, pues abarca el eslabonamiento de dos celebridades, y de modo que se experimenta la necesidad imperiosa de recurrir á la intervención de la Providencia, para explicar de una manera satisfactoria y fecunda cómo al llanto por la muerte de Larra vino á suceder inmediatamente, y en rededor de su mismo sepulcro, el alborozo por la victoria poética de Zorrilla. Doblemente precediale Pastor Díaz por la edad y el estudio: con acentos de admiración y de cariño, al público le presentó como de la mano; y guía quiso también ser de su estro prodigioso, mediante estímulos eficaces para realizar en creaciones proféticas ese apocalipsis de la inteligencia, esa época de reorganización y de armonía, en que la grandeza de los antiguos tiempos se multiplique por la belleza y progresos de la civilización moderna, despojada esta de su egoísmo, como aquellos de su barbarie; en que una ley universal de justicia, sabiduría y libertad, reuna en una co-

mun familia á las naciones aisladas ahora, y en que una religion de amor y paz realice sobre la tierra el glorioso destino á que la humanidad es llamada. Inoportuno fuera aqui examinar detenidamente si las exhortaciones del crítico ejercieron mayor ó menor influjo en los ráudos vuelos de la imaginacion esplendorosa del poeta; y además faltan datos, no siendo en Europa bien conocidas sus inspiraciones de tres lustros. Ahora acaba de poner los piés en Barcelona y de saludar con un himno á su querida patria: no puede ya Pastor Diaz estrecharle en sus brazos, ni pedirle cuenta amistosa del uso que hizo de sus sanos consejos; todo lo habrán de avalorar en su dia los historiadores de nuestra literatura contemporánea, y de índole propia á no deslustrar la de los siglos ya pasados.

De 1840 á 1843 obligó Pastor Diaz á sudar á las prensas con sus escritos más que nunca; y casi todo lo contenido en el *Album Literario* data de entónces. Con motivo de estrenarse en el teatro de la Cruz la *segunda parte de El Zapatero y el Rey*, de Zorrilla, otra vez tuvo ocasion de rendir alabanzas al gran poeta: su crítica giró sobre el drama y sobre la historia; en cuanto dijo bajo el primer concepto, sólo observaciones atinadas verán los lectores; acerca del segundo, no se encuentran más que extravíos. Rey nivelador y demócrata llama á

D. Pedro de Castilla; y supone que no dejó impresion desfavorable en la memoria del pueblo su reinado; y afirma que su carácter está ya formado, fijo y amoldado por la historia, por la escena, por la poesia, por los romances y las tradiciones populares. Todo lo contrario evidencian tales testimonios, y nada atenúa los horrendos crímenes de aquel Monarca. Lisonjeado por astrólogos con vaticinios de prosperidades, sólo tuvo por norte su antojo: no fué valedor más que de sus ballesteros de maza, á quienes honraba como privados para que le sirvieran de verdugos: á lo imponderable llegaron su apetito sensual y su codicia, y de *Cruel* mereció especial sobrenombre, como que su cuchilla á todo nivel segaba cabezas. Así nos le presentan sus contemporáneos acordes, y sin saber el uno del otro, pues en Castilla escribían Pedro Lopez de Ayala y el muy estimable anónimo, dado á conocer por el cronista de Pero Niño; en Granada Ben Jaldum, y en Aragon Pedro *el Ceremonioso*; é igual fué el punto de vista del Sumo Pontífice Inocencio VI, y de Juan Froissart, desde Francia, y de Mateo Villani, desde Italia. D. Pedro Gomez Álvarez de Albornoz, Arzobispo de Sevilla; Don Rodrigo Sanchez, Obispo de Palencia; Juan Rodriguez de Cuenca, despensero mayor de la Reina Doña Leonor, y Berenguer de Puig Pardinna, to-

dos testigos inmediatos, le pintaron con los mismos negros colores. Más recargólos todavía un anónimo adicionador del despensero, cuando ya de la catástrofe de Montiel se contaba un siglo: incidentalmente dijo á bulto, que existian dos crónicas del rey D. Pedro, una verdadera y otra fingida, *por se disculpar de la muerte que le fué dada*; y esta especie, suelta bastó á Gracia Dei para calificar á aquel Soberano de *Justiciero* antes que otro alguno, aventurando á la par el noticion de haber sido Obispo de Jaen el autor de la crónica verdadera, y de llamarse D. Juan de Castro. Cierta vuelo tomó desde entónces la opinion favorable á D. Pedro, hasta atajarlo mucho el P. Juan de Mariana y Gerónimo de Zurita con sus magnas é inmortales obras. Aunque determinados escritores prosiguieron tenaces, y prosiguen todavía, la improba tarea de sostener lo que Gracia Dei supuso á capricho; muy de notar es la circunstancia de haber opinado de idéntico modo que los testigos oculares é inmediatos, y que el primer analista de Aragon y el primer historiador de España, unos autores tan de nota como Fr. José de Sigüenza, D. Diego de Saavedra y Fajardo, D. Francisco Ramos del Manzano, D. Juan Ferreras, Fr. Benito Gerónimo Feijóo, Fr. Enrique Florez, D. Eugenio Llaguno y Amirola, D. José Ortiz y Sanz, D. Al-

berto Lista, D. Francisco Martinez de la Rosa, Don Modesto Lafuente, con buena critica, y despues de reunir y de compulsar todo género de preciosos datos. No de otra suerte dibuja el carácter del Rey D. Pedro la fiel historia. Violentísimo é impetuoso, atropellador insano de doncellas y de casadas, sin escrúpulo de cometer los mayores desmanes, á trueque de saciar sus desenfrenadas pasiones, se le descubre sobre la escena. Así lo corroboran Lope de Vega en *Lo cierto por lo dudoso*; Tirso de Molina en *El Rey D. Pedro en Madrid* y *El Infanzon de Illescas*; Moreto en *El Rey valiente y justiciero* y *Ricohome de Alcalá*; Calderon de la Barca en *El médico de su honra*; Claramonte en *De este agua no beberé*; Velez de Guevara en *El diablo está en Cantillana*; Perez de Montalvan en la primera y segunda parte de *La Puerta Macarena*. Únicamente D. Agustin Moreto y un Ingénio de esta corte le hacen *Justiciero* en dos comedias suyas, tituladas *Ganar amigos* y *El montañés Juan Pascual y primer Asistente de Sevilla*; pero hay la singularidad culminante de que allí no figura como protagonista D. Pedro; lo es el Marqués D. Fadrique en la primera, y Juan Pascual en la segunda; y de modo que á ellos, y no al Soberano, se debe que la *crueledad* ceda su puesto á la *justicia*, segun ciertos pasajes, que fuera prolijo citar ahora. *Cruel* resulta asimismo de los roman-

ces el Rey D. Pedro de Castilla: varios existen sobre la muerte de la infeliz Doña Blanca, y en todos resalta como cándida, y pura, y víctima de la ferocidad de su esposo: uno tan sólo echa á volar torpemente la vil calumnia de que aquella infortunada belleza tuvo ilícitos amores con el maestro D. Fadrique; mas su anónimo autor asegura no saberse tal cosa de cierto, aun cuando la dijera el vulgo, á quien levanta así un falsísimo testimonio: de las muertes del tal maestro de Santiago y del Rey Bermejo hablan los romances como Lopez de Ayala: hasta en los relativos á la noche de Montiel, se dá al Rey D. Pedro la calificación propia; y en el que resume la historia de su reinado se declara, sin circunloquio alguno, que España quedó muy gozosa y alabando á Dios por su muerte. Y tampoco alteran su carácter histórico las tradiciones: si por ellas ha ganado algo el Rey D. Pedro en la opinion de la muchedumbre, no se olvide que suenan como héroes populares Francisco Estéban y Jaime el Barbudo. Siempre será personaje altamente dramático el Rey D. Pedro como valiente hasta la temeridad, y enamorado hasta el delirio; pero nunca la moral saldrá bien librada de los esfuerzos por buscar disculpas ó atenuaciones á las fechorias y á las perversidades, ni de las ingeniaturas por atribuir superioridad de sentimientos á los hombres

de mala vida. Ya que D. José Zorrilla quiso malograr su númen pujante, dedicándolo á hacer la apoteosis del Rey D. Pedro, necesario é imprescindible es del todo esgrimir las armas de la crítica en defensa de los fueros de la historia, cuando personas del valer de Pastor Diaz sancionan los erróneos fallos de la poesía en tono formal y como de autoridad inapelable.

Sab titulábase una novela, dada á luz por entonces, y original de la señorita doña Gertrudis Gomez de Avellaneda, jóven americana recién venida á Europa, y muy celebrada con el pseudónimo de *La Peregrina*, que estampaba al pié de sus poéticas inspiraciones, muy aplaudidas y oportunamente coleccionadas á poco. Sobre ambas obras emitió Pastor Diaz su juicio con elevacion y profundidad grandes. Notando que en España el género de la novela distaba mucho de ser cultivado tan felizmente como los demás ramos de la literatura, y no por carecer de interés y de boga, ni por faltar entre nosotros la imaginacion y el talento, requisitos los más necesarios; y sin embargo de haber aquí tesoros históricos y descriptivos, no ménos que de peculiares costumbres, para dar animacion y variedad á magníficos y numerosos cuadros, se detuvo á hacer el exámen de *Sab* con imparcialidad severa y plausible. No le satisfizo la novela en su-

ma, si bien apresuróse á vaticinar que las cualidades privilegiadisimas de su autora la elevarian hasta figurar entre los novelistas de más renombre. Acerca de las poesías, todos fueron legítimos encomios, tras de exponer los obstáculos tremendos con que luchan los poetas en el actual siglo positivista; obstáculos que suben de punto y llegan al extremo, cuando es una mujer la que tributa homenaje á las musas, y cuya superacion exige verdadero heroismo, alto númen y superior talento. No de otro modo cabia aquilatar bien y conservar todo su realce al mérito de aquel libro precioso. Ya en el Prólogo habia expresado rotundamente un poeta y crítico del gran marco de don Juan Nicasio Gallego que, sin agravio notorio, nadie podria negar á la señorita Avellaneda la primacia sobre cuantas personas de su sexo han pulsado la lira castellana, así en este como en los pasados siglos. Á más llevó Pastor Diaz las alabanzas, pues sostuvo con buenas razones que aquella coleccion de poesías aventajaba á cualquiera otra de las publicadas en el último período literario. Pasado es ya del todo lo que estaba por venir durante aquellos dias respecto de la Avellaneda, escritora ilustre y ascendida al apogeo de su gloria mucho antes de que Pastor Diaz bajara á la tumba.

Aun cuando las apariencias de *La Alhambra*, *Gonzalo de Córdoba*, *el Cid*, sean literarias, toda la realidad tiene tal escrito de político y de oposicion vehemente; así peca de parcial y declamatorio en algunos pasajes, por más que tambien abunde en rasgos sublimes y en frases fulmineas contra lo que gráficamente se denomina vandalismo. Sin duda el amor á la patria y el amor al arte se afligen por igual de las restauraciones, que echan á perder los primores del alcázar morisco ó *palacio de los génios*; del desmantelamiento de la basilica de San Jerónimo de Granada, en donde reposaban las cenizas del Gran Capitan desde hace más de tres centurias; de la traslacion de los restos mortales del héroe de la epopeya española á la ciudad de Búrgos, pues debieron seguir dentro del monasterio de San Pedro de Cardena, aunque se desmoronara en escombros. ¿Pero no es acaso de todos los tiempos la destructora profanacion de los recuerdos históricos y de las artisticas obras? ¡Ojalá en España no existiesen más ruinas que las hechas por la invasion de los barbaros del Norte y por los golpes de la piqueta revolucionaria! Así hoy sabriamos á lo ménos dónde están los enterramientos del gran Cervantes y del fecundísimo Lope de Vega; no afearan tampoco embadurnamientos atroces el suntuoso alcázar de Sevilla; y en el

Escorial viéramos á Santa Margarita segun la trazó el pincel del Ticiano, y no segun ha venido á quedar por consecuencia de los aspavientos y terrores pueriles de la Reina Doña María Josefa Amalia de Sajonia. Verdad es que más por lo pasado que por lo presente correspondemos á Europa los españoles; pero verdad tristísima á todas luces. Desde el año de 1560 hubo principio la segregacion lamentable, cuando Felipe II vedó á nuestros abuelos que aprendiesen y enseñasen fuera de España. Tras de la incomunicacion intelectual vino el año de 1648 la politica en suma, cuando sin participacion de Felipe IV se reguló en Westfalia por vez primera lo que se llama equilibrio de Europa. Y empleando el tono aquí usado como para ensalzar las excelencias del régimen antiguo, ¿qué seria el señor Pastor Diaz en política y literatura sin la revolucion de España, contra la cual truena iracundo en esa especie de calenturiento arrebató?

Ahora correrá más desembarazadamente la pluma, no hallando asunto sino de elogio, cuya sinceridad no es para puesta en tela de juicio despues de las censuras anteriores, quizá severas en demasía. Impresores de nota contribuyen siempre á dar brillo al movimiento literario en sus más expansivos desarrollos; y así en el de la época de Carlos III suenan los nombres de Ibarra, Sancha y

Cano, como los de Mellado, Rivadeneira y Boix en el reinado de su augusta biznieta. Aún difunden los dos primeros á porfia las luces desde establecimientos bien montados; ya el último es difunto. Con elementos mayores que los otros dos lanzóse á la industria de la imprenta y la librería; desaventajado fué en inteligencia y fortuna; pero en buena voluntad y en corazon espacioso no le excedió nadie. Entre las obras salidas de sus prensas, muy digna de particular mencion es la coleccion de *Biografías de hombres célebres de nuestros días*, positivamente la mejor y más completa hasta ahora. Don Francisco de Cárdenas y D. Nicomedes-Pastor Diaz concibieron el pensamiento fructuoso y figuraron como directores de la publicacion importante. Aquí de Pastor Diaz se insertan las biografías de don Francisco Javier de Burgos y de D. Angel Saavedra, duque de Rivas: ambas son modelos en su clase; por tanto duele que no terminara la del insigne traductor de *Horacio*, muerto el año de 1848 á 22 de Enero, ya que no le alcanzára la vida para hacer lo propio con la del afamado creador de *Don Alvaro* ó *La fuerza del sino*, que hasta el 22 de Junio del año de 1865 estuvo entre nosotros.

Al cabo de muchos años de ausencia, por el otoño de 1846 volvió Pastor Diaz á pisar su país nativo. De allí habia salido mozo, y tornaba con ar-

rugas y canas, y no por viejo, sino por consumido en graves y amenos estudios, y por fatigado en luchas políticas y ardientes; pero desconocido abandonó sus lares, y ahora de tal hijo gloriábase Galicia toda. Con una función muy lucida le agasajó el Liceo artístico y literario de la Coruña, y declamación y música hubo alternadas, y versos dedicados al gallego ilustre se leyeron al son de unánimes aplausos. Pastor Díaz sintióse conmovido; su corazón era manantial inagotable de ternura, y entonces rebosó con toda abundancia: nunca estuvo más en su elemento que aquella noche memorable: siempre era intuitiva su elocuencia, y á la sazón fué tan sublime que no hay descripción capaz de imprimir al espectáculo ofrecido por el Liceo coruñés en tan solemne circunstancia, más animado colorido que el que resulta del brillante discurso pronunciado allí por Pastor Díaz y aquí inserto en su lugar propio, con la certidumbre de que su lectura producirá espontáneo enternecimiento á la par que vivo entusiasmo.

Tres días faltaban para cumplirse un año cabal de la susodicha solemnidad literaria, y ya Pastor Díaz habia permanecido en las regiones del poder como segundo ministro de Comercio, Instrucción y Obras públicas por espacio de cinco meses, cuando el 7 de Noviembre de 1847 se le vió tomar posesión

de su plaza en la Real Academia Española. Desde la creación de este cuerpo, depurador inteligente de la rica y eufónica lengua castellana, veinticuatro fueron sus individuos, y treinta y seis comenzaban á ser entonces, por efecto de reformas flamantes: aun ascendiendo á la categoría de número á los que figuraban como supernumerarios y honorarios, tres sillas resultaron vacías, y para ocupar una de ellas fué elegido Pastor Díaz por unánime voto. No alcanzando su ingénita modestia la justicia de tamaña honra, y cediendo á los estímulos de la gratitud más profunda, su corazón habló el primero como en todas las circunstancias prósperas ó adversas de su vida, y de aquí provino espontáneamente la tesis de su discurso notable. Sin osadía para extremar su propia modestia en desdoro del alto juicio de la Academia Española, y ante la consideración de que su existencia literaria no pasaba de una iniciación interrumpida, de que sus escritos eran bosquejos, sus cantos no más que preludios, sus tareas históricas solamente reseñas individuales y diminutas, y de que sus escritos morales ó políticos desvanecíanse en las tinieblas del olvido, como las exhalaciones meteóricas de una noche de tormenta, ó habian corrido arrastrados por el velocísimo raudal de ese torrente, más atronador que fecundo, con que la

prensa ruge entumecida por entre los partidos en los días borrascosos de las políticas tempestades; se determinó á indagar la significacion de su nombramiento, y supuso que la Academia habia juzgado con benevolencia grande lo que pudieran ser sus obras, si una existencia ménos dividida y agitada le permitiese concentrar sus esfuerzos sobre un objeto perenne y exclusivamente literario. Generalizada esta idea, naturalmente le condujo á elevadísimas reflexiones para examinar hasta qué punto la participacion en los negocios públicos de los que cultivan las letras y profesan las ciencias, pueden ser causa ó síntoma de decadencia en la literatura de una edad; hasta qué punto el consorcio de las tareas políticas y de los trabajos del entendimiento, de la vida práctica y de la especulativa contemplacion de la verdad y de la belleza, puede ceder en detrimento de los adelantos del saber y rebajar los quilates de la perfeccion ideal á la liga impura de las miserias terrenas, de las pasiones mundanas, de los intereses materiales. Admirablemente dilucidó el tema grandioso, como se verá en el discurso verdaderamente inspirado, que pone remate magnífico á esta parte de sus escritos, hasta consignar que las Academias pueden ser representantes legítimas del saber colectivo de la sociedad toda.

Hoy está ocupada la silla académica de D. Nicomedes-Pastor Diaz por su condiscípulo antiguo D. Isaac Nuñez de Arenas, y un recuerdo cariñosísimo dedicó en su discurso de recepcion á quien por tan desusado modo ceñía el triple laurel de poeta, orador y estadista, como que en sí pudiera dar muestra de la talla de la humanidad, si la falta de salud no le aquejara en la flor de la vida, por ser persona de candor y experiencia, de seriedad y gracejo, de entereza y bondad, de reflexion y entusiasmo, de pensamiento y accion, y por acumular así partes, que se reputan generalmente incompatibles en un mismo individuo, y que aun aisladas y menores bastaran para distinguir y encumbrar á otros. Encargado por la Academia de responder á este discurso de Pastor Diaz, me reduje á decir que habia legado una honra inmaculada á su familia, y un nombre por muchos conceptos ilustre á su patria. Nada propenso á cosechar en mies ajena, y debiendo analizar mejor cortadas plumas sus varias obras, tampoco me es dado traspasar ahora los límites fijos del *Album literario*; y así quedo un tanto receloso de no haber satisfecho ni con mucho la deuda de agradecimiento, que me hicieron contraer sus bondades, y que aún me liga á su digna memoria. Durante su primer ministerio, como secretario particular debile muy honori-

ficas distinciones, y por espacio de un mes justo habité bajo su techo y comí á su mesa en el Real sitio de San Ildefonso; lo cual vale como decir que aprendí mucho en tan breve período, porque de sus lábios y hasta en el trato más familiar y sencillo fluía la enseñanza á raudales. Hombres como Pastor Díaz se encuentran pocos; y si, teniendo sobre su personalidad tan alto concepto, mi ofrenda á su inclita fama se resiente de humilde, harta y triste demostracion es de que la voluntad no tiene eficacia por sí sola para llevar los deseos más vivos á colmo.

ANTONIO FERRER DEL RÍO.

Madrid 7 de Agosto de 1866.

UNA CITA.

ANÉCDOTA.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN[®]
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

ficas distinciones, y por espacio de un mes justo habité bajo su techo y comí á su mesa en el Real sitio de San Ildefonso; lo cual vale como decir que aprendí mucho en tan breve período, porque de sus lábios y hasta en el trato más familiar y sencillo fluía la enseñanza á raudales. Hombres como Pastor Díaz se encuentran pocos; y si, teniendo sobre su personalidad tan alto concepto, mi ofrenda á su inclita fama se resiente de humilde, harta y triste demostracion es de que la voluntad no tiene eficacia por sí sola para llevar los deseos más vivos á colmo.

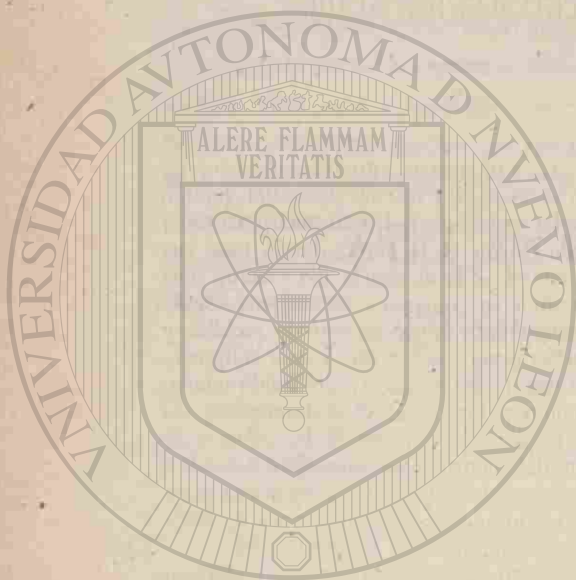
ANTONIO FERRER DEL RÍO.

Madrid 7 de Agosto de 1866.

UNA CITA.

ANÉCDOTA.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN[®]
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS



UNIVERSIDAD AUTÓNOMA

DIRECCIÓN GENERAL DE

ADVERTENCIA DEL AUTOR.

Nada hay más grato ni más tierno para el autor de estas páginas que el recuerdo de su país, del pueblo donde nació. Nada ha visto más bello ni más pintoresco que el casi ignorado rincón de la tierra donde pasó sus primeros años. Y cuando á la memoria del tiempo más feliz de la vida se unen las imágenes de un país encantador, hay en el sentimiento un no sé qué de inefable y consolador, de particularmente íntimo y casi religioso, que sale de lo más íntimo del corazón, del fondo mismo de la existencia, como todos los afectos domésticos. El murmullo del río de la patria, el eco de la campana de su iglesia, el rumor del viento entre sus árboles ó sobre sus techos, no se borran nunca del oído, y resuenan siempre en él como la voz de nuestros Padres, como el acento de los hermanos con quienes nos hemos criado.

Á pesar de un sentimiento tan vivo y tan poderoso, aunque algunos versos ha escrito, ningunos ha podido consagrar exclusivamente á tan tierna memoria; y sin embargo, los habia hecho. Ausente muy jóven todavía de aquel delicioso recinto, y engolfado despues en otra vida más agitada y turbulenta, ha solido volver los ojos con melancolía hácia aquel valle de la casa paterna: ha suspirado mil veces por su cuna de flores, y echado otras tantas de ménos, en las tormentas de su corazón, las borascas de aquel mar cuyos bramidos arrullaron el sueño de su infancia. No pudo dejar de cantar alguna vez estos recuerdos, y de consolar con tan melancólicos suspiros sus solitarias penas; pero acaso la vehemencia del afecto

le hizo creer siempre fría su expresión, y apagados y pálidos los colores con que había iluminado aquel cuadro tan vivo y brillante. Por eso rompió y borró su pintura con desapiadada severidad; por eso arrojó al olvido versos que le parecían indignos del objeto á que los consagraba: y si no hizo lo mismo con los que á su Madre dedica, es porque una madre es una persona, y un pueblo es un público.

Suplir de alguna manera su silencio para con aquellos lugares á que debe el autor todas sus inspiraciones, y donde escribió la mayor parte de estos preludios, es el objeto de esta publicación. Son un homenaje que les tributa, estas páginas que ellos también inspiraron, y en las que no ha hecho más que agrupar en torno de una anécdota vulgar en aquel país, algunas descripciones de su aspecto, y algunas indelebles memorias de venturosos días.

Verdad es que cuando en 1833 escribió en Madrid este cuento, que en 1837 publicó un periódico literario, no se había vulgarizado este género. Escribiéronse y se tradujeron muchos después; y si bien pueden descubrirse en este otras tendencias, y hasta otras formas, pudiera también parecer hoy imitación y contagio lo que bueno ó malo fué entonces un pensamiento propio. Así también mucha parte de sus versos, escritos y conocidos algunos años hace, parecen, sin embargo, ahora imitaciones de otros que notoriamente se han escrito después. El carro de la literatura, como el de la política, pasa por cima de los mismos que le llevan, cuando vienen otros que con más esfuerzo y más energía, y con ardiente inspiración avanzan.

UNA CITA.

I.

El Anteojo.

Rayaba una hermosa aurora de Agosto. El mar se distinguía ya del cielo, y las estrellas se habían apagado. Era ya aquella hora en que hay luz en el mundo, vida en la naturaleza, agitación en los campos, ruido y cánticos en las arboledas, y en la mansión de los hombres sueño y silencio aún. Pero aquella mañana los hombres habían despertado primero que las aves, el pueblo de las aldeas vagaba por las campiñas ántes que los ganados, y las hermosuras del campo y las damas lindas de la villa, se habían engalanado ántes que las rosas sacudiesen el rocío, y abriesen sus lozanos pimpollos. Salen ántes que el sol las tueste, ántes que el calor sofocante de Agosto las fatigue. La religión las llama, el placer las espera..... van á una *romería*.

En un delicioso valle de nuestras costas septentrionales, donde el ignorado Landro desemboca en el Océano, se eleva un alto cerro que domina el valle, el río, la villa y el mar. No puede llamársele colina; es más alta, es una pirámide inmensa, terrible, gigantesca, que arran-

cando perpendicularmente de la fértil ribera y sus amenos vergeles, termina allá en una region donde no hay árboles ni flores, ni otros objetos que aliagas, brezos y rocas. La última roca es una ermita, y la rodea una plazuela plana y escueta que corona el monte. Allí suele á veces sentarse el génio de la tempestad, y parar su carro de negras nubes; allí ruge el trueno, y de allí se precipita el huracan. Pero aquella mañana la ermita brillaba como la veleta de una torre; las bellezas trepaban por donde descenden los torrentes; los trajes de la multitud que subia por todas las sendas, parecían flores que tapi- zasen aquella gran roca, y el pico de las tormentas se habia trocado en un vasto salon de fiesta.

Cúbriale por todas partes tiendas y pabellones, donde se ofrecian agradables manjares y mesillas con tiestos de flores. Sembraban el suelo mil canastillos de frutas. Sonaban tamboriles, dulzainas é instrumentos rústicos. Habia bellas damas, hermosas aldeanas, agraciados jóvenes, y alegría, y amor, y un aire puro, y un cielo claro, y un sol que nacia tan despejado, tan brillante, tan alegre, que parecia palpar de placer, y acudir tambien á la fiesta. Pronto se inflaman estos combustibles, y el entusiasmo de la alegría hace de ellos una sola hoguera. El tosco violin rechina, la gaita suena, la pandereta zumba, los ciegos cantan, los chicos gritan, los aldeanos dan alaridos, y se forman corros, y comienzan los bailes. Los mancebos de la aldea se mezclan con un inocente orgullo con las damas; los jóvenes de la villa toman sus parejas entre las aldeanas; y en aquellas rústicas saturnales todos se confunden, ríen, danzan, juegan, retozan y brindan. Pero el encanto de esta escena es inexplicable. Aquella multitud regocijada al rededor de un santuario,

sobre la plataforma de un pico altísimo, teniendo á sus piés los campos, y los mares; aquella isla aérea de placeres; aquellos corazones puros para quien la religion es un festejo, parecían no pertenecer á la tierra. Los espíritus tenían allí cierta actividad sobrenatural, la alegría cierta dulzura celeste, la belleza un aire angélico que embotaba el ardor de las pasiones; y del fondo del valle, aquella reunion, cuyos movimientos se veían distintamente, pero cuyas voces no podían oírse, parecia un cuadro ideal, una vision milagrosa.

Entre los jóvenes de la villa á quienes hacia salir de su esfera el placer de aquel espectáculo, ninguno más entusiasmo, ninguno más ébrio de alegría que el gallardo Luciano. Su airosa estatura descollaba por todas partes; sus piés ligeros bullían en todas las danzas; su voz sonaba con placer en los oídos de todas las hermosas, y todos los ojos se fijaban en él con el cariño que siempre inspiraba, y con cierta extrañeza que infundia aquella mañana. Vefase, en efecto, casi enloquecido á un joven naturalmente serio y pensador. Sus ojos, siempre decaídos y melancólicos, chispeaban con una vivacidad extraordinaria; sus labios, comunmente silenciosos, brotaban un torrente de expresiones, y las tiernas doncellas, que suspiraban en vano por atraer su cariño, se veían requebradas de repente y alucinadas por la impetuosa elocuencia de su entusiasmo. El mismo extrañaba su trasformacion, y no podía contenerse en aquel torbellino. Su carácter fijo é intenso se habia hecho por un momento la inconstancia misma. Corria á todas partes; revoloteaba por entre las bellas como el céfiro por entre las flores; bailaba con unas, abrazaba á otras, pero las dejaba á todas. En medio de su alegría, ninguna le fijaba ni le complacia. Su

contento brotaba de su corazón mismo, no de los corazones que le rodeaban. Alguno había allí que le adoraba; y él lo sabía. Procuraba entretener á su amante; pugnaba por hacer de la gratitud correspondencia; pero al fin se disgustaba y huía: el amor es una tristeza continua, y aquella mañana su pecho no quería más que movimiento, estruendo, alborozo.

Se fatiga un instante, y se sienta, para reposar, cerca de un corro de aldeanas. La roja esclavina que cubre el seno de aquellas jóvenes, fija un momento sus ojos, y en aquel momento una memoria pasa por su fantasía; su corazón dá un latido violento, sus ojos lanzan en derredor una mirada penetrante é indagadora, y exhálase de su pecho un involuntario suspiro, un suspiro de amor, de aquel amor que tenía, de aquel amor que entonces mismo esquivaba.

¿De dónde viene este impensado golpe? ¿Porqué aquel estremecimiento repentino? ¿Dónde está el norte de aquella oscilación magnética? ¿Está ausente su adorada?... ¿Alguna hermosa quedó rezagada en la población?... No: todas están allí. — ¿Suspira en vano por alguna que venga a su sexo, siendo ingrata á su cariño? No.... La pasión de su amante es aún más intensa que la suya. ¿No puede hablarla, no puede estar á su lado? ¿Le separa de su querida algún obstáculo insuperable? No.... Para aquella noche le ha dado una cita.... ¡Ah! esta sola idea basta para turbarle. La más terrible de todas las inquietudes es la esperanza de un placer que se cree seguro. Luciano siente en aquel momento esta palpitación, á la vez tan cruel y tan deliciosa. La vista de su amada le hubiera tranquilizado; pero convencido de que no se halla en aquel recinto, aparta de él sus ojos para tenderlos por la campi-

ña, y descubrir á lo ménos la choza donde se alberga.

Sí; una hija de las cabañas, una joven del campo, una aldeanita del valle era objeto de un amor que bellezas finas y *civilizadas* no habían podido conseguir; y el amable y ardiente Luciano suspiraba por la rústica Eulalia. Y no porque fuesen groseras sus inclinaciones, ni bajos sus pensamientos, como decían muchos nobles; pero Luciano, llevado del idealismo de su imaginación, despreció demasiado á las mujeres, y queriendo tomar un rumbo opuesto, cayó en el abismo que pensaba evitar. Desesperanzado de hallar el amor, no buscaba sino el placer. Le pareció que las rosas del campo eran más fáciles de coger que las de los jardines, y como tantos otros en el mundo, empezando por ser seductor, acabó por ser amante.

Eulalia no era una mujer común: era una doncella hermosa, cándida y tierna, sino comparable á una mañana brillante de primavera, si á lo ménos á un día puro y diáfano del invierno. Su tez era esmaltada como la hoja de la rosa; sus ojos claros, radiosos y serenos, como la inocencia; su acento algo tosco, cortado y tembloroso, imitaba el murmullo de una fuente que se desprende entre el musgo de las rocas; su talle, su seno, sus formas no eran tal vez delicadas y ligeras como en las aéreas bellezas del mediodía; pero no es sólo esbelto y hermoso el tronco de la palma y su ondulante abanico; tienen también su atractivo y majestuosa belleza el copudo nogal, el frondoso plátano y el recto pino de las arboledas del Norte.

También hay en las playas de aquel bello país ojos árabes y formas griegas. Eulalia las tenía, y su corazón había recibido del cielo una sensibilidad al parecer tranquila, pero concentrada é interna; una ternura dulce, apacible, modesta, pero vivísima y profunda como el amor de una

inglesa. Capaz de resistir á todas las ofertas del interés, y á las gracias más brillantes de la juventud, una voz suave, un suspiro involuntario, y más que todo, una atención delicada, una muestra de respeto, le podían inspirar la más tierna pasión. Un amante la hubiera hecho derretirse en lágrimas, sin alcanzar de ella una caricia; y un pesar le hubiera quitado la vida sin hacerle derramar una lágrima. Había escuchado con desconfianza, pero con placer, las melosas palabras del hijo de las ciudades, y conoció que eran irresistibles. Se previno contra sus tiros, defendió su inocencia, pero no su corazón, y le amaba. Le amaba con timidez, con humildad, con recelo; pero le adoraba. Se ponía pálida al verle, se envanecía de sus obsequios; y si en una solemnidad campestre la sacaba á bailar, era un vértigo, un delirio lo que sentía la infeliz. Cuando le veía al lado de una dama, se sonreía; pero si hablaba á otra aldeana, lloraba. Luciano, atraído al principio sólo por la hermosura exterior, se halló súbitamente con un alma extraordinaria, y esta sorpresa acaloró su fantasía. La resistencia inesperada de su virtud le inspiró interés, y la ternura del amor que se mostraba á través de esta firmeza, convirtió el interés en pasión. Tal vez el amor de Luciano no era muy tierno; pero la imaginación exaltada suple con frecuencia por el sentimiento.

Pasaban muchos días sin verse. Las romerías del campo ó los mercados de la villa eran sus citas, y algunas noches muy oscuras solía Eulalia recibir á su amante en su misma casa, por una ventana que el intrépido joven escalaba.... — ¡Qué! ¿Y eran puros estos amores? — Sí.... — Y Eulalia, introduciendo en las altas horas de la noche á su apasionado galán, ¡había conservado la inocen-

cia? — Nada más cierto. En vano el mundo se rie de las quimeras platónicas: estas quimeras, estos imposibles á los ojos de una sociedad degradada, están en nuestra naturaleza, y el tosco amor en los campos de mi patria eleva aquellas almas sencillas al entusiasmo de la virtud. Para esto en otras partes se necesitaria heroismo; allí basta que haya ternura. Después de un día de continuas y penosas fatigas, el enamorado mancebo no corre á su lecho de paja para dormir tranquilo, ó para desvelarse pensando en su amada. Asiéndolo su ferrado bastón, arrojando el frío de la noche ó la rapacidad de los lobos, vadeando profundos torrentes, ó trepando peligrosos derrumbaderos, camina sólo y á pié dos horas, á la luz de la luna ó de las estrellas, y escala arriesgado la habitación de su querida.... Preguntadle cómo pasó la noche, reclinado tal vez en su mismo lecho; no de otra suerte, os dirá, que la hora del día festivo que puede hablarla en el átrio del templo. Hablan, se cuentan sus trabajos, sus asuntos domésticos; velan juntos, ó tal vez duermen, y al tercer canto del gallo se despiden, acaso sin haberse abrazado, acaso sin haberse dicho una palabra de amor. — Ficción, ficción, exclamarán todos; pero todo es ficción y paradojas para los que piensan conocer el corazón humano por lo que observan en las ciudades. El mismo Luciano dudaba de esta virtud hasta que la experiencia propia vino á convencerle.

La noche de aquel día era noche de cita. Luciano extrañó en la romería la ausencia de Eulalia; pero su imaginación se asía de esta falta para prometerse á la noche mayor ventura; que entre dos amantes un motivo de queja lo suele ser de favores. No se habían visto en ocho días; y creía él que esta ausencia habría avivado su pasión. La

veía perdida, extasiada, arrojarse entre sus brazos. Esta imagen no podía causarle tristeza, pero sí agitación, y su sangre, en extremo acalorada con el júbilo, mezclaba el ardor más vivo con aquella memoria que le perseguía, que le fatigaba.

Levántase para distraerla, y empieza á recorrer los bordes de la explanada, creyendo que las sensaciones de aquella magnífica perspectiva serían más poderosas que un recuerdo importuno. Tenía delante de sus ojos el mar terso, inmenso, surcado de variados visos, como la superficie de una gasa dibujada. Los lejanos navíos blanqueaban en el horizonte como aves acuáticas, y las rocas de aquellos terribles promontorios, avanzándose en las olas, parecían enormes gigantes en actitud de defender la costa. Elevábase á su derecha una inmensa cadena de montañas, de que aquella eminencia no parecía ser más que el primer eslabon, y á su izquierda descubría todo el valle, mostrando de un golpe el conjunto de sus bellezas, su río, su villa, su puente, sus frondosos verjeles, sus campos floridos, y las casas rústicas que se alcanzan por todas partes, formando un pueblo continuo de aquel inmenso tiesto de flores. Este cuadro arrebató su atención, y los techos de pizarra fijaron más su vista que los mares, las rocas y las montañas.

Su primera ojeada, rápida como la del buitre que atisba su presa, percibió allá lejos, muy lejos, casi en el horizonte, la mansión de Eulalia. Más bien la adivinaba su imaginación que la veían sus ojos; y como si para descubrirla claramente le bastase dar un paso, se adelanta hacia una peña, donde hay una cruz. Pero se adelanta en vano; la casilla blanca, con su techo aplomado y piramidal, no parecía entre la arboleda más que un pequeño

túmulo de un cementerio rodeado de arbustos, y esta vista estaba muy lejos de satisfacer su momentáneo capricho. De repente recuerda haber visto un anteojo en manos de un amigo. Corre, le busca, se le arranca, y está ya otra vez bajo la peña de la cruz. Ufano y trémulo como un soldado que apunta el cañon mortífero, parecía que sus ojos, á través de aquel instrumento, iban á hacer una conquista. Cree sorprender á su querida, verla en su feliz ventana, registrar su aposento.... ¡Quién sabe!.... Dirige el tubo.... allí está.... pero ¡oh fatalidad!.... El anteojo no es un telescopio perfecto: los objetos parecen todos azules, nebulosos y vagos; las ramas de los árboles ocultan las estrechas ventanas, y las personas no hubieran podido conocerse. Sólo se distingue como un espacio negro la puerta de la casa, y en medio de esta negrura se mueve un objeto blanco. Los rayos del sol hieren de lleno aquella nevada figura que parece un fantasma. Luciano se fija en ella con anhelante curiosidad, y en el instante mismo aparta la vista deslumbrado; un temblor involuntario le sobrecoge, párase la sangre en sus heladas venas, apoya con una mano su frente como si fuera á despeñarse, y deja caer maquinalmente el anteojo, que rueda y se hace pedazos entre las rocas.

¿Qué rayo le había herido así? ¿Quién llenó su pecho de aquel profundo estupor? ¿Qué vieron sus codiciosos ojos? ¿Quién era el blanco fantasma?.... No lo vió. Su vista solo percibió en el aire un extraño y deslumbrante reflejo, un objeto luminoso, una columna brillante que vibraba y centellaba como un sable esgrimido al sol; una figura de plata que desapareció como un relámpago, internándose allá en el albergue de su querida. Esta visión singular es la que le aterró; aquella sorpresa le co-

municó un pavor extraordinario que no habia sentido jamás. Quedó absorto, embargado, como si empezara á petrificarse; no podia pensar, no podia meditar en lo que fuese aquella plateada figura. Era incapaz de discurrir, como si fuera incapaz de dudar. Parecía haber visto claramente que aquel objeto era un objeto terrible, y no sabía lo que era. Aquel centelléo habia llegado á su corazon ántes que á sus ojos, como si un ser sobrenatural le hubiese producido: y Luciano, pálido, cruzados los brazos, despavorido como el que ha visto una vision del otro mundo, é inmóvil como la roca que se alzaba sobre su cabeza, hubiera permanecido allí muchas horas, si ningun ser viviente hubiera turbado su éxtasis de terror. Pero en el momento mismo que, siguiendo maquinalmente con la vista los fragmentos del anteojo que iban despeñándose de roca en roca, asomaba á sus lábios una sonrisa más amarga que todas las lágrimas, una voz dulcisima suena á su espalda, y llega á sus oídos un acento de tierna compasion, que exclama: ¡Pobre Luciano!...

Entónces todo era prodigios para él. Aquella voz le sonó tambien á celestial, y volvió la cabeza aguardando otra vision. No se engañó. Era la voz de un ángel; la criatura más hermosa le llamaba; era una jóven más pura y brillante que el azul de los cielos, una linda señorita de las que sin duda habian seguido con ojos de celosa solicitud sus pasos y movimientos; la compasion habia vencido en ella al despecho de no verse atendida, y corrió á él, y le asió de la mano. El poder de la belleza es tan mágico como el del cielo; y Luciano cedió á él como quien cede al destino. Arrastrado de una fuerza superior dejó la Peña de la Cruz, y siguió á la hermosa; pero no contestaba á su acento ni á sus amorosas miradas. Ella

le examinaba sorprendida, y al ver su palidez, sus ojos clavados y sus lábios entreabiertos; al sentir fria aquella mano que tenia asida, sus ojos desprendieron una lágrima, y esta lágrima tambien era sobrenatural, porque era de amor. Esta lágrima llegó al corazon de Luciano como el rocío á una planta agostada. Su sangre volvió á circular con más libertad; las rosas volvieron á colorear sus mejillas; las idéas tomaron de nuevo en su cabeza el curso de la reflexion natural, y estrechando con placer la mano de su bella conductora, la miró, sinó con el fuego de la pasion, sí á lo ménos con la ternura de la gratitud. Sintió un placer de reposo al lado de aquella amante no correspondida, y el brillo de sus ojos inocentes eclipsó un momento en su fantasía la misteriosa impresion de la figura de plata.

El pensamiento á su vez se apoderó de ella para adivinarla; pero inútilmente. Le era imposible imaginar lo que fuese aquella columna centellante, aquel relámpago sólido, aquel objeto resplandeciente sobre la puerta de una casa rústica. Desechaba todas las explicaciones naturales de aquel brillante enigma, y su razon se apartaba de él, deslumbrada y ciega como su vista. En vano recordaba el efecto de un soldado llevando un bruñido fusil, un jarron de azófar sobre la cabeza de una aldeana, ó un segador empuñando la afilada guadaña: su mente despavorida no podia comprender cómo objetos comunes causen una impresion tan mágica y durable. Lo fué sin duda. Su entusiasmo, su regocijo, su sed de placeres desapareció. Se esforzaba por recobrar á lo ménos su serenidad natural, y esta violencia le daba un aire más extraño. Las danzas continuaban, y aquellas figuras hermosas le parecian fantásticas larvas. Los cantos de ale-

gría no cesaban, y aquellas voces las oía él como de una region remota. Hablaba á su hermosa compañera, á veces con fuego como si estuviese al lado de su querida, y otros momentos, cuando la terrible figura obraba sobre su fantasía, sus impresiones eran ideales, místicas, vaporosas, como si hablase á un ser de otro mundo, ó á la sombra de una persona muerta.

En tanto habia pasado la mañana. La brisa del Océano cesó de soplar, y el sol ejercía toda su fuerza sobre aquella desnuda cumbre. Los sotos que ciñen la falda del monte como una zona de verdura, convidaban á la alegre multitud con su amenidad y sombras, y la cima quedó desierta. Aquella multitud descendió con más estruendo y algazara que si rodasen torrentes y rocas. Corrian todos y gritaban, y daban alaridos como si fuesen á despedirse. Los jóvenes se daban la mano para sostenerse en la carrera, y se precipitaban más á prisa, como acontece en la vida. Luciano habia anhelado salir de aquel recinto, y al bajar sintió terror. Miró con espanto á la Peña de la Cruz, y volvió á herir su memoria la misteriosa figura de plata.

El contento de aquella reunion no se disminuyó, y la fiesta del monte se multiplicó en la falda. Dividiéndose en una infinidad de corros en torno de los árboles más corpulentos, aquellos sotos extensos se vieron sembrados de innumerables banquetes. Ni los bailes ni los cantos cesaban, porque la monotonía de aquellos sencillos placeres es deliciosa, como una prolongada sucesion de dias bellos: hay además en la vida cierta monotonía que es la felicidad. El mismo Luciano volvió á participar de aquella dulce electricidad. Reclinado á la sombra de frondosos laureles, en una pradera cercada de romerales y

mirtos, á orillas de un fresco arroyo, viendo el mar á través de las ramas, y arrullado por su sereno mugido, su alma sobresaltada se adormeció, y el aura balsámica de las flores le trajo el aura del placer. Rodeado de amigos y objeto de las atenciones más tiernas, procuró mostrarse alegre, y lo estuvo en efecto. Tomó parte en los placeres de la mesa, se aturdió, gritó, y habló más que todos; se dejó coronar de mirtos por mano de aquellas ninfas; improvisó versos de amor, y cantó un himno báquico. Los vapores del vino y del café disiparon las memorias de la mañana; y la espesura del soto, ocultando la Peña de la Cruz, ponía un velo de tranquilidad entre su corazon y la figura de plata.

Tal vez contribuía á este reposo no ver aldeanas en torno de sí. Todas sus sensaciones amorosas se volvian á su bella amante, ántes esquivada: al fin sus mágicos atractivos le habian alucinado: la hablaba con todo el fuego del amor, y la hablaba sinceramente. Á la caída de la tarde llegó paseando solo con ella á la fuente del arroyo, y la tenia casi abrazada. La infeliz, que se veía correspondida, extrañaba su dicha, y no esquivaba sus abrazos. Sentada luego con él en un canapé de mirtos, exaltada por la elocuencia más seductora, fascinada por el fuego de sus miradas, caída la cabeza sobre el pecho de su querido, y amortiguados sus ojos como el brillo del sol que se escondía entónces en los mares, parecia una víctima inmolada ya para siempre al imprudente joven. Él la estrecha en sus brazos, y ardía: el arrebató de un momento era más vivo en su pecho que el efecto de una pasión arraigada; su voz se habia anudado á la garganta, sus manos asían á su amante con una fuerza volcánica, y sus labios se inclinaban sobre los de aquella criatura

que, embriagada, desvanecida, no tenía medios para defenderse. No se atrevía á huir, porque amaba; no podía llorar, porque deliraba tambien; y no quería ceder, porque no había perdido la virtud. En esta crisis terrible, un rayo de celeste luz la ilumina; un repentino esfuerzo la sostiene; un instinto sobrenatural la agita: levanta su cabeza con una expresion enérgica; su mano ase con fuerza una de las manos de Luciano, y elevándola al aire, le muestra en la cumbre del monte la Peña de la Cruz.

Luciano queda yerto: su rostro se pone blanco como la nieve; su convulsion ha cesado; sus transportes se cambian en un estremecimiento de horror, como si aquel corazon que palpitaba bajo su osada mano, estuviese frio; como si aquel seno, hecho por la mano de las Gracias, fuese un esqueleto. Aquel beso que la embriaguez del placer quisiera eternizar, le deja una impresion funesta; y aparta sus labios helados como si hubiera besado un cadáver.—«Sí, soy un monstruo, exclama; pero no te amaré jamás!»—Estas palabras salieron de su boca con un metal de voz distinto del suyo. Asió bruscamente del brazo á su amante, como si fuese á precipitarla en las olas, y ella le siguió asustada, pálida, temblorosa, casi arrepentida de su involuntario movimiento.

Reuniéronse á la gente, no se hablaron más, y anocheció.

II.

Ecce Lignum Crucis.

El mal es el amante de la noche. Todas las desgracias la apetece; todos los dolores se avivan á su presencia. Cuando ella se aproxima, las enfermedades se agravan, las heridas se enconan, los amantes se exaltan, los febricitantes deliran, y los tristes se complacen. Tambien la agitacion de Luciano creció con la noche; tambien brillaba más en las tinieblas la figura de plata.

En vano la oscuridad reproducía la memoria de Eulalia adornada de los encantos misteriosos de que se rodéan en aquella hora las imágenes del amor: en vano se acercaba el instante de verla, de estar á su lado, y de borrar con caricias las penosas impresiones del día. Entre todas estas imágenes, la brillante figura era la mano fatídica trazando letras de fuego en la sala del festin. Á su luz infernal, la hermosa Eulalia parecía un fantasma; aquel deséo era un tormento; aquella agitacion un pavor casi religioso, que iba cubriendo el corazon del jóven, á medida que las sombras se tendían sobre la tierra.

Luciano caminaba solo hácia el pueblo. Abismado en su tristeza, quería hallar en derredor de sí la causa de ella, ó buscaba en los cielos pronósticos de mal; pero es-

que, embriagada, desvanecida, no tenía medios para defenderse. No se atrevía á huir, porque amaba; no podía llorar, porque deliraba tambien; y no quería ceder, porque no habia perdido la virtud. En esta crisis terrible, un rayo de celeste luz la ilumina; un repentino esfuerzo la sostiene; un instinto sobrenatural la agita: levanta su cabeza con una expresion enérgica; su mano ase con fuerza una de las manos de Luciano, y elevándola al aire, le muestra en la cumbre del monte la Peña de la Cruz.

Luciano queda yerto: su rostro se pone blanco como la nieve; su convulsion ha cesado; sus transportes se cambian en un estremecimiento de horror, como si aquel corazon que palpitaba bajo su osada mano, estuviese frio; como si aquel seno, hecho por la mano de las Gracias, fuese un esqueleto. Aquel beso que la embriaguez del placer quisiera eternizar, le deja una impresion funesta; y aparta sus labios helados como si hubiera besado un cadáver.—«Sí, soy un monstruo, exclama; pero no te amaré jamás!»—Estas palabras salieron de su boca con un metal de voz distinto del suyo. Asió bruscamente del brazo á su amante, como si fuese á precipitarla en las olas, y ella le siguió asustada, pálida, temblorosa, casi arrepentida de su involuntario movimiento.

Reuniéronse á la gente, no se hablaron más, y anocheció.

II.

Ecce Lignum Crucis.

El mal es el amante de la noche. Todas las desgracias la apetece; todos los dolores se avivan á su presencia. Cuando ella se aproxima, las enfermedades se agravan, las heridas se enconan, los amantes se exaltan, los febricitantes deliran, y los tristes se complacen. Tambien la agitacion de Luciano creció con la noche; tambien brillaba más en las tinieblas la figura de plata.

En vano la oscuridad reproducía la memoria de Eulalia adornada de los encantos misteriosos de que se rodéan en aquella hora las imágenes del amor: en vano se acercaba el instante de verla, de estar á su lado, y de borrar con caricias las penosas impresiones del dia. Entre todas estas imágenes, la brillante figura era la mano fatidica trazando letras de fuego en la sala del festin. Á su luz infernal, la hermosa Eulalia parecía un fantasma; aquel deséo era un tormento; aquella agitacion un pavor casi religioso, que iba cubriendo el corazon del jóven, á medida que las sombras se tendían sobre la tierra.

Luciano caminaba solo hácia el pueblo. Abismado en su tristeza, quería hallar en derredor de sí la causa de ella, ó buscaba en los cielos pronósticos de mal; pero es-

tos pronósticos estaban sólo en su corazón. Fuera de él todo era placer y serenidad. Veía á los jóvenes de la aldea que se retiraban en tropas; y aun cantaban alborozados, y hacían retumbar el valle con alaridos. Miraba al cielo; y el cielo estaba sereno, diáfano, despejado. Miraba al mar; y el mar sin bramidos y sin olas, en el horizonte parecía el cielo, en la ribera parecía el río. Miraba al río; y terso, puro, brillante, y estrellado, parecía á través de los campos un camino de plata.

Luciano llega, y se prepara á salir para la aldea de Eulalia. Otras veces gustaba de atravesar el valle á pié como los galanes del campo; pero aquella noche sus fuerzas se habían debilitado, y la inquietud de su alma no daba espera. Armase cual si hubiese de luchar contra algún contrario; ase la espada; cuelgan en su cintura dos rayos de muerte; sube en un caballo más negro que la noche, y envuelto en su oscura capa, vuela por el campo intrépido y denodado como un antiguo paladín que corriese á escalar la torre de su dama. No era miedo el terror que sentía; y este terror se disminuyó también. Al verse armado y corriendo en su fogoso brido, se cree superior á todos los riesgos, á todos los enemigos, á todos los rivales; y sus esperanzas vuelven á ser lisonjeras. No obstante, su aspecto era algo siniestro: los que pasasen por el campo creerían ver un espectro que volaba por entre los árboles: su espada pendiente y brillando á veces, tenía algo de funesto: diríase que el génio de la muerte atravesaba el valle esgrimiendo su guadaña; los que le mirasen creerían también ver la figura de plata.

A alguna distancia de la casa de Eulalia moraba un colono de Luciano. Allí se detiene, deja su caballo, y tomando una senda estrecha, atraviesa los campos de la

aldea. Aquellos campos no son desiertos como los demás de España, donde de noche no hay más que sombras. Allí se descubren por todas partes casas aisladas, y relumbra el fuego de sus hogares. Se oyen por dó quiera labradores que se llaman á gritos, niños que lloran, dos amantes que hablan bajo un árbol, ó un anciano que vuelve á su casa murmurando oraciones. Por aquí ladran perros, por allá rechinan carretas; en el río golpea sordamente el remo de la barca pescadora; en el monte resuena la bocina con que el Labrador ahuyenta al jabalí, y los humildes campanarios de las aldeas mezclan también á estos ruidos sus armonías, haciendo sonar el fúnebre toque de ánimas, ó el lento pulsar de la agonía.

Era ya entonces media noche, y nada se oía. Solo por los emparrados caminos discurrían como fuegos fatuos manojos de paja encendida, que sirven de antorchas á aquellos aldeanos. Brillaban las luciérnagas entre la yerba; brillaban los charcos en las praderas, y las pálidas cortezas de algunos abedules brillaban también con cierta blancura fantástica, como troncos de plata.

En breve se presentaron otros objetos á los ojos de Luciano. Al lado de su camino se alzaba la iglesia de la aldea. Él no era supersticioso: había tal vez mucha religión en el fondo de su pecho, muy poca en su cabeza; y su piedad era más bien sentimiento que creencia. No obstante, al cruzar de noche ante los umbrales de un templo, experimentaba diversa sensación que ante las casas de los hombres, y su alma se elevaba; pero entonces se estremeció. Un vivo resplandor iluminaba la reja de la puerta: parecía que la iglesia estaba alumbrada, y salía de ella una especie de canto monótono y apagado. Á través de aquel resplandor pasaba á veces una sombra

informe que le eclipsaba. Luciano se acerca sin embargo. Aún piensa que aquellas sombras, aquellas luces y aquellas voces podían ser los terrores de la infancia, que despertasen y revoloteasen por su imaginación despavorida. Mas ¡ah! no son siempre visiones las creencias populares; no siempre hay quietud en la mansión de los muertos. No son ilusiones lo que Luciano siente: retumban dentro de la iglesia tres golpes dados con una fuerza espantosa que estremece todo el suelo.... síguelos un resuello profundo y fatigado.... Luciano se huela; su cabello se eriza; su sangre se pára. —“No hay duda, exclama; las tumbas se abren.... Oigo ya el ronquido de los muertos.” —Y haciendo la señal de la cruz, huía; pero aquellos tres golpes se repetían a cada momento.

—“Sí, continúa sin aliento; hoy me persigue un Génio infernal.... hoy me oprime el cielo con el peso de sus prodigios.... La tierra misma me quiere tragar, y tiembla bajo mis pies. Mansión de la virtud y de la inocencia, mansión de Eulalia, protégeme.... escóndeme.... ya no busco en tí el amor.... busco el amparo; busco.... la calma.... ¡Eulalia!.... ¡Eulalia! librame de las iras del cielo.”

Eulalia ya podía escuchar sus plegarias.... Luciano está á sus umbrales.... Detiénese un momento, y aplica el oído con triste curiosidad, como si en la casa de su querida hubiera de hallar también rumores siniestros. Pero nada oye: en aquella mansión de vivos reinaba más tranquilidad y silencio que en la morada de la muerte.

Luciano rodéa la casa hasta ponerse bajo la propicia sombra de una parra, por cuyos puntales solía trepar á la ventana hospitalaria. Otras noches le daba el amor ligereza; ahora se la dá el pavor, el sobresalto. Huye mas bien que trepa; huye del suelo, donde cree ver abrirse

una tumba, y está ya en el suspirado dintel. No necesita pulsar; la ventanilla cede á su impulso, como siempre que se le esperaba. Abre, entra, y tiende su vista por la oscura estancia.... ¡Santos cielos!.... Á la escásima luz que traspiraba la noche, y que no alteraba la negrura de las tinieblas, refléjase en el aire, en medio del aposento, aquel extraordinario brillo.... la espantosa figura de plata.

Luciano se abalanza á ella, y no la halla; ya no la ve; desapareció. Cree, no obstante, percibir más cerca otra blancura.... se aproxima asustado.... Pero ¡ilusión! ¡delirio dulcemente desvanecido! Es el lecho de su amada; el lecho donde Eulalia dormía, es el que detiene sus pasos.... el tacto sólo de la almohada donde reposa su frente templó el ardor de su pecho y hace una revolución en su fantasía. Poco ántes le sobresaltaba el terror que por todas partes le iba siguiendo; ahora casi extraña la tranquilidad que allí reina. Aquella tranquilidad le conmueve; el sueño profundo de su querida le enternece, pero no con la ternura del amor. Luciano entonces no era capaz de transportes ni de caricias. Un respeto religioso le contiene; sus manos se apartan del lecho como de una cosa santa; y cruzados los brazos, y fijos los ojos, contemplaba á oscuras á Eulalia como si la mirase, y la hablaba como si ella le oyese.

“Duermes, dulce adorada mía, duermes, exclama.... duermes tranquila, mientras en mi seno ruge una tempestad.... Duermes, y me esperabas.... Ni la inquietud te desvela, ni el amor.... ¡Ay! no.... yo no estoy celoso de tu sueño.... Tú me amas; pero eres inocente: crees en mi honor, y crees el tuyo seguro.... Duermes esperándome, como dormirías en mis brazos.... Tu sueño no es el de la

indiferencia, sinó el de la virtud..... Y á mí me cercan los terrores del delito..... Sí..... yo soy criminal.... La inocencia no siente esta inquietud, este espanto..... La inocencia duerme..... ¡qué tranquilamente!.... casi no se oye su aliento..... Reposa, hechicera criatura, reposa: yo no te despertaré..... ese sueño te hace sagrada..... para siempre!.... sí..... yo quiero ser virtuoso..... yo expiaré mi crimen..... Ese sueño me revela un gran secreto..... yo te amaré como tú me amas..... yo no turbaré jamás tu inocencia, ni tu sueño..... lo juro..... sí..... lo juro!.... por el mágico brillo con que hoy hirió mis ojos la espada de la justicia divina; lo juro por el sagrado terror que me persigue, por la voz de los muertos, por el ruido de las tumbas, que aún me estremece..... y por tu sueño!"

Diciendo así, había tendido la mano sobre el pecho de Eulália en ademán solemne, como para confirmar su juramento; y el cielo puso también en ella el signo sagrado sobre el que los mortales suelen jurar. Sus manos tocaron una cruz..... y como si esta cruz fuese inflamable, la estancia se iluminó. Luciano cerró involuntariamente los ojos á esta luz, y nada vió: sintió solamente que un sér humano había penetrado en la estancia. Este sér dió un grito terrible, dejó una antorcha, y desapareció. Luciano abre los ojos, mira, y los vuelve á cerrar; ha visto ya la figura de plata, y ha caído de rodillas..... ¡Ah!..... quisiera haber quedado ciego en aquel momento!.... pero al fin cede á su destino, y mira otra vez..... ¡mirada funesta!.... ¡Vision terrible! Ya está patente tu misterio..... Lecho de amor, gracias de la inocencia, tranquilidad de la virtud..... encantos de la hermosura..... todo desapareció ante aquella mirada horrorosa. El brillo fantástico es ya un objeto real..... las voces del templo tienen eco..... la in-

quietud de Luciano ha cesado..... su juramento se ha cumplido!.... Eulália..... Eulália allí está..... pero está muerta!.... su cadáver yace tendido en el negro féretro..... y á su cabecera brilla y centelléa ante los ojos atónitos de Luciano el águila de los funerales, el lábaro brillante de la muerte, la cruz parroquial, la terrible cruz de plata.

Luciano tenía otra mano entre sus manos, la que había hallado sobre el seno de Eulália. Estaba de rodillas; sus ojos clavados miraban alternativamente á aquella cruz de plata, y á aquel rostro de cera. Su color era más pálido que el de su amada, y estaban más desfiguradas sus facciones. Sobre la frente angelical de Eulália reposaba toda la belleza de que es capaz la muerte; en el semblante de Luciano se pintaba todo el espanto que puede sentirse en la vida. Eulália no era más que un cadáver; pero Luciano parecía un alma réproba que se presenta ante el Supremo Juez; y si en aquel momento fuera capaz de desear alguna cosa, hubiera deseado tenderse en aquel féretro, al lado de su querida, y quedar allí muerto.

Pero estaba inmóvil. Solo algunas veces apretaba á su pecho la cruz que asía con violencia. Sus ojos no se alzaban un instante de aquellos objetos terribles, y sus labios pronunciaban maquinalmente las últimas palabras de su voto funesto. "No turbaré tu sueño..... lo juro por la voz de los muertos, por el ruido de las tumbas!"

Hubiera permanecido así toda la noche; pero una nueva sorpresa le sacó de su letargo. Al grito agudo de la persona que había entrado en la estancia de Eulália, otros cien gritos de pavor habían respondido, y Luciano sentía que se acercaban al aposento. Pero las personas que los proferían no se atrevieron á entrar. Sus alaridos se convirtieron en oraciones: un sacerdote las dirigía, y

prosternadas á la puerta de la estancia, respondían en alta voz á sus preces, y golpeaban sus rostros. Luciano oyó desde su profundo éxtasis aquella espantosa gritería: en medio de sus confusas plegarias distinguía solo: «¡Jesus, Jesus, Jesus!.....» y cesaban un instante, y luego la voz del sacerdote hacía llegar á su alma estas tremendas palabras: «Huye, espíritu de perdición; huye, enemigo infernal, á tus eternos abismos.»

«Ya huyo, dijo con voz sepulcral Luciano, poniéndose en pié.... ya huyo!—» Y á este acento cadavérico, á este aullido de muerte, se prosternaron de nuevo, y se estremecieron, y prurupieron en un ¡ay! mil veces repetido, en un alarido de espanto.

Luciano pensó realmente que hablaban con él; se creyó un momento un génio infernal, y quiso huir; pero al despedirse de aquellos queridos restos, se despertó en medio de su terror un sentimiento de ternura. Inclínose respetuosamente sobre aquel cuerpo aún hermoso; miró aquella frente de marfil, ceñida de flores como la de una víctima santa, y un transporte de amor fúnebre ardió en su corazón.—Oh hermosa mía, exclamó, yo te abrazaré al fin sin quebrantar mi voto..... Ven á mis brazos, cadáver adorado..... mis últimas caricias no turbarán tu inocencia..... ni tu sueño!.

Tendió en efecto sus brazos; sus manos acariciaban las heladas mejillas de Eulália, y estrechó á su pecho aquel seno que no palpitaba ya..... En aquel abrazo aún había ilusión de amor, aún había sombra de placer..... y aquel deleite espantoso le hizo exhalar un suspiro que fué un grito de terror..... Sus lábios se inclinaban sobre los labios que no respiraban ya; pero en aquel momento sus ojos se clavaron de nuevo sobre la cruz de plata, y

volvió á sentir su mágico espanto. Aquella caricia le pareció horrorosa y criminal. Sus lábios se detuvieron, y sus manos se elevaron al cielo. Volvió á poner la cruz sobre el pecho de Eulália, y volvió á exclamar en alta voz: «Ya huyo, ya huyo..... no me atormentéis más, voces del cielo..... Ya os dejo á Eulália..... ya no turbaré su sueño..... ya huyo!.....»

Y huyó en efecto. Desesperado, herido por los rayos del cielo, ardiendo como un precito, y despavorido como un malhechor, se descolgó por la ventana con la rapidez de una sombra. Las voces ¡Jesus, Jesus! atronaban sus oídos, y le empujaban afuera del funesto aposento. El último objeto que vió aún al descender, fué el brillo fatal de la cruz de plata.

Sin embargo, no era solo el terror lo que le alejaba de aquel lugar,.... no. El hubiera permanecido toda la noche al lado de aquel cadáver; hubiera gozado en su desesperación; y ni los temores de este mundo, ni las visiones del otro le hubieran apartado. Pero Luciano era virtuoso aún, y amaba; amaba el alma de aquellos despojos; amaba el nombre y el honor de Eulália, como una cosa pura en la vida, y sagrada en la muerte; hubiera mancillado su reputación permaneciendo allí, y tuvo bastante fuerza de alma para pensarlo. Aquella reflexión era sin duda más fuerte que todos los sentimientos y todos los terrores, y huyó. Huyó por amor, huyó por virtud, huyó porque su destino no estaba aún cumplido. Había visto á su amada; faltábale ver á su víctima.

Siguiendo el camino de la iglesia, divisa de nuevo el terrible resplandor; pero entónces, en vez de repelerle, le fascina, y le atrae como los ojos del dragon. Corre despedido, como un guerrero vencido ya, que busca la muer-

te; empuja la puerta del templo, y entra.... No vé fantasmas, ni cadáveres.... Un hombre está solo en medio de la iglesia, sentado sobre la enlutada mesa de los ataúdes. Á su lado se alzan los candelabros negros de los muertos, coronados de antorchas amarillas.... Una sólo está encendida.... Los vestidos del hombre eran rústicos, su semblante macilento, su fisonomía tristemente estúpida; tenía en su mano una botella, y bebía tranquilamente, cual si estuviera en un festín. Aquella tranquilidad era espantosa; parecía un Génio de muerte sorbiendo á todo su sabor la sangre de los humanos. Pero aquel sér tan familiarizado con los muertos, se aterrorizó á la vista de un vivo: sobrecogido delante de Luciano, que se acercaba silencioso, corrió á echarse á sus piés.

—¿Quién sois? dijo Luciano con voz seca. ¿Qué haceis aquí á estas horas?

—Señor, respondió todo temblando el hombre del templo; soy..... un pobre..... soy..... ya lo veis.... (diciendo esto le mostraba una sepultura abierta.) Todo el día estuve ganando mi sustento en el campo..... he tenido que hacer esa sepultura de noche..... ahora mismo..... estaba descansando de mis fatigas..... soy un pobre, señor.....

—¿Y para quién es esa sepultura?

—Para Eulália.....

—¿Y quién mató á Eulália?...

—¿Quién la mató?... Señor..... nadie..... ella..... Dios..... una fiebre..... un pesar.....

—¿Un pesar?...

—Sí, dicen que un jóven, un caballero.....

—¿Qué?...

—Un jóven, un caballero la seguía. Sus Padres lo supieron, temieron por ella, y la amenazaron..... ¡Oh señor!

con mucha razon;.... con aquella desventurada amistad, un maligno espíritu se habia apoderado de la jóven..... No comía, y enflaquecía, y se esqueletaba, como si interiormente la quemasen..... Diz que algunas veces se habían visto en torno de su casa apariciones extrañas..... pero al fin..... Dios se la llevó!..... Sus padres volvieron á reñirla, y á castigarla, y á encerrarla..... y mañana la enterraré. Murió en tres días..... murió de pesar;.... pero murió como una santa. Ya está allá rogando por nosotros.

Enmudeció el hombre del templo, y Luciano enmudeció tambien. Trémulo, lento y abatido, como si llevase sobre los hombros la bóveda de la iglesia, se adelanta á la vacía huesa, y se prosterna. Entónces sí que sentía todo el peso del cielo! Hasta aquel momento habia experimentado los terrores de la imaginacion, los dolores del infortunio; pero ahora le oprimía el remordimiento, sufría el horror del crimen. Aquel instante fuera del templo hubiera sido el más cruel de la noche; pero allí habia un altar; la presencia divina animaba aquel recinto; y Luciano conoció al fin que, si el hombre puede consolar sus desgracias con los hombres, los tormentos que causa el delito sólo hallan alivio ante Dios. Oró, sí. —Oraba con toda el alma, con todo su sér. Sus ojos medían toda la profundidad de aquel sepulcro; su mente sondeaba los abismos de la eternidad, y sus suspiros parecían decir al cielo: "No, no te ruego por esa alma que ya descansa en tu seno; te ruego por la mía, por esta alma criminal, por la tranquilidad de este corazón homicida. Gran Dios, ya sé porqué son delitos las pasiones..... ya estoy horriblemente convencido; pero ya estoy castigado. Eulália, ruega por mí! Mira cómo se elevan al cielo las manos que excavaron tu sepulcro..... mira cómo le riegan con

sus lágrimas los ojos que te han fascinado, los ojos que te han dado la muerte."

Lloraba entonces en efecto; lloraba á torrentes, y este llanto era ya un beneficio. No habia llorado aquella noche, ni hubiera podido llorar sinó en un templo. Aquel llanto era de dolor, de penitencia, y en él habia tambien ternura, amor, alivio; pero consuelo, no.

El sepulturero, que observaba atónito á Luciano, le advirtió que ya se veía la estrella de la mañana. Luciano dejó el templo, y se fué lentamente al albergue de su colono, que dormía tranquilo. Al verle así, repitió aquellas tremendas palabras: "No turbaré tu sueño." Estremeciéndose, dejó sus armas, y volvió al campo.

Errante entre los árboles vió amanecer; vió la alegría de la naturaleza, con todo el horror que causa en los pechos ulcerados. Las aves cantaban como cantan en todas las mañanas hermosas; pero él sólo oyó el fúnebre tañido de las campanas. Arrodióse, y oró. Oraba aún cuando salió el sol: su vista se dirigió involuntariamente á él como la de un niño á la luz; pero tampoco le vió. Sobre la colina donde se alzaba su lumbre, sus ojos hallaron la Peña de la Cruz, y quedaron clavados en ella llorando. Aquella mañana del día anterior era ya una memoria. Aquellos placeres le parecía haberlos disfrutado allá en tiempo muy remoto. Habia vivido en una sola noche una vida entera, y se acordaba de aquella mañana, no como un anciano que recuerda complacido un día bello de su juventud, sinó como un moribundo á quien atormenta la imagen de sus antiguos placeres.

Las campanas volvieron á sonar, y se levantó. Pensaba asistir á las exequias de Eulalia, y se dirigió á la iglesia. Á pocos pasos llega á sus oídos un canto fúnebre, y una

bandera negra ondea á través de los árboles. Adelántase.... Mas ¿porqué vuelve la cabeza de repente? ¿Porqué desaparece apresurado? ¿Porqué huye por los campos como un malhechor? ¿Porqué vé despavorido sombras y espectros en derredor de sí?... ¡Ah!... Hirió sus ojos el brillo de la cruz de plata.... y no pudo mirar más!

Luciano no murió, ni estuvo visiblemente enfermo; pero fué más desgraciado, porque quedó triste para siempre. Su melancolía se hizo un delirio, y su cabellera de veinte años se llenó de canas. Los consuelos de la amistad pudieron restituirle la razón, pero la alegría.... no. Aquella noche tiñó de negro toda su vida.

Jamás se le vió despues en un festejo; jamás mujer alguna obtuvo de sus ojos una mirada de amor; jamás en sus solitarios paseos volvió á la aldea de Eulalia. Pero algunas mañanas trepaba á la cumbre de donde habia dirigido aquella mirada fatal. Otras veces se le veía en el puente, en la playa, ó en la vega, mirando absorto la Cruz de la Peña. Vagaba con frecuencia por las iglesias, y asistía á los funerales. En las noches oscuras del verano las aldeanas solian oír entre las arboledas un canto dulce y húbubre que entonaba un fantasma. Aquel fantasma era Luciano. Habia puesto á la cabecera de su lecho una cruz de plata cubierta con un velo. Todas las noches la besaba de rodillas.... y no dió otros besos en su vida!

DEL MOVIMIENTO LITERARIO EN ESPAÑA

EN 1837.¹

I.

Extraño espectáculo ofrece, sin duda, á los ojos del observador filósofo el movimiento literario que en España se nota, y la multitud de producciones poéticas que diariamente ven la luz pública, precisamente en una situación y en circunstancias que parece debían estar reñidas con todo lo ideal, con todo lo bello. Trabajada la nación por una guerra larga y sangrienta; cuando de un ángulo al otro de la Península no se oyen más que alaridos de muerte, llanto de orfandad y quejidos de miseria; cuando resuena tan estrepitosamente la gritería de las controversias políticas, y sopla tan embravecida sobre ésta sociedad despedazada la tormenta, que acompaña siempre á los angustiosos periodos de crisis y de transición de los pueblos, entónces es cuando la literatura sacude el polvo de vejez que la cubría, cuando sobre el teatro español reverdecen los laureles que se habían secado sobre las tumbas de Calderon y de Moreto, y cuando por todas partes, mezclado al toque del clarín y al grito de alarma,

¹ Artículos insertos en el *Museo Artístico Literario*, que se publicaba en Madrid en dicho año.

se eleva y distingue el dulce canto de los poetas, como una solemne protesta contra las atrocidades de que, en mengua de la civilización, somos testigos; como una voz de consuelo que nos advierte que la hora de la barbarie aún no ha llegado; que aún hay fé y creencias en el seno de la sociedad; que el instinto de lo bello no se ha perdido todavía, y que detrás de la aparente disolución que nos circunda, los primeros albores de la reorganización y de la vida social despuntan sobre el horizonte. Una generación naciente de literatos se eleva, una generación decrepita de políticos se hunde, y una generación varonil de guerreros peléa. Los principios abstractos y el prestigio de una política infecunda se desvirtúan; las cuestiones prácticas y los encontrados intereses materiales combaten; y la inteligencia, el orden y la belleza vuelven á revestir la forma que en todas las sociedades nacientes han tomado la forma de la poesía, la voz del canto, el fuego de la inspiración, la irresistible fuerza de la armonía.

No pretendemos nosotros en este artículo hacer una composición poética más. No queremos dar una importancia exagerada á la literatura contemporánea, muy distante sin duda de la perfección, apartada tal vez de su camino. No somos despreciadores de la política, ni hacemos una abstracción pueril de los intereses sociales, de las graves y serias cuestiones que se discuten en el foro y en el gabinete: el que traza estas líneas consume casi todas las horas de su día en áridas tareas, que á esas cuestiones y á esos intereses atañen. Solamente queremos consignar un hecho, y darle todo el valor que en sí tiene. Y nosotros, que tomamos en serio todos los hechos sociales, y que vemos un fin en todas las tendencias de los

pueblos; nosotros, á quienes nada de lo que afecta á una porcion considerable de la sociedad, parece despreciable ó perdido, no queremos dejar pasar sin advertirla y consignarla, esa reaccion poderosa del espíritu literario que presenciamos, y esa no ménos poderosa inclinacion que en las clases más entendidas ha nacido hácia las nuevas producciones de nuestra literatura. Nosotros queremos alejar de estos estudios y de esta inclinacion la apariencia de futilidad y lijereza de que hombres verdaderamente fútiles y lijeros la culpan y tachan; nosotros aspiramos, en fin, á deducir de un hecho evidente y fecundo consecuencias transcendentales para el porvenir de nuestra Patria, á cuyos más positivos intereses enlazamos nosotros los intereses de la literatura.

Porque se le ha hecho un grave cargo á la juventud, de su esterilidad y de su abandono; se ha pretendido ridiculizar su tendencia ideal y poética, en medio de un siglo tan eminentemente material y positivo, y ha sido mirada por muchos con una especie de compasion despreciativa la aparicion simultánea de tantos jóvenes literatos, la creacion de tan bellos dramas, la inspiracion de cantos tan dulces ó fantásticos, y finalmente, la publicacion de cuatro ó cinco periódicos exclusivamente literarios, en una capital en que no pasan de otros tantos los periódicos políticos.

Nosotros no contestaremos á esa inculpacion sino con un hecho. Estos periódicos se sostienen: uno de ellos, á la segunda semana de su aparicion contaba cerca de seiscientos suscritores; los teatros se llenan de bote en bote siempre que se anuncia una nueva pieza dramática original; los cantos de los nuevos vates son recitados, leídos, declamados, aplaudidos y criticados en todos los círculos de

la sociedad culta, y todas las imaginaciones se agitan con una comezon poética, que si por lo comun no produce más que obras informes y efímeras como el dia en que nacen, es un síntoma harto claro de la fermentacion que precede siempre á una nueva era literaria. Existe, pues, una tendencia marcada de este género en la sociedad española: los espíritus gravitan, por una inclinacion irresistible, hácia esta clase de estudios, y las producciones que aparecen no son más que la fórmula más ó ménos exacta de las ideas que abriga la generacion que nace, el himno de amor y de ilusiones que preludia un pueblo que despierta á la vida de la inteligencia y del sentimiento, la expresion de una necesidad vivamente sentida que se agita aun en las primeras y vagas tentativas de comunicarse y de satisfacerse.

Reconocido este hecho, no nos detendremos á examinar los extraños, si bien naturales síntomas con que aparece, y las consecuencias que de él se deducen. Este trabajo, ó es superior á nuestra inteligencia, ó nos conduciría á cuestiones muy difusas, y al parecer muy ajenas del asunto que tratamos. Tal vez en otros artículos, si para ello nos dá lugar la multitud de otras graves y asiduas tareas que nos cercan, presentaremos más detalladamente algunas de las consideraciones que diariamente nos sugiere la comparacion de nuestro estado social, de nuestra revolucion política y de nuestra nueva existencia literaria. Bástanos consignar desde ahora la relacion que média entre estos grandes intereses, no ménos íntima á nuestros ojos que el lazo que liga entre sí la vida física, intelectual y moral de los individuos. Por eso escribimos; por eso cantamos; por eso combatimos; por eso nos atrevemos á dogmatizar; por eso recogemos y damos al pú-

blico las producciones que en nuestras columnas se insertan.

Y no enunciamos esta verdad y esta convicción para dar mayor importancia á nuestros trabajos; que servirá sólo para imponernos nuevas y graves obligaciones. Pues que consideramos á la literatura con un fin social, á un fin, digno de la actual sociedad y de la grande obra á que ésta es llamada, debemos dirigirla: pues que vemos en ella el reflejo de sus ideas, con relacion á la inteligencia y la filosofía de la humanidad, debemos considerarla; ya que ella debe ser la expresion de sus sentimientos y la fórmula de sus creencias. Nosotros no debemos aspirar á pervertirla, á corromperla, á desnaturalizarla, á convertir en instrumento del Génio del mal la lira armonizadora del Génio que ilumina y crea; ni á verter, trocado en veneno disolvente y corrosivo, el bálsamo celestial que la Providencia derrama sobre las sociedades moribundas é infestadas, para infundirles nuevas fuerzas, para cicatrizar sus heridas, para purificar la sangre de sus venas, y para restituir la alegría y el consuelo al seno de los pueblos afligidos y desesperanzados.

Acaso nuestra nacion está en ese período, y acaso en ninguna otra deba ser más influyente la poesía en el estado social, porque en ninguna otra es un medio tan natural de comunicacion y enseñanza.

II.

Todas las naciones de Europa han tenido en estos dos últimos siglos hombres grandes y génios colosales, que las han civilizado con su talento, y que han asentado con

sus doctrinas, y sellado tal vez con su sangre los eternos principios de la verdad, justicia, libertad y religion, afirmando en tan sólidos cimientos la paz y la dicha futura de los pueblos. El siglo actual ha producido ya nuevos Génios, á quien la humanidad debe nuevos beneficios, la filosofía nuevos descubrimientos y las artes nuevos tesoros.

España, en tanto, ha parecido como extravasada del movimiento intelectual; en España no se ha levantado un génio; España no cuenta un filósofo; España ha aprendido poco, y no ha creado nada. Y en esta España se eleva al mismo tiempo una generacion de artistas y un coro de poetas: en medio de la aparente esterilidad de los pensamientos, brota con una fecundidad maravillosa la más lozana y vigorosa creacion de versos sublimes, de trovas delicadas, de sentidas elegías y de dramas caballerescos y profundos, que prometen hacer olvidar en breve las producciones de la nueva escuela extranjera, y elevar nuestra poesía al rango preferente que en otro tiempo obtuvo.

Nuestro génio es la imaginacion; nuestra filosofía la literatura: lo que en otras partes es amor á la verdad, es en nosotros entusiasmo por la belleza; lo que en otras naciones es actividad de producir, es en la nuestra ansia de gozar, ó más bien placer de sentir. Este suelo produce espontáneamente versos y flores, y bajo este cielo privilegiado, bajo las influencias de un clima meridional y de un temperamento árabe, los españoles más se entregan á lo vagaroso de las Musas que á lo positivo de las artes; más gozan en cantar que en aprender; más que los aplausos de la tribuna les embriagan de gloria los triunfos del teatro.

¡Y qué! Este fenómeno constante, ¿debe ser perdido

para el observador filósofo? ¿No debe ser apreciado como un hecho, como un dato en los cálculos de nuestra civilización y progreso? Y porque no esté en consonancia con la marcha de las otras naciones, ¿debe ser despreciado, debe ser tenido por una calamidad, ó contado en nada para la obra del político? Nosotros no lo podemos creer. Los instintos de los pueblos se dirigen; pero no se contrarian. Los instintos de los pueblos son obra de la Providencia, y entran en el cálculo de sus fines; y medio de la Providencia puede ser, y en el cálculo de sus fines ha entrado y puede entrar todavía, el que así como hay naciones que se regeneran por las ideas, otras se regeneren por los sentimientos, y que el principio de vida social que se inculca en unas por el apostolado de las doctrinas, sea infundido en otras por la inspiración del canto. La Providencia, como el General de un vasto ejército que lleva las tropas de la humanidad á través de la cordillera de los siglos, puede comunicar sus órdenes y dirigir los combinados movimientos de sus divisiones, ora por la voz de los intérpretes de su inteligencia suprema, ora por los armoniosos toques de su música y de sus bardos.

¡Ah! Si esto no fuera cierto, ¿qué desconsolados quedaríamos al tender la vista por nuestra Pátria! ¿Dónde hallaríamos un punto luminoso que nos anunciara el sol que ha de alumbrar el oscuro horizonte de nuestro misterioso porvenir? Si no nos animara esta fé, ¿cuál podría ser nuestra esperanza?

No nos importa que pueda estar lejana esta época, y que sea muy lento el trabajo necesario para elevar nuestra literatura hasta el punto de influir poderosa y saludablemente sobre la sociedad, y ejercer de lleno sobre ella

su acción fecunda y civilizadora. El impulso está dado, y el movimiento no se parará. Acaso todas las producciones que ahora aparecen, desaparecerán como informes embriones y confusos bosquejos, ante obras más armónicas y dotadas de más perfecta vitalidad. Romperánse acaso, y se desharán como tipos incompletos, como postizos andamios, para que edificios nuevos se eleven y duren: acaso no está aun hallado el principio que ha de presidir á la grande obra de nuestra regeneración literaria, y nos agitamos á ciegas buscándole en una confusión parecida á la anarquía. Pero el movimiento existe, el deseo existe, el doloroso trabajo que precede á la creación existe, y el calor literario se hará fecundo, y la inspiración vendrá, y el principio se formulará, y los bosquejos se harán modelos, y los edificios se levantarán magníficos, colosales, eternos; y nuestra España se rodeará de la aureola de gloria y de la atmósfera de armonía y perfumes de que necesita para respirar y vivir, y sin la cual se asfixia y se muere.

Y nosotros que para este santo fin trabajamos, no consideremos nuestras tareas como fútiles y vanas, como una obra de mero pasatiempo, como una obra de circunstancias, como un paseo en que nos es permitido vagar sin rumbo y sin objeto. No: para nosotros hay un porvenir, un sistema y un destino providencial; tenemos un estadio que es preciso recorrer; una meta que es preciso tocar; y no importa que nos estrellamos. En la lucha está la gloria, y en el intento el valor: otro carro pasará sobre nosotros, y llegará al término apetecido, y pondrá la corona de su triunfo á los pies de la humanidad, en cuyo nombre lidia. No: nosotros no somos los bufones del mundo ni los juglares de sus pasiones; que debemos ser

sus bardos. Cuando en el corazón de la sociedad hay egoísmo, y prosa, y materia muerta, nosotros no debemos ser sus imitadores, no; que la poesía no es arte de imitación, por más que bárbaramente se la haya así proclamado. Buscar debemos en el cielo inspiraciones de virtud, esfuerzos de abnegación, imágenes de ideal belleza, y presentarlas á la sociedad, como modelos que ella debe imitar, y en cuya dirección debe elevarse, ya que no le sea dado llegar á su altura.

Y cuando la sociedad se despedaza, cuando los fundamentos de todas las instituciones se conmueven y se desmoronan, cuando todas las creencias se destruyen, cuando todos los afectos del corazón se secan, cuando los mezquinos intereses del egoísmo y las miserables pasiones personales toman la voz y ocupan el lugar de los intereses públicos; cuando la libertad está en todos los labios y la tiranía en todos los corazones; cuando la sangre corre, y los campos se talan, y los pueblos se incendian, nosotros no debemos asociarnos á esa política sangrienta, á esa obra nefanda de desolación y de ruina, ni azuzar con nuestros acentos la saña de los vencedores, escarnecer la aflicción de los vencidos. No: precisamente entre estos horrores, nuestro deber y nuestra misión es dirigir una voz de consuelo á esta sociedad, que nos lo agradecerá con lágrimas, y distraerla de su aflicción con himnos de paz y tonos de dulzura, como se hace oír una música armoniosa á un enfermo doliente y postrado. Y cuando haya cesado la lucha, y tras la obra de destrucción sea preciso edificar y construir, entonces nos asociaremos con más esperanza y con más intimidad á trabajos de reorganización, y á empresas dignas de un nuevo siglo, que tiene que lucir para esta nación sin ventura, si el cielo en

su cólera no ha decretado que sea borrada del libro de la vida. Así, cuando Hércules hubo purgado el suelo de los monstruos que disputaban su vivienda al hombre, Orfeo elevó sobre aquel mismo suelo ciudades poderosas con sólo el poder del pensamiento, de la inspiración y de la lira.

PRÓLOGO

A LAS OBRAS POÉTICAS

DE DON JOSÉ ZORRILLA.

Era una tarde de Febrero. — Un carro fúnebre caminaba por las calles de Madrid. Seguíanle en silenciosa procesion centenares de jóvenes, con semblante melancólico, con ojos aterrados. Sobre aquel carro iba un ataúd; en el ataúd los restos de Larra; sobre el ataúd, una corona. Era la primera que en nuestros dias se consagraba al talento: la primera vez acaso que se declaraba que el génio es en la sociedad una aristocrácia, un poder. La envidia y el ódio habian callado; los hombres de la moralidad dejaban para despues la moral taréa de roer los huesos de un desgraciado, y nadie disputaba á nuestro amigo los honores de su fúnebre triunfo. Todos tristes, todos abismados en el dolor, conducíamos á nuestro poeta á su capítolio, al cementerio de la puerta de Fuencarral, donde las manos de la amistad le habian procurado un nicho. Un numeroso concurso llenaba aquel patio pavimentado de huesos, incrustado de lápidas, entapizado de epitafios; y la descolorida luz del crepúsculo de la tarde daba palidez y aire de sombras á todos nuestros semblantes.

Cumplido ya nuestro triste deber, un encanto inexplicable nos detenía en derredor de aquel túmulo; no podíamos separarnos de los preciosos restos que para siempre

encerraba, sin dirigirles aquellas solemnes palabras que tal vez oyen tambien los muertos ántes de adormecerse profundamente en su eterno letargo. Entónces el Sr. Roca de Togores, levantando penosamente de su alma el peso de dolor que la oprimia, y como revistiéndose de la sombra del ilustre difunto, alzó su voz. Larra se despidió de nosotros por su boca, y nos refirió, por la vez postrema, la historia interesante de sus borrascosos, brillantes y malogrados dias.

En aquel momento nuestros corazones vibraban de un modo que no se puede hacer comprender á los que no lo sientan; que los mismos que lo hayan sentido lo habran ya olvidado; porque de los vuelos del alma, de los arrebatos del entusiasmo, ni se forma idéa, ni queda memoria; que en ellos el espíritu está en otra region, vive en otro mundo; los objetos hacen impresiones diversas de las que producen en el estado normal de la vida; el alma vé clara los misterios, ó créee, porque lo siente, lo que tal vez no puede comprender. Se vé entónces á sí misma, se desprende, y se remonta del suelo; conoce, vé, palpa que ella no es el barro de la tierra; que otro mundo le pertenece; y se eleva á él, y desde su altura, como el águila que vé el suelo y mira al sol, sondéa la inmensidad del tiempo y del espácio, y se encuentra en presencia de la Divinidad, que enmedio del espácio y de la eternidad preside. Entónces no se puede usar del lenguaje del mundo, y el alma siente la necesidad de otra forma para comunicar lo que pasa en su seno.

Tal era entónces nuestra situacion. No era sólo amistad lo que sentíamos; no era tampoco meramente la contemplacion profunda de aquella muerte desastrosa, de aquella vida cortada en flor, la vista de aquel cementerio,

la inauguración de aquella tumba, la serenidad del cielo que nos cubría, la voz elocuente del amigo que hablaba; no era exclusivamente nada de esto; era todo reunido, ó más que todo esto, para elevarnos á aquel estado de inexplicable magnetismo en que en una situación vivamente sentida por muchos, parece que se ayudan todos á sostenerse en las nubes. ¡Ah! Pero nuestro entusiasmo era de dolor. Llorábamos—sábenlo el cielo y aquellas tumbas!—y al querer dirigir la voz á la sombra de nuestro amigo, pedíamos al cielo el lenguaje de la triste inspiración que nos dominaba, y buscábamos en derredor de nosotros un intérprete de nuestra aflicción, un acento que reprodujera toda nuestra tristeza, una voz donde en comun concierto sonasen acordes las notas de todos nuestros suspiros.

Entonces, de enmedio de nosotros, y como si saliera debajo de aquel sepulcro, vimos brotar y aparecer un joven, casi un niño, para todos desconocido. Alzó su pálido semblante, clavó en aquella tumba y en el cielo una mirada sublime, y dejando oír una voz que por primera vez sonaba en nuestros oídos, leyó en cortados y trémulos acentos los versos que van insertos en la página primera de esta colección, y que el Sr. Roca tuvo que arrancar de su mano, porque desfallecida á la fuerza de su emoción, el mismo autor no pudo concluirlos. Nuestro asombro fué igual á nuestro entusiasmo; y así que supimos el nombre del dichoso mortal, que tan nuevas y celestiales armonías nos había hecho escuchar, saludamos al nuevo bardo con la admiración religiosa de que aún estábamos poseídos; bendijimos á la Providencia, que tan ostensiblemente hacía aparecer un genio sobre la tumba de otro, y los mismos que en fúnebre pompa habíamos conducido al

ilustre Larra á la mansión de los muertos, salimos de aquel recinto llevando en triunfo á otro poeta al mundo de los vivos, y proclamando con entusiasmo el nombre de Zorrilla.

No he recordado aquí aquella tarde por el placer de describir una escena grande y poética. Más poética y más grande fué seguramente que mi descolorida descripción, aunque en el torrente de las escenas que á nuestros ojos pasan, ya se haya hundido, y ya casi todos la hayan olvidado. El autor de estas líneas no podrá borrarla de su memoria. Entonces empezó á sentir hacia el ilustre poeta á quien la consagra, el afecto que con él le une, y que es demasiado tierno para que no forme época en su vida: entonces empezó el público á conocer las producciones de este ingenio; y la impresión que de ellas ha recibido es demasiado profunda, para que no se marque muy distintamente en los anales de la literatura contemporánea. Pero no ha sido esta precisamente la razón de recordar aquella escena. Yo he tomado nota de ella, y la he consignado al frente de estas páginas, porque aquella original aparición me ha sugerido las reflexiones que voy á hacer sobre la índole y carácter de estas poesías.

Cuando oímos los versos de que acabo de hacer mención, todos los que tuvimos la fortuna de escucharlos, sentimos la inspiración que los había dictado, y comprendimos el idealismo en que estaban concebidos, porque también nosotros estábamos inspirados, y también nuestra existencia vagaba por las regiones de lo ideal y de lo eterno. Nos hallábamos al nivel del autor, á la altura de su mismo genio, y en estado de sentir lo que él tal vez no hizo más que expresar: porque entonces, como

los primitivos poetas, como los bardos en sus banquetes, como Píndaro en los juegos olímpicos, tomaba entusiasmo de nuestro entusiasmo, llanto de nuestro llanto: era el foco del espejo, y reflejábanse en él concentrados los rayos que tal vez de nosotros mismos partían. Así que á nadie pudo ocurrírsele que aquella produccion no fuese natural, espontánea, como su mirar, como su acento, como el color de su semblante y el llanto de sus ojos. Nadie pudo ver en ella la imitacion de tal autor, ó los principios de tal escuela: nadie discutió si era *clásica* ó *romántica*, *oriental* ó *filosófica*. Era una composicion de allí, de aquel poeta, de aquel momento, de aquella escena, para nosotros, en nuestra lengua, en nuestra poesia, en poesia que nos arrebató, que nos electrizó, que comprendimos, y sobre cuyo mérito, género y formas no se suscitaron discusiones ni críticas.

Y sin embargo, el autor la habia escrito algunos momentos ántes de aquella reunion, á solas en su gabinete, sin auditorio que la escuchara, y bajo la inspiracion de su dolor y de su génio. Si á solas tambien la hubiera leído á cada uno de sus oyentes, ¿hubiera producido el mismo efecto? ¿La hubieran hallado tan ideal, tan bella, tan original y tan espontánea? No seguramente. Para uno hubiera sido incomprensible una frase, otro hubiera encontrado exageracion ó falta de verdad en un pensamiento: un oído *fino* hubiera sentido flojo, duro, ó arrastrado algun verso: un entendimiento metódico, observaría la falta de orden, de conexion y enlace entre sus ideas: cuál la tendria por *vaga*, y haria notar que su lectura no dejaba en el alma ninguna idea fija. Y ¿qué más? La mayor parte tal vez, no hubieran visto en ella más que una imitacion de Victor Hugo ó de Lamartine.

Pues lo que hubiera sucedido á aquella composicion así leída, sucede todos los dias, no precisamente con respecto al público, sino con respecto á los inteligentes y críticos, con otras que se han dado á luz. Todas ellas suscitan las mismas vanas y ociosas cuestiones; y solo los corazones sensibles y no gastados, que se entregan de buena fé al ímpetu del sentimiento, y que unísonos desde luego al tono del poeta, vibran con todas las modulaciones de su laud, y obedecen á todos los caprichos de su inspiracion, se encuentran con respecto á las demás poesias de este autor en el caso en que todos nos hallamos cuando su aparicion en el cementerio. Entónces su inspiracion habia volado sola, á donde nuestro entusiasmo voló despues; su inspiracion siguió siempre la misma, tal vez más poderosa, más alta, más fuerte, más profunda; pero no siéndonos siempre posible ponernos en la esfera de su atraccion, vemos á veces sus cuadros desde un punto en que no tienen perspectiva, ó no oímos de su lira más que el ruido de los trastes. De ahí la mayor parte de esas disputas ó críticas: de ahí esas frases incomprensibles para los que quisieran hallar en los versos ecuaciones y silogismos: de ahí ese *gongorismo* para los que piensan que la poesia es solo un medio de hablar, y no un modo de sentir, una manera de ser: de ahí, en fin, la pretension de que estos versos son imitaciones de un autor, ó doctrinas de una escuela, por parte de los que todavia están aferrados en creer que la poesia es *un arte de imitacion*, y que puede ser un método de hacer exposiciones de teorías políticas ó sistemas filosóficos.

Empero los que tienen corazón y alma, y los que saben que con estos, y no con los dedos y con las palabras, se hacen los versos, saben tambien lo que signifi-

can estas impugnaciones, y lo que hay en ellas de verdadero ó inexacto. El autor de este prólogo está muy distante de creer que sean obras perfectas los primeros preludios poéticos del amigo á quien le consagra: el entusiasmo que le arrebató, no le ciega; ha querido sin embargo demostrar cómo muchos de los defectos que se atribuyen á una obra pueden consistir en el modo de juzgarla, y sobre todo, ha querido protestar contra ese tema de qué es imitación y amaneramiento de escuela lo que es tan espontáneo y tan natural como las flores del campo, y como las rocas de los montes.

Siglos hay, sí, que inspiran un mismo tono á todo el que los canta: principios, ideas, y sentimientos generales, dominantes, humanitarios, que presidiendo á una época y á una generación, se reproducen en todas sus obras y bajo todas sus formas. Pero entonces la analogía no es el plágio, la semejanza no es la imitación, ni la consonancia el eco; entonces, por el contrario, la conformidad es el sello de la inspiración y de la originalidad: entonces dos obras se parecen, y distan entre sí un mundo entero: entonces, dos autores se imitan sin conocerse; entonces se notan armonías y correspondencias entre la Biblia y Homero: entonces se copian Shakespeare y Calderón. Es un sol refulgente que reverbera en todos los cuerpos que ilumina: es una luna melancólica que reproduce todos los objetos que baña con sus pálidos rayos.

Sí. El siglo de Byron, de Hugo, de Chateaubriand debe inspirar también á los vates españoles; pero su inspiración no ha de dejar de ser propia y española, como del siglo y de los objetos que canten. Póngase cada uno á mirar sus cuadros á la luz que alumbró: verá tal vez en su fondo el reflejo del cielo que los cubre; pero no

colores prestados de ajena paleta. Fórmese para cada composición un teatro como el del cementerio, y verán todos en ella la inspiración original, la naturalidad, la unción, la verdad, la belleza ideal, y la celestial armonía que creyeron ver en la primera; percibirán clara y luminosamente lo que algunos no comprendieron; se sentirán en la presencia real de lo que tal vez les pareció visión y quimera; les sorprenderá la exactitud de lo que creyeron exagerado, y hallarán por último que lo que afectan llamar romanticismo, no es más que la poesía, la naturaleza, la verdad.

A otra serie de reflexiones dió, además, lugar en mi alma la escena de aquella tarde; reflexiones que algunos no comprenderán tampoco, y que otros muchos comprenderán solamente para fulminar contra ellas el anatema del ridículo, y para acogerlas con la sardónica ironía que entre nosotros se afecta hacia todo lo que no es materialmente positivo y humanamente lógico; hacia todo lo que propende á hacer intervenir al cielo en lo que pasa en la tierra. Yo, empero, que creo en un orden de cosas superior al orden de los fenómenos que á nuestra razón y á nuestros sentidos es dado percibir y explicar; yo, que estoy persuadido de que no se hallan entre nosotros todas las causas de lo que á nuestros ojos sucede; acostumbrado á ver la mano de la Providencia en los sucesos al parecer más insignificantes de la vida, no es mucho que la conozca en aquellas ocasiones en que con más solemnidad quiere como revelarse á nosotros.

Sí; un poeta puede confesarlo: puede decir que cree en las causas finales; que cree en la predestinación, y que cree que si la humanidad toda concurre á la obra que la inteligencia suprema le ha trazado, cada hombre, y so-

bre todo, cada especialidad concurre á un objeto fijo y determinado. Sin esta creencia, el libro del mundo es un enigma incomprensible, y el de la historia es un tejido de absurdos. Fiel á esta creencia, y juzgando que Larra era algo en la tierra; que en esta nacion, en esta agregacion de nulidades donde su existencia descollaba con tanto brillo, no en vano sus producciones habian fijado tan vivamente la atencion pública, y que su pérdida dejaba un vacío, no sólo en la literatura, sino en la sociedad; cuando á orillas del sepulcro del malogrado escritor que nos dejaba, vi brotar el poeta que nacia, el hecho era de demasiado bulto, la aparicion demasiado fatídica para no reconocer en el nuevo génio una mision tan especial como la del primero.

Los presentimientos análogos que hasta ahora he tenido, no han sido nunca vanos; el de aquella tarde no lo ha sido tampoco: los acentos del nuevo bardo sorprendieron desde luego y arrebataron. Agitado de la calentura del génio y de la maravillosa fecundidad de que le ha dotado el cielo, en pocos meses ha lanzado al público una multitud de composiciones, que no pasaron efímeras, como la mayor parte de las fugitivas producciones de nuestros días, ó conocidas sólo de los inteligentes, como las de épocas anteriores. Recibidas ora con admiracion, ora con extrañeza, ora con entusiasmo, ora con desagrado, segun las ideas y carácter de cada uno, no lo han sido nunca con indiferencia. Leídas y releídas, oídas y recitadas por todos; el ánsia con que se buscan los periódicos donde se publicaron algunas, ha obligado á recogerlas en la presente coleccion.

Y no sólo en elogios y alabanzas ha consistido su popularidad. Tambien han sido parodiadas, y puestas en ri-

diculo é imitadas por malos poetas, que es la más infeliz parodia: tambien han sido tachadas de inmorales, de incomprensibles, y hasta equiparadas en algun artículo de periódico á los discursos de varios célebres oradores de nuestras actuales Cortes. Pues bien: esta novedad y admiracion, esas sátiras é invectivas, esas imitaciones de la medianía, y esas hostilidades de la envidia son el grande éxito, la corona del talento, el sello de la especialidad.

Nuestra época se afanaba en producir un poeta que estuviese á su nivel y en armonia con ella; que fuese como el representante literario de la nueva generacion, de sus ideas, de sus sentimientos y creencias. Varios jóvenes, al parecer, con esta esperanza, y con éxito más ó ménos feliz, se habian presentado hasta ahora en la escena, y el público no dejó de vislumbrar en ellos ráfagas de nueva luz, y sentir aliento de nueva vida; pero á la aparicion de Zorrilla ha visto ya el oriente de un astro muy luminoso.

Tibios todavia sus primeros rayos, han despertado en su derredor todo un hemisferio de poesia; y si aun no ha nacido el sol, estrellas muy resplandecientes se eclipsaron ya ante su brillante crepúsculo. Si sus preludios marcan una aurora, sus cantos sellarán una época; si su aparicion ha sido fatídica, su poesia será providencial; si el eco de su voz ha sobrecogido y su primera inspiracion fascinado, muy transcendental y poderosa será la influencia que debe ejercer, y más anchurosa de lo que se cree, la esfera de accion en que debe obrar su impulso.

¿Cuál será, empero, esta accion? ¿Cuál será el desarrollo de este germen? ¿Cuál será este fin?—Yo he podido adivinarlo, pero no me atreveré á predecirlo, porque los arcanos del Destino no se explican, ni los vuelos del génio se calculan. Permitasele, sin embargo, á un alma tam-

bien poética formar esperanzas; y para formularlas y para dar una idea de las conjeturas que sobre lo futuro se presentan á su fantasía, permítasele entrar en consideraciones del aspecto bajo el cual las cosas presentes se ofrecen á sus ojos. La imaginación, la amistad, el entusiasmo podrán ejercer grande influencia en este análisis; pero el corazón, el sentimiento, la fantasía, son el único *método analítico* aplicable á las obras de un poeta.

En el estado actual de nuestra indefinible civilización, la poesía, como todas las ciencias y artes, como todas las instituciones, como la pintura, la arquitectura y la música, como la filosofía y la religión, ha perdido su tendencia unitaria y simpática y sus relaciones con la humanidad en general, porque no existiendo sentimientos ni creencias sociales, carece de base en que se apoye, y de lazo que á la humanidad la ligue. Sin poder proclamar un principio que la sociedad ignora, sin poder encaminarse hacia un fin que la sociedad no conoce, ni dirigirse hacia un cielo en que la sociedad no cree, la poesía, dejando una región en la que no hallaba atmósfera para respirar, se ha refugiado como á su último asilo á lo más íntimo de la individualidad y del seno del hombre, donde aun, á despecho de la filosofía y del egoísmo, un corazón palpita y un espíritu inmortal vive. Pero un hombre, en su aislamiento, es el más miserable y desgraciado de los seres. La Providencia ha hecho necesaria para la dicha y perfectibilidad del hombre la asociación; asociación que no es el agregado de muchos individuos de la especie humana, sino el conjunto de las facultades que en común poseen, la comunión de sus ideas y de sus sentimientos; de la inteligencia y de la simpatía. Mas hay épocas, tristes para la humanidad, en que estos

lazos se rompen, en que las ideas se dividen y las simpatías se absorben; en que el mundo de la inteligencia es el caos; el del sentimiento, el vacío; en que el hombre no ejercita su pensamiento sino en el análisis y en la duda, y no conserva su corazón sino para sentir la soledad que le rodea, y el abismo de hielo en que yace.

Entonces el genio puede volar aun; pero vuela, como el Satanás de Milton, solitario y por el caos: el sol le causa pena; la belleza del mundo, envidia. Su poesía es solitaria como él; y como él, triste y desesperada. Canta, ó más bien, llora sus infortunios, su cielo perdido, el fuego concentrado en su corazón, las luchas de su inteligencia y las contrariedades de su enigmático destino. Sus relaciones con la naturaleza no pueden ser expansivas, ni sus relaciones con los hombres simpáticas. Replegado en su individualismo, sus relaciones con Dios podrán aun ser muy vivas; pero sólo en su presencia, si la reconoce; y sólo en el universo, si tal vez ha renegado de la Providencia: los himnos que debían consagrarse á una religión de amor, serán solamente gritos de desesperación y de impío despecho, ó extravíos de un abstracto y estéril misticismo.

Tal es, á mis ojos, el carácter de la época presente; tal es también su poesía: la poesía dominante, la poesía elegiaca actual; poesía de vértigo, de vacilación y de duda; poesía de delirio, ó de duelo; poesía sin unidad, sin sistema, sin fin moral ni objeto humanitario, y poesía, sin embargo, que se hace escuchar y que encuentra simpatías, porque los acentos de un alma desgraciada hallan donde quiera su cuerda unisona, y van á herir profunda y dolorosamente á todas las almas sensibles en el seno de su soledad y desconsuelo.

Zorrilla ha empezado, y no podía ménos de empezar, por este género. Hijo del siglo, le ha pagado también su tributo de lágrimas; ha pasado por bajo el yugo de su tiranía; ha llorado también á solas, y ha dado al viento sus sollozos; ha golpeado su frente de poeta contra el calabozo que le aprisionaba; ha forcejeado por quebrantar cadenas que no son lazos; ha invocado el auxilio de Dios, y ha renegado del cielo; ha cantado el éxtasis de los bienaventurados y saludado á la Reina de los Ángeles; y ha lanzado gemidos de desesperación infernal, y llamado en su socorro la muerte y la nada.

Y cuando la fuerza expansiva de su inspiración, arrancándole de su individualismo, le lanzó á más ancha esfera, y le hizo recorrer, á pesar suyo, la sociedad que se agitaba á su alrededor, no se deslumbraron sus ojos con el brillo que despedía el oropel de la civilización, sino que instintivamente penetrantes, bien conocieron sobre el lecho de oro y púrpura, á la enferma que agonizaba abandonada y sola, y bien acertaron á ver más allá, bajo la suntuosa lápida del sepulcro cincelado, la brillante mortaja de seda y pedrería pronta á cubrir la fetidez de un cuerpo, presa ya de la gangrena y de la muerte.

El instinto perspicaz de su inspiración le ha representado al mundo moral en su espantosa anarquía y desnivel, en su desorganización y fealdad. Y arrebatado, á tal vista, de un vértigo de tristeza y amargura, asomó á sus labios aquella risa horriblemente sardónica, con que el hombre, en el último extremo de desesperación y miseria, escarneciendo á los demás y á sí mismo, pregunta al cielo como burlándose, qué es lo que tal desorden significa: duda si se debe tomar en serio la suerte de la humanidad; mezcla reflexiones profundas y terribles con sátiras amar-

gas y ridículos contrastes, y entre el llanto de un funeral hace oír las carcajadas de una orgía.

Entonces, evocando la sombra de Cervantes, tiene con ella el singular diálogo en que nuestro poeta se mofa de sus tiempos, tan á su sabor (si bien con otra hiel y tristeza), como aquel génio inmortal parodiaba los suyos. Entonces, personificando en Venecia á todas las naciones degradadas y á todos los pueblos corrompidos, después de haber descrito en versos dignos de Calderon y de Byron la grandeza de su antiguo poderio, y el polvo y cieno en que desde su elevación se hundieron, repentinamente *levanta una carcajada para apagar sus gemidos*, y termina su fúnebre canto entre la báquica algazara de un festín, como se suele ver en tiempos de peste y mortandad entregarse los hombres á desórdenes y excesos, para apurar los goces de su existencia, amenazada entre la embriaguez de los placeres. Y por último, en otro momento de inspiración más poderosa y más profunda, abarcando de un sólo golpe de vista eminentemente sintético el cuadro de todos los vicios y de todas las monstruosas desigualdades de la sociedad, la pinta de una sola pincelada en cuatro versos dignos de la pluma de Lamennais, y que equivalen á todo un volumen de filosofía, en que dirigiendo sobre el banquete de la vida una mirada más terrible que la de Daniel sobre el convite de Baltasar, dice que

Unos cayeron beodos,
Otros de hambre cayeron;
Y todos se maldijeron;
Que eran infelices todos!

Empero lo que más caracteriza al génio es no ser exclusivamente órgano de la época en que vive, y presentir

la que nace en medio de las inspiraciones de lo que existe. Así Homero adivinó los tiempos de Licurgo y de Solón; así Virgilio casi pertenece al cristianismo y á la edad media; así el Dante apenas se concibe cómo haya escrito en el siglo XIII; así Cervantes en una edad caballerescas todavía, predecía y aceleraba el prosaismo del siglo XVIII: por eso el instinto de todos los pueblos ha reconocido siempre en la inspiración poética el don de la profecía.

El genio actual conserva aún reconcentrado todo lo que en la humanidad debía haber, y todo lo que habrá sin duda, porque todavía sus gérmenes existen, no en la sociedad, pero sí en los individuos: para él aún puede haber creencias y virtudes, é ilusiones y amor, y abnegación, y heroísmo é interés, que no sean de la tierra,—y un pensamiento de Dios, una memoria del cielo, una esperanza de inmortalidad.

Por eso nuestro Poeta no tardó en conocer que la poesía á que le arrastraba su siglo, era estéril y transitória, como debe serlo esta época de desorganización y de duda, como debe serlo el egoísmo que nos disuelve y el escepticismo que nos hiela; y parándose en su carrera, y apartándose de la boca del Tártaro á donde caminaba, y subiéndose á un puesto más avanzado y más digno de su misión, ha visto la naturaleza bella, risueña, iluminada, viva y animada, como Dios la creó para servir de teatro á la virtud y á la inteligencia del hombre; y tiñendo su pluma de los colores del iris y de los celajes del Oriente, ha dirigido á la humanidad palabras de amor y consuelo, himnos de bendición y alabanza al Creador:

¡Bello es el mundo! ¡Sí! ¡La vida es bella!

Dios en sus obras el placer derrama.

Entónces, en medio del negro horizonte que le circundaba, una brisa de esperanza agitó su alma, y un rayo del sol del porvenir iluminó su frente; su Musa, empero, ántes de lanzarle en las profundidades de lo futuro, quiso anudar en su espíritu la cadena de las tradiciones,—sin las que no hay sociedad ni poesía,—y llevarle á recorrer primero los venerables restos de lo pasado. Su imaginación debía encontrar todavía en ellos una sociedad homogénea y compacta de religión y de virtud, de grandeza y de gloria, de riqueza y sentimiento; y su pluma no pudo ménos de hacer contrastar lo que hay de mezquino, glacial y ridículo en la época actual, con lo que tienen de magnífico, solemne y sublime los recuerdos de los tiempos caballerescos y religiosos.

El primero entre nuestros poetas que ha sentido la necesidad de buscar en estas creencias y tradiciones los gérmenes de grandeza y sociabilidad que abrigan; que ha comprendido que es preciso desenterrar de los abismos de lo pasado los tesoros del porvenir, ha sido también el primero en dar vida poética á nuestros olvidados monumentos religiosos, y poner en escena las sagradas y grandiosas solemnidades, que hacían las delicias de nuestros Padres. Bajo su pluma vemos levantarse de entre el polvo y el cieno, que la cubren como un sepulcro olvidado, la severa capital del Imperio godo, revestida del armiño de sus Reyes y de la púrpura de sus Prelados, guerrera como sus héroes y sus armas, religiosa y política como sus concilios. Trocada despues por el árabe voluptuoso en una mansión de placeres, asistimos á sus fiestas y torneos y caballerescas justas, perfumados de los aromas de Oriente, adornados de galas, plumas, sedas y pedrería, y respirando el aliento de las huries.

Pero en seguida vemos alzarse gigantesca, y descollar por sobre todas estas memorias la Catedral Primada, símbolo arquitectónico del cristianismo, con los estandartes de piedra de sus torres, con las lenguas de bronce de sus campanas; y presenciamos los sagrados ritos de la religion única verdadera y más bella que ha existido sobre la tierra. Oímos el órgano cantando sus solemnes misterios por la *centuple garganta de los tubos de metal*, y escuchamos á la par el canto de los sacerdotes, el crujir de sus túnicas y brocados: nos deslumbra el brillo de mil lámparas, reflejado en el oro de los altares y en los diamantes del tabernáculo; y prosternados con el pueblo que asiste á espectáculo tan grandioso, nos embriagamos de luz y de armonía, de aroma de incienso y de música del cielo, y se apodera de nosotros el éxtasis que remeda en la tierra el arrobamiento de los bienaventurados. En aquel momento los gemidos de dolor cesan, los sollozos de amargura, los ayes de impotencia y despecho se convierten en lágrimas de santa ternura y en himnos de esperanza; el desprecio de la vida y el desapego á los hombres dan lugar á la idea de la inmortalidad, premio de una existencia de virtudes y amor. La sociedad que veíamos dispersa sobre la superficie de la tierra, reunida bajo las bóvedas del templo, nos parece no tener más que un sentimiento, una voz, una *oración* que elevar al cielo con el humo de sus ofrendas.

Allí están todas las artes: allí están la música, la pintura, la escultura, la arquitectura, concurriendo todas á un fin común; formando todas un concierto de los talentos del hombre. El templo abarca toda la vida: la Religion completa el cuadro de la poesía, como que es la clave

de la sociedad; y al volver de nuestro arrobamiento, al sentirnos en la realidad de nuestra existencia, no podemos ménos de consagrar un suspiro de pesar por aquellos hermosos tiempos que se han perdido; un ¡ay! por los placeres de nuestros Padres, por la fe que alimentaba su vida;.... una lágrima por la Religion, hoy de muchos abandonada, un movimiento de sagrado respeto hacia las venerandas reliquias que de ella nos quedan!

Tal es el efecto de las variadas y profundas sensaciones que nuestro Poeta sabe excitar con su maravilloso canto; tal es el cuadro que presentan á mis ojos las páginas de un libro, donde algunos no verán tal vez más que figuras dislocadas, versos inconexos, ideas contradictorias. Tal es el pensamiento unitario transcendental y profundamente filosófico que resulta de estas inspiraciones, la idea moral que preside á su redacción, y el hilo de union que liga con una trama invisible, pero fuerte, los varios trozos de este precioso mosaico. Pero este pensamiento y esta moralidad los buscarán en vano los que crean hallarlos en sartas de máximas, y en tiradas de sentencias. Para lectores de esta clase no ha escrito Zorrilla; ni, á la verdad, yo tampoco. La filosofía de que yo hablo, es una filosofía viva, animada, que transpira y brota en las cosas, y no en las palabras, como un jardín delicioso inspira ideas de placer; como la armonía de un concierto infunde sentimientos de amor ó de melancolía; como la vista del cielo y las maravillas de la naturaleza proclaman la existencia de Dios.

Sin embargo, se me dirá:—¿ha sido el pensamiento que tú descubres el pensamiento del autor? Tuvo presente el objeto que le asignas, al obedecer á las inspiraciones que le han dictado sus cuadros fantásticos y sus armo-

niosos himnos? ¿Ha pensado él, por ventura, en el fin social de sus versos?... ¿ha pretendido ensalzarle en un conjunto regular, y en un sistema poético, el joven génio, que acaso no ha hecho más que ceder al ímpetu de su imaginación en una hora de arrebató, y fijar con la pluma las instantáneas imágenes, las fugaces sensaciones que pasaban por su existencia, tal vez para no recordarse jamás? ¿Ha descendido á estas consideraciones filosóficas, á este análisis moral y religioso de sus obras, á este cálculo previo del plan de sus trabajos?—No, sin duda. Y si hubiera sido capaz de concebirlo, acaso no lo hubiera sido de realizarlo.

El génio no raciocina: los poetas, como todas las especialidades del mundo, no tienen siempre conciencia de lo que son; cumplen su destino sin saberlo, é ignoran la teoría de la obra misma que son llamados á edificar, y el poder de los principios mismos que vienen á proclamar y difundir. Por eso los que viven á su inmediación suelen juzgarlos con la mayor inexactitud, cuando creen ufanos que sólo ellos están en el secreto del génio; y porque ellos ven de cerca una tela tiznada de borrones y manchada con informes figuras, piensan que son ilusiones y fantásticas quimeras los primores que otros ven de lejos en un cuadro lleno de verdad y de vida. Ellos no ven más que al individuo, donde debían ver al poeta; no ven más que al autor, cuando debían examinar la obra, y miden al Escorial por la estatura de Herrera.

Oyen los lamentos de un hombre en cuyo rostro suele brillar la alegría; y no saben que son los gemidos de una generación entera los que se exhalan de aquel pecho, y el llanto de todo un siglo el que humedece las cuerdas de su lira! Ven al mortal, afortunado acaso, quejarse de una

sociedad en que es amado, en que vive tal vez en el seno de los placeres; y no saben que á una alma eminentemente simpática, no le bastan los placeres de una existencia sola; y que la esponja de su corazón embebe y derrama la amargura de diez millones de infelices! Ven al hombre del mundo, tal vez indiferente é incrédulo predicando la religión y los misterios; y no conocen la terrible personificación del siglo ateo, obligado á arrastrarse al pié de los altares, buscando un resto de fuego que reanime su helada existencia, é implorando, por gracia, al cielo una creencia, un rayo de verdad y de luz que alumbré á la humanidad, y le enseñe la senda de su destino en la espantosa noche del escepticismo que la circunda. Nó. Ellos no ven ni al hombre moral siquiera, al individuo en sus interioridades, en sus ilusiones, en sus flaquezas, en sus contrastes y en sus misterios; no ven más que al hombre uniformemente vestido, al hombre del café y del paséo, del teatro y de la orgía; que se modela por los demás, y que se hace más superficial, más pequeño, más material y positivo de lo que es en el fondo de su corazón.—Y luego exclaman: ¡Hé aquí el hombre! ¡Hé aquí el filósofo! ¡Hé aquí el poeta!

Pero la sociedad sólo vé el génio, sólo contempla y admira la creación de la inteligencia y de la inspiración. Él se la lanza, como la Pitonisa el oráculo, como la estatua de Memnon su armonía. Ella la recibe, ella la descifra, ella la comprende.

Si, Poeta: la sociedad te comprenderá mejor que los sábios y que los eruditos. Tus mágicos preludios no serán perdidos ni infecundos. Sigue tu grandiosa carrera: avanza desde tu aurora á tu porvenir de gloria y esplendor. Tú has cantado los dolores del corazón, los misterios del alma, las maravillas de la naturaleza y el poder de la ins-

piracion. Tú, manchado de polvo y de fango, el cuadro chillante y desentonado de una civilizacion anárquica y desnivelada: tú has matizado con los tintes de la luz de Oriente las sombras de la edad pasada, y nos has mostrado una luz todavía encendida en el fondo de los antiguos sepulcros. Sigue. — El Destino tal vez te reserva otra carrera, y te prepara otra corona: tu poesía se lanzará hácia un nuevo período más brillante y más filosófico. Tú conoces que lo presente no es digno de tí; pero debes saber también que lo pasado, fué ya; que lo que ha muerto una vez, no resucita jamás; y que es ley de la Providencia que la humanidad no retroceda nunca.

El porvenir te aguarda; ese porvenir misterioso que se cierne sobre la Europa, y con cuyos encantos soñamos, como se sueña en la adolescencia con las gracias de una amante que se forja el corazon. Esa edad por que la juventud suspira; esa edad invocada por los votos de nuestros corazones; esa edad, tierra de promision en este desierto, para nuestras fervientes y religiosas esperanzas, tú ya es; y ántes que nosotros debe llegar á ella esa fantasía que, á velas desplegadas, boga por el mar de los tiempos.

A tu musa está reservado pintar esas maravillas desconocidas, y rasgar á nuestros ojos el velo á cuyo través ahora casi ni vagamente se trasluce. Tú sólo serás capaz de realizar en tus proféticas creaciones ese apocalipsis de la inteligencia; esa época de reorganizacion y de armonía, en que la grandeza de los antiguos tiempos se multiplique por la belleza y progresos de la civilizacion moderna, despojada ésta de su egoismo, como aquella de su barbarie; en que una ley universal de justicia, sabiduría y libertad, reúna en una familia comun las naciones ahora aisladas, y en que una religion de amor y paz realice so-

bre la tierra el glorioso destino á que la humanidad es llamada.

Sí, Poeta. Tal vez tus versos nos pinten lo que los políticos no se atreven á calcular: tal vez á tu canto se revele lo que á la filosofía no le es dado prever. La Providencia no te ha hecho aparecer en vano; y pues que te evocó de una tumba, tú debes saber cosas que los mortales ignoramos. *Cumple, pues, tu mision sobre la tierra!*

No importa que los que á sí mismos se desprecian; los que no se creen nacidos con fin alguno; los que piensan que existen arrojados por el acaso, como piedras en el pozo de la vida; los que niegan la prevision de la inteligencia suprema, el soplo divino del espíritu humano, su imperio sobre el mundo; y los que á trueque de no reconocer los privilegios del génio niegan también su existencia, hayan ridiculizado esa frase tuya, y tomen un pensamiento de piedad por un pensamiento de soberbia. Tú, empero, que crees en ella porque oyes dentro de tí la voz divina que te la dicta, sigue sereno, á pesar de las tempestades que en el horizonte asoman, la inspiracion sublime que te lleva á otro mundo.

Yo te he visto partir, mi querido amigo; yo también había querido lanzarme á ese Océano. Pero delante de tí he recogido mis velas, y me he quedado en la ribera, siguiéndote con mi vista y con mis votos. Sí; yo en mis ilusiones había creído que tenía una mision que cumplir. Has venido tú, y me queda otra, bien dulce, bien deliciosa: la de admirarte y la de ser tu amigo.

JUICIO

SOBRE LA SEGUNDA PARTE

DE

EL ZAPATERO Y EL REY.¹

Hemos dicho ya que el éxito del drama del Sr. Zorrilla, representado en el teatro de la Cruz, había sido brillante como ninguno. Hoy es, y á pesar de las representaciones transcurridas, el teatro continúa lleno de bote en bote. El mérito y el interés del drama están por consiguiente juzgados. Cuando el público falla, tiene que enmudecer la crítica. Todos los análisis de los más inteligentes y más altamente reputados maestros del arte no nos podrán nunca persuadir de que un drama que excita tan grande interés en el público, y que clava al espectador en la luneta por espacio de tres horas sin dejarle respirar, pueda ser una produccion monstruosa.

El interés es el criterio del arte, es el sello del génio, del mérito artístico: el gran talento desplegado por el Sr. Zorrilla en su última produccion, es indisputable. Este gran poeta se ha elevado sobre sí mismo á una inmensa altura. Desde el primer drama de *El Zapatero y el Rey* á este, que ha intitulado ahora su segunda parte, hay un progreso tal, que hubiéramos deseado que llevara otro título, para que pudiera ser más completa la ilusion de que las dos obras pertenecen á diferente autor.

¹ Publicado en El Conservador.—16 de Enero de 1842.

De consiguiente, nuestro exámen, nuestra crítica sólo podrán recaer sobre las consideraciones á que dé lugar ese vivo interés que en el público excita; á erigirnos en censores ó analistas de la rectitud de ese juicio en su parte moral, política ó filosófica. La crítica sin duda puede llegar á tanto. La filosofía puede preguntar si es extraviado, natural y recto el sentimiento del público, cuando goza ó sufre en un espectáculo. La razon puede darse cuenta de los fundamentos en que su criterio estriba. Al investigar las causas de la perfeccion y de la belleza, no le está negado discurrir sobre si el placer que en la representacion de un drama experimenta, es una depravacion, ó un triste resultado de circunstancias que pervierten y extravían la sensibilidad de un pueblo ó de un auditorio.

Esto es lo que hemos procurado hacer respecto á la profunda sensacion que nos ha causado el drama del señor Zorrilla. Nos hemos preguntado á nosotros mismos, en lo más hondo y tranquilo de nuestra desapasionada conciencia literaria, si esa sensacion era racional; si como tal, sería duradera. Y la respuesta que nos hemos dado, ha sido ventajosa tambien al gran mérito del drama que examinamos. No es un éxito de circunstancias, no es un interés efímero, ni un triunfo pasajero el de esta obra. Es una obra de duradera belleza, de profunda filosofía; una obra de conciencia, de reflexion, de estudio, de altas miras; despues de ser concepcion de un maravilloso talento.

Muchas, infinitas veces ha sido puesto en escena el Rey D. Pedro. Es él, entre todos nuestros Reyes de los siglos medios, el personaje más dramático: prueba segura de que es el personaje más popular. D. Pedro no es un carácter que pueda prestarse ya á la creacion de nin-

gun poeta. Es un carácter ya formado, ya fijo, ya amoldado por la historia, por la escena, por la poesía, por los romances y las tradiciones populares. D. Pedro, el Rey cruel, D. Pedro el tirano, D. Pedro el fratricida, es el cruel, el tirano de la aristocracia; es el enemigo de la nobleza, el opresor de los señores y tiranos particulares; el Rey nivelador, el Rey demócrata. La impresion que dejó su reinado en la memoria del pueblo, no fué desfavorable. El pueblo cubrió sus tiranías con el nombre y el velo de la justicia. El pueblo conservó largamente el sentimiento de aquella fascinación que ejercen sobre la muchedumbre todos los grandes caracteres, y que debia inspirar á las masas el aborrecido de los magnates. Hasta en sus defectos vió grandeza: las más notables faltas de su vida son extravíos de una pasión que se ha llamado el «flaco de las almas grandes,» y que obtienen siempre, sinó disculpa, fácil perdon á lo ménos. Á través de sus defectos, y considerado en un siglo tan bárbaro como él, y en una sociedad tan desatada y tumultuosa como sus ardientes pasiones, D. Pedro es todavía una gran figura, es un coloso; y tiene á sus piés al pueblo que le llora, y á la posteridad que le acata y le respeta.

Pero á esta figura no se la puede tocar. El poeta la encuentra ya hecha y dibujada. Le es dado ennoblecerla, realzarla, iluminarla ú obscurecerla al presentarla; pero desfigurarla, no; pero rebajarla, ménos; pero degradarla, nunca.

Hé aquí una gran dificultad en el asunto manejado por el Sr. Zorrilla; pero una dificultad, no sólo vencida, sinó que es cabalmente esta circunstancia el origen y fuente principal de las grandes bellezas de su drama. El Sr. Zorrilla, léjos de querer pintar con nuevos rasgos al D. Pe-

dro de la tradicion, ha procurado ponernos en relieve la verdad de aquel grandioso y poético personaje; ha querido hacernos palpable el sentimiento, la aureola de popularidad que sobrevivió á su desastroso fin, y que vengó en cierta manera su memoria. Y para eso el poeta personifica al pueblo. Blas Perez, el hijo del zapatero elevado á capitán, el servidor rendido, el asistente inseparable, el vasallo por pasión, el perro fiel del altivo, pero generoso Monarca, es esa personificación. Blas Perez es el verdadero protagonista del drama. Su carácter es la creación del Sr. Zorrilla: es la gran figura, el principal papel, es el drama entero. Aquel *mónstruo* de gratitud que, enamorado de la mujer que cree hija de Guillen de Castro, y que despues resulta serlo de D. Enrique, sacrifica, no sólo su vida, sino la de su amada, á la venganza de su señor, es una concepción gigantesca, digan lo que quieran los que la tienen por exagerada. No, ese carácter no es en sí mismo donde debe ser examinado. Está dibujado para ser el reflejo del alma de D. Pedro, para que veamos y contemplemos en él el irresistible ascendiente, la fascinación poderosa, que ejercen siempre las almas grandes y los grandes génios.

Recordemos á Alejandro, que con una señal de sus ojos hacía despeñar en un precipicio á más de cincuenta de sus soldados; y sin remontarnos á tiempos tan remotos, recordemos los prodigios del irresistible ascendiente que Napoleon ejercía sobre sus allegados, y comprenderemos entónces la verosimilitud, la verdad del carácter de Blas Perez, y su grandeza en medio de su atrocidad. Acaso, á pesar de la distancia de las edades, le comprendemos en nuestro siglo tan bien como entónces le comprenderíamos. El pueblo español ha mudado poco.

Blas Perez es en los tiempos de D. Pedro el tipo del vasallo que vive con la vida de su señor, que respira con su aliento, que no puede vivir así que él falte, *"que cava su sepultura, de la suya por igual"*; y Blas Perez es en nuestros tiempos la democracia y la monarquía; la democracia social que sólo puede existir con un jefe que la acandille, con un ídolo único á quien adore y eleve sobre todas las demás eminencias que no sufre, y que detesta. Lo que prueba la profunda verdad del carácter de Blas Perez, es que no repugna en el teatro, y que el espectador se interesa por él, y llora con él el inmenso sacrificio que hace: se compadece y se admira; no se horroriza, ni detesta el heroísmo de su venganza.

Oportunamente ha escogido el Poeta para el desenvolvimiento de su idea el momento de la accion. Los últimos agitados dias de la vida de aquel Monarca, aquellos en que abandonado de todos los suyos, encerrado por el poderoso ejército de D. Enrique en el último castillo que de su reino le queda, y atraído de noche á la tienda del francés Duguesclin por una traicion villana, se halla solo y desamparado en el mundo, y hace todavía los últimos esfuerzos para luchar con el destino, que se desploma sobre él. Grandemente interesa en tan desventurado periodo la agonía del Leon Castellano. El Sr. Zorrilla ha pintado aquellos últimos instantes con un pincel de artista, con aquellos vigorosos toques, que acaso mirados muy de cerca pudieran parecer tiznaduras, pero que á regular distancia, á la distancia de la perspectiva escénica, no pueden dejar de parecernos de maravilloso y sorprendente efecto. Aquel D. Pedro, que convencido de la necesidad de morir, solo piensa, como César, en caer dignamente; aquel gran corazon, que en sus últimos instantes desafia

á sus contrarios á que "vengan á ver cómo mueren los leones castellanos", se levanta todavía á muchos codos de altura sobre sus contrarios. Asómanse involuntarias lágrimas á los ojos de los espectadores, y parece que se oye en medio de la pavorosa noche de Montiel la voz funeral de aquel tristísimo romance antiguo:

..... Y los de Pedro
Clamoréan, doblan, lloran su Rey muerto.

Entónces el corazon parece que descansa, con que á aquel hombre le sobreviva el leal vasallo que le vengue. Blas Perez aparece: D. Pedro ha muerto: para él ya no hay amor, ni encantos, ni vida. En inmolar su existencia á la de su señor, le parece que nada hace. Pero su amada, que es más que su vida, es al mismo tiempo hija de D. Enrique. La sacrifica, la hace matar. Para el vencedor es la venganza; para él el suicidio: para D. Pedro la víctima de expiacion. "Cabeza por cabeza, esta es la mia," ha dicho el capitán. Hé aquí el drama, drama terrible; pero grande, pero gigantesco drama.

Á algunos hemos oido decir que es un drama doble; que son dos dramas; que son dos protagonistas, con dos acciones distintas, y sus exposiciones correspondientes. Puede haber una crítica que halle en esto un defecto: á los ojos de otra crítica más elevada, esa es la perfección, porque ese es el drama; es el intento del autor cabalmente esa duplicidad, esa union. No son D. Pedro ni Blas Perez los héroes: los dos son un solo personaje, un solo protagonista; es el uno el apéndice del otro; y en vano será que nos digan que el interés se duplica, si no se divide. No consiste el menor mérito del Sr. Zorrilla en que la soldadura de esas dos grandes piezas no se conoz-

ca. Es un retrato á caballo, ginete y cabalgadura que van, que corren, que se les vé precipitarse juntos.

Y sin embargo, la obra del Sr. Zorrilla tiene defectos, grandes defectos, oscuros lunares; pero defectos de detalle, lunares que se pierden en la luz brillante de bellezas de primer orden. La exposicion del primer acto está acaso demasiado llena de incidentes de comedia de enredo, y no corresponde á la sencillez clásica de los otros tres: la escena del ermitaño no está bien desempeñada, y la llegada de Guillen de Castro al castillo de Montiel á entregarse en manos de sus enemigos, no está bien preparada, ni es demasiado verosímil. Acaso nos atreveríamos á decir al Sr. Zorrilla que la versificación no es tan esmerada como la de algunas otras de sus producciones; y hubiéramos deseado en las invectivas contra los caballeros franceses algo ménos de lo que puede parecer intencion de aludir á sucesos de la época presente. No son los aplausos de circunstancias los que debe buscar un Poeta que tiene asegurado ya un lugar muy distinguido en el juicio y aprecio de la posteridad; pero no son tampoco estas ligeras faltas las que podrán empañar el brillo de la aureola de gloria que circunda la frente del gran Poeta.

Otros defectos hay que resultan de lo que pudo ser recelo de la empresa al poner en escena una obra cuyo éxito ignoraba. Pudiéramos citar alguno; pero nos contentaremos con advertir que la sombra de D. Enrique en el tercer acto hubiera podido ser ridícula, sin el talento y los esfuerzos de Latorre. Hay en el dia otros medios de ejecutar esas apariciones con ilusion y con grandeza. Afortunadamente el espectador no vé la sombra de Don Enrique en el lienzo iluminado. Donde ve aquel fantasma,

donde se aparece, donde se debe ver y pintarse es en el semblante del actor. Allí estaba. Latorre nos pareció en aquella escena, inimitable, y todo el drama hubiera sido una lluvia de aplausos para él, si el público pudiera siempre aplaudir en las grandes emociones. Es D. Pedro de Castilla, es el Rey del teatro este grande actor. Su voz, su accion, le llenan enteramente, y le dominan; y su figura sobresale por encima de todos, como sobresale terrible é imponente en la historia el Monarca Justiciero; como se eleva en la escena su erguida magestuosa cabeza.

El público refrenó varias veces su deseo de aplaudir, para desahogar al final su entusiasmo, haciendo llover sobre el Sr. Latorre los bien merecidos parabienes, que por espacio de muchas noches salió á recibir en compañía del jóven autor. Pero la representacion no puede ser completa, sin que el papel de Blas Perez suba á toda la altura en que el autor le ha colocado, y las fuerzas del Sr. Lombía no alcanzan á tanto, por más que con loable celo y con muy recomendable intencion haya querido desplegar todas sus facultades. Algunas veces lamentamos la division de las dos compañías. Cuando nos figuramos lo que sería este drama ejecutado por los Sres. Latorre y Romea, no podemos dejar de suspirar por la union de estos dos actores.

El Sr. Mate, aunque débil y con voz debilitada, nos conmovió profundamente en el desempeño de D. Enrique. Mucho sentimos ver declinar las fuerzas de actor tan estimable, en cuya accion, maneras y estilo tienen tanto realce los papeles, y se nota un estudio profundo del arte y un gran conocimiento del corazon.

DE LAS NOVELAS EN ESPAÑA,

CON MOTIVO DE LA PUBLICACION DE SAB, NOVELA ORIGINAL, POR LA SEÑORITA DOÑA GERTRUDIS GOMEZ DE AVELLANEDA. ¹

Nos hemos puesto muchas veces á pensar, aunque sin fruto hasta ahora, cuál podrá ser la causa de que el movimiento literario de esta época, al paso que fecundo en producciones dramáticas y en poesías de todos géneros, haya sido estéril en novelas. Fenómeno raro sin duda, pero real y existente.

Desde 1833 han visto la luz pública más dramas originales, y más comedias notables han ocupado la escena que en ninguna época del teatro español desde los tiempos de Felipe IV. Ninguno de esos años ha transcurrido sin que dejase de salir á luz una coleccion de poesías líricas. Los periódicos y publicaciones literarias, por otra parte, sucediéndose unos á otros, han mantenido siempre despierta y encendida la afición á estas obras y á estas lecturas. En fin, en unos tiempos en que el poema largo y sostenido no suele cautivar demasiado la atención de los lectores, hemos visto publicarse y concluirse largos y difíciles poemas, en tanto que la curiosidad pública espera todavía confiada la terminación de otros cuyos preludios han empezado á excitar su interés.

Y entre tanto no hay en España un novelista. Desde

¹ Publicado en EL CONSERVADOR.—19 de Diciembre de 1841.

los primeros ensayos publicados en 1833 y 1834, y que están muy lejos de llegar á la altura á que sus mismos autores se han elevado en otros géneros, esta clase de producciones ha quedado como desdeñada; y Walter Scott, Victor Hugo, A. Dumas, J. Sand, Federico Soulié, Balzac, Jules Janin, De Vigny y otros escritores extranjeros, han abastecido en España la insaciable curiosidad del numeroso público, que pone sus delicias en una lectura donde no tienen rivales ni hasta ahora imitadores afortunados.

Repetimos que se nos oculta la causa de este fenómeno. No será por cierto la falta de interés y voga de esta clase de producciones. Ningunas hay que le excitén en más alto grado: ningún libro de los infinitos que hoy se publican, cuenta con un público más numeroso; ninguno está más seguro de obtener fama, de dar nombradía; ninguno es más popular. Dígase lo que se quiera de la influencia de las novelas en las costumbres, las novelas son actualmente una necesidad, y una necesidad muy general y muy viva.

En la vida individual de las sociedades modernas, la novela ha reemplazado al interés social del poema antiguo. Era el poema el libro de los templos, el libro de las plazas, de los teatros y de los juegos circenses; de los grandes concursos, de las solemnidades públicas: la novela es el libro del hogar doméstico, del gabinete, del sofá modernos; el libro de los sentimientos solitarios de cada corazón, el poema de las actuales aisladas pasiones de todas esas almas que no se reúnen en ninguna parte para cantar, para orar, para sentir y llorar algo en comun. El teatro mismo no es más que la novela en acción: la novela es un teatro más extenso todavía, de más interés acaso, aunque de ménos ilusión de realidad.

Hasta la política misma ha pedido auxilio y fuerzas á la novela. Gastada fatigosamente la atencion en las acerbadas cuestiones, que por espacio de tantos años han prestado alimento diario á la prensa periódica, vemos hoy á ésta, en el extranjero, exhausta y desfallecida, buscar en folletines el sosten de su vida y del interés, que ántes bastaba á excitar su ya fria y decadente voga. También nuestros periódicos, aún en medio de la fiebre que á nuestro cuerpo político devora, y que hace más importante que en otros países su polémica política, han tenido necesidad, para sostener y cautivar la atencion, de insertar novelas en sus columnas. ¡Y ninguna de ellas es original! ¹ Todos esos folletines son traducciones; y á veces ¡qué detestables traducciones!

No será por falta de imaginacion y de talento, ni por falta de paciencia de nuestros ingenios. Sus producciones en otros ramos protestarian contra esta suposicion. Ellos escriben asidua, diariamente para el teatro; ellos escriben casi siempre en verso; y por fácil y fecunda que sea su vena, todos sabemos cuánta más dificultad ofrece dialogar ceñidas escenas en tan lindos versos como á cada paso oímos recitar en el teatro, que describir libremente cuadros de la vida, en lo que — no *vil*, como dijo Voltaire, — sinó comparativamente *fácil prosa* llamaremos nosotros.

¡Y qué campo tan ancho tienen nuestros escritores para este interesante ramo de la literatura! Si quisieran cultivar el género de Walter Scott, nuestra historia está virgen todavía: nuestras continuas luchas, nuestras eternas contiendas civiles, nuestros turbulentos reinados de la Edad media, nuestras dramáticas y casi fabulosas conquistas, nuestros grandes reveses é inauditos infor-

¹ Aún no había escrito Fernán Caballero, ni otros, aunque pocos, novelistas posteriores.

túnios, materias son no tocadas todavía, y que prestaran objeto inagotable á cien plumas y á cien pinceles.

Aquí no hay una historia sólo: aquí no hay una sólo la nacion. Es la historia de cien pueblos, de cien razas, de cien naciones, de cien gobiernos, y de idiomas y de civilizaciones distintas, coexistiendo á un tiempo mismo. Aquí subsistía aún una ciudad enteramente romana ¹, y un Imperio godo y cristiano contaba siglos de existencia; y los árabes transplantaban á nuestro suelo su Alcorán, y las costumbres, y las pasiones, y la vida y la sangre de los hijos de Oriente. Aquí despues Astúrias y Leon, con los primeros, salvajes y nebulosos tiempos de la restauracion; aquí la vieja Castilla, desde el romántico Cid hasta la romántica Isabel; aquí Aragon y sus sangrientos borrascosos anales; aquí la dramática Navarra; aquí los originales nunca domados pueblos vascos; aquí las Ordenes Militares; aquí la série interminable de los Reyes moros, desde el interesante Abderrhaman I, hasta la deplorable suerte del último Rey granadino; aquí los ignorados piratas normandos apoderándose de nuestras costas septentrionales, mientras que los catalanes y balears plantaban sus pendones en Sicilia, en el Archipiélago y en la misma Constantinopla; aquí la morisma, las comunidades, los autos de fé, las fabulosas emigraciones y empresas de viajes: aquí en fin Cárlos V, Colón, Hernán Cortés, Pizarro, el Gran Capitan, el Duque de Alba, D. Juan de Austria, Felipe II, D. Álvaro de Luna, don Rodrigo Calderon; aquí las Blancas, las Urracas, las Berenguelas, las Marías, las Isabeles, las Padillas..... y las Teresas también, heroínas de amor, y de virtud, y de caridad del cielo!...

¹ Mérida.

¡Oh! si: nos cansáramos en vano en la inagotable tarea de indicar asuntos y materias para relaciones históricas. En el género descriptivo no vemos término á las innumerables bellezas, que ofrece por todas partes nuestra rica y variada naturaleza, no descrita nunca ni pintada sino en las eternas monótonas rosas y jazmines de nuestros amanerados poetas líricos. Hasta nuestras actuales costumbres podrían ofrecer cuadros no menos variados y ricos que la sociedad francesa, á los que de ellas quisieran sacar partido. Porque si es cierto acaso que nuestra sociedad no está tan corrompida; si las boardillas, los salones, los garitos y los palcos de esta reducida capital, no pueden ofrecer las desgarradoras y á veces repugnantes escenas de Balzac ó de Soulié; si en este Madrid, donde todos nos conocemos y nos hablamos, no puede haber grandes secretos, ni en esta vida *panóptica* y transparente del círculo de la buena sociedad, serían verosímiles esos misteriosos terribles arcanos que forman á veces el nudo de las novelas de nuestros vecinos, tiene el escritor español la ventaja de poder amenizar con variedad de figuras y de fisonomías, un cuadro que no podrá acaso ser de tan fuerte y cargado colorido.

Á nuestro entender, la sociedad francesa no es tan variada como la nuestra. Las clases allí se parecen más unas á otras, y los individuos entre sí. Allí hay más homogeneidad, más unidad de carácter, más nacionalidad que entre nosotros; y esto que es un bien en política, en literatura conduce á la monotonía. Aquí hay más riqueza, porque hay más anarquía. Aquí las clases se diferencian como las provincias: no se confunden, aunque se mezclen. Aquí más que clases hay individuos; y no se necesita mucha imaginación para encontrar por todas

partes tipos originales de los más raros y extraordinarios caracteres, aún en clases bajas y abyectas. Tienen á veces nobleza y generosidad nuestros bandidos, intrepidez nuestros contrabandistas, y gracia y donaire nuestros truhanes.

Hay todavía muchas almas nobles, aunque oscuras, en esta época de egoismo y de desgracias, muchos elevados caracteres ignorados y oscurecidos, muchas virtudes sublimes de que el mundo no hace cuenta, y que pudieran hacer gran papel en los escritos de un novelista de la época. Y hay, sobre todo, tanta desgracia, tanta desventura en una sociedad tan hondamente conmovida y desgarrada, que nosotros, á la verdad, no podemos dejar de lamentarnos de que entre tantos escritores no salga un escritor distinguido, que nos haga sentir el placer que experimentamos siempre al mirar en el relieve de la novela, y en el cuadro, siempre algo ideal, de una composición literaria, los mismos sucesos que vemos en la vida real, las mismas bellezas ú horrores, los mismos crímenes ó virtudes, los mismos placeres ó llantos, ó prosperidades ó desventuras, que en torno de nosotros presenciábamos, ó que la historia de nuestros padres nos refiere.

Por eso al anuncio de una novela original, la hubiéramos leído siempre con avidez; por eso nos hubiéramos apresurado siempre á ver si sus páginas nos revelaban al escritor, que para lustre y decoro de nuestra literatura anhelábamos. Pero la que ahora se anuncia con el nombre de *Sab*, tenía para nuestro interés y nuestra curiosidad nuevos y poderosos estímulos. Es su autor una señorita: es la señorita doña Gertrudis Gomez de Avellaneda, ya tan ventajosamente conocida por composiciones poéticas de un mérito poco comun; y esta señorita, esta

poetisa, esta escritora, es nuestra amiga; circunstancia que podrá parecer acaso un obstáculo para nuestro imparcial juicio, á los que no sepan que el afecto con que la jóven escritora nos distingue, es demasiado noble y tierno, para que pudiera menoscabarse en lo más mínimo, aunque nos viéramos en la precision de ser, al juzgarla, severos.

Afortunadamente no nos vemos en esa precision. Afortunadamente parte de nuestras esperanzas se han realizado. Es verdad que estas esperanzas no podían ser muy altas desde las primeras líneas de su prólogo. *Sab* se anuncia sin pretensiones, como un juguete, como un ensayo, como un pasatiempo en ratos de ocio de años muy juveniles de la autora; cuando su estilo y su gusto literario no estaban formados todavía; cuando sus piés no habían pisado el suelo de la vieja Europa; cuando sus ojos no habían visto el cuadro de esta antigua sociedad; cuando su alma acaso no conocía más que un sentimiento y una pasión.

No; nosotros desde luego no buscamos en *Sab* la novela: buscamos al novelista, y no le buscamos en vano. El novelista le hay: con la novela no podemos ser severos. Pero nos dá el derecho de serlo con otra que de su pluma salga, porque culpa será suya, si la que escribió algunos capítulos de *Sab* no dá á otra obra de más conciencia y de más estudio, toda la superioridad á que debe aspirar y llegar sin duda.

No es *Sab* una novela española, ni ménos inglesa ó francesa. *Sab* es una novela americana, como su autora. No es una novela histórica, ni de costumbres. *Sab* es una pasión, un carácter nada más; un carácter ideal sin duda, un carácter demasiado excepcional; y este es,

á nuestro entender, el principal defecto de la produccion que nos ocupa. Un carácter, que en cualquiera clase y raza que se escogiera, podria parecer exagerado, escogido entre los esclavos y los mulatos, debe parecer falso; y las nobles pasiones que se nos pintan en el corazon del generoso africano, á fuerza de querer ser realzadas y puestas en contraste con su triste condicion, pueden no ser comprendidas.

No es la novela la obra más á propósito para luchar con las creencias ó con las preocupaciones muy generalizadas; y lo está mucho la que condena á la inferioridad de sentimientos y de inteligencia á la raza negra. Nosotros no sabemos si las almas tienen color, como nos inclinamos á creer que tienen sexo; pero ningún pintor hasta ahora se ha atrevido á pintar en la gloria un serafín de tez de cobre, ni entre las legiones precitas una cabeza de rubios cabellos y de cutis nacarado.

Ya se vé. El sentimiento que respira en la obra de la señorita de Avellaneda, es muy natural, muy generoso en ella. El primer espectáculo que se hubo de ofrecer á sus ojos en aquellas regiones, y herir desde sus más tiernos años su sensibilidad, fué el espectáculo de la esclavitud. ¡Espectáculo horrible, tan humillante para el siervo como para el señor; espectáculo que subleva hondamente el corazon del hombre, y hace necesarias toda la fuerza del hábito, toda la dureza del cálculo, todo el egoísmo del interés, para que el horror que infunde, se modifique!

Bajo esta impresion profunda está concebida la novela, ó más bien está escogido su héroe, *Sab*, el pobre esclavo que se enamora de su señorita, y que devorado de celos y abrumado con la idea de que el amante, que va á ser su

esposo, es indigno de ella, y no puede hacer su felicidad, no sólo no estorba su union, sinó que pone los medios de que se realice, y sacrifica á esta idéa su fortuna y su vida, pudiera haber sido tomado en otra condicion y en otra sociedad; y acaso, á lo ménos entre nosotros, puede ser que tuviese más interés, teniendo más verosimilitud.

Por lo demás, el carácter y la pasion de Sab, que es toda la novela, están descritos con un pincel de fuego. Hay páginas magnificas, hay rasgos sublimes. Cuando Sab refrena sus impetus homicidas á vista de su dichoso rival postrado y moribundo, con la esperanza de tomar más sangrienta venganza en que al fin será conocido y despreciado, todo un carácter se dibuja en esta pincelada, digna de Otelo. Cuando el pobre esclavo lo inmola todo á la felicidad imaginaria de Carlota, y se deja morir por no arrancar de sus ojos la venda que puede hacerla feliz por dos ó tres años más, es sublime sin duda. — «¡Es un crimen anticipar á un mortal la hora de su triste desencanto!» — Sólo quien no tenga el corazon ulcerado por este mundo de ilusiones, — donde, muy al revés de lo que dijo Boileau, todo es bello ménos la verdad, — podrá desconocer la profundidad de esta máxima.

Es el estilo, en general, animado, flúido y corriente; pero á veces más desigual, y con más hondas caidas de lo que quisiéramos, en el libro de una persona, que escribe inspirada y admirablemente prosa más bella todavía que sus versos. *Sab* tiene algo de la incorreccion de la juventud, algo de la amable versatilidad de la mujer, y la desigualdad acaso de aquellos climas tropicales donde fué escrita. Hay en ese libro páginas nubladas y fatigosas, como algunos dias de aquellas ardientes zonas; pero á poco sale el sol, puro, radiante, abrasador, y se ostenta

por él bañada la espléndida y lujosa vejeticion de aquel suelo, donde las palmas

Nacen del sol á la sonrisa, y crecen,
Y al soplo de las brisas de Océano
Bajo un cielo purísimo se mecen.

Las descripciones son muy bellas. En el primer tomo hay una tempestad que sofoca al lector; y son tanto más notables y de mayor mérito estas pinturas, cuanto no hay en ellas pretensiones, ni se aspira á la exageracion y afectada originalidad que pudiera haber tentado á la jóven escritora, tratándose de un país vírgen y poco conocido, y en cuya descripcion pudiera haberse dejado llevar del peligroso impulso de imitar la manera de Chateaubriand. Uno de los mayores méritos de este ensayo es la sencillez.

No lo es sólo en el lenguaje: la accion tambien es sencilla; y tanto, que el primer tomo nada perdería acaso en tener más pormenores, y dejarla correr ménos desembarazadamente. No hay enredo, no hay drama, no hay arcanos, no hay peripecias sorprendentes; y hay interés, sin embargo, y hay en las partes de esa narracion tan sencilla, una trabazon admirable. El final sorprende por lo natural. Aparte de la muerte de Sab, nada sale del orden comun; y sin embargo, queda de ese libro un sentimiento profundo y una memoria de dolor que no se espera, ni debiera resultar de un desenlace, que podria parecer frío y lánguido á los ojos vulgares.

En esa interesante historia de una familia criolla suceden grandes desventuras, y sin embargo, no hay ningun malvado, no hay ningun crimen. El mismo Enrique Otway

no es un perverso; es solamente un personaje prosaico, un buen comerciante, para quien el libro de la vida no deja de ser un libro de caja, en donde todas las partidas se asientan en guarismos, inclusa la de su matrimonio. Los asesinos, los malvados, los traidores de esta composicion, son las pasiones, los caracteres, el alma volcánica de Sab, el carácter ideal de Carlota, la concentrada severidad de la pobre Teresa. Este es un mérito, un gran mérito sin duda, y rogámos á la señorita de Avellaneda que así lo crea, y que no lo eche en olvido en sus demás producciones.

Para que resulten grandes sucesos no tiene necesidad el génio de emplear el puñal ni el veneno. Ponga almas tier-nas en la escena, corazones verdaderamente apasionados, caracteres ardientes y generosos; y el infortunio, las lágrimas, el interés brotarán de suyo bajo su pluma. No tema la señorita de Avellaneda la censura que puedan hacerle de exageracion ó de inverosimilitud.

Recuérdasenos lo que decia Larra en uno de sus folletines sobre *Los Amantes de Teruel* al Sr. Hartzenbusch: "á los que digan que nadie se muere de amor, no les contesteis; sería inútil."—¡Oh, sí; tenía razon aquel desventurado! Las pasiones son de todos los siglos. Lo mismo matan hoy que hace dos mil años. Sí, nosotros creemos que hay todavía quien se muere de amor, aunque no tenga el valor de confesarlo ante una sociedad, que en masa ridiculiza las pasiones, aunque individualmente las siente y las llora.

Lo que lamentamos amargamente en el carácter de Sab, es que aquel desgraciado, tan noble y tan virtuoso, no tenga siquiera el consuelo de saber de dónde le viene tanta virtud y tanto esfuerzo. Aquel hombre, tan solo y desamparado en el mundo, no se acuerda nunca de vol-

ver sus ojos al cielo. Cree que su pasion es bastante para todo el sacrificio que se impone, y permítanos nuestra amiga decirle que esto no es verdad. Sab muere como Bruto, mártir de la virtud y blasfemando de ella; porque no encuentra á la virtud bastante digna de inmolarla su felicidad, su esperanza y su vida. En efecto, no lo es la virtud del mundo; pero sí la virtud del cielo, la virtud de la Religion.

Sab espira creyendo en el poder de su orgullo. ¡Triste palabra, que quisiéramos ver reemplazada con la esperanza en el Dios de los justos! La religion de Teresa no hace ménos falta al pobre mulato; y en lugar de aquella Martina, cuyo episodio nos parece un lunar de la obra, hubiéramos querido mejor ver á la cabecera de su lecho de muerte la imágen de la Madre del Redentor, cuyo culto debe ser tan tierno, tan consolador para los esclavos sin ventura y sin madre.

Nos hemos atrevido á hacer estas reflexiones, porque no creemos que *Sab* sea la última produccion de este género que hayamos de deber á la pluma de la señorita de Avellaneda. *Sab* es un cartel, es un heraldo, que anuncia á la literatura española la existencia de un novelista. *Sab*, á pesar del calor de alma con que está escrita, á pesar de las inspiraciones de sentimiento que la animan, de los destellos de génio que en ella chispéan, no es á nuestros ojos la obra: es el prefacio. No es el sol todavía; pero es la aurora.

Nosotros tenemos motivos para creer que el día que anuncia será bello y magnífico, aunque en esos ardientes celajes ya se vislumbre que habrá horas de tormenta, y que más de una vez surcará la esfera el rayo, y barrerá el suelo el huracan de los trópicos.

POESIAS

DE LA SEÑORITA

DOÑA GERTRUDIS GOMEZ DE AVELLANEDA. ¹

Esfuerzo es de valor, tanto como de talento y de genio, dar á luz en estos malaventurados tiempos un libro de poesías. Hay algo de heroismo literario, algo de verdadera abnegacion en quien se atreve á poner su firma al pié de una coleccion de versos. Precisa es una vocacion irresistible; preciso es que el corazon se vea arrasado por una pasion, que no prevé ni calcula, que ningun placer ni satisfaccion alguna, más que la pasion misma, ha de venir á recompensar.

¡Un libro de poesías! ¿A qué fin, ni para qué objeto le arroja el poeta enmedio de esta fútil y prosáica sociedad, enmedio del siglo positivo y financiero, enmedio de la literatura convertida en industria, á los piés del altar solitario del arte, condenado al olvido, ú objeto del desprecio?

Quien á tal se arroja, hechas tiene las pruebas del desinterés de su corazon, de su talento y de la pródiga riqueza de su alma desprendida. Ninguna recompensa le espera, ninguna!.... ni la palma celestial del genio, ni aquellos aéreos perfumes de que vivían, como en su empireo las deidades, los númenes de la imaginacion, que en los anti-

¹ Juicio publicado en *El Conservador*.—25 de Enero de 1842.

guos tiempos elevaba casi á su igual, y ceñía tambien con una corona de inmortalidad, la admiracion de un pueblo encantado y seducido.

Ahora no hay gloria. Ahora las artes no tienen templo, ni tienen culto: sus ántes reverenciados sacerdotes, convertido se hán en retirados y oscuros ermitaños, que han llevado á una escondida gruta su divinidad querida. Ahora no hay para ellos aplausos ni coronas. Ahora sólo les esperan, de un lado la crítica, armada de su tiente dolorosa y de su anatómico escalpelo; del otro, la ironía y el sarcasmo de la sociedad, que sin leerlos los juzga, y sin examinarles los condena.

¡Poeta!.... Este nombre tiene que ocultarle el triste que le lleva; tiene que rechazarle con desden el que sin embargo se afaná tan largos dias, y soñó tantas noches sólo por merecerle. Este nombre es para su felicidad un anatema; para su reputacion un escándalo; acaso hasta para su virtud y su moralidad, una mancha.

Sed poeta!.... cantad las maravillas de la naturaleza, las borrascas del corazon, las tristezas del alma, las esperanzas del cielo, ó la desesperacion del mundo; y en respuesta á vuestros cantos, y en eco á la expresion de vuestros afectos, os negarán la posibilidad de sentirlos. Sed poeta, describid las pasiones; que no creerán en las vuestras. Sed poeta, y hablad de virtud; que os llamarán hipócrita. Sed poeta, cantad el nombre de Dios; que os llamarán ateo. Sed poeta, dad al viento los ardientes suspiros de amor; y ninguna hermosura creará que podeis consagrarle vuestro corazon. Sed poeta, y no halle vuestra ideal fantasia bastantes placeres en la vida, bastante alimento para vuestro insaciable corazon; y ocultad cuidadosamente vuestro tedio y vuestro desaliento; llenad, aunque

sea de piedras, vuestro vacío; secad vuestras lágrimas, y no consagreis ni un suspiro á las ajenas; reíos y mostraos jovial y dichoso á la faz del mundo;..... porque vendrán los hombres positivos á probaros que sois feliz, á llamar manía vuestra tristeza y ridiculez vuestro dolor; porque vendrá la crítica á deciros que este—que la misma Religión llama valle de lágrimas,—es el mejor de los mundos posibles. Sed poeta, y dad á luz vuestros cantos; los sábios de los grandes volúmenes os llamarán compasivamente superficial, y deplorarán un talento perdido. Sed poeta, y publicad un libro, si los aterrados libreros se han decidido al arrojo de imprimirle; y os habréis incapacitado ante el mundo para todo lo que exige y supone ciencia, gravedad, perseverancia, estudio, conciencia, acaso virtud.

Pero sobre todo, sed poeta mujer; y á todas las desgracias y miserias de vuestro sexo, y á todas las agitaciones y tristezas de vuestro corazón, añadid una más grande todavía. Cuando la preocupacion de los hombres no os dispute la originalidad de vuestro genio, la de vuestro propio sexo os condenará á la pena, que en el pueblo de Atenas alcanzaba á todos los que por alguna calidad eminente se elevaban sobre los demás. No será el desprecio, no, que tanto no pueden; pero sufriréis el ostracismo.

Y sin embargo, preciso es que haya un encanto irresistible todavía en esta inclinacion que á ser poetas, y á confesarlo, y á gloriarnos de ello nos arrastra; cuando, á pesar de tantos obstáculos como se les oponen, y del triste galardón que las espera, hay almas todavía en gran número, que se inmolan generosas y ardientes á la profesion de tan austero sacerdocio; cuando en medio

del frío de esta sociedad, helada por el positivismo egoísta que forma su base, no se apaga aun el fuego sagrado del altar de la poesía; cuando todos los años vemos aparecer como brillantes y esparcidas chispas, multitud de colecciones de versos, que para sostener y conservar el culto del arte, basta que se escriban, ya que por desdicha no podamos asegurar que se lean.

No siempre son, á la verdad, centellas ardientes ó luminosas antorchas: hay tambien en esas apariciones, exhalaciones fosfóricas que cruzan las nubes, fuegos fátuos de aquellos que se ven alzarse efimeros en los cementerios. Pero sinó siempre alumbran ó calientan esos resplandores, revelan á lo ménos, á trechos y á ráfagas, la electricidad de la atmósfera; nos vienen á decir todavía por intervalos que hay en el corazón sentimientos, idealismo en la imaginacion, amor en la vida, calor en el alma: vienen algunas noches á arrullar el sueño en que el hielo del mundo nos aletarga, con dulces cantos y brillantes notas, que nos hacen ver ilusiones y maravillas, aunque al despertar nada veamos, y nada por desgracia e-cuchemos.

La poesía, en medio de lo positivo de la ciencia y del mercantilismo del arte, es como una de esas hermosuras coquetas que aparecen en la sociedad para desgracia de los hombres sensibles, y por las cuales, á su pesar, se mueren, y no obstante el ridículo del mundo, arrostrando burlas y desdenes, se sacrifican; mientras que tal vez otras bellezas ménos caprichosas y esquivas, que les brindan caricias y favores, suspiran desatendidas ó lloran abandonadas. No les importa su desgracia, ó el disfavor de su ídolo. Su placer es su pasión propia; su deleite, su mismo sacrificio.

¡Y todavía se quiere que la crítica se ensañe con los poetas! ¡Todavía se pretende que la pedantesca gravedad de la ciencia los proscriba, que la moral los destierre, como Platon de su república! Son sus libros acaso los únicos en que se revela sin disfraz el corazón: ¡y se les ha de poner en ridículo á nombre de esa verdad de convencion que reina en la sociedad! Son sus producciones acaso el último asilo adonde se ha refugiado la originalidad de nuestra literatura; ¡y se ha de decir que la corrompen! Son sus cantos la única protesta del espíritu que cree, y del corazón que siente, contra el escepticismo del siglo y el egoísmo del mundo; ¡y se les ha de despreciar todavía como vanos y estériles y perniciosos!

«¡Hay tantos poetas!» decís con desden. — ¡Y porqué no guardais con más razon esa desdeñosa pedanteria, para decir, ¡hay tantos filósofos, tantos políticos, tantos oradores, tantos publicistas!... y la verdad y la prosperidad de los pueblos, y la felicidad del género humano no adelanta un paso con sus vanas teorías, con sus reformas efimeras y sus revoluciones ominosas! — Á lo ménos la poesía no tiene tan altas pretensiones. Guárdese, pues, vuestra severa censura para los errores detenidamente pensados; quédense vuestras invectivas para la inmoralidad fría y calculada, para las teorías anárquicas, para la filosofía atea, para la moral disolvente.

Los poetas, los artistas, los cantores de lo ideal y de lo bello, los escritores que hacen vibrar todavía las flojas y enmohecidas cuerdas de nuestro corazón; los que prefieren al peligro de los extravíos de la inteligencia las emociones del sentimiento, bien venidos sean.... enhorabuena vengan! Nunca les diremos nosotros que *hay muchos*; nunca serán para nosotros bastantes. Nunca nuestra crí-

tica les condenará desdeñosa, sólo por el arte divino que cultivan; nuestro arte querido, nuestra primera pasión literaria, aunque despues, — á pesar nuestro y con harta amargura! — hayan venido otros estudios y otras tareas á ocupar nuestra inteligencia, y á surcar de precoces arrugas nuestra frente.

Y venga en buen hora, y bienvenida sea, descollando entre el coro de nuestros jóvenes poetas, la joven y brillante Poetisa, cuyo libro anunciamos al frente de estas líneas. Venga: que nada tiene que temer de nuestra crítica ni de nuestra censura. Hace tiempo que esperábamos la ocasión de consagrarle el láuro debido á su mérito. Hace tiempo que hemos anunciado su nombre. Los bellísimos destellos de su génio han hermosado más de una vez nuestras columnas, y amenizado nuestras tareas ¹.

Nuestro fallo no puede ser dudoso; nuestro juicio está hecho muy de antemano. Porque acaso parezca — por esta razon misma — un tributo de gratitud, no es un juicio de parcialidad. Cuando vamos á calificar como una joya preciosa de nuestra literatura el libro de la SEÑORITA DE AVELLANEDA, no es sólo ciertamente porque hayamos mostrado de antemano alguna de las brillantes perlas que le adornan. Por el convencimiento de su mérito las habíamos insertado: ahora que ella las ha publicado y reunido, inconsecuencia sería que no se le concediéramos, y no le ensalzáramos en todo su alto y relevante valor. Prueba hemos dado de que la amistad no nos ciega, de que el entusiasmo no nos impone deberes de adulacion. Con la autora de *Sab* más severos hemos sido acaso que indul-

¹ Las de *EL CONSERVADOR*, Revista que escribía el Sr. Pastor Díaz en 1841 con los Sres. Pacheco y Cárdenas, y para la cual vió la luz pública este artículo.

gentes. Con la inspirada Poetisa no tenemos que faltar á la crítica entonando en su justo loor un canto de alabanza, y consagrándole por todo análisis un sincero y desapasionado tributo de admiración.

No somos nosotros solamente los que emitimos este juicio; por eso le asentamos con toda confianza. Un célebre Poeta, — acaso el más distinguido entre todos nuestros líricos contemporáneos, y que aun entre los antiguos puede contar pocos rivales; — un Poeta, que conservando en su vigorosa ancianidad toda la frescura y lozanía de las inspiraciones de su juventud, no puede creerse que paga en sus juicios tributo á la debilidad de los años; un Poeta, que conservando como una tradición viva entre nosotros, jóvenes é innovadores, la severidad del gusto clásico, la belleza pura de las antiguas formas, la robustez del lenguaje y la fuerza del pensamiento de nuestros autores del siglo XVI, no puede ser tachado de que se deja contaminar por el espíritu de nuestro siglo, y por las preocupaciones de nuestra literatura; el respetable DON JUAN NICASIO GALLEG0, cuyo nombre hemos leído con placer y veneración al pie del prólogo con que se encabeza el libro que anunciamos, no ha vacilado en afirmar *que nadie, sin hacerla agravio, podrá negar á la señorita de Avellaneda la primacía sobre cuantas personas de su sexo han pulsado la lira castellana, así en este como en los pasados siglos.*

Nosotros extenderemos á más nuestras alabanzas: nosotros tampoco vacilamos en asegurar que la preciosa colección á que nos referimos, puede sostener ventajosamente el parangón con las colecciones de mayor mérito que han dado á luz en este último período los poetas masculinos. Ninguno de ellos le excede en imaginación,

en talento, en génio. Ninguno, en la grandeza, elevación y originalidad de los pensamientos; ninguno, en la robustez y valentía de la expresión; ninguno, en la facilidad, pureza y armonía del lenguaje, en la riqueza del colorido, en la brillantez y propiedad de las imágenes; ninguno, en la belleza y en la variedad de las formas; ninguno en la espontaneidad de la inspiración; muy pocos y contados, en la filosofía y profundidad de sus conceptos, en la extensión y transcendencia de sus ideas.

Ábrase por donde quiera su libro, y no tememos haber de retractar nuestras alabanzas ante las pruebas de él sacadas. Haríamos un artículo interminable, si con ellas hubiéramos de corroborar nuestros asertos, porque tendríamos que trasladar á nuestras columnas su libro entero: habríamos de copiar íntegros sus bellísimos sonetos, modelos algunos de perfección, como el que encabeza sus versos, dando en él la Autora un triste adiós á Cuba su Pátria; como el que se intitula *En una tarde tempestuosa*: habríamos de reproducir sus vagas letrillas, entre las que descuella el *Paseo por el Bétis*, *Á la mariposa y el ruiseñor*; ó los sentidos romances *Á un gilquero*, *Á un niño dormido* y *Á su Madre en sus días*; y sobre todo tendríamos que insertar las composiciones profundas, fantásticas y elevadas, en que la Autora se deja arrebatar á la altura de la más ardiente y sostenida inspiración.

Nada más grande y poético que su oda *AL MAR*; nada más ardiente y apasionado que los versos *Á EL*; nada más sentido y dulcemente melancólico que las bellísimas estrofas *Á LA ESPERANZA*, ó la triste elegía que lleva por título *CONTEMPLACION*; nada más vago y puro que su himno *Á LA LUNA*, ó más fantástico que su *INSOMNIO* ó *LA SERENATA*, ó más acabado y perfecto en versificación y

estilo que las magníficas octavas AL GÉNI0. Nuestros lectores conocen ya la composicion titulada AMOR Y ORGULL0, esa composicion que sólo una mujer puede escribir. Á nosotros nos parece una de las mejores de la coleccion, y que bastaría por sí sola para dar á su Autora el nombre de Poeta, y asegurarle el lauro de una gloria duradera.

Y no es solamente siendo original cuando brilla su génio, y aparece como eminente artista. Hay traducciones que revelan tan grande talento como sus más bellos originales. Léanse algunas de Lamartine, especialmente la dedicada á BONAPARTE; la POLONIA, traducida de Víctor Hugo, y se conocerá cuanta facilidad y estro y númen abriga quien tales dificultades supera. Sobre todo es á nuestros ojos de relevante mérito la imitacion de Víctor Hugo titulada LOS DUENDES, que ha merecido del Sr. D. Juan Nicasio Gallego una censura, con la cual no podemos convenir. Cualquiera que sea el mérito intrínseco de este fantástico capricho, y aunque á nosotros tambien nos ha parecido en el original un tanto extravagante, creemos que la traduccion ha hecho desaparecer las rarezas que le afean, y que hay verdad y armonía y naturalidad en esa descripcion de las abultadas ilusiones de una noche agitada, en que la fantasia presta cuerpo real y formas temerosas á las molestas é informes idéas que sobre ella cruzan. Enhorabuena que califiquen esos versos como ridículas quimeras, los que tienen la fortuna de dormir siempre tranquilos un apacible y sosegado sueño, ó de trasnochar en una vigilia serena. El autor de estas líneas tiene la desgracia de haber sentido pasar muchas veces sobre el lecho de sus delirantes insomnios algunos *enjambres de duendes*.

Han tachado algunos los versos de que nos ocupamos,

de que falta en ellos aquella suavidad y ternura, que parecía debia ser el carácter distintivo de la poesia del bello sexo. — No dirémos nosotros que sobresalgan en esta cualidad más que en otras, ni tanto como en algunas. Ni es el sello de estas poesías la languidez, la ternura, ni tiene nada de bucólica, pastoril y afeminada la vigorosa entonacion de la ardiente poetisa Cubana: no hay ley más general en la naturaleza que la ley de los contrastes, ni hecho más constante que las reacciones. Á nosotros no nos parece que cuando una mujer toma la lira, necesaria y fatalmente ha de suspirar amores, ni exhalar blandas melodías. Acordémonos los críticos (los hombres) de la triste condicion del sexo hermoso, del destino nada envidiable que sobre él pesa: meditemos sobre ello, y despues, cuando alguna escritora rompe la coyunda á que las tenemos ligadas, y cede al impulso del estro que la agita, y del númen que de ella se apodera, no esperemos sino la dureza de la amargura y el arranque de la reaccion en los esfuerzos vigorosos de ese súbdito que lucha, de ese esclavo que se emancipa.

Sin embargo, nosotros no asentimos á que carezcan de dulzura estas composiciones; de aquella dulzura que no está en la fluidez de las palabras, ni en lo almibarado y muelle de los afectos; de aquella dulzura, sí, que reside más honda en la profundidad del sentimiento y en la verdad de la situacion. Versos hay muchos en las composiciones que hemos citado, que han hecho asomar á nuestros párpados suaves lágrimas, y en cuya lectura hemos buscado alguna vez blando consuelo, ú apacible reposo á penosos accesos de congojoso esplin ó de lánguida melancolía.

Otros nos han hecho la observacion de que si estos ver-

sos son siempre buenos como versos, las composiciones no son á veces, como tales, acabadas, ni tienen siempre la unidad y las proporciones que les corresponden. Nosotros no creemos que la señorita Avellaneda haya llegado á la perfeccion y altura á que puede y debe encumbrarse; pero confesamos tambien que es muy aventurado analizar en una situacion tranquila las proporciones de lo que se escribe en la agitacion del estro poético, ó en los arrobos del entusiasmo; y que la inspiracion tiene su lógica peculiar, su unidad que le es propia, y que no percibe jamás quien no se entusiasma, ni se inspira.—Los poetas no escriben para esas almas.

No, no seremos lince para los defectos, lunares, é incorrecciones que podrán tener estos versos; tanto más cuanto que podremos haber sido topos para sus bellezas. No es la tarea nuestra la critica de los preceptistas ó de los gramáticos. Á las producciones del género de la que analizamos, cumple otra critica del corazon, del sentimiento. Critica sin embargo más severa, más exigente, más escrupulosa todavía. La obra de la señorita de Avellaneda puede arrostrarla sin temor, y salir de ella espléndida y aerisolada. Nosotros creemos cumplir un deber en asegurarlo así, y en que nuestras manos puedan colocar una flor en la corona que de hoy más ciñe su hermosa frente.

Sólo sentimos que nuestro juicio no pueda tal vez servirle de consuelo, y que siendo de amigo, nuestro testimonio pueda á ella misma parecerle parcial y apasionado. Rogámosla empero que cuando oiga zumbiar al rededor los murmullos de los que llaman fútil, y vana, y frívola á la poesía, recuerde que á las más grandes obras de la ciencia antigua han sobrevivido inmortales algunas frí-

volas letrillas de Anacreonte, y que no han perecido con los gigantescos monumentos de la grandeza romana las odas del flexible Horacio, ó los suspiros que exhalaba Tibúlo en el gabinete de Délia. Recuerde que acaso cuando la posteridad haya olvidado las estrepitosas cuestiones á que se dá hoy tan gran importancia en las regiones de la ciencia y de la política; cuando ni los nombres se sepan de los estadistas y oradores que tanto figuran hoy en la escena del mundo, y mil volúmenes de moral y derecho político duerman en el polvo de las bibliotecas, leeránse quizá todavía algunas estrofas de versos de los que en este período se han publicado, y el nombre de sus autores podrá sobrevivir á muchos nombres muy famosos hoy.

Por último, si la preocupacion ó la rutina hacen sonar en su oído que la ocupacion de hacer versos es incompatible con las tareas de su sexo, tambien á nosotros nos lo han dicho tanto alguna vez respecto á las del nuestro, que hemos abandonado ingratos nuestra aficion. Y despues de habernos engolfado en sérios estudios, en profundas meditaciones; despues de haber invertido algunos años de nuestra vida en el asiduo cumplimiento de graves deberes; despues de haber sido alguna vez hombres públicos, alguna escritores políticos; hemos vuelto muchas los ojos al dichoso tiempo de nuestros amores con las musas; hemos apreciado cada vez más los purísimos é inefables placeres del entusiasmo de las artes, y envidiamos ahora más que nunca, la facultad de hacer versos tan bellos como los de la amable y hermosa amiga, á cuyo talento, y á cuyo triunfo consagramos estas líneas.

LA ALHAMBRA.—GONZALO DE CÓRDOBA.—EL CID.¹

PORQUE TAMBIEN PARA EL SEPULCRO HAY MUERTE!

ha dicho Quevedo en uno de sus sonetos. Y era Quevedo génio muy profundo, y poeta de muy graves inspiraciones.

Hay, en efecto, tambien muerte para las tumbas, aun para las más gloriosas, para las más magníficas y colosales. Los sepulcros gigantescos de los egipcios quedan; pero los nombres de sus huéspedes han desaparecido.

¿Dónde están los antiguos monarcas del Asia, los que levantaban inmensas moles para perpetuar su memoria; aquellos grandes y Príncipes de la tierra que, segun la expresion de Job, *ædificabant sibi solitudines*; los Ninos, las Semíramis, los Sardanápalos, los Círos, ¿dónde están? ¿Dónde están los guerreros de Ilion, los semi-dioses de la Grecia; Priamo y sus cincuenta hijos? ¿Dónde están Jerjes y Leonidas, Temistocles y Aristides, Darío despues, y el grande Alejandro, y Aníbal, y César, y Pirro?... ¿Qué se han hecho?

Los inmortales génios de las artes tambien han desaparecido. Homero y Eurípides, y Demóstenes, y Arístoteles, y Ciceron reposan ignorados. La muerte ha pa-

¹ De EL HERALDO, periódico político, que se publicaba en 1842.

sado su guadaña sobre todas esas cenizas, sobre sus osamentas sagradas. Veinte, treinta siglos, ochenta, cien generaciones..... y nada queda ya de sus restos! Esas generaciones son como los años de la vida natural de esos sepulcros.

Pero, á lo ménos..... la vivieron! Si la Providencia puso un límite y señaló una duracion á los monumentos de los hombres, monumentos hay que han cumplido sobre la haz de la tierra los dias que les fueron contados para memoria ó para enseñanza de las generaciones. Pasaron, como los pueblos que los dieron ser y renombre; pasaron, con la influencia de las acciones ó de las obras á que habia presidido su génio, con las religiones que habian consagrado sus tumbas. Desaparecieron aquellos restos cuando llegaron tiempos en que pudieran ser profanados ó escarnecidos.

Pero vinieron tambien horribles períodos, en que así como la muerte entregó á los hombres su guadaña, para que segara en ciernes una mies verde todavía de existencias floridas y de generaciones lozanas, cedió á su vez el tiempo su hoz para que no quedaran de esas generaciones proscritas, *ni aun las piedras que de ellas se escribieron*, y que no habian criado musgo. Á la aparicion de esos períodos de cataclismo, en que para variar la superficie del mundo físico y las relaciones del mundo moral, era preciso acelerar la vida de los hombres, correspondieron siempre fenómenos necesarios para extinguir tambien los monumentos, y romper así la cadena de las tradiciones que conservan las sociedades.

Los medios de la Providencia no fueron siempre iguales, ni los ejecutores de sus terribles decretos llevaron siempre unos mismos nombres. Á veces anunciaron re-

suelatamente su mision y su destino; otras le encubrieron bajo formas de hipócrita falsía. Á veces fueron las guerras y las leyes; á veces, las revoluciones. Llamáronse unas veces bárbaros; diéronse á sí mismos el título de *azote de Dios*: otras se anunciaron como reformadores y filósofos. Eran en unos siglos godos, hunnos, vándalos, turcos: llamábanse Alaricos, Atilas, Gensericos, Otman, Timur. Despues se apellidaron jacobinos, demócratas: eran Marat, eran Saint-Just, eran Robespierre y Danton, y Santerre, y Carrier, los nombres de los nuevos destructores, de los que cubrian la tierra de cadáveres, y desenterraban los sepulcros; de los que abrian fosos inmensos para millares de víctimas, y desalojaban de sus muertos las catacumbas de Roma ó de París; de los que arrasaban la costa de África, ó las márgenes del Loira ó del Ródano: de los que esparcian al viento las cenizas de los emperadores romanos, y convertian en establos los templos de los dioses: ó de los que hozaron como hienas el panteon de San Dionisio, y arrojaron en un muladar los restos de Luis XIV y de Catalina de Médicis.

Nuestra nacion no podia quedar exenta de esta ley, ni dejar de reproducirse entre nosotros el fenómeno que ha acompañado siempre á todas las revoluciones, como coinciden las tempestades del mar y de la atmósfera con la explosion de los volcanes y con las sacudidas de los terremotos.

Cuando se dió entre nosotros la señal de la revolucion, empezó la época del vandalismo. Brilló como un fugaz relámpago la matanza, y se oye todavía un sordo trueno de demolición que no cesa. Las eminencias sociales han caído: preciso es que caigan tambien las piedras que se elevan. Los castillos feudales se habian desmoronado ya,

cuando los nobles se hicieron cortesanos. Las catedrales van faltando ahora, como los Obispos.

Los hombres más eminentes han emigrado á tierras extrañas, como los magníficos cuadros han sido vendidos al extranjero. Los gigantescos monasterios, las torres maravillosas, los colosales campanarios, los afiligranados chapiteles se rajan, y se hunden y se derriban, y se destechan por todas partes, como las instituciones. Los piadosos cruceros, los pilares históricos, los tradicionales rayos, son arrancados como padrones de infamia; y gracias cuando un magnífico claustro se conserva para cuartel, ó cuando á la venerable soledad donde murió Carlos I, el grande Emperador, le cabe el destino de ser una hilandería de sedas!

La revolucion gana más terreno todavía en esas mansiones solitarias, donde no luchan con ella las fuerzas de la vida. Siquiera los hombres combaten, y las instituciones resisten; pero los monumentos ceden.... y los muertos no se levantan! Para derribar una cúpula no es preciso ser arquitecto; y tal se atreve á manosear las reliquias de un héroe, que no fuera capaz de mirarle en vida cara á cara.

Pero es triste y doloroso,—por más que sea fatal!—el hecho á que aludimos, y el sistema de barbarie que revelamos. Es horrible de ver ese espíritu de vandalismo y de profanacion, por la razon misma que dejamos consignada; porque cuando los ultrajes no se pueden rechazar ni castigar, á la intencion de la maldad acompaña la vileza de la cobardía.

Todos los seres débiles son sagrados. La sociedad ha tomado siempre bajo su proteccion á los niños, á las mujeres y á los ancianos. Sobre los muertos han tendido su manto todas las religiones; para que cuando les faltase

la memoria de los hombres, los amparase la presencia de Dios. La Religión cristiana, plantando su cruz sobre las tumbas, había confiado al ángel de la muerte el depósito que no era bastante á guardar el génio de la gloria.

Por eso, cuando se ofrecen á nuestros ojos las tristes profanaciones de que somos testigos, no sólo lloramos porque vemos eclipsarse sobre nuestro horizonte el último crepúsculo de la gloria; sino porque nos parece que la Religión nos abandona. Á cada golpe de piqueta, á cada choque del martillo, á cada estallido de techo que cae, ó de piedra sepulcral que se arranca, nos parece oír aquella tristísima voz que gritaba un día al mundo pagano: «¡Los dioses se van!»

Esas antiguas obras, esas vetustas piedras son como los edificios de las generaciones que nos precedieron, como las señales y mojones del camino de la humanidad, que va andando delante de nosotros. Al arrancarlas y demolerlas, conviértese en solar ruinoso, y en desierto sin huellas ese camino. Destruyendo esos monumentos, rompemos con lo pasado, y vamos solos, vamos nosotros los primeros; como van los salvajes, como van los pueblos bárbaros por sus páramos, sin recuerdos, sin nombre, sin pasado! Esa renovación de los destructores de lo antiguo, es para los pueblos como sería para un hombre quedarse de repente sin memoria; sin memoria de cabeza, ni de corazón; sin ideas y sin afectos.

¿Qué es España sin esos recuerdos históricos, sin esas religiosas tradiciones? ¿Qué somos hoy nosotros, — nosotros más que pueblo alguno, — nosotros, que más que por lo presente, pertenecemos á Europa, y á la civilización por lo pasado? La historia de nuestros días puede explicarse sin España. La historia de los períodos que prece-

dieron, no existe sin nuestros sucesos y sin nuestras armas; sin nuestra Religión y nuestros libros. ¿Qué es España sin el Cid y San Fernando? ¿Qué la Europa, sin Gonzalo de Córdoba, Carlos V y Felipe II? ¿Qué es la civilización sin la América? ¿Qué es la literatura de la Edad media sin los árabes; la literatura moderna, sin Calderon y Cervantes?

¿Y qué nos queda hoy de todos esos sucesos y de todos esos grandes hombres? Sus reinos y sus conquistas las perdimos. Ya no mandamos en Méjico, ni en los Andes, ni en el Escalda, ni á los piés del Vesubio. De todas esas tierras y naciones, de todos esos períodos de esplendor y de grandeza, no nos quedan más que unos nombres y unas letras y unos huesos, unos palacios abandonados que se desmoronan, unos lienzos que se venden, unos sepulcros que se van quedando vacíos.

Y no nos lamentamos de un hecho supuesto, no. Pudiéramos citar infinitos é inmediatos, que tejieran una crónica espantosa de vandalismo y de profanaciones. Sería horrible el cuadro que presentáramos. Preguntad á Sevilla, preguntad á Granada, preguntad á Córdoba y á Búrgos; al Escorial y á Simancas; á Guadalupe y á Sobrado; á Santiago y Oviedo; á Valladolid, y á Valencia, y al mismo Madrid, á la capital misma de la monarquía. Registrad todos esos memorables archivos, todos esos panteones ilustres, buscad esos gloriosos letreros, esas venerandas antiguallas, esos nobles pergaminos, esas feudales armaduras. Penetrad en esos templos góticos, en esos alcázares árabes, bajo esos arcos romanos; y decidnos luego dónde ha amontonado más ruinas, y atesorado más sacrilegios la revolución que nos gangrena, si al aire libre de la sociedad y de la política, ó en esos asi-

los retirados de veneracion y de respeto, en esos santos lugares de gloria y de grandeza, de religion y de poesia.

No los enumeraremos todos: no es posible: no tienen número ni cuento. Hoy sólo señalaremos tres; tres cosas que representan tres periodos de la historia de nuestra nacion: la historia de Castilla, la dominacion árabe, la monarquia española de los Reyes Católicos; el Cid, los Reyes de Granada, el Gran Capitan.

Estos tres grandes nombres están representados en tres grandes edificios. El Cid reposaba en San Pedro de Cardena: de los Reyes moros quedaba la Alhambra: los restos de Gonzalo de Córdoba se veneraban en San Gerónimo de Granada. ¡Buscad al Cid en su Monasterio, en su panteon venerando!.... ¡Buscad á Gonzalo de Córdoba en el magnífico mausoléo que su Esposa le hizo labrar!.... ¡Buscad en la Alhambra las maravillas de los árabes!.... ¡Os asombraréis.... os horrorizaréis!

«¡La Alhambra! ¡La Alhambra! *Le Palais des Génies*,» hace poco que exclamaba en un arrebato de entusiasmo un poeta extranjero: la Alhambra, Palacio de las Hadas, mansion de encantos, consagrada por la historia y por la poesia, como una creacion fantástica de los cuentos orientales; la Alhambra va á desaparecer, ya que no bajo la piqueta de los demoledores, á impulsos del espíritu renovador de una restauracion sacrilega. Hace poco que insertamos en nuestras columnas la exposicion que con este motivo dirigió al Gobierno la Academia de Nobles Artes de Granada.

«Triste es, decian, triste es en verdad, y mengua para los amantes de nuestra gloria, el ver desaparecer una por una las preciosidades artisticas de la Alhambra, que la constituian un tipo único en las bellas artes de su época.

Inútil será dentro de poco tiempo buscar aquellos preciosos fragmentos de las miniaturas de oro y azul en aquellos colores que resaltaban en los mármoles de sus columnas, en la exquisita laceria de sus techos; porque ó han desaparecido á fuerza del rudo asperon, ó se han cubierto bajo una grosera costra de pintura al óleo!! La precision y exactitud de las formas en las aristas y relieves, ha perecido por este medio bárbaro de limpiar los mármoles.

«Tal es el deplorable cuadro que actualmente presenta ya la fuente de los Leones, rareza artistica conocida por todo el mundo, y el admirable Laberinto que forman las columnas de su patio: mutiladas las superficies esferoidales de la fuente, desportilladas las esquinas y perfiles de la inscripcion de alrededor, borrados sus lazos y nexos y perdidos sus contornos: el ignorante cincel del cantero ha desfigurado los ojos de los leones, haciéndolos mas profundos. El mismo deterioro sufren la mayor parte de las columnas del patio en los delicados collarinos de sus fustes hechos á torno, en las inscripciones y hojas de sus chapiteles, en los vestigios de sus caprichosas miniaturas; é igual suerte han corrido las columnas y techos de la galería alta del patio del estanque.»

Si son fundados estos temores, si son ciertos estos cargos que no se han refutado todavía, nosotros clamáramos porque no se detuviera la accion del tiempo, de la inclemencia y de la soledad. Pediríamos que se abandonara la Alhambra, para que por su propio peso viniera al suelo, ó para que los vaivenes de un terremoto la hundieran. Las ruinas, á lo menos, son grandes, son bellas, son poéticas. Las restauraciones son sacrilegios impíos.—

Trazó á principios del siglo XVI el gran arquitecto y

escultor admirable D. Diego de Silva la grandiosa fábrica del monasterio de San Gerónimo, por orden de los Reyes Católicos; y llegados los muros á cierta altura, en tiempo de Carlos V, la Duquesa de Terranova, viuda de Gonzalo de Córdoba, pidió al Emperador el edificio.

Hízola donación de él el magnánimo Carlos, y concluido el templo á expensas de la ilustre Matrona, fué depositado en él su Esposo en un gran sepulcro, á la entrada de su soberbia Capilla Mayor. Allí durmió tranquilo largos años; allí descansó de sus hercúleas empresas el héroe de Cerinola y del Garellano. Allí recibió por siglos el homenaje de admiración y respeto de la posteridad. Aquel templo era su pirámide y su castillo, ya que las almenas de Aguilar habían sido demolidas. En aquel recinto debían haber dado fin sus persecuciones. Pues allí — ¡oh mengua! — osaron insultarle muerto los que no pudieron vencerle vivo!....

¡Entrad hoy allí.... y aterraos! El templo suntuoso ha sido desmantelado; los mármoles que decoraban sus altares, han desaparecido. Las paredes están desconchadas; las cornisas y filetes desportillados. La yerba crece por sus derruidos techos, y el agua del cielo cae dentro en copiosos raudales de anchas goteras. Pero mirad el sepulcro: su losa se ha roto; la trompeta del vandalismo del siglo ha sonado para ella antes que la del Ángel del juicio final. El Gran Capitan no existe allí: nada se sabe de su paradero.... ¡Le han robado!.... ¡Le han desterrado de su última morada!....

El cabello se nos eriza, y la pluma se cae de nuestras manos al anunciar este hecho horrible! Cuando hasta tal punto han desaparecido el sentimiento de la gloria y la veneración del heroísmo, mucho debemos temer por la suer-

te del país. Mas vosotros, los de la seguridad individual de los vivos.... ¿en nada teneis la seguridad de los muertos? ¿Los restos de los muertos no tienen garantías en vuestras cartas constitucionales? Pero qué, ¿las tienen por ventura los héroes vivos? ¿Qué mucho que hayais dejado desenterrar al GRAN GONZALO, vosotros, los que habeis ajusticiado á LEON?

Y el Cid tambien, el semi-dios de la epopeya española, la gran figura de nuestra historia, el personaje de tantos romances y de tanta tragedia, la personificación de todas las grandezas y de todas las virtudes de los tiempos caballerescos, el Cid reposaba de tiempo inmemorial en San Pedro de Cardena. ¡Y se han atrevido á remover sus cenizas! Nosotros — si, por desdicha, tal hiciéramos — hubiéramos temido que por segunda vez echara mano á su espada el gran Rodrigo, ó que se hubieran desplomado sobre nuestras cabezas, para estorbar tamaña profanación, las paredes del viejo monasterio. Dicen que se desmoronaba; que aquel memorable santuario amenazaba ruina, y han querido disculpar un sacrilegio con otro mayor.

¡Y qué! ¿Qué importaba que San Pedro de Cardena viniera al suelo sobre la losa del héroe? Aquel monton de piedras y de ruinas hubiera sido todo él su tumba. ¿Por ventura no lo es todavía? ¿Por ventura son árbitros los hombres de mudar así, á su antojo, el lugar de los recuerdos, que han consagrado tantos siglos y tantas generaciones? ¿Son acaso la tumba del Cid los cinco piés de tierra, que puede ocupar su descarnado esqueleto? No: su sepulcro es San Pedro de Cardena; aquel vetusto edificio no es otra cosa ya. Sus cenizas podrán estar donde quiera; su memoria está allí. Allí le ha enterrado la Religion, allí le han custodiado los siglos. Allí está su sombra, allí

queda, debajo de aquellos techos ruinosos, al abrigo de aquellos pilares enmohecidos, de aquellos paredones musgosos y cárdenos. ¿Qué importan sus huesos? ¿Dónde encontrarán tumba para ellos!... ¿Los vándalos que los han profanado, los han depositado en una caja en la casa de Ayuntamiento de Búrgos!

¿En el Ayuntamiento!... Allí donde se han hecho revoluciones y juntas, allí donde se violaron juramentos, y se execró el nombre de una Reina, allí está el Cid; el Cid, leal hasta el martirio, vasallo hasta el heroísmo de la obediencia; el Cid, que mató al Padre de su adorada, por honor, pero que jamás alzó su mano contra el Rey que le ofendía; el Cid, que en medio de sus fabulosas conquistas, sufrió con resignación sublime la persecución y el destierro con que fueron premiadas; el Cid,.... trasladado al lugar donde la ingratitud violó á la faz del cielo los más sagrados empeños! ¿El retador de Zamora conducido ahora en hombros de los modernos Vellidos! Á nosotros se nos representa murmurando todavía aquellas solemnes palabras del romance:

Muchos daños han venido
Por los Reyes que se ausentan,
Que apenas han calentado
La corona en la cabeza....

Pedimos remedio contra tanto escándalo; alzamos un gemido de indignación dolorosa contra la manía de estas profanaciones. Para nosotros son el síntoma más horrible del siglo en que vivimos, de la época revolucionaria que atravesamos ¹.

¹ No queremos defraudar á nuestros lectores de algunas noticias respecto á este célebre Monasterio de San Pedro de Cardena, que creemos hubieran sido gratas á su elocuente defensor.

En 7 de Febrero de 1864 se puso á disposición del Emmo. Cardenal

Y no se nos arguya, en justificación de algunos de estos hechos, con el ejemplo de los ilustrados franceses, que han ido á desenterrar de Santa Elena el cadáver de Napoleón. Nosotros también condenamos este hecho. No vacilamos en decirlo: Napoleón debía quedar en Santa Elena. Aquella era su tumba digna, su tumba poética, su tumba grandiosa. La Providencia se la había dado. Eleven en las orillas del Sena á Bonaparte el templo más suntuoso: siempre será un rincón de una ciudad, una tumba más, entre otras muchas tumbas. Santa Elena, en medio del mar, separada del mundo entero por centenares de leguas, no era más que el sepulcro del gran guerrero!

¡Magnífico, grandioso, incomparable sepulcro, una ro-

D. Fernando de la Puente, Arzobispo de Búrgos, este venerando edificio. La entrega se hizo á virtud de reclamación del Prelado, y la Real orden se halla concebida en estos términos:

«Enterada la Reina (Q. D. G.) de la comunicación en que el M. Rdo. Cardenal Arzobispo de Búrgos hace presente la conveniencia de que se exceptúen de la permutación convenida con la Santa Sede, la Iglesia y Monasterio de San Pedro de Cardena, sitos á dos leguas de aquella ciudad, con el fin de abrir al culto la primera, y destinar el segundo á Casa-corrección de Sacerdotes, conservándose así tan célebre y memorable edificio; y considerando que por el art. 6.º del último convenio celebrado con la Santa Sede, se exceptúan de la permutación los edificios que se hallen destinados, ó se destinen, entre otros objetos, á casas de corrección ó cárceles eclesiásticas, S. M., de conformidad con lo propuesto por S. Emma., se ha servido declarar exceptuados de la permutación la Iglesia y Monasterio de San Pedro de Cardena, según desea el dicho Prelado.

De Real orden lo digo á V. Illma. para su inteligencia y efectos oportunos. Madrid 7 de Febrero de 1864.—TÁURITA.—Señor Director General de Propiedades y Derechos del Estado.»

El Prelado trasladándose á Cardena inmediatamente, ordenó su reparación, y el establecimiento de la reclusión mencionada, cuya dirección, así como la custodia del edificio, encargó al P. Fr. Millán Sevilla, antiguo monje de aquella Casa.

Nosotros la hemos visitado con veneración suma, y la hemos hallado no ruinosa, sino en el mejor estado de conservación. Allí se encierran los

ca de algunas leguas de circúito! La gran pirámide de Ménfis es una pequeña urna al lado de aquel peñon monumental, á cuya vista se prosternaban los navegantes, y se empavesaban de luto los navíos. ¡Que construyan otro los arquitectos de la Francia!.... Era preciso ir allí, atravesar los mares, para visitar los restos del Génio del siglo. ¡Bien lo merecía!—Napoleon ya no pertenece á la Francia: le dejaron morir en tierra extranjera. Su tumba, como su génio, era de la Europa, del mundo, de la historia, de la humanidad entera.

Allí estaba bien: allí debe estar. Todavía,—y hace dos años de su traslación,—no han ideado un monumento digno de su nombre. No le podrán construir, no. No cabe en París, en una ciudad habitada, esa sombra más

cuerpos de doceientos Santos monjes mártires, inmolados por los moros en 6 de Agosto de la era de ochocientos setenta y dos.

El Monasterio, edificado en el siglo VI con el nombre de *San Pedro de Cardena*, y aumentado por la Reina Doña Sancha, fué poblado por el gran Padre San Beulto durante su vida, é ilustrado en el siglo IX con aquel célebre martirologio.

Duermen en él diferentes Reyes: Lain Calvo, primer Juez de Castilla, las familias de Fernan-Gonzalez, Diego Lainez y el Cid, y entre esta sus dos hijas, Reinas, Doña Elvira y Doña Sol.

Están tambien los sepulcros del Cid y doña Jimena, ¡pero vacíos!.... Nos consta que la idea constante del ilustre Prelado, que ha sido el ángel conservador de aquel gran monumento nacional, fué siempre la de reclamar los restos mortales del gran Caudillo y de su Esposa, para devolverlos á aquel sitio, donde, por las tradiciones, vivian, aun despues de tantos siglos de muertos, y donde se hallan hoy todavía en cierta manera, á pesar de verlos ausentes y como expatriados.

La circunstancia de hallarse el Cardenal de la Puente en el último extremo de su vida, administrada la Santa Uncion, en los momentos de imprimirse este artículo, nos autorizan á consignar aquí este recuerdo y su piadoso deséo, tan conforme con el del Sr. Pastor Diaz, y que inspiraron á ambos á la par la Religión, la verdadera ilustración y el amor patrio.

Los que apetezcan mayores noticias sobre San Pedro de Cardena, glorioso Relicario á un tiempo, y verdadero Panteón nacional, pueden consultar el Apéndice, al final de este artículo.—(Nota del Compilador.)

grande que la Francia actual. Si quieren todavía poseerle los que se llaman herederos de su gloria, conquisten ó compren á Santa Elena, y vuélvanle allí, y echen otra vez sobre su frente angusta aquella piedra sin nombre, á cuya sombra se conservaba incorruptible, y aquellos sáuces sagrados, que no crecieron por cierto con las lágrimas de sus Mariscales!

Muévase el mundo cuanto quieran: inventen los hombres medios de acelerar la actividad de un siglo, al cual viene estrecho el tiempo. Centupliquen por medio del vapor la rapidez de la circulación social; y viva enhorabuena la sociedad moderna esa vida calenturienta que la agita, y que tal vez la consume.

Pero deje siquiera en paz á los muertos, y no turbe con el estrépito de su agitación convulsiva y desorganizadora, el reposo de los que duermen para siempre. Harto espacio hay erial é inculto, para que los vivos levanten en él sus moradas de un dia. Respeten á lo ménos los rincones donde haya sepulcros, y déjenlos que se cubran de escombros y de ruinas, ántes que edificar sobre ellos establos ó talleres, lupanares ó prefecturas, prisiones ó teatros. La memoria de los muertos pertenece á la posteridad: los monumentos son propiedad de la humanidad entera: la generacion sacrilega que dispone de ellos, comete un atentado. Un gran edificio pertenece á un pueblo: un ilustre sepulcro es de Dios.

Cuando enmedio de este siglo tan vano y presuntuoso, presenciámos el vandalismo de que nos lamentamos ahora, nos acordamos de aquella época, en que la conquista y la conservacion de un Sepulcro Sagrado puso en movimiento toda la Europa, y la arrojó sobre el Asia en busca de aquel tesoro. Con aquel grandioso sentimiento empezó

la civilizacion européa: con él se dispó la barbárie, con él se organizó la sociedad.

Ahora es el sentimiento contrario el que prevalece.—
¿Si será que la civilizacion declina; que la barbárie resuscita; que la sociedad se disuelve?

APÉNDICE.

Para los amantes de la Religion, de las artes y del tesoro de las glorias nacionales, creemos conveniente dar alguna explicacion más detallada del Monasterio de SAN PEDRO DE CARDEÑA, la cual tomamos del *Boletín eclesiástico de Búrgos* de 5 de Mayo de 1864, página 130 del tomo 7.º de aquella interesante publicacion.

Dice así:

«A legua y media del solar en que radica la ciudad de Búrgos, cabeza de Castilla la Vieja en el Reino de España, caminando al Oriente, con alguna declinacion al Mediodía, había por los años de 537 una ermita dedicada á los Apóstoles San Pedro y San Pablo, en la que se veneraba un Santo Crucifijo de mucha devocion; y como á medio tiro de bala de ella, una fuente que hoy se llama *Caradigna*.

El Infante Teodorico, hijo de la Reina Doña Sancha y de su marido Teodorico, Rey de Italia, fatigado un dia de haber andado á caza, despues de haber bebido en dicha fuente, echóse á dormir, y cogido el sueño, despertó acometido de accidentes mortales, que le quitaron luego la vida. Afligida con la inesperada muerte de su hijo, mandó la Reina Sancha se le diese tierra en la ermita de los Santos Apóstoles, comenzando desde luego á fun-

dar en ella un Monasterio de monjes observantes, que le hiciesen compañía y le encomendasen á Dios. Vivía entonces en Italia el gran Patriarca del Monacato en el Occidente, San Benito, cuya santidad y doctrina, con la sumision y aprovechamiento de sus discípulos, eran el pasmo y edificacion de los fieles en toda la Iglesia. La autoridad Real y el poderoso influjo de su marido en aquel Reino, facilitaron á la Reina Sancha traer á España doce monjes educados en la escuela de tan santo, docto y famoso maestro, y plantar con ellos la celestial doctrina de su regla, el año 537, en el Proto-Monasterio Benedictino de España, que estaba edificando ó tenía edificado ya.

Este Monasterio, llamado de SAN PEDRO DE CARADIGNA ó de CARDEÑA, donde tienen distinguida sepultura el Infante Teodorico y la Reina fundadora, su Madre, supo conservar con honor en todo tiempo la observancia monástica, correspondiente á los sólidos cimientos en que la establecieron los discípulos de San Benito. El concepto que formaron de ella una multitud de Reyes, de Condes Soberanos y de insignes varones, que lo eligieron para depósito de sus cadáveres; y la liberalidad con que lo dotaron otros muchos fieles, son (entre otras que se omiten) una prueba demostrativa de esta verdad; pues que unos y otros se esmeraron en honrarlo, movidos de la exacta disciplina regular de sus hijos.

En este Real, ilustre y observantísimo Monasterio habitaban en el siglo IX de la era cristiana doscientos monjes, que, floreciendo con singular santidad de vida, se hallaron todos dignos de ser promovidos por Jesucristo á la corona del martirio. Súbditos del abad Estéban, perennemente ejercitados por este varon santísimo en la palestra espiritual, enseñados á vencer la carne, á despreciar el mundo, y á poner en fuga las potestades del infierno; noticiosos de que tenían sobre sí un ejército de árabes, ministros de Satanás, capitaneados por Zefa, y que venían sedientos de su sangre, no quisieron recibir redencion ninguna, por hallar mejor resurreccion; sinó que unánimes, poderosos con la armadura de Dios, fervorosos en el

la civilizacion européa: con él se dispó la barbárie, con él se organizó la sociedad.

Ahora es el sentimiento contrario el que prevalece.—
¿Si será que la civilizacion declina; que la barbárie resuscita; que la sociedad se disuelve?

APÉNDICE.

Para los amantes de la Religion, de las artes y del tesoro de las glorias nacionales, creemos conveniente dar alguna explicacion más detallada del Monasterio de SAN PEDRO DE CARDEÑA, la cual tomamos del *Boletín eclesiástico de Búrgos* de 5 de Mayo de 1864, página 130 del tomo 7.º de aquella interesante publicacion.

Dice así:

"A legua y media del solar en que radica la ciudad de Búrgos, cabeza de Castilla la Vieja en el Reino de España, caminando al Oriente, con alguna declinacion al Mediodía, había por los años de 537 una ermita dedicada á los Apóstoles San Pedro y San Pablo, en la que se veneraba un Santo Crucifijo de mucha devocion; y como á medio tiro de bala de ella, una fuente que hoy se llama *Caradigna*.

El Infante Teodorico, hijo de la Reina Doña Sancha y de su marido Teodorico, Rey de Italia, fatigado un dia de haber andado á caza, despues de haber bebido en dicha fuente, echóse á dormir, y cogido el sueño, despertó acometido de accidentes mortales, que le quitaron luego la vida. Afligida con la inesperada muerte de su hijo, mandó la Reina Sancha se le diese tierra en la ermita de los Santos Apóstoles, comenzando desde luego á fun-

dar en ella un Monasterio de monjes observantes, que le hiciesen compañía y le encomendasen á Dios. Vivía entonces en Italia el gran Patriarca del Monacato en el Occidente, San Benito, cuya santidad y doctrina, con la sumision y aprovechamiento de sus discípulos, eran el pasmo y edificacion de los fieles en toda la Iglesia. La autoridad Real y el poderoso influjo de su marido en aquel Reino, facilitaron á la Reina Sancha traer á España doce monjes educados en la escuela de tan santo, docto y famoso maestro, y plantar con ellos la celestial doctrina de su regla, el año 537, en el Proto-Monasterio Benedictino de España, que estaba edificando ó tenía edificado ya.

Este Monasterio, llamado de SAN PEDRO DE CARADIGNA ó de CARDEÑA, donde tienen distinguida sepultura el Infante Teodorico y la Reina fundadora, su Madre, supo conservar con honor en todo tiempo la observancia monástica, correspondiente á los sólidos cimientos en que la establecieron los discípulos de San Benito. El concepto que formaron de ella una multitud de Reyes, de Condes Soberanos y de insignes varones, que lo eligieron para depósito de sus cadáveres; y la liberalidad con que lo dotaron otros muchos fieles, son (entre otras que se omiten) una prueba demostrativa de esta verdad; pues que unos y otros se esmeraron en honrarlo, movidos de la exacta disciplina regular de sus hijos.

En este Real, ilustre y observantísimo Monasterio habitaban en el siglo IX de la era cristiana doscientos monjes, que, floreciendo con singular santidad de vida, se hallaron todos dignos de ser promovidos por Jesucristo á la corona del martirio. Súbditos del abad Estéban, perennemente ejercitados por este varon santísimo en la palestra espiritual, enseñados á vencer la carne, á despreciar el mundo, y á poner en fuga las potestades del infierno; noticiosos de que tenían sobre sí un ejército de árabes, ministros de Satanás, capitaneados por Zefa, y que venían sedientos de su sangre, no quisieron recibir redencion ninguna, por hallar mejor resurreccion; sinó que unánimes, poderosos con la armadura de Dios, fervorosos en el

espíritu, se mantuvieron firmes á sufrir cualesquiera males; y entendiendo muy bien que no son condignas las pasiones del tiempo presente, respecto á la gloria venidera que se revelará en nosotros, se fortalecieron con mutuas exhortaciones á sufrir el martirio, y se previnieron con súplicas continuas á Dios para padecerlo.

Confirmados así en la Divina gracia, esperando con ánimo fuerte en el claustro del Monasterio, recibieron con suma paciencia la irrupcion de sus asesinos, que mirándolos como los más acérrimos impugnadores de su execrable secta, los degollaron cruelmente, proporcionándoles su inhumanidad la corona deseada, el miércoles 6 de Agosto de la era 872. Así se halla consignado en el *Martirologio Romano* en el expresado día, diciéndose: *Burgis in Hispania in monasterio Sancti Petri de Cardagna, Ordinis Sancti Benedicti, ducentorum Monachorum cum Stephano Abbate, qui à Sarracenis pro fide Jesu-Christi interfecti erant, atque ibidem in claustro à Christianis sepulti.* Arruinaron en seguida el convento, dejaron abandonados los santos cuerpos, y marcharon. Mas apenas se retiró el funesto ejército, acudieron los fieles de Cristo, sepultaron las sagradas reliquias, y escribieron apresurados en dos piedras, que todavía se conservan, la funesta, pero muy memorable historia de su heroico triunfo. Ni fué este sólo el honor con que después de haber coronado en los cielos á sus soldados, los hizo gloriosos en la tierra; sino que también ilustró, para gloria de los mismos, con un célebre milagro su sepulcro, ostentándolo rojo, como rociado de sangre reciente, por muchos años consecutivos, el día aniversario de su martirio.

En su iglesia, cuyas altas bóvedas recuerdan la elevación que las ideas civilizadoras iban tomando en el siglo XV, se hallan junto al altar mayor, los sepulcros que contienen los restos mortales de la Reina Doña Sancha, fundadora, como se ha dicho, de este Monasterio; de su hijo Teodorico; del Conde Garci-Hernandez de Castilla, hijo del gran Conde Fernan-Gonzalez; y finalmente, de Doña Ava, mujer de Garci-Fernandez y nieta del Em-

perador D. Enrique, cuyas arcas sepulcrales tienen los epitafios siguientes: *Regina Catholica Donna Sanctia, Theodorici, Italice Regis conjux, prima quæ monachos in Iberiam vocavit, et hoc construxit Cænobium. obiit era DLXXX.—Theodoricus infans, Sanctiæ reginæ filius, hic et obiit et conditus est, simulque Cænobium constructum era DLXXV.*—“Aquí yace García Fernandez, Conde de Castilla, hijo del gran Conde Fernan-Gonzalez. Finó era MXXXIII.”—“Aquí yace la Condesa Doña Ava, mujer del Conde Garci-Fernandez y nieta del Emperador D. Enrique.”

La capilla lateral de la Epístola es, aunque pequeña, muy elegante, y pertenece al estilo de arquitectura ojival florido, que por estar sobre ella la torre, y no haber sido derribada ésta, es el único resto que quedó de la iglesia antigua, pues la actual es de estilo gótico; pero según dicen los maestros de obras, es de lo excelente y primoroso de aquellos tiempos en que se edificó: tuvo principio en el año de Jesucristo de 1447, reinando en Castilla D. Juan el II, y siendo Abad de este Monasterio D. Pedro del Burgo, hijo profeso del de Sahagun, en donde está enterrado en un sepulcro magnifico y de labor muy costosa. (Véase sobre esto la *Historia del Berganza*. t. II, pág. 224, núm. 162.)

En la inmediata, sobre cuya entrada se lee primeramente la inscripcion que sigue: *CAPILLA DE LOS REYES, CONDES É ILUSTRES VARONES*, y sobre ella tiene una tarjeta que dice: *Filii Sion inclityi reputati sunt in vasa testea. Thren, 4., 2.º* En cuyo recinto se daba culto á San Sisebuto, Abad de este Monasterio, y en el centro del cual subsisten aun los sepulcros, que servían de descanso á los restos mortales del héroe de Castilla RODRIGO DIAZ DE VIVAR, por otro nombre EL CID CAMPEADOR, y de su mujer DOÑA JIMENA DIAZ; si bien vacíos desde la traslación á Búrgos de los restos que contenían, verificada en 19 de Junio de 1842. Cuyos sepulcros están unidos, y su asiento es sobre un zócalo de uno y medio piés de altura: por los costados de su longitud tiene la inscripcion siguiente:

*«Quantum Roma potens bellicis extollitur actis
Vivax Arthurus fit gloria quanta britannis
Nobilis è Carolo quantum gaudet Francia magno,
Tantum ducis Cid invicta Iberia claret.»*¹

El costado longitudinal de la parte del Cid, tiene el escudo de armas de su Padre, que son las de Lain Calvo, y á su cabecera otro, que le agregó D. Alonso el Sábio, que se compone de una cadena que circuye un campo, y pendiente de ella, en la parte más elevada, la cruz de las batallas, apoyada sobre otra cruz que forman dos espadas (la TIZONA y la COLADA), cuyas guarniciones se sostienen en los costados inferiores de la cadena. El costado de la parte de Doña Jimena, que es el izquierdo, tiene por escudo un león rampante, y en la cabecera un castillo, que es el de los Condes de Castilla, con la diferencia que á este le circuye una cadena como al del Cid.

Debajo de los escudos de la cabecera hay una lápida en que se lee: «En el año de 1809 llevaron los franceses de aquí á Burgos este sepulcro y restos contenidos, donde permanecieron hasta el 30 de Julio de 1826, en que fueron restituidos con gran solemnidad al mismo sitio.» Las losas que cubren los sepulcros tienen también sus inscripciones en el canto; la del Cid dice en caracteres góticos:

*«Belliger, invictus, famosus Mart triumphis
Clauditur hoc tumulo magnus Didaci Rodericus.»*

¹ También se hallaban escritas en la pared estas palabras, como si las dijera el Cid á los que venían á ver su sepulcro:

«Cid Rui-Díaz sô,
Que yago aquí encerrado,
E venci al Rey Bucar
Con treinta y seis Reyes de Paganos.
Estos treinta y seis Reyes,
Los veinte y dos murieron en el campo.
Vencilos sobre Valencia;
Desqué yo muerto encima de mi caballo.
Con esta son setenta e dos batallas
Que yo venci en el campo.
Gané a Colada é á Tizona,
Por ende Dios sea loado.
Amen.»

Estos versos fueron compuestos por el mismo D. Alonso el Sábio.—La losa del de Doña Jimena dice en caracteres romanos: «Doña Jimena Diaz, mujer del Cid, nieta del Rey D. Alonso el V de Leon.» Sobre estas losas sepulcrales se hallan las estatuas de los dos esposos. La del Cid, tendida, le representa cubierto de su armadura y casco con plumas; pendiente del cuello tiene la cruz de las batallas, y se extiende desde el pecho á los piés su Tizona arrollada con el tahalí; la abraza por la empuñadura con su mano derecha, y la izquierda abierta descansa sobre el tercio de su longitud; los piés se apoyan en un león echado, y la cabeza sobre dos almohadas. La situación de la estatua de Doña Jimena es igual á la del Cid: su traje es largo, con peto y toca, que le cubre la cabeza y el cuello, á lo monja; la posición de las manos es igual, con la diferencia de abrazar un rosario tendido en la misma forma que la tizona del Cid; á su izquierda en los piés tiene un perrito de lanas.

La capilla de que estamos hablando, contiene en sus paredes laterales, á derecha é izquierda, veintiseis urnas sepulcrales de los enterramientos siguientes: D. Ramiro Sanchez, Rey de Navarra, yerno del Cid; Doña Elvira, Reina de Navarra, hija del Cid; Diego Rodriguez, hijo del Cid, al cual mataron los moros en la hacienda de Consuegra; Doña Teresa, mujer de Diego Lainez, hija del Conde D. Nuño Alvarez, Madre del Cid; D. Ordoño, sobrino del Cid; Martin Pelaez el Asturiano; el Conde D. Pedro, hijo del Gran Conde Fernan-Gonzalez y hermano del Conde Garci-Fernandez; D. Nuño Alvarez de Lara; Hernan Cardena, caballero del Cid; Fernando Diaz, hermano bastardo del Cid; Alvaro Alvarez, sobrino del Cid; Doña Juliana Anton, hija de Anton Antolinez de Burgos y mujer de Fernando Diaz; Fernan-Gonzalez, hijo del Conde D. Pedro, y nieto del Conde Fernan-Gonzalez; D. Ramiro, Rey de Leon, hijo del Rey D. Alonso el Magno; doña Maria Sol, Reina de Aragon, hija del Cid; D. Sancho, Rey de Aragon, yerno del Cid; D. Diego Lainez, Padre del Cid; doña Fronilde, hija del Conde Fernan-Gonzalez; D. Alvar Fañez Minaya, capitán del

Cid y su primo; Lain Calvo, primer juez de Castilla; D. Gome de Gormaz; Fernando Alonso, sobrino del Cid; Pedro Bermudez, sobrino del Cid y su capitan; Martin Antolinez, sobrino del Cid; Bermudo Sandinez, y en fin, D. Gonzalo Nuño, hijo del Conde D. Pedro, y nieto del Gran Conde Fernan-Gonzalez.

Cuyos veinte y seis sepulcros, que están embutidos en las paredes de dicha capilla, tienen los escudos de armas ó blasones siguientes: D. Ramiro Sanchez, Rey de Navarra, yerno del Cid, tiene por armas un escudo partido por medio, de arriba abajo: el lado derecho está dividido en dos partes al través; en la superior están las cadenas cruzadas en campo de sangre, que son las armas de Navarra; en la inferior están flores de lis, y en el izquierdo están las armas del Cid, que son una cadena dorada cercando un campo verde: tiene corona sobre el sepulcro.

Doña Elvira, Reina de Navarra, hija del Cid, tiene por armas cuatro bandas negras en campo de oro, tres coronas de oro, en campo colorado; un leon con una hacha de armas en campo de plata, y otro leon rampante en campo de oro, cada uno en su cuadro; estas armas, segun Estéban de Garibay, son las que usaron los Reyes godos: tiene corona este sepulcro.—Diego Rodriguez, hijo del Cid, tiene por armas una cadena de oro, que cerca un campo verde, que son las armas de su Padre.—Doña Teresa, Madre del Cid, tiene un leon rojo rampante en campo de plata.—D. Ordoño, sobrino del Cid, tiene un escudo partido de arriba abajo: en el lado derecho están las armas del Cid, el lado izquierdo está dividido en dos partes al través; en la parte superior está una cruz de oro en campo blanco, y en la inferior una flor de lis en campo de sangre.

Martin Pelaez, el asturiano, tiene un brazo armado con una espada en la mano, la punta hácia arriba, en campo de sangre.—El Conde D. Nuño Alvarez de Lara, tiene dos calderas de oro con serpientes en campo colorado.—El Conde D. Pedro, hijo del Conde Fernan-Gonzalez, tiene un castillo en campo de sangre.—Hernan Cardeña, tiene un escudo partido de arriba abajo: en la

parte derecha tiene las armas del Cid, y en la izquierda cuatro hojas de plata en campo colorado.—Fernando Diaz, tiene un escudo cuarteado y contrapunteados leones en campo de plata, y cuatro bandas azules en campo de oro, que son las armas de Lain Calvo.—Alvaro Alvarez tiene el mismo escudo que Fernando Diaz.—Doña Juliana Anton, hija de Anton Antolinez de Burgos, y mujer de Fernando Diaz, tiene un escudo cuarteado, y contrapuestas dos flores de lis en campo de sangre, y dos cruces de oro en campo blanco.—Fernan-Gonzalez, hijo del Conde D. Pedro y nieto del Conde Fernan-Gonzalez, tiene un castillo en campo de sangre, y encima una cruz de plata en campo colorado, insignia de los condes soberanos de Castilla.

D. Ramiro, Rey de Leon, tiene un leon rojo rampante en campo de plata, y sobre el sepulcro una corona.—Doña Maria Sol, hija del Cid, tiene un escudo cuarteado, y contrapuestas las armas de Aragon con las del Cid, y sobre el sepulcro una corona.—D. Sancho, Rey de Aragon, yerno del Cid, tiene las armas de aquel reino, que son unas barras de oro en campo de sangre: tiene corona este sepulcro.—D. Diego Lainez, Padre del Cid, tiene las armas de Lain Calvo.—Doña Fronilde tiene un castillo en campo de sangre.—Don Alvar Fañez Minaya tiene por armas cinco roeles de oro en campo de sangre.—Lain Calvo, primer juez de Castilla, tiene por armas un escudo cuarteado y contrapuestos leones en campo de plata, y cuatro bandas azules en campo de oro.—D. Gomez de Gormaz tiene un castillo en campo de sangre.—Fernando Alonso, sobrino del Cid, tiene por armas un escudo partido de arriba abajo: en el lado derecho están las armas del Cid, y en el izquierdo, que está dividido en dos partes al través, en la superior hay una cruz de oro en campo blanco, y en la inferior está una flor de lis en campo de sangre.—Pedro Bermudez, tambien sobrino del Cid, tiene las armas de Lain Calvo.—Martin Antolinez, sobrino del mismo, tiene las mismas armas de Lain Calvo.—Bermudo Sandinez tiene por armas un escudo partido por medio, de arriba abajo: en el lado derecho hay unas

flores de lis en campo verde, y en el izquierdo las armas de Navarra. — D. Gonzalo Nuñez, hijo del Conde D. Pedro, y nieto del Conde Fernan-Gonzalez, tiene un castillo en campo de sangre, y encima una cruz de plata en campo colorado.

En el interior de la capilla de que estamos hablando, y por encima de los sobredichos sepulcros, se lee la inscripción siguiente: "*Gaude, Felix Hispania, letareque semper quia tot talesque meruisti Penates habere: sunt enim Reges illustrissimi genere, et Comites nobilissimi atque fortissimi, quorum corpora in præsenti capella requiescunt.*" Y en una tarjeta que tienen dos leones, se lee: "*Quomodo ceciderunt robusti, et perierunt arma bellica?* (2.º Regum 1.º 27.)"

En frente de esta capilla que acabamos de mencionar, hay otra, sobre cuya entrada se lee: "CAPILLA DE LOS SANTOS MÁRTIRES." Y más arriba hay una tarjeta que dice: "*Corpora C. C. S. S. M. M. (ducentorum Sanctorum Martyrum) in pace hic sepulta sunt. Anno 834.* Se llama esta capilla de los Santos Mártires, por estar erigida en el ala del claustro en que fueron enterrados *Doscientos Monjes*, martirizados por los moros en tiempo de su invasión en el año de la era cristiana de 834.

Esta ala del claustro, que según resulta de algunos autores apoyados en documentos, y aparece de los caracteres de su arquitectura, en dictámen de varios arqueólogos, es del tiempo de la fundación del Monasterio, á saber, del siglo VI, parece muy probable que sea el único ejemplar de arquitectura que de su época quedó en España, merced á la devastación sarracénica. Se compone de una serie de arcos semicirculares sobre columnas cilíndricas y lisas, cuyas basas son caprichosas, así como los capiteles, y estos muy variados, hallándose algunos que se asemejan bastante al corintio; pero la ejecución de todos es muy tosca. Cuatro de estos capiteles están incluidos en la capilla que acabamos de nombrar, y allí pueden verse y examinarse de cerca, á diferencia de los demás del ala, que solo se ven al través de unas estrechas ventanillas, abiertas en unas puertas que cierran el en-

terramiento de los Mártires. Entre los capiteles de las columnas y los arranques de los arcos hay unas impostas, según era uso en el siglo VI, al decir de varios inteligentes.

Entrando en dicha capilla, á mano derecha dentro del santuario, hay dos piedras embutidas en la pared, que contienen con caracteres góticos la inscripción siguiente: — "*Era DCCCLXXII. III. F. VIII. Idus Aug. adlisa est Karadigna, et interfecti sunt ibi per Regem Zephram CC. Monachi de grege Domini in die SS. Martyrum Justi et Pastoris.*" Cuya inscripción se dice haber sido puesta por los mismos que enterraron los Monjes mártires: á lo ménos los caracteres, según los anticuarios, son de aquel tiempo ⁴.

A los pies de la iglesia están los sepulcros de Gil Diaz, moro convertido y mayordomo del Cid, y el de Sancho Guillen, Abad que fué de este Monasterio, y natural de la ciudad de Burgos, de una de sus principales familias; persona muy venerable, y Abad de ejemplar virtud, cuyo sepulcro se ha tenido siempre en gran respeto. (Berganza, t. II, pág. 184, núm. 84 y siguientes.)

En la capilla llamada de Santa Catalina, que está en la sacristía, en donde fué la claustra antigua, enterramiento de varias personas notables que refiere el historiador Berganza, según el Nicerológio de Cardena, hay un elegantísimo arco ojival florido, digno de estudiarse por los artistas. En un ángulo del claustro procesional, que es uno de los tres de que consta el Monasterio, se ven unos arcos con sus columnas tapiadas, que han juzgado dignos de estudio varios arqueólogos.

Este claustro, que es el segundo, al cual le faltan dos paños, que están tirados por el suelo desde el tiempo de la guerra de la Independencia, en que fué destruido el Monasterio, es de arquitectura grave y magestuosa, de estilo greco-romano: se ve en él una puerta ojival primitiva, tapiada, y también unos canecillos de una igle-

⁴ Zepha, del Siriaco significa Capitan. Según algunos, el que martirizó á los Monjes fué Almudar, hijo del Rey de Córdoba, que llevaba aquel título.

sia muy antigua, que estaba en el ala del claustro en frente de donde se halla la actual, los cuales canecillos han sido copiados cuidadosamente por varios artistas. Entre este claustro y la iglesia actual está el ala del de los Santos Mártires, de la cual ya se hizo relacion. El primer claustro pertenece á aquel gusto, que podríamos llamar intermedio entre el estilo ojival y el renacimiento italiano, importado en nuestra nacion por Berruguete y otros artistas, en la primera mitad del siglo XVI.

El tercer claustro es insignificante. El aspecto exterior del Monasterio, tanto por la bella gravedad de sus fachadas, como por su conjunto y posicion, añadido á los recuerdos históricos que á él están ligados, y entre los cuales no se puede omitir aquí el de hallarse incluido en el sitio en que, hasta el año de 1711, estuvo el palacio del Cid, además de las particularidades que se acaban de citar y otras bellezas que, como los retablos y la sobre-escalera, se pasan en silencio por evitar prolijidad, hacen del Monasterio de San Pedro de Cardena un verdadero monumento de las antiguas glorias españolas.

Para concluir, queremos insertar el siguiente soneto compuesto en 1842; por la admirable coincidencia que ofrece con las ideas del Sr. Pastor Diaz. Tambien le hemos tomado del *Boletín Eclesiástico de Burgos*.—Dice así:

¡Salve, sombra del Cid.... sombra gigante!
Yo te acato en tu tumba abandonada;
Que á quien tanto por Dios vibró su espada,
Sólo el templo de Dios tumba es bastante.

En vano el siglo intentará arrogante,
Después que ha profanado tu morada,
Erigir á tus restos tumba alzada,
Columna que hasta el cielo se levante!....

El vandálico siglo que ha perdido
Cuanto del gran Gonzalo nos quedaba,
De guarda fiel el galardón desdén;

Y por sus propios hechos desmentido,
Verá buscar al héroe.... donde estaba!....
En su tumba, en SAN PEDRO DE CARDEÑA!

DON FRANCISCO JAVIER DE BÚRGOS.

BIOGRAFÍA.

Solemos quejarnos con harta frecuencia de la escasez de hombres grandes y distinguidos talentos que han florecido en España en estos últimos tiempos, mayormente cuando comparamos nuestros días con otras épocas más gloriosas en nuestros fastos, ó cuando volvemos los ojos á las naciones que nos rodean, y que se hallan hoy á mayor altura de influencia política y de supremacía literaria.

Tambien nosotros tuvimos nuestro siglo de oro. Tambien hubo un tiempo en que dominadores del mundo, y preponderante Potencia en la Europa, no lo éramos menos en las regiones del saber, y en los vastos dominios de la literatura y de las artes. Parece que el impulso que recibe una nacion, cuando ejerce tan vasto poderío, como el que cupo en suerte á la España en algun período, no se comunica menos á la inteligencia, que al valor y al ardor marcial. Cuando nuestras armas llenaban la Europa, llenábanla asimismo nuestros libros. Teníamos grandes artistas, cuando teníamos grandes capitanes.

Cuando habia Monarcas como Felipe II, y Generales como D. Juan de Austria, y batallas como Lepanto y Ceriñola, habia sábios como Mariana, escritores como Cervan-

sia muy antigua, que estaba en el ala del claustro en frente de donde se halla la actual, los cuales canecillos han sido copiados cuidadosamente por varios artistas. Entre este claustro y la iglesia actual está el ala del de los Santos Mártires, de la cual ya se hizo relacion. El primer claustro pertenece á aquel gusto, que podríamos llamar intermedio entre el estilo ojival y el renacimiento italiano, importado en nuestra nacion por Berruguete y otros artistas, en la primera mitad del siglo XVI.

El tercer claustro es insignificante. El aspecto exterior del Monasterio, tanto por la bella gravedad de sus fachadas, como por su conjunto y posicion, añadido á los recuerdos históricos que á él están ligados, y entre los cuales no se puede omitir aquí el de hallarse incluido en el sitio en que, hasta el año de 1711, estuvo el palacio del Cid, además de las particularidades que se acaban de citar y otras bellezas que, como los retablos y la sobre-escaleira, se pasan en silencio por evitar prolijidad, hacen del Monasterio de San Pedro de Cardena un verdadero monumento de las antiguas glorias españolas.

Para concluir, queremos insertar el siguiente soneto compuesto en 1842; por la admirable coincidencia que ofrece con las ideas del Sr. Pastor Diaz. Tambien le hemos tomado del *Boletín Eclesiástico de Burgos*.—Dice así:

¡Salve, sombra del Cid.... sombra gigante!
Yo te acato en tu tumba abandonada;
Que á quien tanto por Dios vibró su espada,
Sólo el templo de Dios tumba es bastante.

En vano el siglo intentará arrogante,
Después que ha profanado tu morada,
Erigir á tus restos tumba alzada,
Columna que hasta el cielo se levante!....

El vandálico siglo que ha perdido
Cuanto del gran Gonzalo nos quedaba,
De guarda fiel el galardón desdén;

Y por sus propios hechos desmentido,
Verá buscar al héroe.... donde estaba!....
En su tumba, en SAN PEDRO DE CARDEÑA!

DON FRANCISCO JAVIER DE BÚRGOS.

BIOGRAFÍA.

Solemos quejarnos con harta frecuencia de la escasez de hombres grandes y distinguidos talentos que han florecido en España en estos últimos tiempos, mayormente cuando comparamos nuestros días con otras épocas más gloriosas en nuestros fastos, ó cuando volvemos los ojos á las naciones que nos rodean, y que se hallan hoy á mayor altura de influencia política y de supremacía literaria.

Tambien nosotros tuvimos nuestro siglo de oro. Tambien hubo un tiempo en que dominadores del mundo, y preponderante Potencia en la Europa, no lo éramos menos en las regiones del saber, y en los vastos dominios de la literatura y de las artes. Parece que el impulso que recibe una nacion, cuando ejerce tan vasto poderío, como el que cupo en suerte á la España en algun período, no se comunica menos á la inteligencia, que al valor y al ardor marcial. Cuando nuestras armas llenaban la Europa, llenábanla asimismo nuestros libros. Teníamos grandes artistas, cuando teníamos grandes capitanes.

Cuando habia Monarcas como Felipe II, y Generales como D. Juan de Austria, y batallas como Lepanto y Ceriñola, habia sábios como Mariana, escritores como Cervan-

tes, poetas como Garcilaso, dramáticos como Calderon y Lope, pintores como Jordan, y Velazquez, y Murillo. Y habia hombres de Estado para gobernar tanto imperio, y legisladores para dar leyes sábias á tan vastos continentes, y eclesiásticos sapientísimos, lumbreras de la Iglesia, y magistrados íntegros y doctos, antorchas de la justicia; y en todos los ramos, y en todas las carreras el catálogo de los grandes hombres de aquella España era el más numeroso, y el más ilustre hoy todavía, en cuanto las celebridades de los tiempos modernos no han podido aventajar á las eminencias de la edad á que aludimos.

Reyes ahora destronados, y poder enflaquecido, el brillo de otros pueblos, que se elevaron sobre las ruinas de nuestro poder, eclipsa nuestro esplendor; y por muy apasionados que seamos de nuestras glorias, donde quiera que volvamos los ojos podemos ver quien las ofusque y supere. Mal podríamos sostener la competencia con nuestros vecinos en ningun género de talentos, mucho ménos en los ramos del saber. Las naciones extranjeras más avanzadas en los progresos materiales de la civilizacion, descuellan más tambien en el estudio de las ciencias y en el cultivo de las artes. Es mayor sin duda el catálogo de sus literatos, de sus poetas, de sus políticos, de sus historiadores; mayor sin duda el catálogo de obras originales que sale de sus prensas. Hecho es este á cuya evidencia no podemos cerrar los ojos. Lo vemos, lo confesamos.

Pero desde este hecho, á pensar y á creer que estamos infinitamente rebajados del nivel de la ilustracion europea, hay una distancia inmensa, una diferencia esencial; y en ese juicio, y en esa creencia no seremos nosotros los que convengamos. No está, no, nuestra nacion á la altura de las demás de Europa; pero la diferencia en pro-

gresos intelectuales puede no ser tan grande como á primera vista aparece, ofuscados los ojos que la miden, por engañosas apariencias.

Y es, entre otras cosas, que el número de hombres verdaderamente sábios, y alta y merecidamente reputados, no es demasiado numeroso en nacion alguna. Muchas medianías hay que usurpan, alzadas en hombros de una efímera voga, el lugar debido á los que verdaderamente se elevan sobre bases y cimientos propios y sólidamente afirmados. El desarrollo de la industria material ha comunicado á las letras un movimiento, más que intelectual, mercantil; y entre millares de libros, mero producto de especulacion, que la prensa lanza todos los dias, para hundirse á poco en el abismo del olvido, y en los que sólo se hallan repetidas en todos los tonos, y preparadas en toda clase de formas las ideas que circulan en la sociedad, ó que son patrimonio comun del vulgo pensador, son muy contadas las obras verdaderamente originales; las que añaden una idea nueva, ó un descubrimiento luminoso al fondo comun del saber de la época; las que presentan una solucion satisfactoria á alguna de las graves cuestiones que se agitan en las regiones de la literatura, de la ciencia ó de la política. Son muy escasos los trabajos literarios de verdadero estudio y de conciencia: son raras, y aparecen en todas partes á largos intervalos, las producciones que puedan contar celebridad póstuma y fama duradera. La ciencia y literatura de vapor corren muy rápidas su camino.

Y despues de todo, las naciones que nos rodean, amestradas de más tiempo y más escarmentadas por las revoluciones políticas y las vicisitudes de este borrascoso siglo, han aprendido á despreciar las diferencias de opinion

que separan á los hombres y á los partidos, cuando se trata de la gloria nacional y del mérito de los grandes talentos que forman el caudal de esta gloria. Al pronunciarse un nombre ilustre, se olvidan allí las opiniones que ha sustentado, la causa á que ha servido, y la trompa de la Fama pregona con igual sonoridad los talentos de un realista, ó las virtudes de un republicano. Descúbreanse todas las frentes al nombre de Chateaubriand, sin que se tengan en cuenta, ni por sus adversarios, sus opiniones. Guizot no deja de ser una alta razon filosófica, porque se le llama doctrinario. De Balanche y de Maistre van á sentarse á la Academia á par de De-Broglie y de Royer-Colard. De-Bonald y Laménais son igualmente aclamados con respeto; y no ménos glorioso, no ménos popular resplandece el nombre de Lamartine, ensalzando la legitimidad caída y entonando en bellísimos versos religiosas plegarias, que la musa libre y graciosa, cáustica, picante y revolucionaria un tanto, del inmortal Beranger. Son artistas, son poetas, son oradores, son filósofos franceses. La Francia nos los presenta siempre reunidos en un espléndido grupo de gloria; nos repite todos los días envanecida esos nombres, que su incesante repetición parece que multiplica. Grandes y muchos son sin duda; pero esa gran voz, esa unánime aclamación popular, nos los hace parecer más, y acaso mayores.

No sucede así entre nosotros; no sucede así en esta sociedad, trabajada tanto y tan crudamente por las tempestades políticas que rugen y braman todavía. El rencor de las malas pasiones, el odio profundo de las discordias nos tienen divididos y fraccionados en partidos, círculos y pandillas, verdaderas regiones apartadas unas de otras, más que si las dividieran mares dilatados, ó ale-

daños de enriscadas fronteras. Todos aquí nos separamos, porque todos nos aborrecemos y nos rechazamos. Desunidos vivimos, como domésticamente reñidos; y un pueblo que tan dividido se muestra, no aparece como nación, no tiene en ningún ramo nacionalidad. Aquí un partido es enemigo del otro: son como dos generaciones extrañas.

Los unos no reconocen los talentos de sus adversarios; los otros niegan toda capacidad en sus antagonistas. La ancianidad no admite los progresos del siglo; la juventud superficial y presuntuosa no coloca en el catálogo de las celebridades á los talentos de la centuria anterior. Cada bando no consiente en los corifeos del otro ningún título, que pudiera suavizar el rigor del anatema á que perdurablemente le ha condenado. Piérdese así la unidad, piérdese el conjunto: las altas aristocracias de la república de las letras no forman cuerpo, y los hombres eminentes que todavía posee España en gran número, aquí enterrados, y más allá oscurecidos, y en una parte calumniados, en otra perseguidos, en muchas ignorados, y en todas mal comprendidos, y vistos á mala luz, brillan sólo á los ojos de algun hombre generoso é imparcial, que tiende sobre este suelo una mirada de exámen desapasionado; pero no se reúnen, por el comun y popular encarecimiento, en el foco de luz que podrían aun derramar sobre nuestro anubarrado horizonte éstas hoy esparcidas lumbreras. No basta contarlas. Para ver lo que somos y valemos era menester reunir las. Nosotros creemos que vendrá un día, y un período de mayor calma, y otra generación más justa que así lo haga. Entre tanto nos proponemos ayudar á esta obra en nuestro débil é incompleto trabajo.

Ilustre y alto ejemplo, que corrobora la verdad de las

reflexiones que acabamos de hacer, es el personaje, cuyo nombre encabeza este escrito. Si viviera entre nuestros vecinos, su celebridad sería europea, sus numerosos escritos habríanse multiplicado en repetidas ediciones; las Academias le habrían abierto sus puertas; su retrato y su nombre serían patrimonio del público entusiasta y admirador. Y lo merecería sin duda, y entre nosotros lo merece también, y más todavía; como quiera que sean entre nosotros más raros tanto saber y tantos merecimientos, tanta ilustración, y tantos trabajos útiles, y tantos esfuerzos no perdidos por el bien de la Patria.

Débenle las letras españolas considerables adelantos en la perfección del gusto poético y del esmerado estilo que caracteriza sus producciones. Débenle las musas composiciones que rivalizan con las de nuestros más famosos ingenios en brillantez, vigor, entonación y colorido; que superan á las de muchos en profundidad de intención filosófica y en elevación de miras, y que no pasarán efímeras con el siglo en que nacieron. Débele la literatura clásica el más bello monumento, que se ha elevado en nuestros días á la gloria inmortal y admiración eterna del más grande de los poetas de la edad latina, la magnífica traducción de Horacio, que bastaría por sí sola á asegurarle un nombre para siempre glorioso en nuestros fastos poéticos.

Débele la política los primeros gérmenes de las ideas verdaderamente liberales, de las ilustradas nociones y máximas de buen gobierno, que habían hecho desaparecer de entre nosotros las preocupaciones del absolutismo y las exageraciones reaccionariamente democráticas de la escuela de 1812; como le debe el periodismo acaso el primer diario político de influencia y nombradía. Débele

la administración su ser, su vida: él ha echado en nuestro suelo su semilla fecunda; él la ha beneficiado con luminosas teorías, con especulativos estudios, que no serán perdidos para la generación presente, ni para las de tiempos más felices y afortunados, y que harán en su día que vuelvan á dar sus opímos frutos trabajos y aplicaciones prácticas, malogrados ahora y esterilizados, al parecer, por el desbordamiento de la avenida revolucionaria. Débenle el Gobierno y el país mejoras y adelantos materiales, de los que conservará por siempre una memoria tan larga, como corta fué su administración difícil y afanosa. Débele el teatro producciones dramáticas, á las cuales reserva acaso admiración y aplausos el público que no ha podido hasta ahora disfrutar su representación. Y deberále, en fin, la posteridad, sobre otros innumerables trabajos, la historia fiel y animada de los años más interesantes de nuestra época; la narración filosófica, y la severa aunque imparcial censura de los grandes acontecimientos que han pasado á nuestros ojos, y que mejor que nadie ha podido apreciar desde la altura de su vasto pensamiento, y desde la posición aislada en que respecto de los partidos ha debido encontrarse.

Y sin embargo, el hombre á quien tanto se debe, yace oscurecido á la vista, y tal vez á la memoria de la Nación, á cuya gloria tan poderosamente ha contribuido. Muchos habrá que no sepan hoy lo que se ha hecho de esa noble existencia, ni cuál ha sido la suerte de esa vida tan útil y laboriosamente empleada. Acaso ignoran que vive todavía, si bien esperando en el lecho del dolor el término de unos días consagrados al saber y á la felicidad de su país.

Vive, sí: Granada le tiene. Sintiéndose desfallecer, ha

vuelto desde las orillas del Sena, á respirar, en sus postreros años, el aire que rejuvenece, la atmósfera embalsamada y vivificante de los cármenes del Darro y del Genil. Allí está, siendo las delicias de los suyos y de sus amigos, en la dulce oscuridad, y en la medianía de oro de la vida privada. La amistad lo sabe; pero el público lo ignora. El público, acaso despues de mucho tiempo, recuerda por vez primera, cuando nuestros lábios le pronuncian, el nombre de D. Javier de Búrgos. El espíritu de partido ha querido pasar sobre él una esponja de olvido: el rencor inextinguible de unos hombres, á quienes no ha quedado más que hiel en el corazon, ha querido privar á este nombre hasta de la nacionalidad, y trasladar á otro país la gloria que de poseerle nos resulta.

¿Y porqué? Porque, cuando han pronunciado la palabra *afrancesado*, han creído la envidia y la enemistad eclipsar y oscurecer una existencia tan brillante. Porque han intentado, no sólo condenar á perpétuo ostracismo su persona, sino que quisieran tambien negar carta de naturaleza á su esclarecida fama. Nos cuesta trabajo admitir una razon que se funda en los más innobles motivos personales, en la más pueril y mezquina ojeriza. Queremos olvidarnos de ella. Sólo sabemos el pretexto, y es por cierto harto pequeño, ante nuestros desapasionados ojos.

El Sr. Búrgos en el año de 1810, cuando los franceses invadieron las Andalucías, y dividieron el territorio en provincias regidas por Prefectos, y en distritos administrados por Subprefectos, creyó poder servir útilmente á su Patria admitiendo la subprefectura del distrito de Almería, que 21 años despues, habia, siendo Ministro, de erigir definitivamente en provincia. No era Búrgos, no lo ha

sido, de los que deseasen la sumision de su Patria á una potencia extranjera, ni de los que pudieran mirar con gusto la pérdida de su nacionalidad. Pudo ser, sí, de los que creyeron que la invasion francesa era desde luego incontrarestable por los esfuerzos de un pueblo aislado y mal dirigido; que habia llegado la época de una crisis en su vida política, de un gobierno nuevo, tal vez de una dinastía. Acaso entónces no extendió sus miradas tan lejos, ni se curó de llevar tan adelante las esperanzas de un porvenir, que pendia de circunstancias, que no estaban al alcance de la prevision humana. Él sólo vió un numeroso ejército invasor ocupando su país natal, viviendo sobre sus recursos, amenazando devorar sus subsistencias.

Crejó un deber de patriotismo interponerse entre las tropas enemigas y un pueblo invadido. Nada de comun habia entre propietarios populares y bien quistos, y enemigos que asolaban el territorio en que se esparcian. No habia fuerzas que oponerles. La provincia de Granada no vió en los treinta y dos meses de su ocupacion un sólo soldado de la Patria. Lo único que podia neutralizar las brutales exigencias de tropas habituadas á la rapiña y al desórden, eran los miramientos, las deferencias, las contemporalizaciones. Supuesta la necesidad de surtir las, era mejor que se hiciese esto con órden y regularidad, sin vejaciones, sin tropelías, y con el menor sacrificio posible, que entregar los habitantes todos á discrecion de una soldadesca, indisciplinada siempre y feroz, cuando carece de lo que há menester. Era mejor que los preciosos intereses de la propiedad y del reposo de aquellos habitantes se confiaran á magistrados del país familiarizados con sus leyes, y unidos con los que reclamaban su apoyo por los lazos del paisanaje y las relaciones de familia, que dejar

que sus desavenencias y querellas fuesen decididas por los enemigos mismos, que ocupaban su suelo en aquellas tan calamitosas circunstancias.

Esto creyó Búrgos, cuando se encargó del destino que hemos mencionado. Los bienes que en él habia dispensado á los pueblos, en un sistema á favor del cual apenas se habian sentido en aquel distrito los horrores de la guerra, hicieron que se le llamara á Granada, y se le confiara la presidencia de la Junta general de subsistencias, donde dispensó todavía mayores servicios, en mayor escala, en circunstancias cada vez más difíciles, y rodeado de premiosas necesidades. Bien distante estaba de creer que se le pudiera un dia hacer un cargo por lo que era un título de elogio, y de que las enconadas pasiones calificaran de crimen los grandes méritos contraídos para con el país en una época de trastorno y confusion. Y sin embargo, este fué el crimen de su vida: esta fué su traicion, y el fundamento de las persecuciones y de los odios que llovieron sobre él. Este fué su título á la impopularidad, su delito de lesa nación y de *afrancesamiento*. La posteridad será más justa y más desapasionada. El buen sentido de la época lo es ya tambien; y nosotros, que para aquellos sucesos somos ya posteridad, no podremos confundir jamás con traiciones y bajezas y bastardías, errores de opinion; ni mucho ménos, nobles hechos, que en vez de proscripcion, merecerian en cualquier país gratitud y recompensa.

En la época á que aludimos, y en que se distinguia ya como entendido administrador y enérgico funcionario público D. Francisco Javier de Búrgos, era jóven todavía. Habia nacido en 22 de Octubre de 1778, de padres nobles y acomodados en la ciudad de Motril, provincia de

Granada. Destinado á la Iglesia, entró á la edad de once años en el colegio de San Cecilio de aquella capital, establecimiento célebre ya entónces por la perfeccion con que se enseñaban en él las ciencias eclesiásticas. Búrgos las cursó allí con notable aprovechamiento, y empezó desde aquella temprana edad á distinguirse en los estudios, en que despues habia de sobresalir con mayor lustre, mostrando desde luego una decidida aficion por la elocuencia y la poesia. Adolescente aún, llamaban ya la atencion sus primeras producciones; sus juguetes líricos, sus pequeños y tímidos ensayos dramáticos, dejaban ya entrever, sinó el juicio y aplomo que debia ostentar su autor en edad madura, la imaginacion brillante, que habia de dar tanto color y vida á las producciones todas de su fecunda pluma. No se avenían demasiadamente estas disposiciones con el estado para que sus padres le destinaban; y cumplidos apenas los diez y nueve años, y no sintiéndose con vocacion para la carrera eclesiástica, pasó á Madrid con ánimo de profundizar otras ciencias, y de conocer á los hombres que más se distinguian entónces en el cultivo de las letras.

Era entre estos á la sazón el más célebre y más altamente reputado, el ilustre poeta D. Juan Melendez Valdés, Fiscal de la sala de Alcaldes de Casa y Corte. Hallábase en el apogeo de su merecida gloria literaria: desde el siglo de oro de nuestra literatura, las musas españolas no habian tenido más digno, más noble, más brillante intérprete. No aparecía entónces solamente como gran poeta: era además el restaurador de nuestra poesia. Era el padre, era el príncipe de los poetas de su época. Los años transcurridos, los adelantos de nuestra edad, la fama y mérito de otros ingénios que le han sucedido, y aun los

juicios de la crítica que le han censurado, no han podido todavía marchitar la corona que, fresca y lozana entónces, ceñía su frente. En la época á que nos referimos, un nuevo florón se añadía á sus laureles. El alumno de las musas recogía en el templo de Témis la palma de la elocuencia. El dulce cantor de Batilo adquiría una nueva celebridad en su vigorosa y elocuente acusación fiscal contra la Madame Laffarge de aquellos tiempos, la tristemente célebre *Castillo*; y el mayor prestigio, la mayor popularidad, la más alta gloria circundaba con rica y brillante aureola al Magistrado Poeta.

Hallábase éste un día sentado á la mesa, cuando llamó su atención el ruido de una contienda, al parecer empeñada, entre sus criados, y una persona, que pugnaba por entrar á toda costa por una puerta, que Meléndez podía descubrir desde su asiento. Resistían los criados al empeño importuno del que forcejeaba por entrar, cuando su amo les preguntó: — «¿Qué es eso?» Adelantóse entónces, y apareció en el comedor un jóven de resueltas apariencias, pero de dulce y agradable fisonomía. — Nada ya, le dijo. Por ahora he conseguido el objeto que me había propuesto, que era el de conocer á V. En otra ocasión, si V. lo permite, volveré á tener el honor de tratarle, y de oír de su boca los medios de entrar en una carrera que V. ha corrido con tanta gloria. — Usted es poeta, le dijo Meléndez. — Quiero serlo, replicó el jóven. — Entónces, siéntese V., añadió el bondadoso Magistrado, y detuvo cerca de sí al jóven entusiasta.

Este jóven era Búrgos. Desde su llegada á Madrid había sido su más ardiente deseo conocer al eminente literato; pero no siendo fácil en aquel tiempo, que un mancebo desconocido, á quien apenas apuntaba el bozo,

trabase relaciones estrechas con un personaje de alta jerarquía y de mayor fama; y fatigado y aburrido de los trámites que dilataban el logro de su vivo empeño, se había decidido, en el arrebató de su hostigada impaciencia, á dar el paso que acabamos de referir. No había sido vano en su corazón el presentimiento que le arrastraba con tanta fuerza: sus simpatías fueron desde luego correspondidas con la más benévola ternura por parte de Meléndez. Desde aquella entrevista quedó Búrgos instalado en una confianza, que convertida en íntima y estrecha amistad, no se debilitó un sólo momento hasta la muerte del ilustre anciano, ocurrida veinte años más tarde en Mompeller, en la amargura del destierro. Fué desde sus principios tan afectuosa y cordial aquella amistad, que Meléndez, contando con el poder y valimiento de su célebre amigo D. Gaspar Melchor de Jovellanos, Ministro á la sazón de Gracia y Justicia, brindó á Búrgos con el favor de hacerle conmutar por cursos de jurisprudencia sus matrículas de teología, y le puso bajo la dirección de su amigo el abogado D. Miguel Pareja, con el fin de que versado en el estudio de la jurisprudencia, se habilitara para recibir la toga, á que en la esperanza de más seguro y afortunado porvenir le destinaba.

Pero esta esperanza desvaneciése en breve. Jovellanos fué separado estrepitosamente del Ministerio, arrastrando á Meléndez en el disfavor y desgracia de su caída. Afectó á Búrgos grandemente este contratiempo, más por motivos de cariño y por la triste impresión que hicieron en todos los corazones honrados aquellos desagradables acontecimientos, que por miras de mezquino y particular interés. Afligido profundamente, y resuelto á no solicitar empleos que no deseaba ni había menester

regresó á su país natal á cuidar y hacer prosperar su patrimonio.

Allí, cumplidos apenas los veintinueve años, fué regidor perpétuo del Ayuntamiento, y secretario de la Sociedad económica. Distinguióse notablemente en el desempeño de las muchas comisiones de interés local que se le confiaban; y ni estas tareas, ni sus asuntos domésticos le distraían del cultivo de las letras, y del trato ameno de las musas. Todavía en estas varias y agradables ocupaciones halló tiempo su incansable aplicación para un estudio más grave y más austero. Un hombre ilustre le había inspirado la afición al estudio de la economía y la administración, ciencias entonces entre nosotros no sólo poco cultivadas, sino casi de todo punto desconocidas. Búrgos se dió á ellas con todo el ardor y entusiasmo que empleaba en cuanto emprendía. Los progresos que hizo en su oscuro retiro, debían revelarse después en más brillante y dilatada esfera.

Tal era, tal había sido su vida, cuando en 1810 sobrevino la invasión francesa, y las circunstancias con cuya relación empezamos la biografía de nuestro protagonista. El odio encarnizado contra un partido, en que la envidia pudo, bajo un especioso pretexto, hollar á mansalva víctimas ilustres é inteligencias superiores, no ha podido confundirle jamás con aquellos pocos bastardos españoles, que unidos á los invasores, hicieron armas contra su Patria.

Pudo Búrgos, engolfado entonces en estudios administrativos, mirar como más perfectas las formas y métodos introducidos en el gobierno de la nación francesa por la administración vigorosa de su Imperio. Pudo desear su importación entre nosotros, y que se aclima-

tasen en nuestro suelo, de tiempo inmemorial desgobernado, ventajosas prácticas y saludables instituciones. Pudo acaso aprovechar, con generosa y disculpable impaciencia, la ocasión que se le presentaba, de aplicar sus estudios, y de ensayar con utilidad y brillo sus talentos; y si es verdad que hubiera sin duda deseado más bien utilizarlos en más tranquilas circunstancias, y á la sombra protectora de un gobierno de legitimidad y de porvenir, no hay razón tampoco para acusarle porque entonces, en bien de su país oprimido, había prescindido del poder que le tiranizaba.

Los demócratas, que han acusado á Búrgos con tanta acrimonia y tenacidad, son los que han sustentado con más ardor el principio de que los empleados no sirven al Gobierno, sino á la Patria. Si este principio puede tener alguna vez sentido y aplicación, es sin duda en las circunstancias excepcionales á que nos referimos, y en los años en que Búrgos desempeñó sus primeras funciones administrativas. Lo que sabemos es, sí, que de ningún período de su vida se muestra tan satisfecho como de aquel, y que de ningún otro conserva más recuerdos de complacencia y más títulos de gloria.

Fuéronlo, sin embargo, de proscripción; y en 1812 empezó para Búrgos la triste carrera de todos nuestros hombres distinguidos: la emigración. Sus servicios no le eximieron de una necesidad que, más que á su persona, fué fatal á las letras. Al dejar á Granada, confió á varios de sus amigos el depósito de sus producciones científicas y literarias, que hasta entonces, ó no había pensado, ó no había querido publicar. Dos horas después de su partida, un ex-fraile, á quien había colmado de beneficios, denunció la existencia de aquel depósito, y la de

*otras prendas y efectos que había dejado, y todo fué invadido, extraviado y vandálicamente repartido y ocupado por empleados infieles. Lo que perdonó la rapiña, lo sepultó la ignorancia. Con su copioso y rico equipaje, con más de dos mil volúmenes de su escogida biblioteca, desaparecieron sus manuscritos originales, y en ellos, además de muchas composiciones dramáticas, líricas y didácticas, un poema épico de la conquista de Granada, traducciones del poema de Lucrecio de *rerum natura*, y de las *Geórgicas* de Virgilio, y copia de Memorias y disertaciones doctas y curiosas sobre varios puntos de literatura, economía y administracion.

Empero, la emigracion misma y sus ócios y sus necesidades, debían producir la compensacion de estas pérdidas, inspirando á Búrgos el ardor, y dejándole el tiempo de concluir y llevar á cabo la árdua y gigantesca empresa de traducir en verso castellano todas las obras de Horacio. Bastaría esta sola obra para la honra y justo renombre de un esclarecido literato: bastaría sólo el arrojo de acometerla, y la perseverancia de acabarla, aun cuando esto solamente se considerara, y no se tuviera en cuenta el mérito de su desempeño. Quería publicarla en Madrid; quería publicarla en su Patria el *afrancesado*, para quien la Francia era un triste destierro. Lo solicitó del Rey, y á consecuencia de los brillantes informes, en que diferentes ayuntamientos y otras autoridades de Granada y Almería atestiguaron los beneficios que había dispensado al país durante la invasion francesa, obtuvo la autorizacion deseada, y fijó su residencia en Madrid, el año de 1817.

Agradecido á la merced del Soberano, le dedicó su traduccion de Horacio. Dignóse aquel Monarca, un tanto aficionado á las letras latinas, aceptar la dedicatoria; pe-

ro, á pesar de su proteccion, á pesar de que pasada á la censura de varios literatos, sus favorables y lisonjeros dictámenes corrían de mano en mano ántes de que la obra viera la luz pública, el Ministro D. Juan Lozano de Torres la retuvo cerca de dos años en su gabinete, sin que se adivinase el motivo de tan extraño proceder, y sin que surtieran efecto alguno los continuos esfuerzos del autor para arrancársela. ¡Tan caprichosa é irracional era la administracion de aquel tiempo, y con especialidad, la de aquel Ministro!

Entretanto, y aguardando su rescate, entreteníase Búrgos en publicar con el título de *Continuacion del almacén de frutos literarios*, una voluminosa coleccion de obras inéditas de españoles célebres, unas con notas y comentarios, otras con noticias biográficas de sus autores, y muchas con juicios críticos y calificaciones más ó menos extensas, de su mérito respectivo. Una de estas producciones, ántes desconocidas, ocasionó en altas regiones una inquietud, que contribuyó no poco á la celebridad del editor, y que revela de paso la asustadiza debilidad del poder de aquella época. Búrgos había publicado entre otras, los *Aforismos del famoso Antonio Perez*, obra de gran reputacion entre los eruditos. La Inquisicion se alarmó. Los comentarios que había añadido su editor, poco favorables en verdad al crédito de aquel antiguo secretario de Felipe II, no fueron precaucion bastante contra la suspicacia del Santo Oficio. El editor fué severamente amonestado, el cuaderno escrupulosamente recogido; y este acontecimiento le retrajo de publicar las obras de *Macanaz*, que formaban parte de su copiosa coleccion de manuscritos, haciéndole pensar en otras que no le expusieran á tantos riesgos.

En 1819 empezó á publicar un periódico con el título de *Miscelánea de Comercio, Artes y Literatura*. El Gobierno de aquella época no permitía la discusion de otras materias. Tratólas todas el nuevo periodista con grande elevacion de ideas, con vehemencia de expresion, con esmerada correccion de estilo. Diéronle en breve estas dotes merecido y eminente lugar entre los más distinguidos escritores. Sabíase que era el único redactor de su periódico; y aunque entónces las exigencias del público no fuesen tantas, ni tan difíciles de satisfacer como en años posteriores, no era ménos digna de admiracion y alabanza la grande prueba de laboriosidad que aquel improbo trabajo suponía, el vasto saber, la variedad de conocimientos, la transcendencia de miras y la solidez de doctrina, que sus ilustrados artículos revelaban y esparcian.

Hallábase engolfado en estos trabajos, cuando estalló en las *Cabezas de San Juan* el movimiento militar, que habia de restablecer la Constitucion de Cádiz, proscripta en 1814. El Gobierno, aterrado y aturdido, dictó en vano, para reprimirle, medidas parciales, equívocas, insuficientes. El incendio tomó vuelo; los mismos mal dirigidos esfuerzos para apagarle, le atizaban. Las chispas de Andalucía saltaron á Barcelona, á la Coruña, á Zaragoza. Pronuncióse en Ocaña el regimiento Imperial Alejandro. La hora de una reaccion política habia llegado para el Gobierno reaccionario de Fernando VII. El Monarca que no habia sabido moderarse, hubo de someterse; y en la noche del 7 de Marzo de 1820, firmó un decreto reconociendo la Constitucion, que seis años ántes habia declarado anárquica y subversiva.

Búrgos anunció y comentó al punto en su periódico aquella importantísima noticia, con todas las muestras de

un júbilo que no dejó de aparecer ardiente, por más que su expresion fuese templada y comedida. Con este acontecimiento ensanchábase el círculo del periódico; las cuestiones políticas caian ya bajo la libre jurisdiccion de su juicio. Su importancia crecia entónces extraordinariamente. No habia ninguno en aquellos primeros momentos, ni era fácil que otro hubiera tratado la política con tanta maestría y elevacion. Sus discursos constitucionales tuvieron inmensa voga, y el periodista no ménos nombrada. Numerosos grupos de personas de todas opiniones se agrupaban en su casa para conocerle; muchos dias se despachaban más de diez mil ejemplares del número de su periódico.

Nosotros, que no hemos presenciado aquellos momentos de entusiasmo político y de anhelosa curiosidad, pero que despues hemos visto en revoluciones no ménos importantes, y en más graves trastornos y extraordinarios sucesos, tanta indiferencia de parte del público, podemos deducir de esta comparacion cómo se han gastado en el corazon del pueblo y de los partidos las pasiones políticas, y cómo el desengaño de mil desvanecidas esperanzas ha hecho dar poca importancia á sucesos y variaciones, en que ningun bien libra la sociedad, aunque se ventilen en ellos los intereses de sus promovedores. Entónces no se juzgaba así todavía. Entónces habia aun entusiasmo, y cuando aquella nueva era política aparecía, presentábase en general á los ojos del país como una era de prosperidad y de ventura. El mismo personaje cuya historia escribimos, respiró acaso, entre los incienso de su popularidad, el aire vivificador de esta esperanza consoladora.

Empero, hartó en breve, comenzó esta popularidad á

sufrir rudos embates. Á los pocos días, los absolutistas, vueltos de su estupor, acusaban al escritor de la *Miscelánea* de que atacaba la prerogativa Real, enumerando las restricciones que el nuevo Código político imponía á la autoridad del Monarca. Los liberales empezaron asimismo á atacarle, porque en el calor de las pasiones y en el engreimiento de la victoria, se había atrevido á inculcar ideas de moderacion y templanza, y á condenar la intolerancia con que se señalaban diariamente á la animadversion publica hombres respetables, que no profesaban las doctrinas proclamadas en 7 de Marzo. Iban apareciendo nuevos diarios, cuyos redactores, más apasionados é inexpertos, impregnados de doctrinas exageradas y reaccionarias, trataron de generalizarlas, combatiendo las doctrinas conciliadoras de la *Miscelánea*.

Empeñóse la lucha entre este y los otros periódicos, medida primero, viva en breve y violenta, sobre todo cuando Búrgos emitió con sencillez, y sostuvo despues con vigor, la idea de que para las Cortes que iban á convocarse, convendría que los diputados llevasen el carácter de Constituyentes, considerándose que en Marzo de aquel año se cumplian los ocho que la Constitucion fijaba para poder ser revisada. No disimulaba el autor de esta opinion el poco cariño que profesaba al Código gaditano, y creía hallar en la realizacion de su pensamiento un medio de acomodarle más al espíritu de la Monarquía, y de ponerle más en consonancia con las costumbres, las opiniones y los hábitos de la nacion. Era tal sin duda su deseo, como el de otros muchos sensatos y juiciosos pensadores, demasiado poco numerosos, es verdad, para que su razon prevaleciera contra el torrente de las presuntuosas medianías políticas, que sostenian como artículos

de fé todos los dislates é imperfecciones de la Constitucion de Cádiz.

Búrgos los reveló con ménos precaucion de lo que convenia al amor propio de sus padres, y al ciego entusiasmo de sus restauradores. Al reunirse las Cortes en Julio, todos los periódicos le hacian la guerra: su pensamiento estaba despopularizado, tanto como habia sido bien defendido. No era tiempo todavía; no estaban maduras las verdaderas teorías constitucionales; no se comprendía el sistema representativo. Hoy es, y aquellos hombres no le han comprendido; no han hecho más que variar de absolutismos. Si se hubiera adoptado entónces el pensamiento de Búrgos, si las Cortes de 1820 hubieran hecho una Constitucion nueva, ó no hubiera sido peor que la de 1812, ó se habria abolido en 1822. No son las Constituciones los artículos impresos en el papel; son los hombres que la revolucion pone en evidencia y eleva al mando de los negocios. Y esos hombres lo mismo son ahora que entónces; por fatalidad, incapaces de reforma y variacion. El mismo es ahora que entónces su gobierno.

En este combate y en estos trabajos Búrgos habia agotado sus fuerzas. Los que conocen el mecanismo de la redaccion de un periódico diario, se asombrarán sin duda al saber que era solo absolutamente para escribir, dirigir y componer el suyo, sin colaborador de ninguna especie. No es de admirar que sus fuerzas se rindiesen. Postróle doliente á las puertas del sepulcro una gravísima enfermedad, y tuvo que poner término á sus tareas. Por poco tiempo se suspendieron. Restablecido apenas de su dolencia, se hizo cargo de la direccion de *El Imparcial*, que redactaban con grande autoridad Lista, Miñano, Hermosilla y Almenara. Pero ocurrieron los sucesos del 7

de Julio; encrudeciéronse las pasiones políticas; subieron al poder hombres de opiniones extremas: los que las profesaban templadas no podían esperar más que rigores, y se decidieron á buscar seguridad contra la intolerancia tras de las barreras del silencio. *El Imparcial* cesó, y con él dieron fin los trabajos periodísticos de nuestro autor.

No empero los de otro género. Al fin había llegado el tiempo de que pudiera ver la luz su traducción de Horacio. En 1820 había publicado los dos volúmenes primeros; en 1822 se ocupó de la impresión de los tomos III y IV, que comprendían las sátiras y las epístolas. No es ésta sucinta biografía el lugar de consagrar á tan célebre obra el extenso y detenido exámen crítico que su importancia requería. Ni los límites en que debemos encerrarnos nos lo permiten, ni nos creemos con la superioridad de luces necesaria para analizar filosófica y literariamente un tan extenso trabajo, nosotros que sólo nos hemos propuesto contar hechos. Hecho sí es, y como tal debemos consignarlo, que cuando su publicación, todos los partidos dieron treguas á sus odios políticos, para hacer justicia al mérito del humanista poeta. Los diarios de todos los colores, los que profesaban opiniones más opuestas á las del redactor de la *Miscelánea* y de *El Imparcial*, entonaron de consuno un concierto unánime de alabanzas al traductor ilustre. Y merecidas eran, y justo el entusiasmo que debía producir en todos los amantes de nuestras glorias literarias, una publicación que tanto realizaba las de nuestra Patria y de nuestra edad.

Verdad es que el transcurso de los años ha dado lugar después á examinar más lenta y detenidamente trabajo tan vasto, y á hallar en él imperfecciones y lunares que debían

escaparse á la primera rápida lectura. También es verdad, que desde aquella época hasta nuestros días se ha generalizado más el gusto poético, haciéndose más exigente y delicado: que entónces pudieron pasar como bellezas y primores, rasgos que ahora serían leídos con más indiferencia ó juzgados con más severidad; que en el día, en medio de las extravagancias de la actual anarquía literaria, se atiende más al esmero de la versificación, se disimula ménos lo lánguido, lo flojo de la locución poética, y es mucho más severo el gusto y más escrupuloso el oído en punto á la armonía métrica, á la entonación vigorosa del verso, y aún á la precisión y énfasis del pensamiento; y que esta mayor delicadeza y refinamiento harían que el mismo traductor, si hoy hiciese de nuevo, ó simplemente revisase su obra, hallase algo que enmendar y pulir y castigar en muchas de sus versiones.

Por otra parte, es Horacio el génio más vasto, más variado, más flexible de todos los poetas que han llegado hasta nuestros días. Él ha pulsado en todos los tonos, así la lira como la rústica avena ó la pastoril zampoña. Desde los arrebatos inspirados de la oda pindárica hasta la sencillez de la epístola familiar; desde los robustos acentos con que entona en la trompa heroica las victorias de Druso, hasta los lánguidos suspiros con que exhala ternuras y amores en brazos de Lesbia; desde la cáustica y acerba sátira con que severo estóico declama contra la corrupción y los vicios de su depravado siglo, hasta la gracia y molice con que voluptuoso epicúreo celebra en los jardines de Tíbur los mismos placeres que en otras ocasiones reprendía, su musa ha recorrido con igual facilidad, con igual encanto é inspiración todos los

géneros, todas las escalas y modulaciones de la armonía poética.

Para seguirle igualmente en su carrera, para interpretarle con igual felicidad en todos los géneros, era preciso que el génio del traductor fuese tan vasto como el del original, y que empleando la vida entera en este trabajo, no hiciera la version de ninguna produccion del poeta latino, sino cuando se encontrara en circunstancias y situaciones análogas á las que hubiesen podido inspirar la pieza traducida. Y esto, á la verdad, sería demasiado exigir de un hombre solo, de un hombre de nuestros dias, de un literato de nuestra civilizacion y de nuestras costumbres.

Por otra parte, hay composiciones, que á través de tantos siglos, y transportadas á otra sociedad, pierden la gracia y el encanto que les dan las circunstancias de la época, y el colorido de localidad, que entra por mucho en su mérito. Producciones de tal género no pueden aparecer vertidas con tanto vigor ni con tanto brillo, porque ni en el original nos cautivan del mismo modo. Lo sublime de la oda es de todos los tiempos, si no es de todas las lenguas. Lo gracioso ó punzante de la sátira, lo festivo del epigrama, lo delicado de la epístola, no tanto. Así que, nada extraño es que aparezcan en la traduccion diferencias y desigualdades, que tienen su principio, no sólo en la mayor ó menor dificultad que el original presenta; no sólo en la más ó menos ardiente inspiracion del traductor, que no ha podido estar siempre á una misma altura en una obra de tan largo tiempo y trabajo, sino también en la misma dificultad del poeta latino, y en el vario gusto con que recibimos en el dia producciones, que si todas satisfacen y encantan al eru-

dito; que si todas admiran al filósofo, no igualmente pueden excitar el entusiasmo, ni revelar el estro de la alta poesía.

Y si á esto se agregan las dificultades de la lengua, y la imposibilidad de ajustar á la rima y armonía métrica de nuestra versificacion el ritmo y combinaciones de un idioma de tan distinta índole, cuya prosodia y pronunciacion casi se han perdido, bien podremos mirar con indulgencia algunos lunares, algun descuido, algun tropiezo ó caida de nuestro autor en el dilatado curso de tan vasta empresa, en gracia de tantas bellezas y primores, y de tanta imaginacion, y gala de lenguaje, y brillantez de estilo; de tanta poesía, en fin, como campeán, descuellan y resplandecen en este monumento de nuestra literatura *ære perennius*, como dijo de sus obras el mismo poeta latino.

Muchos ejemplos pudiéramos citar, que amenizando nuestro escrito, vinieran en corroboracion de nuestro encarecimiento. Empero entre las riquezas poéticas, que á manos llenas se nos ofrecen al abrir el libro de que ahora nos ocupamos, no dejaremos de señalar la oda 34 del primer libro *Parcus Deorum cultor*, y aquella magnífica estrofa en que dice:

Pues que rasgando á veces el Tonante,
Con vivo fuego el seno de las nubes,
Su carro resonante
Por el cielo tal vez lanza sereno,
Y los bridones del rugiente trueno.¹

No merece ménos singular mencion la oda 3.^a del libro tercero *Justum et tenacem*, y la feliz inspiracion que le hizo traducir el difícil *civium ardor prava jubentium* por

¹ Nos valemos de la edicion de 1844 corregida por el traductor.
(Nota del Compilador.)

De ciega plebe el vocear insano. Es magnífica la traducción de la oda 5.^a del mismo libro, *Cælo tonantem*:

Proclama á Jove el trueno retumbando
Potente numen del lumbroso cielo:
Al britano feroz, al persa infando
César leyes dictando,
César el Dios será del ancho suelo.
¡Pudo de Craso el criminal soldado
En torpe nudo unirse á una extranjera?... etc.

Competir pueden tanto como lo permite nuestra lengua, con la arrebatada inspiración de su oda á Druso.—
Qualem ministrum fulminis alitem, (4.^a del Libro IV)
aquellos versos

Cual águila rapante
Armijera de Jove denodada,
A quien el Dios Tonante
El reino dió de la familia alada....

Es muy bella y hace un feliz y gracioso efecto de armonía la oda 11 del libro tercero *Mercuri*:

Dulce Mercurio, pues por tí enseñado
Anfion las piedras con su voz movía,
Y tú algún día, desdeñada siempre,
Siempre callada;
Orapreciada en templos y festines,
De siete cuerdas, resonante lira,
Versos me inspira, á que la dura Lide
Preste el oído.

Pero sobre todo, la que nos parece de un mérito incomparable, la que tenemos por modelo de traducciones, y la que halaga tanto nuestro oído y nuestra imaginación como la misma original composición, es la célebre oda 2.^a del libro cuarto *Pindarum quisquis*. Es tan be-

lla, tan magnífica, que no podemos resistir á la tentación de insertarla íntegra ¹. Su lectura será más grata que todas nuestras críticas. Cuando se ha leído, se comprende el entusiasmo y admiración con que debió ser recibida la obra que mencionamos, y cómo ha obtenido una celebridad europea. En 1834 se hizo en Leon de Francia una magnífica edición poliglota de las obras de Horacio. En este insigne monumento, levantado á la gloria del favorito de Mecenas, y á la de los hombres

¹ Héla aquí:

De cera en alas se levanta, Julio,
Quien igualarse á Píndaro ambicione,
Icaro nuevo, para dar al claro
Píelago nombre.
Cual de alto monte despeñado río
Que hinchán las lluvias, y sus diques rompe,
Hierve, é inmenso con raudal profundo
Píndaro corre.
Digno del lauro del augúr Apolo,
En metro libre y peregrinas voces
Ora atrevidos, altos ditirambos
Músico entone;
Ora á los Dioses, á los Reyes ora,
Progenie excelsa de los Dioses loe,
De ígnea Quimera y bárbaros Centauros
Los domadores,
Ó ya ceñidos de la élea palma
Púgil ilustre y rápidos bridones
Immortalice en canto duradero
Más que los bronceos.
Ó llóre al jóven al amor robado
Ó aureas costumbres, ánimo y blasones
Suba á los astros, porque torpe olvido
Nunca los borre.
Sostiene el aura al Cisne de Dircéa,
Si de las nubes se alza á las regiones;
Mientras de Tibur, Julio, en el sombrío
Húmedo bosque,
Con largo esfuerzo, cabe la onda pura.

ilustres, que han hecho saborear á los pueblos de la moderna Europa las producciones de uno de los más fecundos ingénios de la antigua Roma, al lado de la traducción francesa de Montfalcon, de la italiana de Gargallo, de la inglesa de Francis y de la alemana de Wieland y Voss, figura la española de D. Francisco Javier de Búrgos.

Nunca bastó á Búrgos una sola especie de ocupacion. Por el mismo tiempo que acababa de imprimir las obras de Horacio, empezó á dar á luz una *Biografía universal*

Yo humilde ajusto al metro mis canciones,
Cual del tomillo la afanosa abeja
Liba las flores.

Con alto plecto cantarás tú á César,
Cuando á su carro atados los feroces
Sicambros muestre, y triunfador sus sienes
Lauro decore.

Nada más grande ni mejor al suelo
Que César dieron los benignos Dioses.
Nunca daránlo, aunque la edad de oro
Plácida torne.

Del fuerte Augusto en la anhelada vuelta
Dirás de Roma el júbilo conforme,
Dirás del foro, libres de querellas,
Los artesones.

Y si es que oída ser mi voz merece
¡Día felice! cantaré yo entónces:
Cargado César á nosotros vuelve
Hoy de blasones.

Y ¡triumfo, triunfo! todos entonemos
Mientras la pompa al Capitolio corre;
Y arder hagamos en honor al cielo
Suaves olores;

Y tú diez vacas, Julio, con diez toros,
Y yo un ternero destetado inmo-
le
Que en pingües prados á cumplir mis votos
Ya se dispone.

El corvo disco de naciente luna
Su frente imita, que lunar adorne,
Cual nieve blanco; de color el resto
Todo de bronce.

de que en pocos meses salieron tres tomos en cuarto, y habrían salido muchos más en los siguientes, si el encarnizamiento de la guerra civil y la interceptación de las comunicaciones, que fué su consecuencia inmediata, no hubieran entorpecido la circulación de una obra, que hubiera sido de gran recurso á las personas que no tienen bastante tiempo que dedicar al estudio, ni medios de adquirir en tratados elementales conocimientos profundos ó completos.

Quisiéramos no salir de este terreno al escribir esta biografía. Quisiéramos no tener que examinar otros trabajos y tareas que producciones literarias, y amenos estudios de imaginación ó de filosofía. Son los más bellos, son los más venturosos días de los hombres ilustres y distinguidos, aquellos que han pasado en el delicioso comercio con las ciencias, en el trato encantador de las musas; y á nosotros ahora tan fatigados de las vicisitudes y tormentas políticas, nos parece que hallamos cierto placer de reposo, cuando apartando de ellas los ojos, y de su sangrienta liza, podemos examinar la vida del literato y del filósofo en la soledad de su gabinete.

Desgraciadamente en épocas de revoluciones, el talento, lejos de ser garantía contra su empuje, es lo primero que en su torrente se vé arrastrado. Las inteligencias superiores se aíslan en vano de los negocios públicos. Los grandes sucesos vienen á llamar estrepitosamente á las puertas de su soledad; y si una mudanza pasa que las oscurece y arrinconan, otra viene que á su pesar las arrebatada y compromete.

Búrgos, en 1822 habia quedado fuera de la arena política. Reducido al silencio por la moderación de sus opiniones, y por la desconformidad de sus doctrinas con las

que en aquel turbulento período dominaban, la restauración monárquica de 1823 no tenía porqué ensañarse contra él. Hallóle oscuro y retirado aquel gran cambio político, y en su oscuridad y retiro le dejó; porque si Búrgos no era de los hombres que habían sucumbido en Cádiz, mucho ménos podía pertenecer á los anuladores reaccionarios, que en aquella extraordinaria peripécia habían subido al poder. La dominación de D. Víctor Saez, y de sus fanáticos colegas, la intolerancia, las persecuciones del Gobierno, el mando soez de la canalla á que con el nombre de realistas se confiaban las armas, los desaciertos políticos y administrativos, que señalaron los primeros meses despues de la vuelta del Rey á Madrid, y el ver malograda de nuevo una de las ocasiones que se ofrecían á un Monarca poderoso, de consolidar el Gobierno, y cimentar robusta y perdurablemente la desquiciada administración pública, no podían ménos de hacer desagradable, profunda impresion en el ánimo de Búrgos, y de tenerle alejado de aquellos sucesos, de aquella situación lastimosa.

Pero en la primavera de 1824, una imprevista ocasión vino á sacarle de su retiro y á lanzarle en otra carrera. Hallábase á la sazón la Hacienda de España en el mayor desórden, en la mayor penuria en que se había hallado hasta entónces nación alguna. No había fondos en el Tesoro; no había surtidos en los almacenes. No había sistema de rentas, ni manos capaces de llevar adelante ninguno que se adoptase. No había ejército, ni en dependencia alguna del servicio, órden ni concierto. Todos los recursos del Gobierno del Rey, en los angustiosos apuros de aquella situación, estaban reducidos á un empréstito, que en el mes de Setiembre anterior había contrata-

do con el banquero Guebhard la Regencia presidida por el Duque del Infantado, y que despues el Rey había reconocido y ratificado. Pero de este empréstito apénas había entrado un real en las arcas del Tesoro. Aquella operación había luchado desde sus principios con toda clase de obstáculos y de contratiempos, entre los cuales no había sido el menor el carácter de la Regencia, que le había hecho, mientras que el Monarca se hallaba en Cádiz á la cabeza de otro Gobierno.

Las circunstancias de la reaccion, la marcha impolítica y desastrosa del Gobierno le había quitado en los países extranjeros aquella popularidad, sin la cual fracasan siempre y se estrellan las operaciones de Hacienda mejor combinadas. La anulacion de los empréstitos contraídos por el Gobierno constitucional, daba el último golpe al crédito. Era un absurdo contraste pretender la emisión de sumas enormes de papel en las Bolsas de París y de Londres, al mismo tiempo que se declaraban ilegítimas y nulas otras muchas más considerables, emitidas pocos meses había durante el régimen de las Cortes; y fácil era suponer que los perjudicados en aquella expoliación iniciada, se opondrían á la emisión de obligaciones nuevas. Los tenedores de papel de las Cortes, enemigos naturales del crédito del nuevo Gobierno, combinaban grandes operaciones que frustraban sus intentos y esfuerzos, y los de sus prestamistas.

Llegaron á tal punto estas dificultades, que en la Bolsa de Londres se rehusó admitir un solo bono del nuevo empréstito, y en París fué quemado en efígie el banquero Guebhard. Velase este, por efecto de tales circunstancias, en la imposibilidad de cumplir su contrato, en virtud del cual desde Setiembre de 1823 debía haber

aprontado un millon de duros al mes. Léjos de haberlo verificado así, en Mayo del año siguiente sólo habia recibido el Gobierno español catorce millones de reales. La situacion era muy crítica y ahogada, cuando á D. Juan Bautista Erro habia sucedido en el ministerio de Hacienda el celoso y entendido D. Luis Lopez Ballesteros. Fijó este todo su afán, y puso todo su conato en acelerar el cobro de las sumas del empréstito, dando las más terminantes órdenes para estrechar al prestamista; pero este no cumplía, como no cumple ninguno cuando no puede vender inscripciones; y crecian por momentos las dificultades y los ahogos. En este tiempo fué cuando el Gobierno se acordó de los talentos y habilidad del Sr. Búrgos, y el 23 de Marzo se presentó en su casa D. Juan Pablo Vincenti, Director de la Caja de Amortizacion, proponiéndole pasar á París á remover los obstáculos que entorpecian la realizacion de un empréstito, único recurso y esperanza del Gobierno en situacion tan angustiosa.

No era ciertamente Búrgos el que debia considerar la comision que se le proponía, á la luz del espíritu de partido; ni serémos nosotros los que califiquemos su conducta á tenor de las vulgaridades propaladas despues sobre la legitimidad de este empréstito. Á Búrgos no le ligaba compromiso alguno con el poder caído. No podia ser muy respetable á sus ojos la declaracion de las Cortes de Cádiz de que no reconocerian otros empréstitos que los contraidos por ellas, cuando el Monarca á quien despues ellas mismas devolvieron la plenitud de su soberanía, habia contratado uno nuevo, ratificando el de Guebhard. El gobierno de Fernando VII en 1824, reconocido por la Europa entera y obedecido en toda la Península, bien podia parecerle el gobierno legítimo de su país, y servir-

le entónces, servir á su Patria. Ni aun el escrúpulo podia quedarle de que el empréstito Guebhard era para destruir, como algunos dijeron, el sistema constitucional. Mal podia haber contribuido á tal empresa una operacion, de la que en Diciembre de 1823 no se habia recibido un real, y en Abril de 24 sólo se habian entregado catorce millones. Las sumas que desde entónces se recibiesen, sólo podian servir al Gobierno para sus legítimas urgencias, para sus premiosas necesidades, para cubrir sagradas y siempre reconocidas obligaciones; para ayudarle á poner orden y concierto en la administracion; para levantar su crédito; quizá, en las ideas de Ballesteros, y en las esperanzas de Búrgos, para hacerle más independiente del partido reaccionario, y ponerle en el caso de poder introducir mejoras y economías y saludables reformas en una sociedad tan desquiciada y conmovida. Búrgos pudo contemplar así su comision, y diga lo que quiera el espíritu de partido, así considerada era noble y decorosa, y meritorios á todas luces los servicios que en ella prestara.

Búrgos la aceptó despues de algunas conferencias; el 1.º de Abril recibió sus instrucciones; en 3 de Mayo se dió á reconocer en París: las dificultades que habian parecido insuperables, se allanaron: en Noviembre del mismo año habian entrado en las arcas del Tesoro español 170 millones. El servicio era inmenso. El Gobierno se apresuró á reconocerlo, colmando de elogios y distinciones al que le prestaba. Años despues, los hombres perseguidos por aquel Gobierno, ó lanzados de su Patria por el furor de la reaccion absolutista, regresando al suelo natal, habian de calificar de actos reprensibles ó dignos de castigo, los servicios prestados por personas

constituidas en más favorable situación. La relación de los hechos y de las circunstancias que acabamos de exponer, basta para dar á unos y á otros su merecido. Pudieran aquellas quejas ser, en la desgracia, disculpables; pero lejos los odios, y vistos, con la distancia, á mejor luz los sucesos, mal pueden en nuestro concepto obtener el lugar de fundadas acusaciones.

Búrgos no se limitó á facilitar al Gobierno de su país los recursos que necesitaba para la regularización de los diferentes ramos del servicio público, tan completamente desorganizados. Desde su residencia en París, elevó su vista á consideraciones muy altas, y pudo ver desde allí la causa de muchos males, que affigian á su Patria, que desconceptuaban á su Gobierno, que cegaban las fuentes de su prosperidad, y neutralizaban los recursos de su administración. El aspecto de una nación como la Francia, que despues de tantas vicisitudes y tan inmensos desastres, había vuelto á recibir en su seno á todos sus hijos, y reponía sus pérdidas, y levantaba su crédito á favor de una administración vigorosa, y de un poder ilustrado y entendido, le hicieron sin duda envidiar para su país, tan posible, tan fácil ventura.

La permanencia de los emigrados fuera del reino, llamó profundamente su atención. Conocía los males de la emigración, las hostilidades en que sin descanso tienen que ensañarse los desterrados políticos contra el Gobierno que los deja en el suelo extranjero, y las incesantes tiranías en que sueñan de continuo para regresar á la tierra natal. Había sido él tambien un día emigrado; había pesado tambien sobre su corazón la memoria de la Patria: había llorado tambien *sobre los rios de Babilonia*, y conocía cuán amargas eran aquellas lágrimas. Se

lisonjeó de poder contribuir á enjugarlas. Creyó que sus servicios le colocaban en posición de poder dar generosos y saludables consejos, sin temor de que pudieran parecer sospechosos, y osó proponer al Rey la publicación de una amnistía completa, acompañando la exposición de este patriótico deseo, con la demostración de la conveniencia de otras medidas, que nadie hasta entonces se había atrevido á invocar.

Tal es la representación dirigida al Rey Fernando VII desde París, á 24 de Enero de 1826. Nada hay más notable en aquella época que este singular documento: ninguno honra más los talentos y el corazón de Búrgos. En aquel escrito, en que á su habitual brillantez y belleza de estilo, se une el exámen más profundamente filosófico de la situación de España, de sus recursos, y medios de gobierno, nada ménos aconsejaba al Rey, que

„ dar una amnistía plena y entera, sin excepcion alguna—ó con pocas, y esas, personales—por todos los

„ actos y opiniones políticas desde 1808, con fenecimiento de todo proceso pendiente por esta causa, y remisión de toda pena impuesta; plantear un sistema de

„ Hacienda, que bastando á las necesidades, restableciese el nivel entre los gastos y los recursos; contratar en

„ tanto un nuevo empréstito de 300 millones sobre hipoteca de bienes eclesiásticos, y organizar por último la

„ administración civil, creando el Ministerio de lo Interior, separando la autoridad administrativa de la militar y judicial, despojando al Consejo de Castilla de

„ sus monstruosas facultades gubernativas, y estableciendo en las provincias, agentes especiales de administración, independientes del poder militar y de los tribunales de justicia.

Jamás se llevó más lejos la verdad y la franqueza. En el escrito á que nos referimos, está consignado un programa de gobierno, un sistema de administracion, que algo más vale que muchas constituciones políticas. No creemos que entónces hubiera una sola persona ilustrada, á cualquiera partido político que perteneciera, que no hubiese bendecido y aclamado el poder que lo hubiera acogido y planteado. No nos parece que había un emigrado que entónces no hubiera vuelto, y reconocido la legitimidad del Gobierno que le hubiera adoptado. Hoy es, y todavía al leerle, nos daríamos por muy satisfechos de ver reemplazada la anarquía administrativa y económica en que nos vemos sumergidos, por el régimen que allí se propone. Aquellos votos eran más que una reforma; y no eran una revolucion. Aquel plan era un progreso, un inmenso progreso.

No fué acogido. Una presuncion noble engañaba al corazon generoso que se atrevía á exponerle. Conocía mal la ciega obstinacion del Gobierno á quien servía, y al cual un destino, tan fatal para nuestra ventura, mantenía en su desastrosa marcha. Estaba escrito que hubiesen de durar por largos años males que pudieron remediarse entónces, llagas que el poder de aquella época pudo cicatrizar para siempre!—No lo quiso. Otro tanto más de honra para los esfuerzos del que lo intentó sin fruto, pero no sin exposicion, ni sin gloria. Homenaje de gratitud y de respeto le debemos por ello. Acordémonos que mientras él alzaba con tanto calor su voz vigorosa, muchos de los que despues habian de acriminar con tanta virulencia sus actos, solicitaban parciales indultos por medio de humildes retractaciones, ó se disponían á merecerlos prestando al Gobierno inmorales é indecorosos

servicios contra la causa de la emigracion misma, que despues habian de ostentar como titulo de gloria.

Búrgos regresó á España en 1827, aceptada que fué la dimision que habia hecho muchas veces de sus funciones en Paris. Su satisfactorio desempeño le valió el nombramiento de individuo de las Juntas de fomento y aranceles, de Intendente de primera clase, y despues los honores del Consejo Supremo de Hacienda, y la cruz pensionada de Carlos III. Los archivos de la Junta de Fomento están llenos de trabajos preciosos de aquel su infatigable vocal, trabajos á los que se debieron tal vez muchas de las mejoras importantes que adoptó el Gobierno de aquella época.

Su regreso á Madrid le restituyó al cultivo de las letras. La Academia española le habia abierto sus puertas, y su brillante discurso de recepcion en el seno de aquel ilustre Cuerpo, es notable, como todas las producciones de Búrgos, por la novedad de las idéas y la vehemencia de la expresion. Al mismo tiempo hizo representar é imprimir una comedia que con el titulo de *Las tres iguales* habia compuesto en 1817, con la intencion de ensanchar la via, por donde siguiendo los pasos de Moratin, caminaban entónces los pocos dramáticos españoles.

Pero la comedia de que hablamos, prueba cuánto trabajo cuesta á los hombres más resueltos y decididos romper el yugo de las preocupaciones. El autor de *Las tres iguales* habia hecho ántes ya muchas piezas y ensayos dramáticos, que pertenecian enteramente al género clásico, y se sujetaban estrictamente á las reglas. Pero rindiendo á estas el homenaje que á principios del siglo todos los autores le tributaban, conocía ya, que para

inspirar interés, y fijar la atención de los espectadores, era preciso tentar nuevos caminos y acometer innovaciones. Sin embargo, en esta su más atrevida producción apenas osó hacer muy pocas esenciales alteraciones. Su acción es en verdad más animada, más sujeta á frecuentes peripecias que las de otras comedias que entonces se ponían en escena; pero el autor, que mostraba tanta confianza en su sistema, se detuvo al pie de la valla misma que se había propuesto saltar. En una sola escena de la pieza introdujo rimas, en otra substituyó al romance el verso de seis sílabas. Su ensayo pareció excesivamente circunspecto, y formaba tanto más contraste su timidez, cuanto más audacia prometía la advertencia preliminar de la obra, cuanto más conocida era la facilidad con que versificaba su autor, y más brillante el colorido que daba habitualmente á todas sus composiciones.

Búrgos no pudo dejar de echar de ver el poco efecto de su comedia. Sin embargo, el mismo buen resultado de las innovaciones de su ensayo primero, le animaron á lanzarse más resueltamente hasta donde, sin renegar de sus convicciones clásicas, podía extenderse. Entonces hizo *El baile de máscara*, comedia, que sólo se representó en Granada en 1832 á solicitud de las Juntas de Damas encargadas de buscar recursos para la Casa de niños expósitos. Nosotros, que hemos visto impresa esta producción, no solamente creemos merecidos los unánimes aplausos que obtuvo en su representación primera, sino que hubieran sido mayores, y esta obra se hubiera presentado con toda su importancia, á haberse puesto en escena en los teatros de la capital. Quiso, es verdad, á poco, y siendo el Sr. Búrgos Ministro, obsequiarle el Ayuntamiento de Madrid, haciéndola representar con

grande aparato; su éxito hubiera sido sin duda brillante y completo; pero el Ministro rehusó lo que verosímilmente hubiera deseado el autor, y quedó casi desconocida; así como sin concluir, por entonces, *El optimista y el pesimista*; y otras que meditaba, ó que tenía á punto de concluir su fecundo talento y su incansable laboriosidad.

En estas tareas pasaba su vida, y en promover, animar y dirigir empresas agrícolas, cuando para el literato, el publicista, y el erudito de quien nos ocupamos, iba á abrirse una nueva carrera, en que parecía llamado á los más altos destinos. Desde su vuelta de París, se había hecho notable especialmente en los trabajos que se habían cometido á su desempeño en la Junta de Aranceles, y en la Superior de Fomento. Distinguíase principalmente en ésta por la constancia con que había procurado substituir á las rutinas inciertas de una administración empírica, las teorías elementales de la ciencia, y con ella los gérmenes de la prosperidad. El Rey Fernando VII, vuelto apenas á la vida después de su casi mortal paroxismo en 1832, le destinaba para el Ministerio de Fomento, que adoptando por último el pensamiento de Búrgos, acababa de crearse. Con este objeto fué llamado á Madrid desde Granada, donde se encontraba á la sazón. La recaída, y larga agonía del Monarca, no le permitieron llevar á cabo su propósito; pero muerto el Rey en Setiembre de 1833, lo realizó á pocos días su augusta Viuda, y el 21 de Octubre tomó posesión de un Ministerio, para el que la opinión pública le designaba desde el momento de su instalación.

Había llegado para Búrgos la época de aplicar sus profundos conocimientos en la ciencia que había ocupado toda su vida, y de realizar en el poder las mejoras, que

desde más apartada region había anhelado para su Patria. Nosotros hemos visto despues algunos Ministros que se habian distinguido cuando no lo eran, por planes, sistemas, proyectos y teorías de reformas anunciadas como necesarias y beneficiosas; y que despues en el mando, hombres comunes y vulgares, no salieron de la trillada rutina.

No sucedió así con las esperanzas que se habian concebido de Búrgos. No se ha sentado nunca en las sillas del poder un Ministro más reformador; y si hubiera que hacerle algun cargo en su administracion memorable, acaso sería el de la precipitacion, con que en la impaciencia de su celo, se apresuraba á usar en beneficio de los intereses públicos y de su sistema, un poder que quizá presentía, que á impulsos de la revolucion política, iba á escapársele de las manos. Ningun período de Ministerio alguno es más señalado por beneficiosos decretos parciales, por importantes y transcendentales innovaciones. La mirada, que desde la cima del poder habia dirigido sobre la desquiciada administracion de la monarquía, sin duda le habia afectado más profundamente que las que en otro tiempo dirigia al poder que podia organizarla, y que ahora tenia él en sus manos.

Realmente en España no habia administracion, propiamente dicha. El sistema del gobierno civil de los pueblos, tal como se halla consignado en el libro VII de la Novísima Recopilacion y en los decretos posteriores, se habia tornado un informe caos y un sistema de trabas y embarazos, de debilidad y de preocupaciones, despues que las necesidades del siglo reclamaban más ilustracion, á la par que más fuerza y vida y actividad en el poder. El mismo Gobierno absoluto, en el apogéo de su fuerza,

se habia contagiado de un mal, que más tarde debía aparecer con más graves síntomas todavia en los gobiernos llamados populares, el de considerarse únicamente como poder político, y abandonar y tener en poco la autoridad administrativa. El uno era fuerte, hasta ser tiránico; la otra, descuidada, hasta ser, más que accion, obstáculo.

El poder hacia más caso de los principios que de los intereses. Se curaba demasiado del gobierno; de la administracion muy poco. Mientras que cada persona tenía sobre sí un celador, un corchete ó un verdugo, los intereses públicos en el órden material estaban donde quiera lastimosamente abandonados. Y no era acaso por ódio del poder al bien, ó por una aversion sistemática é inexplicable á la prosperidad del pueblo. Las trabas, los embarazos, los inconvenientes y obstáculos, que encontraban las obras y empresas útiles al país, acaso los encontraban tambien las que eran útiles al gobierno. Más que una fuerza de accion, los creaba la fuerza de inercia, que estaba, como ahora, en las idéas, en las preocupaciones, en las costumbres, en los hábitos, en los hombres más todavia que en las instituciones.

El poder podia entónces hacerlo todo, y nada hacia: tenia fuerza y medios para ser la sociedad; pudo ser, y no fué, tiránico; pudo ser, y no fué reformador. No lo fué porque no quiso; no lo fué porque era imprevisor, ignorante más aun que malo. El Jefe del Estado, contento con la posesion del poder político, y con recaudar lo bastante para sostener los fundamentos de este poder, dejaba á la merced del acaso los demás intereses, y á la sociedad marchar á la aventura. Para él,—como en el día aún para la mayor parte de los que se creen hombres de Estado,—los intereses sociales estaban fuera del círculo de

los intereses y de la accion del Gobierno. Cuando tal poder llegase á venir á tierra, nada debia quedar, nada más que la anarquía; y Búrgos había visto muy de cerca gobiernos en que, cuando caian y se desmoronaban, y se substituan poderes y dinastías, quedaba siempre UNA LA ADMINISTRACION; y la sociedad, apénas conmovida, continuaba su camino.

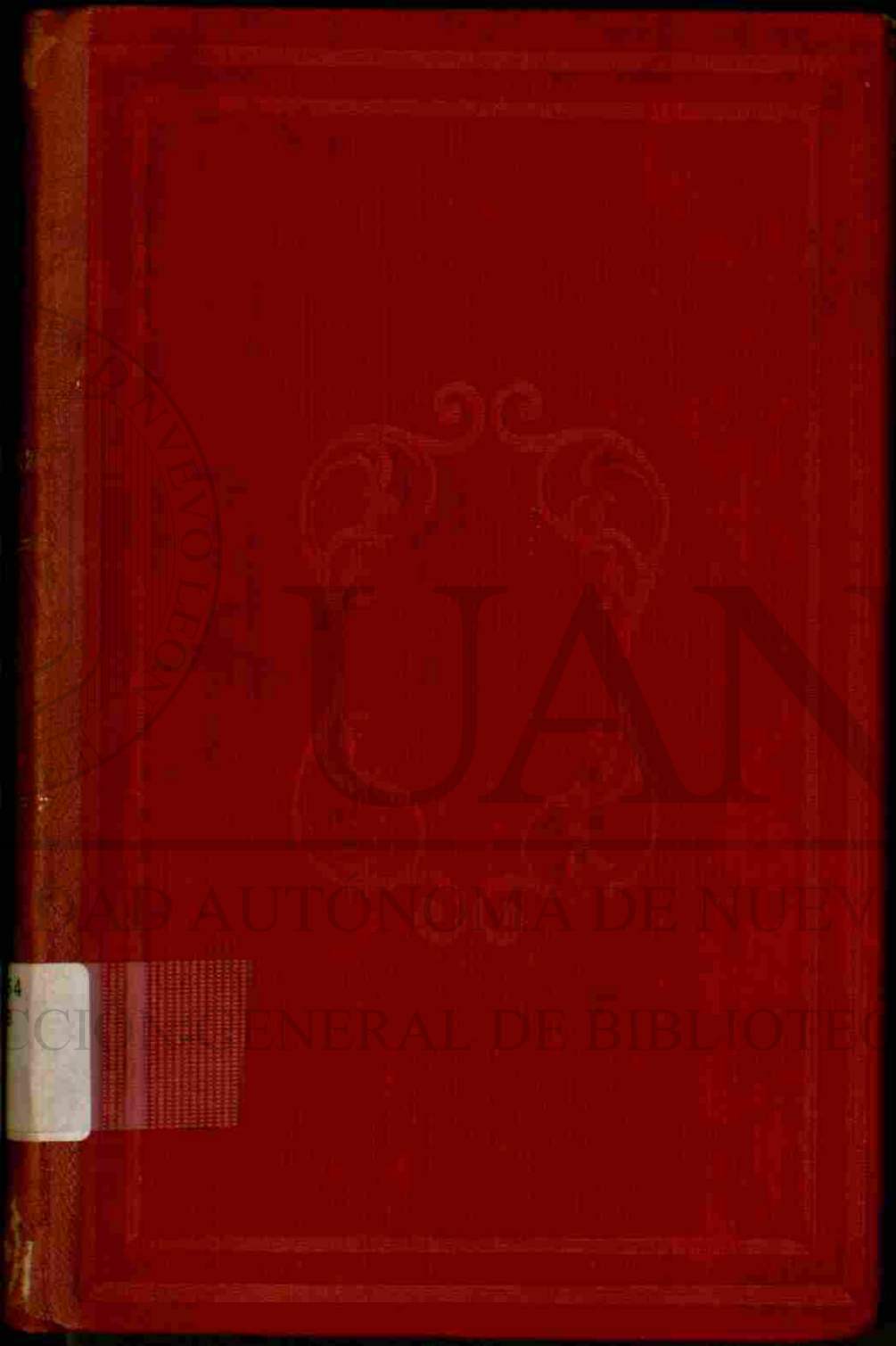
Búrgos creyó llegado el momento de crearla; de echar, cuando ménos, sus cimientos. Para ello empezó por donde debia empezar, por la division civil del territorio: medida indispensablemente preliminar á la de colocar un agente superior administrativo á la cabeza de cada subdivision. Para que sirviese de regla de conducta á estos magistrados, se extendió la INSTRUCCION DE SUBDELEGADOS DE FOMENTO, obra tan superiormente pensada como elegantemente escrita, y que en no largas páginas comprendía más máximas de proteccion y gobierno, que un curso completo de administracion; y por otros decretos parciales se les encargaron los trabajos en que desde luego debian ocuparse para emplear la benéfica y protectora autoridad que se les confiaba.

Los pueblos la recibieron con entusiasmo, y libraron en aquella institucion bien fundadas esperanzas. Los nombres de los nuevos Delegados del poder eran por lo general una garantía de acierto, una muestra de patriótico y sincero deséo. No habian sido escogidos entre un solo partido, ni con exclusion de partido alguno. Pertenecían, en lo general, á las opiniones templadas y liberales; los había que habian sido agentes del poder absoluto; en mayor número habian ejercido cargos públicos durante el Gobierno constitucional. Contábanse propietarios ricos y respetados títulos de Castilla, al paso que empleados ce-

losos ó magistrados íntegros; habíalos venerables y experimentados ancianos; pero no era Búrgos de los que aborrecen ó desdeñan á la juventud; y jóvenes que no habian cumplido treinta años, fueron asimismo por él colocados al frente de las nuevas provincias. Los trabajos de estos magistrados, en el corto tiempo que por la rápida complicacion de los sucesos políticos, pudieron funcionar, no fueron estériles; y en el período de aquella corta administracion, se dispensaron más beneficios á los pueblos, y se removieron más obstáculos, que despues en muchos años de ponderadas reformas y de exagerados progresos.

No era con todo eso completa la organizacion administrativa. Los que así lo creyeron, juzgaron demasiado superficialmente el plan y pensamiento de Búrgos, que no comprendian. No creia él que era tiempo todavía de dar á los nuevos funcionarios todo el lleno de atribuciones gubernativas, que estaban diseminadas entónces en otras dependencias. Pensó que esto podria crearles demasiados embarazos y obstáculos en un principio; y que era preciso aguardar á que el transcurso del tiempo hiciese necesaria y natural la acumulacion de sus respectivas funciones en torno de los nuevos centros administrativos que se creaban. Por eso, los que considerando la Instruccion de subdelegados de Fomento como una ley de atribuciones, la hallaron incompleta y vaga, decian una verdad, y no tenian razon. Aquel documento no era más de lo que sonaba: era una instruccion. Las leyes orgánicas, el deslinde de atribuciones y facultades debia venir despues.

Búrgos no descansaba. La aurora de aquellos dias de invierno le hallaba ya trabajando en su secretaría, todo ocupado en el desarrollo de sus vastos pensamientos.



UNIVERSIDAD

AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

64
E



OBRAS
DE
P. DIAZ



3

PQ6554

.P218

v. 3

1866



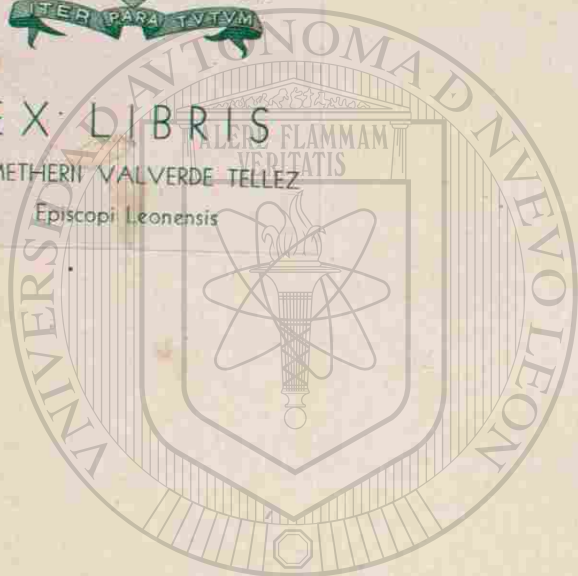


1080019033

EX LIBRIS

HEMETHERII VALVERDE TELLEZ

Episcopi Leonensis

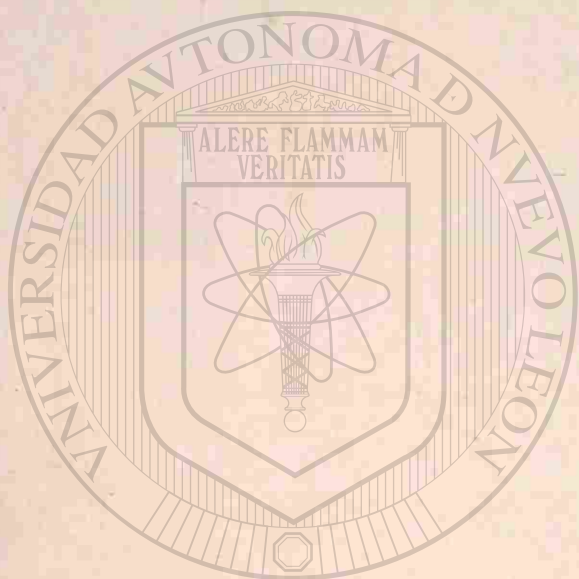


UANL

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN



DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS



OBRAS

DE

DON NICOMEDES-PASTOR DIAZ,

VALVERDE Y TELLEZ
FONDO E. 310

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS



Capilla Alfonsina
Biblioteca Universitaria

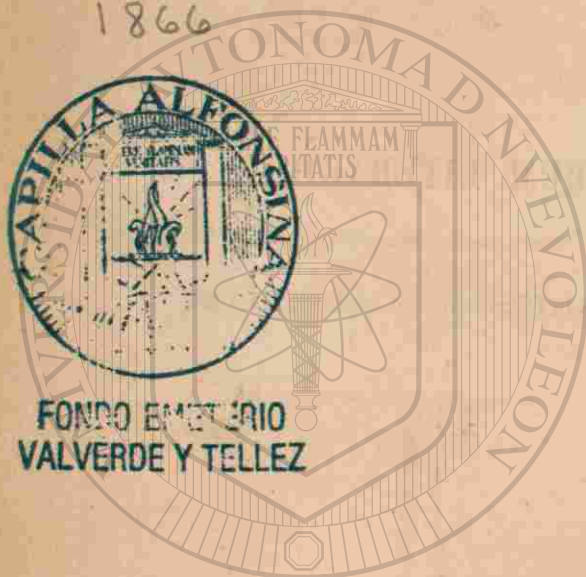
46692

PQ 6554

P218

V.3

1866



DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

SE0000

ALBUM LITERARIO.

COLECCIÓN DE ESCRITOS EN PROSA

LITERARIOS Y ACADÉMICOS.

UANL

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN



DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEÓN
Biblioteca Valverde y Tellez

010415



UNIVERSIDAD AUTÓNOMA

DIRECCIÓN GENERAL DE

PRÓLOGO.

Album Literario llamó el Sr. D. Nicomedes-Pastor Díaz al total de los varios opúsculos aquí puestos y coleccionados segun el orden cronológico en que brotaron de su pluma, y en que se dieron á la estampa. Ellos bastarian á marcar el itinerario ya seguido por su autor ilustre, desde que en 1833 consagraba frescas y patéticas memorias á Galicia, su recién abandonada patria, hasta que en 1847 hacia la entrada solemne en la Real Academia Española. Unos toman el aire de novela; críticos hay bastantes; algunos vienen á ser de historia, y á la más elevada filosofía corresponden otros: todos llevan el sello de una época de revolucion política y literaria, en que la juventud pagó tributo á la libertad y al romanticismo; en todos preponderan la imaginacion y el sentimiento; con todos se patentiza que la fé católica y el espíritu liberal caben á maravilla y sin pugna dentro del alma; de todos

resulta un entusiasmo jamás decadente y siempre comunicativo; ninguno se puede leer sin verdadero encanto.

Antes de saltar denodado al político palenque, nuestro autor hizo la pintura fantástica de *Unacita*, y habló *Del movimiento literario en España*, y puso el *Prólogo* al primer tomo de poesías de D. José Zorrilla. —Vulgar anécdota de su país nativo le dió asunto para agrupar en torno muy bellas descripciones y tiernos y felices recuerdos, trazando con pincel magistral el carácter borrascoso de Luciano, y el ideal tipo de Eulalia, que personalmente no aparece más que difunta, y excita sumo interés y arranca melancólico llanto. —Como heraldo figuró de nuestra regeneración literaria, al admirar el conjunto portentoso de producciones líricas y dramáticas de los días en que se fundaba el Liceo Matritense; en que los cantos de los noveles vates eran recitados, leídos, declamados, aplaudidos y censurados por toda la sociedad culta; en que á cada estreno se llenaban los teatros de bote en bote; y aunque su inspiración arrebatada le indujo á consignar que los laureles escénicos se habían secado sobre las tumbas de Calderón y de Moreto, haciendo caso omiso de que los cosecharon inmarcesibles y envidiables D. Ramón de la Cruz y Cano, D. Leandro Fernández Moratín y D. Manuel José

Quintana, sin duda anduvo atinado en concebir esperanzas halagüeñas para la literatura española, que sacudía el polvo de la vejez y se remontaba en alas de la poesía, durante las convulsiones inherentes á los angustiosos períodos de crisis y de transición de los pueblos. —Pintoresco y sentimental cronista fué de un suceso extraordinario, que en la historia de nuestras letras hará gran bulto, pues abarca el eslabonamiento de dos celebridades, y de modo que se experimenta la necesidad imperiosa de recurrir á la intervención de la Providencia, para explicar de una manera satisfactoria y fecunda cómo al llanto por la muerte de Larra vino á suceder inmediatamente, y en rededor de su mismo sepulcro, el alborozo por la victoria poética de Zorrilla. Doblemente precediale Pastor Díaz por la edad y el estudio: con acentos de admiración y de cariño, al público le presentó como de la mano; y guía quiso también ser de su estro prodigioso, mediante estímulos eficaces para realizar en creaciones proféticas ese apocalipsis de la inteligencia, esa época de reorganización y de armonía, en que la grandeza de los antiguos tiempos se multiplique por la belleza y progresos de la civilización moderna, despojada esta de su egoísmo, como aquellos de su barbarie; en que una ley universal de justicia, sabiduría y libertad, reuna en una co-

mun familia á las naciones aisladas ahora, y en que una religion de amor y paz realice sobre la tierra el glorioso destino á que la humanidad es llamada. Inoportuno fuera aqui examinar detenidamente si las exhortaciones del crítico ejercieron mayor ó menor influjo en los ráudos vuelos de la imaginacion esplendorosa del poeta; y además faltan datos, no siendo en Europa bien conocidas sus inspiraciones de tres lustros. Ahora acaba de poner los piés en Barcelona y de saludar con un himno á su querida patria: no puede ya Pastor Diaz estrecharle en sus brazos, ni pedirle cuenta amistosa del uso que hizo de sus sanos consejos; todo lo habrán de avalorar en su dia los historiadores de nuestra literatura contemporánea, y de índole propia á no deslustrar la de los siglos ya pasados.

De 1840 á 1843 obligó Pastor Diaz á sudar á las prensas con sus escritos más que nunca; y casi todo lo contenido en el *Album Literario* data de entónces. Con motivo de estrenarse en el teatro de la Cruz la *segunda parte de El Zapatero y el Rey*, de Zorrilla, otra vez tuvo ocasion de rendir alabanzas al gran poeta: su crítica giró sobre el drama y sobre la historia; en cuanto dijo bajo el primer concepto, sólo observaciones atinadas verán los lectores; acerca del segundo, no se encuentran más que extravíos. Rey nivelador y demócrata llama á

D. Pedro de Castilla; y supone que no dejó impresion desfavorable en la memoria del pueblo su reinado; y afirma que su carácter está ya formado, fijo y amoldado por la historia, por la escena, por la poesia, por los romances y las tradiciones populares. Todo lo contrario evidencian tales testimonios, y nada atenúa los horrendos crímenes de aquel Monarca. Lisonjeado por astrólogos con vaticinios de prosperidades, sólo tuvo por norte su antojo: no fué valedor más que de sus ballesteros de maza, á quienes honraba como privados para que le sirvieran de verdugos: á lo imponderable llegaron su apetito sensual y su codicia, y de *Cruel* mereció especial sobrenombre, como que su cuchilla á todo nivel segaba cabezas. Así nos le presentan sus contemporáneos acordes, y sin saber el uno del otro, pues en Castilla escribían Pedro Lopez de Ayala y el muy estimable anónimo, dado á conocer por el cronista de Pero Niño; en Granada Ben Jaldum, y en Aragon Pedro *el Ceremonioso*; é igual fué el punto de vista del Sumo Pontífice Inocencio VI, y de Juan Froissart, desde Francia, y de Mateo Villani, desde Italia. D. Pedro Gomez Álvarez de Albornoz, Arzobispo de Sevilla; Don Rodrigo Sanchez, Obispo de Palencia; Juan Rodriguez de Cuenca, despensero mayor de la Reina Doña Leonor, y Berenguer de Puig Pardinna, to-

dos testigos inmediatos, le pintaron con los mismos negros colores. Más recargólos todavía un anónimo adicionador del despensero, cuando ya de la catástrofe de Montiel se contaba un siglo: incidentalmente dijo á bulto, que existian dos crónicas del rey D. Pedro, una verdadera y otra fingida, *por se disculpar de la muerte que le fué dada*; y esta especie, suelta bastó á Gracia Dei para calificar á aquel Soberano de *Justiciero* antes que otro alguno, aventurando á la par el noticion de haber sido Obispo de Jaen el autor de la crónica verdadera, y de llamarse D. Juan de Castro. Cierta vuelo tomó desde entónces la opinion favorable á D. Pedro, hasta atajarlo mucho el P. Juan de Mariana y Gerónimo de Zurita con sus magnas é inmortales obras. Aunque determinados escritores prosiguieron tenaces, y prosiguen todavía, la improba tarea de sostener lo que Gracia Dei supuso á capricho; muy de notar es la circunstancia de haber opinado de idéntico modo que los testigos oculares é inmediatos, y que el primer analista de Aragon y el primer historiador de España, unos autores tan de nota como Fr. José de Sigüenza, D. Diego de Saavedra y Fajardo, D. Francisco Ramos del Manzano, D. Juan Ferreras, Fr. Benito Gerónimo Feijóo, Fr. Enrique Florez, D. Eugenio Llaguno y Amirola, D. José Ortiz y Sanz, D. Al-

berto Lista, D. Francisco Martinez de la Rosa, Don Modesto Lafuente, con buena critica, y despues de reunir y de compulsar todo género de preciosos datos. No de otra suerte dibuja el carácter del Rey D. Pedro la fiel historia. Violentísimo é impetuoso, atropellador insano de doncellas y de casadas, sin escrúpulo de cometer los mayores desmanes, á trueque de saciar sus desenfrenadas pasiones, se le descubre sobre la escena. Así lo corroboran Lope de Vega en *Lo cierto por lo dudoso*; Tirso de Molina en *El Rey D. Pedro en Madrid* y *El Infanzon de Illescas*; Moreto en *El Rey valiente y justiciero* y *Ricohome de Alcalá*; Calderon de la Barca en *El médico de su honra*; Claramonte en *De este agua no beberé*; Velez de Guevara en *El diablo está en Cantillana*; Perez de Montalvan en la primera y segunda parte de *La Puerta Macarena*. Únicamente D. Agustin Moreto y un Ingénio de esta corte le hacen *Justiciero* en dos comedias suyas, tituladas *Ganar amigos* y *El montañés Juan Pascual y primer Asistente de Sevilla*; pero hay la singularidad culminante de que allí no figura como protagonista D. Pedro; lo es el Marqués D. Fadrique en la primera, y Juan Pascual en la segunda; y de modo que á ellos, y no al Soberano, se debe que la *crueledad* ceda su puesto á la *justicia*, segun ciertos pasajes, que fuera prolijo citar ahora. *Cruel* resulta asimismo de los roman-

ces el Rey D. Pedro de Castilla: varios existen sobre la muerte de la infeliz Doña Blanca, y en todos resalta como cándida, y pura, y víctima de la ferocidad de su esposo: uno tan sólo echa á volar torpemente la vil calumnia de que aquella infortunada belleza tuvo ilícitos amores con el maestro D. Fadrique; mas su anónimo autor asegura no saberse tal cosa de cierto, aun cuando la dijera el vulgo, á quien levanta así un falsísimo testimonio: de las muertes del tal maestro de Santiago y del Rey Bermejo hablan los romances como Lopez de Ayala: hasta en los relativos á la noche de Montiel, se dá al Rey D. Pedro la calificación propia; y en el que resume la historia de su reinado se declara, sin circunloquio alguno, que España quedó muy gozosa y alabando á Dios por su muerte. Y tampoco alteran su carácter histórico las tradiciones: si por ellas ha ganado algo el Rey D. Pedro en la opinion de la muchedumbre, no se olvide que suenan como héroes populares Francisco Estéban y Jaime el Barbudo. Siempre será personaje altamente dramático el Rey D. Pedro como valiente hasta la temeridad, y enamorado hasta el delirio; pero nunca la moral saldrá bien librada de los esfuerzos por buscar disculpas ó atenuaciones á las fechorias y á las perversidades, ni de las ingeniaturas por atribuir superioridad de sentimientos á los hombres

de mala vida. Ya que D. José Zorrilla quiso malograr su númen pujante, dedicándolo á hacer la apoteosis del Rey D. Pedro, necesario é imprescindible es del todo esgrimir las armas de la crítica en defensa de los fueros de la historia, cuando personas del valer de Pastor Diaz sancionan los erróneos fallos de la poesía en tono formal y como de autoridad inapelable.

Sab titulábase una novela, dada á luz por entonces, y original de la señorita doña Gertrudis Gomez de Avellaneda, jóven americana recién venida á Europa, y muy celebrada con el pseudónimo de *La Peregrina*, que estampaba al pié de sus poéticas inspiraciones, muy aplaudidas y oportunamente coleccionadas á poco. Sobre ambas obras emitió Pastor Diaz su juicio con elevacion y profundidad grandes. Notando que en España el género de la novela distaba mucho de ser cultivado tan felizmente como los demás ramos de la literatura, y no por carecer de interés y de boga, ni por faltar entre nosotros la imaginacion y el talento, requisitos los más necesarios; y sin embargo de haber aquí tesoros históricos y descriptivos, no ménos que de peculiares costumbres, para dar animacion y variedad á magníficos y numerosos cuadros, se detuvo á hacer el exámen de *Sab* con imparcialidad severa y plausible. No le satisfizo la novela en su-

ma, si bien apresuróse á vaticinar que las cualidades privilegiadisimas de su autora la elevarian hasta figurar entre los novelistas de más renombre. Acerca de las poesías, todos fueron legítimos encomios, tras de exponer los obstáculos tremendos con que luchan los poetas en el actual siglo positivista; obstáculos que suben de punto y llegan al extremo, cuando es una mujer la que tributa homenaje á las musas, y cuya superacion exige verdadero heroismo, alto númen y superior talento. No de otro modo cabia aquilatar bien y conservar todo su realce al mérito de aquel libro precioso. Ya en el Prólogo habia expresado rotundamente un poeta y crítico del gran marco de don Juan Nicasio Gallego que, sin agravio notorio, nadie podria negar á la señorita Avellaneda la primacia sobre cuantas personas de su sexo han pulsado la lira castellana, así en este como en los pasados siglos. Á más llevó Pastor Diaz las alabanzas, pues sostuvo con buenas razones que aquella coleccion de poesías aventajaba á cualquiera otra de las publicadas en el último período literario. Pasado es ya del todo lo que estaba por venir durante aquellos dias respecto de la Avellaneda, escritora ilustre y ascendida al apogeo de su gloria mucho antes de que Pastor Diaz bajara á la tumba.

Aun cuando las apariencias de *La Alhambra*, *Gonzalo de Córdoba*, *el Cid*, sean literarias, toda la realidad tiene tal escrito de político y de oposicion vehemente; así peca de parcial y declamatorio en algunos pasajes, por más que tambien abunde en rasgos sublimes y en frases fulmineas contra lo que gráficamente se denomina vandalismo. Sin duda el amor á la patria y el amor al arte se afligen por igual de las restauraciones, que echan á perder los primores del alcázar morisco ó *palacio de los génios*; del desmantelamiento de la basilica de San Jerónimo de Granada, en donde reposaban las cenizas del Gran Capitan desde hace más de tres centurias; de la traslacion de los restos mortales del héroe de la epopeya española á la ciudad de Búrgos, pues debieron seguir dentro del monasterio de San Pedro de Cardena, aunque se desmoronara en escombros. ¿Pero no es acaso de todos los tiempos la destructora profanacion de los recuerdos históricos y de las artisticas obras? ¡Ojalá en España no existiesen más ruinas que las hechas por la invasion de los barbaros del Norte y por los golpes de la piqueta revolucionaria! Así hoy sabriamos á lo ménos dónde están los enterramientos del gran Cervantes y del fecundísimo Lope de Vega; no afearan tampoco embadurnamientos atroces el suntuoso alcázar de Sevilla; y en el

Escorial viéramos á Santa Margarita segun la trazó el pincel del Ticiano, y no segun ha venido á quedar por consecuencia de los aspavientos y terrores pueriles de la Reina Doña María Josefa Amalia de Sajonia. Verdad es que más por lo pasado que por lo presente correspondemos á Europa los españoles; pero verdad tristísima á todas luces. Desde el año de 1560 hubo principio la segregacion lamentable, cuando Felipe II vedó á nuestros abuelos que aprendiesen y enseñasen fuera de España. Tras de la incomunicacion intelectual vino el año de 1648 la politica en suma, cuando sin participacion de Felipe IV se reguló en Westfalia por vez primera lo que se llama equilibrio de Europa. Y empleando el tono aquí usado como para ensalzar las excelencias del régimen antiguo, ¿qué seria el señor Pastor Diaz en política y literatura sin la revolucion de España, contra la cual truena iracundo en esa especie de calenturiento arrebató?

Ahora correrá más desembarazadamente la pluma, no hallando asunto sino de elogio, cuya sinceridad no es para puesta en tela de juicio despues de las censuras anteriores, quizá severas en demasía. Impresores de nota contribuyen siempre á dar brillo al movimiento literario en sus más expansivos desarrollos; y así en el de la época de Carlos III suenan los nombres de Ibarra, Sancha y

Cano, como los de Mellado, Rivadeneira y Boix en el reinado de su augusta biznieta. Aún difunden los dos primeros á porfia las luces desde establecimientos bien montados; ya el último es difunto. Con elementos mayores que los otros dos lanzóse á la industria de la imprenta y la librería; desaventajado fué en inteligencia y fortuna; pero en buena voluntad y en corazon espacioso no le excedió nadie. Entre las obras salidas de sus prensas, muy digna de particular mencion es la coleccion de *Biografías de hombres célebres de nuestros días*, positivamente la mejor y más completa hasta ahora. Don Francisco de Cárdenas y D. Nicomedes-Pastor Diaz concibieron el pensamiento fructuoso y figuraron como directores de la publicacion importante. Aquí de Pastor Diaz se insertan las biografías de don Francisco Javier de Burgos y de D. Angel Saavedra, duque de Rivas: ambas son modelos en su clase; por tanto duele que no terminara la del insigne traductor de *Horacio*, muerto el año de 1848 á 22 de Enero, ya que no le alcanzára la vida para hacer lo propio con la del afamado creador de *Don Alvaro* ó *La fuerza del sino*, que hasta el 22 de Junio del año de 1865 estuvo entre nosotros.

Al cabo de muchos años de ausencia, por el otoño de 1846 volvió Pastor Diaz á pisar su país nativo. De allí habia salido mozo, y tornaba con ar-

rugas y canas, y no por viejo, sino por consumido en graves y amenos estudios, y por fatigado en luchas políticas y ardientes; pero desconocido abandonó sus lares, y ahora de tal hijo gloriábase Galicia toda. Con una funcion muy lucida le agasajó el Liceo artístico y literario de la Coruña, y declamacion y música hubo alternadas, y versos dedicados al gallego ilustre se leyeron al son de unánimes aplausos. Pastor Diaz sintióse conmovido; su corazon era manantial inagotable de ternura, y entonces rebosó con toda abundancia: nunca estuvo más en su elemento que aquella noche memorable: siempre era intuitiva su elocuencia, y á la sazón fué tan sublime que no hay descripcion capaz de imprimir al espectáculo ofrecido por el Liceo coruñés en tan solemne circunstancia, más animado colorido que el que resulta del brillante discurso pronunciado allí por Pastor Diaz y aquí inserto en su lugar propio, con la certidumbre de que su lectura producirá espontáneo enternecimiento á la par que vivo entusiasmo.

Tres dias faltaban para cumplirse un año cabal de la susodicha solemnidad literaria, y ya Pastor Diaz habia permanecido en las regiones del poder como segundo ministro de Comercio, Instruccion y Obras públicas por espacio de cinco meses, cuando el 7 de Noviembre de 1847 se le vió tomar posesion

de su plaza en la Real Academia Española. Desde la creacion de este cuerpo, depurador inteligente de la rica y eufónica lengua castellana, veinticuatro fueron sus individuos, y treinta y seis comenzaban á ser entonces, por efecto de reformas flamantes: aun ascendiendo á la categoría de número á los que figuraban como supernumerarios y honorarios, tres sillas resultaron vacías, y para ocupar una de ellas fué elegido Pastor Diaz por unánime voto. No alcanzando su ingénita modestia la justicia de tamaña honra, y cediendo á los estímulos de la gratitud más profunda, su corazon habló el primero como en todas las circunstancias prósperas ó adversas de su vida, y de aquí provino espontáneamente la tesis de su discurso notable. Sin osadía para extremar su propia modestia en desdoro del alto juicio de la Academia Española, y ante la consideracion de que su existencia literaria no pasaba de una iniciacion interrumpida, de que sus escritos eran bosquejos, sus cantos no más que preludios, sus tareas históricas solamente reseñas individuales y diminutas, y de que sus escritos morales ó políticos desvanecíanse en las tinieblas del olvido, como las exhalaciones meteóricas de una noche de tormenta, ó habian corrido arrastrados por el velocísimo raudal de ese torrente, más atronador que fecundo, con que la

prensa ruge entumecida por entre los partidos en los días borrascosos de las políticas tempestades; se determinó á indagar la significacion de su nombramiento, y supuso que la Academia habia juzgado con benevolencia grande lo que pudieran ser sus obras, si una existencia ménos dividida y agitada le permitiese concentrar sus esfuerzos sobre un objeto perenne y exclusivamente literario. Generalizada esta idea, naturalmente le condujo á elevadísimas reflexiones para examinar hasta qué punto la participacion en los negocios públicos de los que cultivan las letras y profesan las ciencias, pueden ser causa ó síntoma de decadencia en la literatura de una edad; hasta qué punto el consorcio de las tareas políticas y de los trabajos del entendimiento, de la vida práctica y de la especulativa contemplacion de la verdad y de la belleza, puede ceder en detrimento de los adelantos del saber y rebajar los quilates de la perfeccion ideal á la liga impura de las miserias terrenas, de las pasiones mundanas, de los intereses materiales. Admirablemente dilucidó el tema grandioso, como se verá en el discurso verdaderamente inspirado, que pone remate magnífico á esta parte de sus escritos, hasta consignar que las Academias pueden ser representantes legítimas del saber colectivo de la sociedad toda.

Hoy está ocupada la silla académica de D. Nicomedes-Pastor Diaz por su condiscípulo antiguo D. Isaac Nuñez de Arenas, y un recuerdo cariñosísimo dedicó en su discurso de recepcion á quien por tan desusado modo ceñía el triple laurel de poeta, orador y estadista, como que en sí pudiera dar muestra de la talla de la humanidad, si la falta de salud no le aquejara en la flor de la vida, por ser persona de candor y experiencia, de seriedad y gracejo, de entereza y bondad, de reflexion y entusiasmo, de pensamiento y accion, y por acumular así partes, que se reputan generalmente incompatibles en un mismo individuo, y que aun aisladas y menores bastaran para distinguir y encumbrar á otros. Encargado por la Academia de responder á este discurso de Pastor Diaz, me reduje á decir que habia legado una honra inmaculada á su familia, y un nombre por muchos conceptos ilustre á su patria. Nada propenso á cosechar en mies ajena, y debiendo analizar mejor cortadas plumas sus varias obras, tampoco me es dado traspasar ahora los límites fijos del *Album literario*; y así quedo un tanto receloso de no haber satisfecho ni con mucho la deuda de agradecimiento, que me hicieron contraer sus bondades, y que aún me liga á su digna memoria. Durante su primer ministerio, como secretario particular debile muy honori-

ficas distinciones, y por espacio de un mes justo habité bajo su techo y comí á su mesa en el Real sitio de San Ildefonso; lo cual vale como decir que aprendí mucho en tan breve período, porque de sus lábios y hasta en el trato más familiar y sencillo fluía la enseñanza á raudales. Hombres como Pastor Díaz se encuentran pocos; y si, teniendo sobre su personalidad tan alto concepto, mi ofrenda á su inclita fama se resiente de humilde, harta y triste demostracion es de que la voluntad no tiene eficacia por sí sola para llevar los deseos más vivos á colmo.

ANTONIO FERRER DEL RÍO.

Madrid 7 de Agosto de 1866.

UNA CITA.

ANÉCDOTA.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN[®]
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

ficas distinciones, y por espacio de un mes justo habité bajo su techo y comí á su mesa en el Real sitio de San Ildefonso; lo cual vale como decir que aprendí mucho en tan breve período, porque de sus lábios y hasta en el trato más familiar y sencillo fluía la enseñanza á raudales. Hombres como Pastor Díaz se encuentran pocos; y si, teniendo sobre su personalidad tan alto concepto, mi ofrenda á su inclita fama se resiente de humilde, harta y triste demostracion es de que la voluntad no tiene eficacia por sí sola para llevar los deseos más vivos á colmo.

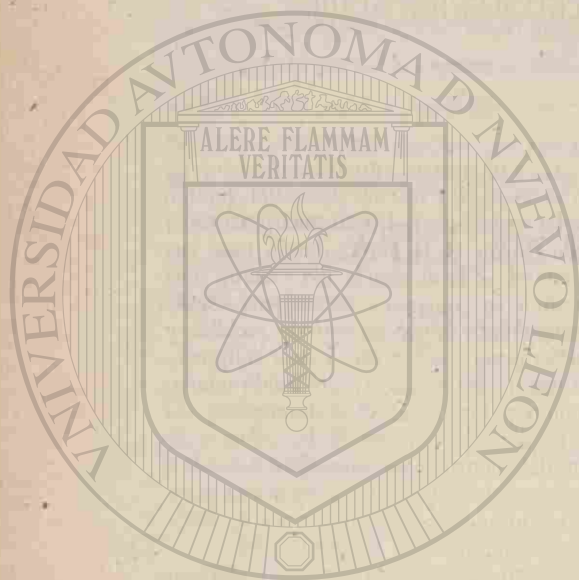
ANTONIO FERRER DEL RÍO.

Madrid 7 de Agosto de 1866.

UNA CITA.

ANÉCDOTA.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN[®]
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS



UNIVERSIDAD AUTÓNOMA

DIRECCIÓN GENERAL DE

ADVERTENCIA DEL AUTOR.

Nada hay más grato ni más tierno para el autor de estas páginas que el recuerdo de su país, del pueblo donde nació. Nada ha visto más bello ni más pintoresco que el casi ignorado rincón de la tierra donde pasó sus primeros años. Y cuando á la memoria del tiempo más feliz de la vida se unen las imágenes de un país encantador, hay en el sentimiento un no sé qué de inefable y consolador, de particularmente íntimo y casi religioso, que sale de lo más íntimo del corazón, del fondo mismo de la existencia, como todos los afectos domésticos. El murmullo del río de la patria, el eco de la campana de su iglesia, el rumor del viento entre sus árboles ó sobre sus techos, no se borran nunca del oído, y resuenan siempre en él como la voz de nuestros Padres, como el acento de los hermanos con quienes nos hemos criado.

Á pesar de un sentimiento tan vivo y tan poderoso, aunque algunos versos ha escrito, ningunos ha podido consagrar exclusivamente á tan tierna memoria; y sin embargo, los habia hecho. Ausente muy jóven todavía de aquel delicioso recinto, y engolfado despues en otra vida más agitada y turbulenta, ha solido volver los ojos con melancolía hácia aquel valle de la casa paterna: ha suspirado mil veces por su cuna de flores, y echado otras tantas de ménos, en las tormentas de su corazón, las borascas de aquel mar cuyos bramidos arrullaron el sueño de su infancia. No pudo dejar de cantar alguna vez estos recuerdos, y de consolar con tan melancólicos suspiros sus solitarias penas; pero acaso la vehemencia del afecto

le hizo creer siempre fría su expresión, y apagados y pálidos los colores con que había iluminado aquel cuadro tan vivo y brillante. Por eso rompió y borró su pintura con desapiadada severidad; por eso arrojó al olvido versos que le parecían indignos del objeto á que los consagraba: y si no hizo lo mismo con los que á su Madre dedica, es porque una madre es una persona, y un pueblo es un público.

Suplir de alguna manera su silencio para con aquellos lugares á que debe el autor todas sus inspiraciones, y donde escribió la mayor parte de estos preludios, es el objeto de esta publicación. Son un homenaje que les tributa, estas páginas que ellos también inspiraron, y en las que no ha hecho más que agrupar en torno de una anécdota vulgar en aquel país, algunas descripciones de su aspecto, y algunas indelebles memorias de venturosos días.

Verdad es que cuando en 1833 escribió en Madrid este cuento, que en 1837 publicó un periódico literario, no se había vulgarizado este género. Escribiéronse y se tradujeron muchos después; y si bien pueden descubrirse en este otras tendencias, y hasta otras formas, pudiera también parecer hoy imitación y contagio lo que bueno ó malo fué entonces un pensamiento propio. Así también mucha parte de sus versos, escritos y conocidos algunos años hace, parecen, sin embargo, ahora imitaciones de otros que notoriamente se han escrito después. El carro de la literatura, como el de la política, pasa por cima de los mismos que le llevan, cuando vienen otros que con más esfuerzo y más energía, y con ardiente inspiración avanzan.

UNA CITA.

I.

El Anteojo.

Rayaba una hermosa aurora de Agosto. El mar se distinguía ya del cielo, y las estrellas se habían apagado. Era ya aquella hora en que hay luz en el mundo, vida en la naturaleza, agitación en los campos, ruido y cánticos en las arboledas, y en la mansión de los hombres sueño y silencio aún. Pero aquella mañana los hombres habían despertado primero que las aves, el pueblo de las aldeas vagaba por las campiñas ántes que los ganados, y las hermosuras del campo y las damas lindas de la villa, se habían engalanado ántes que las rosas sacudiesen el rocío, y abriesen sus lozanos pimpollos. Salen ántes que el sol las tueste, ántes que el calor sofocante de Agosto las fatigue. La religión las llama, el placer las espera..... van á una *romería*.

En un delicioso valle de nuestras costas septentrionales, donde el ignorado Landro desemboca en el Océano, se eleva un alto cerro que domina el valle, el río, la villa y el mar. No puede llamársele colina; es más alta, es una pirámide inmensa, terrible, gigantesca, que arran-

cando perpendicularmente de la fértil ribera y sus amenos vergeles, termina allá en una region donde no hay árboles ni flores, ni otros objetos que aliagas, brezos y rocas. La última roca es una ermita, y la rodea una plazuela plana y escueta que corona el monte. Allí suele á veces sentarse el génio de la tempestad, y parar su carro de negras nubes; allí ruge el trueno, y de allí se precipita el huracan. Pero aquella mañana la ermita brillaba como la veleta de una torre; las bellezas trepaban por donde descenden los torrentes; los trajes de la multitud que subia por todas las sendas, parecían flores que tapi-zasen aquella gran roca, y el pico de las tormentas se habia trocado en un vasto salon de fiesta.

Cúbriale por todas partes tiendas y pabellones, donde se ofrecian agradables manjares y mesillas con tiestos de flores. Sembraban el suelo mil canastillos de frutas. Sonaban tamboriles, dulzainas é instrumentos rústicos. Habia bellas damas, hermosas aldeanas, agraciados jóvenes, y alegría, y amor, y un aire puro, y un cielo claro, y un sol que nacia tan despejado, tan brillante, tan alegre, que parecia palpar de placer, y acudir tambien á la fiesta. Pronto se inflaman estos combustibles, y el entusiasmo de la alegría hace de ellos una sola hoguera. El tosco violin rechina, la gaita suena, la pandereta zumba, los ciegos cantan, los chicos gritan, los aldeanos dan alaridos, y se forman corros, y comienzan los bailes. Los mancebos de la aldea se mezclan con un inocente orgullo con las damas; los jóvenes de la villa toman sus parejas entre las aldeanas; y en aquellas rústicas saturnales todos se confunden, ríen, danzan, juegan, retozan y brindan. Pero el encanto de esta escena es inexplicable. Aquella multitud regocijada al rededor de un santuario,

sobre la plataforma de un pico altísimo, teniendo á sus piés los campos, y los mares; aquella isla aérea de placeres; aquellos corazones puros para quien la religion es un festejo, parecían no pertenecer á la tierra. Los espíritus tenían allí cierta actividad sobrenatural, la alegría cierta dulzura celeste, la belleza un aire angélico que embotaba el ardor de las pasiones; y del fondo del valle, aquella reunion, cuyos movimientos se veían distintamente, pero cuyas voces no podían oírse, parecia un cuadro ideal, una vision milagrosa.

Entre los jóvenes de la villa á quienes hacia salir de su esfera el placer de aquel espectáculo, ninguno más entusiasmo, ninguno más ébrio de alegría que el gallardo Luciano. Su airosa estatura descollaba por todas partes; sus piés ligeros bullían en todas las danzas; su voz sonaba con placer en los oídos de todas las hermosas, y todos los ojos se fijaban en él con el cariño que siempre inspiraba, y con cierta extrañeza que infundia aquella mañana. Vefase, en efecto, casi enloquecido á un joven naturalmente serio y pensador. Sus ojos, siempre decaídos y melancólicos, chispeaban con una vivacidad extraordinaria; sus labios, comunmente silenciosos, brotaban un torrente de expresiones, y las tiernas doncellas, que suspiraban en vano por atraer su cariño, se veían requebradas de repente y alucinadas por la impetuosa elocuencia de su entusiasmo. El mismo extrañaba su trasformacion, y no podía contenerse en aquel torbellino. Su carácter fijo é intenso se habia hecho por un momento la inconstancia misma. Corria á todas partes; revoloteaba por entre las bellas como el céfiro por entre las flores; bailaba con unas, abrazaba á otras, pero las dejaba á todas. En medio de su alegría, ninguna le fijaba ni le complacia. Su

contento brotaba de su corazón mismo, no de los corazones que le rodeaban. Alguno había allí que le adoraba; y él lo sabía. Procuraba entretener á su amante; pugnaba por hacer de la gratitud correspondencia; pero al fin se disgustaba y huía: el amor es una tristeza continua, y aquella mañana su pecho no quería más que movimiento, estruendo, alborozo.

Se fatiga un instante, y se sienta, para reposar, cerca de un corro de aldeanas. La roja esclavina que cubre el seno de aquellas jóvenes, fija un momento sus ojos, y en aquel momento una memoria pasa por su fantasía; su corazón dá un latido violento, sus ojos lanzan en derredor una mirada penetrante é indagadora, y exhálase de su pecho un involuntario suspiro, un suspiro de amor, de aquel amor que tenía, de aquel amor que entonces mismo esquivaba.

¿De dónde viene este impensado golpe? ¿Porqué aquel estremecimiento repentino? ¿Dónde está el norte de aquella oscilación magnética? ¿Está ausente su adorada?... ¿Alguna hermosa quedó rezagada en la población?... No: todas están allí. — ¿Suspira en vano por alguna que venga a su sexo, siendo ingrata á su cariño? No.... La pasión de su amante es aún más intensa que la suya. ¿No puede hablarla, no puede estar á su lado? ¿Le separa de su querida algún obstáculo insuperable? No.... Para aquella noche le ha dado una cita.... ¡Ah! esta sola idea basta para turbarle. La más terrible de todas las inquietudes es la esperanza de un placer que se cree seguro. Luciano siente en aquel momento esta palpitación, á la vez tan cruel y tan deliciosa. La vista de su amada le hubiera tranquilizado; pero convencido de que no se halla en aquel recinto, aparta de él sus ojos para tenderlos por la campi-

ña, y descubrir á lo ménos la choza donde se alberga.

Sí; una hija de las cabañas, una joven del campo, una aldeanita del valle era objeto de un amor que bellezas finas y *civilizadas* no habían podido conseguir; y el amable y ardiente Luciano suspiraba por la rústica Eulalia. Y no porque fuesen groseras sus inclinaciones, ni bajos sus pensamientos, como decían muchos nobles; pero Luciano, llevado del idealismo de su imaginación, despreció demasiado á las mujeres, y queriendo tomar un rumbo opuesto, cayó en el abismo que pensaba evitar. Desesperanzado de hallar el amor, no buscaba sino el placer. Le pareció que las rosas del campo eran más fáciles de coger que las de los jardines, y como tantos otros en el mundo, empezando por ser seductor, acabó por ser amante.

Eulalia no era una mujer común: era una doncella hermosa, cándida y tierna, sino comparable á una mañana brillante de primavera, sí á lo ménos á un día puro y diáfano del invierno. Su tez era esmaltada como la hoja de la rosa; sus ojos claros, radiosos y serenos, como la inocencia; su acento algo tosco, cortado y tembloroso, imitaba el murmullo de una fuente que se desprende entre el musgo de las rocas; su talle, su seno, sus formas no eran tal vez delicadas y ligeras como en las aéreas bellezas del mediodía; pero no es sólo esbelto y hermoso el tronco de la palma y su ondulante abanico; tienen también su atractivo y majestuosa belleza el copudo nogal, el frondoso plátano y el recto pino de las arboledas del Norte.

También hay en las playas de aquel bello país ojos árabes y formas griegas. Eulalia las tenía, y su corazón había recibido del cielo una sensibilidad al parecer tranquila, pero concentrada é interna; una ternura dulce, apacible, modesta, pero vivísima y profunda como el amor de una

inglesa. Capaz de resistir á todas las ofertas del interés, y á las gracias más brillantes de la juventud, una voz suave, un suspiro involuntario, y más que todo, una atención delicada, una muestra de respeto, le podían inspirar la más tierna pasión. Un amante la hubiera hecho derretirse en lágrimas, sin alcanzar de ella una caricia; y un pesar le hubiera quitado la vida sin hacerle derramar una lágrima. Había escuchado con desconfianza, pero con placer, las melosas palabras del hijo de las ciudades, y conoció que eran irresistibles. Se previno contra sus tiros, defendió su inocencia, pero no su corazón, y le amaba. Le amaba con timidez, con humildad, con recelo; pero le adoraba. Se ponía pálida al verle, se envanecía de sus obsequios; y si en una solemnidad campestre la sacaba á bailar, era un vértigo, un delirio lo que sentía la infeliz. Cuando le veía al lado de una dama, se sonreía; pero si hablaba á otra aldeana, lloraba. Luciano, atraído al principio sólo por la hermosura exterior, se halló súbitamente con un alma extraordinaria, y esta sorpresa acaloró su fantasía. La resistencia inesperada de su virtud le inspiró interés, y la ternura del amor que se mostraba á través de esta firmeza, convirtió el interés en pasión. Tal vez el amor de Luciano no era muy tierno; pero la imaginación exaltada suple con frecuencia por el sentimiento.

Pasaban muchos días sin verse. Las romerías del campo ó los mercados de la villa eran sus citas, y algunas noches muy oscuras solía Eulalia recibir á su amante en su misma casa, por una ventana que el intrépido jóven escalaba.... — ¡Qué! ¿Y eran puros estos amores? — Sí.... — Y Eulalia, introduciendo en las altas horas de la noche á su apasionado galán, ¡había conservado la inocen-

cia? — Nada más cierto. En vano el mundo se rie de las quimeras platónicas: estas quimeras, estos imposibles á los ojos de una sociedad degradada, están en nuestra naturaleza, y el tosco amor en los campos de mi patria eleva aquellas almas sencillas al entusiasmo de la virtud. Para esto en otras partes se necesitaria heroismo; allí basta que haya ternura. Después de un día de continuas y penosas fatigas, el enamorado mancebo no corre á su lecho de paja para dormir tranquilo, ó para desvelarse pensando en su amada. Asiéndolo su ferrado bastón, arrojando el frío de la noche ó la rapacidad de los lobos, vadeando profundos torrentes, ó trepando peligrosos derrumbaderos, camina sólo y á pié dos horas, á la luz de la luna ó de las estrellas, y escala arriesgado la habitación de su querida.... Preguntadle cómo pasó la noche, reclinado tal vez en su mismo lecho; no de otra suerte, os dirá, que la hora del día festivo que puede hablarla en el átrio del templo. Hablan, se cuentan sus trabajos, sus asuntos domésticos; velan juntos, ó tal vez duermen, y al tercer canto del gallo se despiden, acaso sin haberse abrazado, acaso sin haberse dicho una palabra de amor. — Ficción, ficción, exclamarán todos; pero todo es ficción y paradojas para los que piensan conocer el corazón humano por lo que observan en las ciudades. El mismo Luciano dudaba de esta virtud hasta que la experiencia propia vino á convencerle.

La noche de aquel día era noche de cita. Luciano extrañó en la romería la ausencia de Eulalia; pero su imaginación se asía de esta falta para prometerse á la noche mayor ventura; que entre dos amantes un motivo de queja lo suele ser de favores. No se habían visto en ocho días; y creía él que esta ausencia habría avivado su pasión. La

veía perdida, extasiada, arrojarse entre sus brazos. Esta imagen no podía causarle tristeza, pero sí agitación, y su sangre, en extremo acalorada con el júbilo, mezclaba el ardor más vivo con aquella memoria que le perseguía, que le fatigaba.

Levántase para distraerla, y empieza á recorrer los bordes de la explanada, creyendo que las sensaciones de aquella magnífica perspectiva serían más poderosas que un recuerdo importuno. Tenía delante de sus ojos el mar terso, inmenso, surcado de variados visos, como la superficie de una gasa dibujada. Los lejanos navíos blanqueaban en el horizonte como aves acuáticas, y las rocas de aquellos terribles promontorios, avanzándose en las olas, parecían enormes gigantes en actitud de defender la costa. Elevábase á su derecha una inmensa cadena de montañas, de que aquella eminencia no parecía ser más que el primer eslabon, y á su izquierda descubría todo el valle, mostrando de un golpe el conjunto de sus bellezas, su río, su villa, su puente, sus frondosos verjeles, sus campos floridos, y las casas rústicas que se alcanzan por todas partes, formando un pueblo continuo de aquel inmenso tiesto de flores. Este cuadro arrebató su atención, y los techos de pizarra fijaron más su vista que los mares, las rocas y las montañas.

Su primera ojeada, rápida como la del buitre que atisba su presa, percibió allá lejos, muy lejos, casi en el horizonte, la mansion de Eulalia. Más bien la adivinaba su imaginación que la veían sus ojos; y como si para descubrirla claramente le bastase dar un paso, se adelanta hacia una peña, donde hay una cruz. Pero se adelanta en vano; la casilla blanca, con su techo aplomado y piramidal, no parecía entre la arboleda más que un pequeño

túmulo de un cementerio rodeado de arbustos, y esta vista estaba muy lejos de satisfacer su momentáneo capricho. De repente recuerda haber visto un anteojo en manos de un amigo. Corre, le busca, se le arranca, y está ya otra vez bajo la peña de la cruz. Ufano y trémulo como un soldado que apunta el cañon mortífero, parecía que sus ojos, á través de aquel instrumento, iban á hacer una conquista. Cree sorprender á su querida, verla en su feliz ventana, registrar su aposento.... ¡Quién sabe!... Dirige el tubo.... allí está.... pero ¡oh fatalidad!... El anteojo no es un telescopio perfecto: los objetos parecen todos azules, nebulosos y vagos; las ramas de los árboles ocultan las estrechas ventanas, y las personas no hubieran podido conocerse. Sólo se distingue como un espacio negro la puerta de la casa, y en medio de esta negrura se mueve un objeto blanco. Los rayos del sol hieren de lleno aquella nevada figura que parece un fantasma. Luciano se fija en ella con anhelante curiosidad, y en el instante mismo aparta la vista deslumbrado; un temblor involuntario le sobrecoge, párase la sangre en sus heladas venas, apoya con una mano su frente como si fuera á despeñarse, y deja caer maquinalmente el anteojo, que rueda y se hace pedazos entre las rocas.

¿Qué rayo le había herido así? ¿Quién llenó su pecho de aquel profundo estupor? ¿Qué vieron sus codiciosos ojos? ¿Quién era el blanco fantasma?... No lo vió. Su vista solo percibió en el aire un extraño y deslumbrante reflejo, un objeto luminoso, una columna brillante que vibraba y centellaba como un sable esgrimido al sol; una figura de plata que desapareció como un relámpago, internándose allá en el albergue de su querida. Esta visión singular es la que le aterró; aquella sorpresa le co-

municó un pavor extraordinario que no habia sentido jamás. Quedó absorto, embargado, como si empezara á petrificarse; no podia pensar, no podia meditar en lo que fuese aquella plateada figura. Era incapaz de discurrir, como si fuera incapaz de dudar. Parecía haber visto claramente que aquel objeto era un objeto terrible, y no sabía lo que era. Aquel centelléo habia llegado á su corazon ántes que á sus ojos, como si un ser sobrenatural le hubiese producido: y Luciano, pálido, cruzados los brazos, despavorido como el que ha visto una vision del otro mundo, é inmóvil como la roca que se alzaba sobre su cabeza, hubiera permanecido allí muchas horas, si ningun ser viviente hubiera turbado su éxtasis de terror. Pero en el momento mismo que, siguiendo maquinalmente con la vista los fragmentos del anteojo que iban despeñándose de roca en roca, asomaba á sus lábios una sonrisa más amarga que todas las lágrimas, una voz dulcisima suena á su espalda, y llega á sus oídos un acento de tierna compasion, que exclama: ¡Pobre Luciano!...

Entónces todo era prodigios para él. Aquella voz le sonó tambien á celestial, y volvió la cabeza aguardando otra vision. No se engañó. Era la voz de un ángel; la criatura más hermosa le llamaba; era una jóven más pura y brillante que el azul de los cielos, una linda señorita de las que sin duda habian seguido con ojos de celosa solicitud sus pasos y movimientos; la compasion habia vencido en ella al despecho de no verse atendida, y corrió á él, y le asió de la mano. El poder de la belleza es tan mágico como el del cielo; y Luciano cedió á él como quien cede al destino. Arrastrado de una fuerza superior dejó la Peña de la Cruz, y siguió á la hermosa; pero no contestaba á su acento ni á sus amorosas miradas. Ella

le examinaba sorprendida, y al ver su palidez, sus ojos clavados y sus lábios entreabiertos; al sentir fria aquella mano que tenia asida, sus ojos desprendieron una lágrima, y esta lágrima tambien era sobrenatural, porque era de amor. Esta lágrima llegó al corazon de Luciano como el rocío á una planta agostada. Su sangre volvió á circular con más libertad; las rosas volvieron á colorear sus mejillas; las idéas tomaron de nuevo en su cabeza el curso de la reflexion natural, y estrechando con placer la mano de su bella conductora, la miró, sinó con el fuego de la pasion, sí á lo ménos con la ternura de la gratitud. Sintió un placer de reposo al lado de aquella amante no correspondida, y el brillo de sus ojos inocentes eclipsó un momento en su fantasía la misteriosa impresion de la figura de plata.

El pensamiento á su vez se apoderó de ella para adivinarla; pero inútilmente. Le era imposible imaginar lo que fuese aquella columna centellante, aquel relámpago sólido, aquel objeto resplandeciente sobre la puerta de una casa rústica. Desechaba todas las explicaciones naturales de aquel brillante enigma, y su razon se apartaba de él, deslumbrada y ciega como su vista. En vano recordaba el efecto de un soldado llevando un bruñido fusil, un jarron de azófar sobre la cabeza de una aldeana, ó un segador empuñando la afilada guadaña: su mente despavorida no podia comprender cómo objetos comunes causen una impresion tan mágica y durable. Lo fué sin duda. Su entusiasmo, su regocijo, su sed de placeres desapareció. Se esforzaba por recobrar á lo ménos su serenidad natural, y esta violencia le daba un aire más extraño. Las danzas continuaban, y aquellas figuras hermosas le parecian fantásticas larvas. Los cantos de ale-

gría no cesaban, y aquellas voces las oía él como de una region remota. Hablaba á su hermosa compañera, á veces con fuego como si estuviese al lado de su querida, y otros momentos, cuando la terrible figura obraba sobre su fantasía, sus impresiones eran ideales, místicas, vaporosas, como si hablase á un ser de otro mundo, ó á la sombra de una persona muerta.

En tanto habia pasado la mañana. La brisa del Océano cesó de soplar, y el sol ejercía toda su fuerza sobre aquella desnuda cumbre. Los sotos que ciñen la falda del monte como una zona de verdura, convidaban á la alegre multitud con su amenidad y sombras, y la cima quedó desierta. Aquella multitud descendió con más estruendo y algazara que si rodasen torrentes y rocas. Corrian todos y gritaban, y daban alaridos como si fuesen á despedirse. Los jóvenes se daban la mano para sostenerse en la carrera, y se precipitaban más á prisa, como acontece en la vida. Luciano habia anhelado salir de aquel recinto, y al bajar sintió terror. Miró con espanto á la Peña de la Cruz, y volvió á herir su memoria la misteriosa figura de plata.

El contento de aquella reunion no se disminuyó, y la fiesta del monte se multiplicó en la falda. Dividiéndose en una infinidad de corros en torno de los árboles más corpulentos, aquellos sotos extensos se vieron sembrados de innumerables banquetes. Ni los bailes ni los cantos cesaban, porque la monotonía de aquellos sencillos placeres es deliciosa, como una prolongada sucesion de dias bellos: hay además en la vida cierta monotonía que es la felicidad. El mismo Luciano volvió á participar de aquella dulce electricidad. Reclinado á la sombra de frondosos laureles, en una pradera cercada de romerales y

mirtos, á orillas de un fresco arroyo, viendo el mar á través de las ramas, y arrullado por su sereno mugido, su alma sobresaltada se adormeció, y el aura balsámica de las flores le trajo el aura del placer. Rodeado de amigos y objeto de las atenciones más tiernas, procuró mostrarse alegre, y lo estuvo en efecto. Tomó parte en los placeres de la mesa, se aturdió, gritó, y habló más que todos; se dejó coronar de mirtos por mano de aquellas ninfas; improvisó versos de amor, y cantó un himno báquico. Los vapores del vino y del café disiparon las memorias de la mañana; y la espesura del soto, ocultando la Peña de la Cruz, ponía un velo de tranquilidad entre su corazon y la figura de plata.

Tal vez contribuía á este reposo no ver aldeanas en torno de sí. Todas sus sensaciones amorosas se volvian á su bella amante, ántes esquivada: al fin sus mágicos atractivos le habian alucinado: la hablaba con todo el fuego del amor, y la hablaba sinceramente. Á la caída de la tarde llegó paseando solo con ella á la fuente del arroyo, y la tenia casi abrazada. La infeliz, que se veía correspondida, extrañaba su dicha, y no esquivaba sus abrazos. Sentada luego con él en un canapé de mirtos, exaltada por la elocuencia más seductora, fascinada por el fuego de sus miradas, caída la cabeza sobre el pecho de su querido, y amortiguados sus ojos como el brillo del sol que se escondía entónces en los mares, parecia una víctima inmolada ya para siempre al imprudente joven. Él la estrecha en sus brazos, y ardía: el arrebató de un momento era más vivo en su pecho que el efecto de una pasión arraigada; su voz se habia anudado á la garganta, sus manos asían á su amante con una fuerza volcánica, y sus labios se inclinaban sobre los de aquella criatura

que, embriagada, desvanecida, no tenía medios para defenderse. No se atrevía á huir, porque amaba; no podía llorar, porque deliraba tambien; y no quería ceder, porque no había perdido la virtud. En esta crisis terrible, un rayo de celeste luz la ilumina; un repentino esfuerzo la sostiene; un instinto sobrenatural la agita: levanta su cabeza con una expresion enérgica; su mano ase con fuerza una de las manos de Luciano, y elevándola al aire, le muestra en la cumbre del monte la Peña de la Cruz.

Luciano queda yerto: su rostro se pone blanco como la nieve; su convulsion ha cesado; sus transportes se cambian en un estremecimiento de horror, como si aquel corazon que palpitaba bajo su osada mano, estuviese frio; como si aquel seno, hecho por la mano de las Gracias, fuese un esqueleto. Aquel beso que la embriaguez del placer quisiera eternizar, le deja una impresion funesta; y aparta sus labios helados como si hubiera besado un cadáver.—«Sí, soy un monstruo, exclama; pero no te amaré jamás!»—Estas palabras salieron de su boca con un metal de voz distinto del suyo. Asió bruscamente del brazo á su amante, como si fuese á precipitarla en las olas, y ella le siguió asustada, pálida, temblorosa, casi arrepentida de su involuntario movimiento.

Reuniéronse á la gente, no se hablaron más, y anocheció.

II.

Ecce Lignum Crucis.

El mal es el amante de la noche. Todas las desgracias la apetece; todos los dolores se avivan á su presencia. Cuando ella se aproxima, las enfermedades se agravan, las heridas se enconan, los amantes se exaltan, los febricitantes deliran, y los tristes se complacen. Tambien la agitacion de Luciano creció con la noche; tambien brillaba más en las tinieblas la figura de plata.

En vano la oscuridad reproducía la memoria de Eulalia adornada de los encantos misteriosos de que se rodéan en aquella hora las imágenes del amor: en vano se acercaba el instante de verla, de estar á su lado, y de borrar con caricias las penosas impresiones del día. Entre todas estas imágenes, la brillante figura era la mano fatídica trazando letras de fuego en la sala del festin. Á su luz infernal, la hermosa Eulalia parecía un fantasma; aquel deséo era un tormento; aquella agitacion un pavor casi religioso, que iba cubriendo el corazon del jóven, á medida que las sombras se tendían sobre la tierra.

Luciano caminaba solo hácia el pueblo. Abismado en su tristeza, quería hallar en derredor de sí la causa de ella, ó buscaba en los cielos pronósticos de mal; pero es-

que, embriagada, desvanecida, no tenía medios para defenderse. No se atrevía á huir, porque amaba; no podía llorar, porque deliraba tambien; y no quería ceder, porque no había perdido la virtud. En esta crisis terrible, un rayo de celeste luz la ilumina; un repentino esfuerzo la sostiene; un instinto sobrenatural la agita: levanta su cabeza con una expresion enérgica; su mano ase con fuerza una de las manos de Luciano, y elevándola al aire, le muestra en la cumbre del monte la Peña de la Cruz.

Luciano queda yerto: su rostro se pone blanco como la nieve; su convulsion ha cesado; sus transportes se cambian en un estremecimiento de horror, como si aquel corazon que palpitaba bajo su osada mano, estuviese frio; como si aquel seno, hecho por la mano de las Gracias, fuese un esqueleto. Aquel beso que la embriaguez del placer quisiera eternizar, le deja una impresion funesta; y aparta sus labios helados como si hubiera besado un cadáver.—«Sí, soy un monstruo, exclama; pero no te amaré jamás!»—Estas palabras salieron de su boca con un metal de voz distinto del suyo. Asió bruscamente del brazo á su amante, como si fuese á precipitarla en las olas, y ella le siguió asustada, pálida, temblorosa, casi arrepentida de su involuntario movimiento.

Reuniéronse á la gente, no se hablaron más, y anocheció.

II.

Ecce Lignum Crucis.

El mal es el amante de la noche. Todas las desgracias la apetece; todos los dolores se avivan á su presencia. Cuando ella se aproxima, las enfermedades se agravan, las heridas se enconan, los amantes se exaltan, los febricitantes deliran, y los tristes se complacen. Tambien la agitacion de Luciano creció con la noche; tambien brillaba más en las tinieblas la figura de plata.

En vano la oscuridad reproducía la memoria de Eulalia adornada de los encantos misteriosos de que se rodéan en aquella hora las imágenes del amor: en vano se acercaba el instante de verla, de estar á su lado, y de borrar con caricias las penosas impresiones del día. Entre todas estas imágenes, la brillante figura era la mano fatidica trazando letras de fuego en la sala del festin. Á su luz infernal, la hermosa Eulalia parecía un fantasma; aquel deséo era un tormento; aquella agitacion un pavor casi religioso, que iba cubriendo el corazon del jóven, á medida que las sombras se tendían sobre la tierra.

Luciano caminaba solo hácia el pueblo. Abismado en su tristeza, quería hallar en derredor de sí la causa de ella, ó buscaba en los cielos pronósticos de mal; pero es-

tos pronósticos estaban sólo en su corazón. Fuera de él todo era placer y serenidad. Veía á los jóvenes de la aldea que se retiraban en tropas; y aun cantaban alborozados, y hacían retumbar el valle con alaridos. Miraba al cielo; y el cielo estaba sereno, diáfano, despejado. Miraba al mar; y el mar sin bramidos y sin olas, en el horizonte parecía el cielo, en la ribera parecía el río. Miraba al río; y terso, puro, brillante, y estrellado, parecía á través de los campos un camino de plata.

Luciano llega, y se prepara á salir para la aldea de Eulalia. Otras veces gustaba de atravesar el valle á pié como los galanes del campo; pero aquella noche sus fuerzas se habían debilitado, y la inquietud de su alma no daba espera. Armase cual si hubiese de luchar contra algún contrario; ase la espada; cuelgan en su cintura dos rayos de muerte; sube en un caballo más negro que la noche, y envuelto en su oscura capa, vuela por el campo intrépido y denodado como un antiguo paladín que corriese á escalar la torre de su dama. No era miedo el terror que sentía; y este terror se disminuyó también. Al verse armado y corriendo en su fogoso brido, se cree superior á todos los riesgos, á todos los enemigos, á todos los rivales; y sus esperanzas vuelven á ser lisonjeras. No obstante, su aspecto era algo siniestro: los que pasasen por el campo creerían ver un espectro que volaba por entre los árboles: su espada pendiente y brillando á veces, tenía algo de funesto: diríase que el génio de la muerte atravesaba el valle esgrimiendo su guadaña; los que le mirasen creerían también ver la figura de plata.

A alguna distancia de la casa de Eulalia moraba un colono de Luciano. Allí se detiene, deja su caballo, y tomando una senda estrecha, atraviesa los campos de la

aldea. Aquellos campos no son desiertos como los demás de España, donde de noche no hay más que sombras. Allí se descubren por todas partes casas aisladas, y relumbra el fuego de sus hogares. Se oyen por dó quiera labradores que se llaman á gritos, niños que lloran, dos amantes que hablan bajo un árbol, ó un anciano que vuelve á su casa murmurando oraciones. Por aquí ladran perros, por allá rechinan carretas; en el río golpea sordamente el remo de la barca pescadora; en el monte resuena la bocina con que el labrador ahuyenta al jabalí, y los humildes campanarios de las aldeas mezclan también á estos ruidos sus armonías, haciendo sonar el fúnebre toque de ánimas, ó el lento pulsar de la agonía.

Era ya entonces media noche, y nada se oía. Solo por los emparrados caminos discurrían como fuegos fatuos manojos de paja encendida, que sirven de antorchas á aquellos aldeanos. Brillaban las luciérnagas entre la yerba; brillaban los charcos en las praderas, y las pálidas cortezas de algunos abedules brillaban también con cierta blancura fantástica, como troncos de plata.

En breve se presentaron otros objetos á los ojos de Luciano. Al lado de su camino se alzaba la iglesia de la aldea. Él no era supersticioso: había tal vez mucha religión en el fondo de su pecho, muy poca en su cabeza; y su piedad era más bien sentimiento que creencia. No obstante, al cruzar de noche ante los umbrales de un templo, experimentaba diversa sensación que ante las casas de los hombres, y su alma se elevaba; pero entonces se estremeció. Un vivo resplandor iluminaba la reja de la puerta: parecía que la iglesia estaba alumbrada, y salía de ella una especie de canto monótono y apagado. Á través de aquel resplandor pasaba á veces una sombra

informe que le eclipsaba. Luciano se acerca sin embargo. Aún piensa que aquellas sombras, aquellas luces y aquellas voces podían ser los terrores de la infancia, que despertasen y revoloteasen por su imaginación despavorida. Mas ¡ah! no son siempre visiones las creencias populares; no siempre hay quietud en la mansión de los muertos. No son ilusiones lo que Luciano siente: retumban dentro de la iglesia tres golpes dados con una fuerza espantosa que estremece todo el suelo.... síguelos un resuello profundo y fatigado.... Luciano se huela; su cabello se eriza; su sangre se pára. —“No hay duda, exclama; las tumbas se abren.... Oigo ya el ronquido de los muertos.” —Y haciendo la señal de la cruz, huía; pero aquellos tres golpes se repetían a cada momento.

—“Sí, continúa sin aliento; hoy me persigue un Génio infernal.... hoy me oprime el cielo con el peso de sus prodigios.... La tierra misma me quiere tragar, y tiembla bajo mis pies. Mansión de la virtud y de la inocencia, mansión de Eulalia, protégeme.... escóndeme.... ya no busco en tí el amor.... busco el amparo; busco.... la calma.... ¡Eulalia!.... ¡Eulalia! librame de las iras del cielo.”

Eulalia ya podía escuchar sus plegarias.... Luciano está á sus umbrales.... Detiénese un momento, y aplica el oído con triste curiosidad, como si en la casa de su querida hubiera de hallar también rumores siniestros. Pero nada oye: en aquella mansión de vivos reinaba más tranquilidad y silencio que en la morada de la muerte.

Luciano rodéa la casa hasta ponerse bajo la propicia sombra de una parra, por cuyos puntales solía trepar á la ventana hospitalaria. Otras noches le daba el amor ligereza; ahora se la dá el pavor, el sobresalto. Huye mas bien que trepa; huye del suelo, donde cree ver abrirse

una tumba, y está ya en el suspirado dintel. No necesita pulsar; la ventanilla cede á su impulso, como siempre que se le esperaba. Abre, entra, y tiende su vista por la oscura estancia.... ¡Santos cielos!.... Á la escásima luz que traspiraba la noche, y que no alteraba la negrura de las tinieblas, refléjase en el aire, en medio del aposento, aquel extraordinario brillo.... la espantosa figura de plata.

Luciano se abalanza á ella, y no la halla; ya no la ve; desapareció. Cree, no obstante, percibir más cerca otra blancura.... se aproxima asustado.... Pero ¡ilusión! ¡delirio dulcemente desvanecido! Es el lecho de su amada; el lecho donde Eulalia dormía, es el que detiene sus pasos.... el tacto sólo de la almohada donde reposa su frente templó el ardor de su pecho y hace una revolución en su fantasía. Poco ántes le sobresaltaba el terror que por todas partes le iba siguiendo; ahora casi extraña la tranquilidad que allí reina. Aquella tranquilidad le conmueve; el sueño profundo de su querida le enternece, pero no con la ternura del amor. Luciano entonces no era capaz de transportes ni de caricias. Un respeto religioso le contiene; sus manos se apartan del lecho como de una cosa santa; y cruzados los brazos, y fijos los ojos, contemplaba á oscuras á Eulalia como si la mirase, y la hablaba como si ella le oyese.

“Duermes, dulce adorada mía, duermes, exclama.... duermes tranquila, mientras en mi seno ruge una tempestad.... Duermes, y me esperabas.... Ni la inquietud te desvela, ni el amor.... ¡Ay! no.... yo no estoy celoso de tu sueño.... Tú me amas; pero eres inocente: crees en mi honor, y crees el tuyo seguro.... Duermes esperándome, como dormirías en mis brazos.... Tu sueño no es el de la

indiferencia, sinó el de la virtud..... Y á mí me cercan los terrores del delito..... Sí..... yo soy criminal.... La inocencia no siente esta inquietud, este espanto..... La inocencia duerme..... ¡qué tranquilamente!.... casi no se oye su aliento..... Reposa, hechicera criatura, reposa: yo no te despertaré..... ese sueño te hace sagrada..... para siempre!.... sí..... yo quiero ser virtuoso..... yo expiaré mi crimen..... Ese sueño me revela un gran secreto..... yo te amaré como tú me amas..... yo no turbaré jamás tu inocencia, ni tu sueño..... lo juro..... sí..... lo juro!.... por el mágico brillo con que hoy hirió mis ojos la espada de la justicia divina; lo juro por el sagrado terror que me persigue, por la voz de los muertos, por el ruido de las tumbas, que aún me estremece..... y por tu sueño!"

Diciendo así, había tendido la mano sobre el pecho de Eulália en ademán solemne, como para confirmar su juramento; y el cielo puso también en ella el signo sagrado sobre el que los mortales suelen jurar. Sus manos tocaron una cruz..... y como si esta cruz fuese inflamable, la estancia se iluminó. Luciano cerró involuntariamente los ojos á esta luz, y nada vió: sintió solamente que un sér humano había penetrado en la estancia. Este sér dió un grito terrible, dejó una antorcha, y desapareció. Luciano abre los ojos, mira, y los vuelve á cerrar; ha visto ya la figura de plata, y ha caído de rodillas..... ¡Ah!..... quisiera haber quedado ciego en aquel momento!.... pero al fin cede á su destino, y mira otra vez..... ¡mirada funesta!.... ¡Vision terrible! Ya está patente tu misterio..... Lecho de amor, gracias de la inocencia, tranquilidad de la virtud..... encantos de la hermosura..... todo desapareció ante aquella mirada horrorosa. El brillo fantástico es ya un objeto real..... las voces del templo tienen eco..... la in-

quietud de Luciano ha cesado..... su juramento se ha cumplido!.... Eulália..... Eulália allí está..... pero está muerta!.... su cadáver yace tendido en el negro féretro..... y á su cabecera brilla y centelléa ante los ojos atónitos de Luciano el águila de los funerales, el lábaro brillante de la muerte, la cruz parroquial, la terrible cruz de plata.

Luciano tenía otra mano entre sus manos, la que había hallado sobre el seno de Eulália. Estaba de rodillas; sus ojos clavados miraban alternativamente á aquella cruz de plata, y á aquel rostro de cera. Su color era más pálido que el de su amada, y estaban más desfiguradas sus facciones. Sobre la frente angelical de Eulália reposaba toda la belleza de que es capaz la muerte; en el semblante de Luciano se pintaba todo el espanto que puede sentirse en la vida. Eulália no era más que un cadáver; pero Luciano parecía un alma réproba que se presenta ante el Supremo Juez; y si en aquel momento fuera capaz de desear alguna cosa, hubiera deseado tenderse en aquel féretro, al lado de su querida, y quedar allí muerto.

Pero estaba inmóvil. Solo algunas veces apretaba á su pecho la cruz que asía con violencia. Sus ojos no se alzaban un instante de aquellos objetos terribles, y sus labios pronunciaban maquinalmente las últimas palabras de su voto funesto. "No turbaré tu sueño..... lo juro por la voz de los muertos, por el ruido de las tumbas!"

Hubiera permanecido así toda la noche; pero una nueva sorpresa le sacó de su letargo. Al grito agudo de la persona que había entrado en la estancia de Eulália, otros cien gritos de pavor habían respondido, y Luciano sentía que se acercaban al aposento. Pero las personas que los proferían no se atrevieron á entrar. Sus alaridos se convirtieron en oraciones: un sacerdote las dirigía, y

prosternadas á la puerta de la estancia, respondían en alta voz á sus preces, y golpeaban sus rostros. Luciano oyó desde su profundo éxtasis aquella espantosa gritería: enmedio de sus confusas plegarias distinguía solo: «¡Jesus, Jesus, Jesus!.....» y cesaban un instante, y luego la voz del sacerdote hacía llegar á su alma estas tremendas palabras: «Huye, espíritu de perdicion; huye, enemigo infernal, á tus eternos abismos.»

«Ya huyo, dijo con voz sepulcral Luciano, poniéndose en pié..... ya huyo!—» Y á este acento cadavérico, á este aullido de muerte, se prosternaron de nuevo, y se estremecieron, y prurupieron en un ¡ay! mil veces repetido, en un alarido de espanto.

Luciano pensó realmente que hablaban con él; se creyó un momento un génio infernal, y quiso huir; pero al despedirse de aquellos queridos restos, se despertó enmedio de su terror un sentimiento de ternura. Inclínose respetuosamente sobre aquel cuerpo aún hermoso; miró aquella frente de marfil, ceñida de flores como la de una víctima santa, y un transporte de amor fúnebre ardió en su corazón.—Oh hermosa mía, exclamó, yo te abrazaré al fin sin quebrantar mi voto..... Ven á mis brazos, cadáver adorado..... mis últimas caricias no turbarán tu inocencia..... ni tu sueño!.

Tendió en efecto sus brazos; sus manos acariciaban las heladas mejillas de Eulália, y estrechó á su pecho aquel seno que no palpitaba ya..... En aquel abrazo aún había ilusion de amor, aún había sombra de placer..... y aquel deleite espantoso le hizo exhalar un suspiro que fué un grito de terror..... Sus lábios se inclinaban sobre los lábios que no respiraban ya; pero en aquel momento sus ojos se clavaron de nuevo sobre la cruz de plata, y

volvió á sentir su mágico espanto. Aquella caricia le pareció horrorosa y criminal. Sus lábios se detuvieron, y sus manos se elevaron al cielo. Volvió á poner la cruz sobre el pecho de Eulália, y volvió á exclamar en alta voz: «Ya huyo, ya huyo..... no me atormentéis más, voces del cielo..... Ya os dejo á Eulália..... ya no turbaré su sueño..... ya huyo!.....»

Y huyó en efecto. Desesperado, herido por los rayos del cielo, ardiendo como un precito, y despavorido como un malhechor, se descolgó por la ventana con la rapidez de una sombra. Las voces ¡Jesus, Jesus! atronaban sus oídos, y le empujaban afuera del funesto aposento. El último objeto que vió aún al descender, fué el brillo fatal de la cruz de plata.

Sin embargo, no era solo el terror lo que le alejaba de aquel lugar,.... no. El hubiera permanecido toda la noche al lado de aquel cadáver; hubiera gozado en su desesperacion; y ni los temores de este mundo, ni las visiones del otro le hubieran apartado. Pero Luciano era virtuoso aún, y amaba; amaba el alma de aquellos despojos; amaba el nombre y el honor de Eulália, como una cosa pura en la vida, y sagrada en la muerte; hubiera mancillado su reputacion permaneciendo allí, y tuvo bastante fuerza de alma para pensarlo. Aquella reflexion era sin duda más fuerte que todos los sentimientos y todos los terrores, y huyó. Huyó por amor, huyó por virtud, huyó porque su destino no estaba aún cumplido. Había visto á su amada; faltábale ver á su víctima.

Siguiendo el camino de la iglesia, divisa de nuevo el terrible resplandor; pero entónces, en vez de repelerle, le fascina, y le atrae como los ojos del dragon. Corre despedido, como un guerrero vencido ya, que busca la muer-

te; empuja la puerta del templo, y entra.... No vé fantasmas, ni cadáveres.... Un hombre está solo en medio de la iglesia, sentado sobre la enlutada mesa de los ataúdes. Á su lado se alzan los candelabros negros de los muertos, coronados de antorchas amarillas.... Una sólo está encendida.... Los vestidos del hombre eran rústicos, su semblante macilento, su fisonomía tristemente estúpida; tenía en su mano una botella, y bebía tranquilamente, cual si estuviera en un festín. Aquella tranquilidad era espantosa; parecía un Génio de muerte sorbiendo á todo su sabor la sangre de los humanos. Pero aquel sér tan familiarizado con los muertos, se aterrorizó á la vista de un vivo: sobrecogido delante de Luciano, que se acercaba silencioso, corrió á echarse á sus piés.

—¿Quién sois? dijo Luciano con voz seca. ¿Qué haceis aquí á estas horas?

—Señor, respondió todo temblando el hombre del templo; soy..... un pobre..... soy..... ya lo veis.... (diciendo esto le mostraba una sepultura abierta.) Todo el día estuve ganando mi sustento en el campo..... he tenido que hacer esa sepultura de noche..... ahora mismo..... estaba descansando de mis fatigas..... soy un pobre, señor.....

—¿Y para quién es esa sepultura?

—Para Eulália.....

—¿Y quién mató á Eulália?...

—¿Quién la mató?... Señor..... nadie..... ella..... Dios..... una fiebre..... un pesar.....

—¿Un pesar?...

—Sí, dicen que un jóven, un caballero.....

—¿Qué?...

—Un jóven, un caballero la seguía. Sus Padres lo supieron, temieron por ella, y la amenazaron..... ¡Oh señor!

con mucha razon;.... con aquella desventurada amistad, un maligno espíritu se habia apoderado de la jóven..... No comía, y enflaquecía, y se esqueletaba, como si interiormente la quemasen..... Diz que algunas veces se habían visto en torno de su casa apariciones extrañas..... pero al fin..... Dios se la llevó!..... Sus padres volvieron á reñirla, y á castigarla, y á encerrarla..... y mañana la enterraré. Murió en tres días..... murió de pesar;.... pero murió como una santa. Ya está allá rogando por nosotros.

Enmudeció el hombre del templo, y Luciano enmudeció tambien. Trémulo, lento y abatido, como si llevase sobre los hombros la bóveda de la iglesia, se adelanta á la vacía huesa, y se prosterna. Entónces sí que sentía todo el peso del cielo! Hasta aquel momento habia experimentado los terrores de la imaginacion, los dolores del infortunio; pero ahora le oprimía el remordimiento, sufría el horror del crimen. Aquel instante fuera del templo hubiera sido el más cruel de la noche; pero allí habia un altar; la presencia divina animaba aquel recinto; y Luciano conoció al fin que, si el hombre puede consolar sus desgracias con los hombres, los tormentos que causa el delito sólo hallan alivio ante Dios. Oró, sí. —Oraba con toda el alma, con todo su sér. Sus ojos medían toda la profundidad de aquel sepulcro; su mente sondeaba los abismos de la eternidad, y sus suspiros parecían decir al cielo: "No, no te ruego por esa alma que ya descansa en tu seno; te ruego por la mía, por esta alma criminal, por la tranquilidad de este corazón homicida. Gran Dios, ya sé porqué son delitos las pasiones..... ya estoy horriblemente convencido; pero ya estoy castigado. Eulália, ruega por mí! Mira cómo se elevan al cielo las manos que excavaron tu sepulcro..... mira cómo le riegan con

sus lágrimas los ojos que te han fascinado, los ojos que te han dado la muerte."

Lloraba entonces en efecto; lloraba á torrentes, y este llanto era ya un beneficio. No habia llorado aquella noche, ni hubiera podido llorar sinó en un templo. Aquel llanto era de dolor, de penitencia, y en él habia tambien ternura, amor, alivio; pero consuelo, no.

El sepulturero, que observaba atónito á Luciano, le advirtió que ya se veía la estrella de la mañana. Luciano dejó el templo, y se fué lentamente al albergue de su colono, que dormía tranquilo. Al verle así, repitió aquellas tremendas palabras: "No turbaré tu sueño." Estremeciéndose, dejó sus armas, y volvió al campo.

Errante entre los árboles vió amanecer; vió la alegría de la naturaleza, con todo el horror que causa en los pechos ulcerados. Las aves cantaban como cantan en todas las mañanas hermosas; pero él sólo oyó el fúnebre tañido de las campanas. Arrodióse, y oró. Oraba aún cuando salió el sol: su vista se dirigió involuntariamente á él como la de un niño á la luz; pero tampoco le vió. Sobre la colina donde se alzaba su lumbre, sus ojos hallaron la Peña de la Cruz, y quedaron clavados en ella llorando. Aquella mañana del día anterior era ya una memoria. Aquellos placeres le parecía haberlos disfrutado allá en tiempo muy remoto. Habia vivido en una sola noche una vida entera, y se acordaba de aquella mañana, no como un anciano que recuerda complacido un día bello de su juventud, sinó como un moribundo á quien atormenta la imagen de sus antiguos placeres.

Las campanas volvieron á sonar, y se levantó. Pensaba asistir á las exequias de Eulalia, y se dirigió á la iglesia. Á pocos pasos llega á sus oídos un canto fúnebre, y una

bandera negra ondea á través de los árboles. Adelántase.... Mas ¿porqué vuelve la cabeza de repente? ¿Porqué desaparece apresurado? ¿Porqué huye por los campos como un malhechor? ¿Porqué vé despavorido sombras y espectros en derredor de sí?... ¡Ah!... Hirió sus ojos el brillo de la cruz de plata.... y no pudo mirar más! . . .

Luciano no murió, ni estuvo visiblemente enfermo; pero fué más desgraciado, porque quedó triste para siempre. Su melancolía se hizo un delirio, y su cabellera de veinte años se llenó de canas. Los consuelos de la amistad pudieron restituirle la razón, pero la alegría.... no. Aquella noche tiñó de negro toda su vida.

Jamás se le vió despues en un festejo; jamás mujer alguna obtuvo de sus ojos una mirada de amor; jamás en sus solitarios paseos volvió á la aldea de Eulalia. Pero algunas mañanas trepaba á la cumbre de donde habia dirigido aquella mirada fatal. Otras veces se le veía en el puente, en la playa, ó en la vega, mirando absorto la Cruz de la Peña. Vagaba con frecuencia por las iglesias, y asistía á los funerales. En las noches oscuras del verano las aldeanas solian oír entre las arboledas un canto dulce y lúgubre que entonaba un fantasma. Aquel fantasma era Luciano. Habia puesto á la cabecera de su lecho una cruz de plata cubierta con un velo. Todas las noches la besaba de rodillas.... y no dió otros besos en su vida!

DEL MOVIMIENTO LITERARIO EN ESPAÑA

EN 1837.¹

I.

Extraño espectáculo ofrece, sin duda, á los ojos del observador filósofo el movimiento literario que en España se nota, y la multitud de producciones poéticas que diariamente ven la luz pública, precisamente en una situación y en circunstancias que parece debían estar reñidas con todo lo ideal, con todo lo bello. Trabajada la nación por una guerra larga y sangrienta; cuando de un ángulo al otro de la Península no se oyen más que alaridos de muerte, llanto de orfandad y quejidos de miseria; cuando resuena tan estrepitosamente la gritería de las controversias políticas, y sopla tan embravecida sobre ésta sociedad despedazada la tormenta, que acompaña siempre á los angustiosos periodos de crisis y de transición de los pueblos, entónces es cuando la literatura sacude el polvo de vejez que la cubría, cuando sobre el teatro español reverdecen los laureles que se habían secado sobre las tumbas de Calderon y de Moreto, y cuando por todas partes, mezclado al toque del clarín y al grito de alarma,

¹ Artículos insertos en el *Museo Artístico Literario*, que se publicaba en Madrid en dicho año.

se eleva y distingue el dulce canto de los poetas, como una solemne protesta contra las atrocidades de que, en mengua de la civilización, somos testigos; como una voz de consuelo que nos advierte que la hora de la barbarie aún no ha llegado; que aún hay fé y creencias en el seno de la sociedad; que el instinto de lo bello no se ha perdido todavía, y que detrás de la aparente disolución que nos circunda, los primeros albores de la reorganización y de la vida social despuntan sobre el horizonte. Una generación naciente de literatos se eleva, una generación decrepita de políticos se hunde, y una generación varonil de guerreros peléa. Los principios abstractos y el prestigio de una política infecunda se desvirtúan; las cuestiones prácticas y los encontrados intereses materiales combaten; y la inteligencia, el orden y la belleza vuelven á revestir la forma que en todas las sociedades nacientes han tomado la forma de la poesía, la voz del canto, el fuego de la inspiración, la irresistible fuerza de la armonía.

No pretendemos nosotros en este artículo hacer una composición poética más. No queremos dar una importancia exagerada á la literatura contemporánea, muy distante sin duda de la perfección, apartada tal vez de su camino. No somos despreciadores de la política, ni hacemos una abstracción pueril de los intereses sociales, de las graves y serias cuestiones que se discuten en el foro y en el gabinete: el que traza estas líneas consume casi todas las horas de su día en áridas tareas, que á esas cuestiones y á esos intereses atañen. Solamente queremos consignar un hecho, y darle todo el valor que en sí tiene. Y nosotros, que tomamos en serio todos los hechos sociales, y que vemos un fin en todas las tendencias de los

pueblos; nosotros, á quienes nada de lo que afecta á una porcion considerable de la sociedad, parece despreciable ó perdido, no queremos dejar pasar sin advertirla y consignarla, esa reaccion poderosa del espíritu literario que presenciarnos, y esa no ménos poderosa inclinacion que en las clases más entendidas ha nacido hácia las nuevas producciones de nuestra literatura. Nosotros queremos alejar de estos estudios y de esta inclinacion la apariencia de futilidad y lijereza de que hombres verdaderamente fútiles y lijeros la culpan y tachan; nosotros aspiramos, en fin, á deducir de un hecho evidente y fecundo consecuencias transcendentales para el porvenir de nuestra Patria, á cuyos más positivos intereses enlazamos nosotros los intereses de la literatura.

Porque se le ha hecho un grave cargo á la juventud, de su esterilidad y de su abandono; se ha pretendido ridiculizar su tendencia ideal y poética, en medio de un siglo tan eminentemente material y positivo, y ha sido mirada por muchos con una especie de compasion despreciativa la aparicion simultánea de tantos jóvenes literatos, la creacion de tan bellos dramas, la inspiracion de cantos tan dulces ó fantásticos, y finalmente, la publicacion de cuatro ó cinco periódicos exclusivamente literarios, en una capital en que no pasan de otros tantos los periódicos políticos.

Nosotros no contestaremos á esa inculpacion sino con un hecho. Estos periódicos se sostienen: uno de ellos, á la segunda semana de su aparicion contaba cerca de seiscientos suscritores; los teatros se llenan de bote en bote siempre que se anuncia una nueva pieza dramática original; los cantos de los nuevos vates son recitados, leídos, declamados, aplaudidos y criticados en todos los círculos de

la sociedad culta, y todas las imaginaciones se agitan con una comezon poética, que si por lo comun no produce más que obras informes y efímeras como el dia en que nacen, es un síntoma harto claro de la fermentacion que precede siempre á una nueva era literaria. Existe, pues, una tendencia marcada de este género en la sociedad española: los espíritus gravitan, por una inclinacion irresistible, hácia esta clase de estudios, y las producciones que aparecen no son más que la fórmula más ó ménos exacta de las ideas que abriga la generacion que nace, el himno de amor y de ilusiones que preludia un pueblo que despierta á la vida de la inteligencia y del sentimiento, la expresion de una necesidad vivamente sentida que se agita aun en las primeras y vagas tentativas de comunicarse y de satisfacerse.

Reconocido este hecho, no nos detendremos á examinar los extraños, si bien naturales síntomas con que aparece, y las consecuencias que de él se deducen. Este trabajo, ó es superior á nuestra inteligencia, ó nos conduciría á cuestiones muy difusas, y al parecer muy ajenas del asunto que tratamos. Tal vez en otros artículos, si para ello nos dá lugar la multitud de otras graves y asiduas tareas que nos cercan, presentaremos más detalladamente algunas de las consideraciones que diariamente nos sugiere la comparacion de nuestro estado social, de nuestra revolucion política y de nuestra nueva existencia literaria. Bástanos consignar desde ahora la relacion que media entre estos grandes intereses, no ménos íntima á nuestros ojos que el lazo que liga entre sí la vida física, intelectual y moral de los individuos. Por eso escribimos; por eso cantamos; por eso combatimos; por eso nos atrevemos á dogmatizar; por eso recogemos y damos al pú-

blico las producciones que en nuestras columnas se insertan.

Y no enunciamos esta verdad y esta convicción para dar mayor importancia á nuestros trabajos; que servirá sólo para imponernos nuevas y graves obligaciones. Pues que consideramos á la literatura con un fin social, á un fin, digno de la actual sociedad y de la grande obra á que ésta es llamada, debemos dirigirla: pues que vemos en ella el reflejo de sus ideas, con relacion á la inteligencia y la filosofía de la humanidad, debemos considerarla; ya que ella debe ser la expresion de sus sentimientos y la fórmula de sus creencias. Nosotros no debemos aspirar á pervertirla, á corromperla, á desnaturalizarla, á convertir en instrumento del Génio del mal la lira armonizadora del Génio que ilumina y crea; ni á verter, trocado en veneno disolvente y corrosivo, el bálsamo celestial que la Providencia derrama sobre las sociedades moribundas é infestadas, para infundirles nuevas fuerzas, para cicatrizar sus heridas, para purificar la sangre de sus venas, y para restituir la alegría y el consuelo al seno de los pueblos afligidos y desesperanzados.

Acaso nuestra nacion está en ese período, y acaso en ninguna otra deba ser más influyente la poesía en el estado social, porque en ninguna otra es un medio tan natural de comunicacion y enseñanza.

II.

Todas las naciones de Europa han tenido en estos dos últimos siglos hombres grandes y génios colosales, que las han civilizado con su talento, y que han asentado con

sus doctrinas, y sellado tal vez con su sangre los eternos principios de la verdad, justicia, libertad y religion, afirmando en tan sólidos cimientos la paz y la dicha futura de los pueblos. El siglo actual ha producido ya nuevos Génios, á quien la humanidad debe nuevos beneficios, la filosofía nuevos descubrimientos y las artes nuevos tesoros.

España, en tanto, ha parecido como extravasada del movimiento intelectual; en España no se ha levantado un génio; España no cuenta un filósofo; España ha aprendido poco, y no ha creado nada. Y en esta España se eleva al mismo tiempo una generacion de artistas y un coro de poetas: en medio de la aparente esterilidad de los pensamientos, brota con una fecundidad maravillosa la más lozana y vigorosa creacion de versos sublimes, de trovas delicadas, de sentidas elegías y de dramas caballerescos y profundos, que prometen hacer olvidar en breve las producciones de la nueva escuela extranjera, y elevar nuestra poesía al rango preferente que en otro tiempo obtuvo.

Nuestro génio es la imaginacion; nuestra filosofía la literatura: lo que en otras partes es amor á la verdad, es en nosotros entusiasmo por la belleza; lo que en otras naciones es actividad de producir, es en la nuestra ansia de gozar, ó más bien placer de sentir. Este suelo produce espontáneamente versos y flores, y bajo este cielo privilegiado, bajo las influencias de un clima meridional y de un temperamento árabe, los españoles más se entregan á lo vagaroso de las Musas que á lo positivo de las artes; más gozan en cantar que en aprender; más que los aplausos de la tribuna les embriagan de gloria los triunfos del teatro.

¡Y qué! Este fenómeno constante, ¿debe ser perdido

para el observador filósofo? ¿No debe ser apreciado como un hecho, como un dato en los cálculos de nuestra civilización y progreso? Y porque no esté en consonancia con la marcha de las otras naciones, ¿debe ser despreciado, debe ser tenido por una calamidad, ó contado en nada para la obra del político? Nosotros no lo podemos creer. Los instintos de los pueblos se dirigen; pero no se contrarian. Los instintos de los pueblos son obra de la Providencia, y entran en el cálculo de sus fines; y medio de la Providencia puede ser, y en el cálculo de sus fines ha entrado y puede entrar todavía, el que así como hay naciones que se regeneran por las ideas, otras se regeneren por los sentimientos, y que el principio de vida social que se inculca en unas por el apostolado de las doctrinas, sea infundido en otras por la inspiración del canto. La Providencia, como el General de un vasto ejército que lleva las tropas de la humanidad á través de la cordillera de los siglos, puede comunicar sus órdenes y dirigir los combinados movimientos de sus divisiones, ora por la voz de los intérpretes de su inteligencia suprema, ora por los armoniosos toques de su música y de sus bardos.

¡Ah! Si esto no fuera cierto, ¿qué desconsolados quedaríamos al tender la vista por nuestra Pátria! ¿Dónde hallaríamos un punto luminoso que nos anunciara el sol que ha de alumbrar el oscuro horizonte de nuestro misterioso porvenir? Si no nos animara esta fé, ¿cuál podría ser nuestra esperanza?

No nos importa que pueda estar lejana esta época, y que sea muy lento el trabajo necesario para elevar nuestra literatura hasta el punto de influir poderosa y saludablemente sobre la sociedad, y ejercer de lleno sobre ella

su acción fecunda y civilizadora. El impulso está dado, y el movimiento no se parará. Acaso todas las producciones que ahora aparecen, desaparecerán como informes embriones y confusos bosquejos, ante obras más armónicas y dotadas de más perfecta vitalidad. Romperánse acaso, y se desharán como tipos incompletos, como postizos andamios, para que edificios nuevos se eleven y duren: acaso no está aun hallado el principio que ha de presidir á la grande obra de nuestra regeneración literaria, y nos agitamos á ciegas buscándole en una confusión parecida á la anarquía. Pero el movimiento existe, el deseo existe, el doloroso trabajo que precede á la creación existe, y el calor literario se hará fecundo, y la inspiración vendrá, y el principio se formulará, y los bosquejos se harán modelos, y los edificios se levantarán magníficos, colosales, eternos; y nuestra España se rodeará de la aureola de gloria y de la atmósfera de armonía y perfumes de que necesita para respirar y vivir, y sin la cual se asfixia y se muere.

Y nosotros que para este santo fin trabajamos, no consideremos nuestras tareas como fútiles y vanas, como una obra de mero pasatiempo, como una obra de circunstancias, como un paseo en que nos es permitido vagar sin rumbo y sin objeto. No: para nosotros hay un porvenir, un sistema y un destino providencial; tenemos un estadio que es preciso recorrer; una meta que es preciso tocar; y no importa que nos estrellamos. En la lucha está la gloria, y en el intento el valor: otro carro pasará sobre nosotros, y llegará al término apetecido, y pondrá la corona de su triunfo á los pies de la humanidad, en cuyo nombre lidia. No: nosotros no somos los bufones del mundo ni los juglares de sus pasiones; que debemos ser

sus bardos. Cuando en el corazón de la sociedad hay egoísmo, y prosa, y materia muerta, nosotros no debemos ser sus imitadores, no; que la poesía no es arte de imitación, por más que bárbaramente se la haya así proclamado. Buscar debemos en el cielo inspiraciones de virtud, esfuerzos de abnegación, imágenes de ideal belleza, y presentarlas á la sociedad, como modelos que ella debe imitar, y en cuya dirección debe elevarse, ya que no le sea dado llegar á su altura.

Y cuando la sociedad se despedaza, cuando los fundamentos de todas las instituciones se conmueven y se desmoronan, cuando todas las creencias se destruyen, cuando todos los afectos del corazón se secan, cuando los mezquinos intereses del egoísmo y las miserables pasiones personales toman la voz y ocupan el lugar de los intereses públicos; cuando la libertad está en todos los labios y la tiranía en todos los corazones; cuando la sangre corre, y los campos se talan, y los pueblos se incendian, nosotros no debemos asociarnos á esa política sangrienta, á esa obra nefanda de desolación y de ruina, ni azuzar con nuestros acentos la saña de los vencedores, escarnecer la aflicción de los vencidos. No: precisamente entre estos horrores, nuestro deber y nuestra misión es dirigir una voz de consuelo á esta sociedad, que nos lo agradecerá con lágrimas, y distraerla de su aflicción con himnos de paz y tonos de dulzura, como se hace oír una música armoniosa á un enfermo doliente y postrado. Y cuando haya cesado la lucha, y tras la obra de destrucción sea preciso edificar y construir, entonces nos asociaremos con más esperanza y con más intimidad á trabajos de reorganización, y á empresas dignas de un nuevo siglo, que tiene que lucir para esta nación sin ventura, si el cielo en

su cólera no ha decretado que sea borrada del libro de la vida. Así, cuando Hércules hubo purgado el suelo de los monstruos que disputaban su vivienda al hombre, Orfeo elevó sobre aquel mismo suelo ciudades poderosas con sólo el poder del pensamiento, de la inspiración y de la lira.

PRÓLOGO

A LAS OBRAS POÉTICAS

DE DON JOSÉ ZORRILLA.

Era una tarde de Febrero. — Un carro fúnebre caminaba por las calles de Madrid. Seguíanle en silenciosa procesion centenares de jóvenes, con semblante melancólico, con ojos aterrados. Sobre aquel carro iba un ataúd; en el ataúd los restos de Larra; sobre el ataúd, una corona. Era la primera que en nuestros dias se consagraba al talento: la primera vez acaso que se declaraba que el génio es en la sociedad una aristocrácia, un poder. La envidia y el ódio habian callado; los hombres de la moralidad dejaban para despues la moral taréa de roer los huesos de un desgraciado, y nadie disputaba á nuestro amigo los honores de su fúnebre triunfo. Todos tristes, todos abismados en el dolor, conducíamos á nuestro poeta á su capítolio, al cementerio de la puerta de Fuencarral, donde las manos de la amistad le habian procurado un nicho. Un numeroso concurso llenaba aquel patio pavimentado de huesos, incrustado de lápidas, entapizado de epitafios; y la descolorida luz del crepúsculo de la tarde daba palidez y aire de sombras á todos nuestros semblantes.

Cumplido ya nuestro triste deber, un encanto inexplicable nos detenía en derredor de aquel túmulo; no podíamos separarnos de los preciosos restos que para siempre

encerraba, sin dirigirles aquellas solemnes palabras que tal vez oyen tambien los muertos ántes de adormecerse profundamente en su eterno letargo. Entónces el Sr. Roca de Togores, levantando penosamente de su alma el peso de dolor que la oprimia, y como revistiéndose de la sombra del ilustre difunto, alzó su voz. Larra se despidió de nosotros por su boca, y nos refirió, por la vez postrema, la historia interesante de sus borrascosos, brillantes y malogrados dias.

En aquel momento nuestros corazones vibraban de un modo que no se puede hacer comprender á los que no lo sientan; que los mismos que lo hayan sentido lo habran ya olvidado; porque de los vuelos del alma, de los arrebatos del entusiasmo, ni se forma idéa, ni queda memoria; que en ellos el espíritu está en otra region, vive en otro mundo; los objetos hacen impresiones diversas de las que producen en el estado normal de la vida; el alma vé clara los misterios, ó créee, porque lo siente, lo que tal vez no puede comprender. Se vé entónces á sí misma, se desprende, y se remonta del suelo; conoce, vé, palpa que ella no es el barro de la tierra; que otro mundo le pertenece; y se eleva á él, y desde su altura, como el águila que vé el suelo y mira al sol, sondéa la inmensidad del tiempo y del espácio, y se encuentra en presencia de la Divinidad, que enmedio del espácio y de la eternidad preside. Entónces no se puede usar del lenguaje del mundo, y el alma siente la necesidad de otra forma para comunicar lo que pasa en su seno.

Tal era entónces nuestra situacion. No era sólo amistad lo que sentíamos; no era tampoco meramente la contemplacion profunda de aquella muerte desastrosa, de aquella vida cortada en flor, la vista de aquel cementerio,

la inauguración de aquella tumba, la serenidad del cielo que nos cubría, la voz elocuente del amigo que hablaba; no era exclusivamente nada de esto; era todo reunido, ó más que todo esto, para elevarnos á aquel estado de inexplicable magnetismo en que en una situación vivamente sentida por muchos, parece que se ayudan todos á sostenerse en las nubes. ¡Ah! Pero nuestro entusiasmo era de dolor. Llorábamos—sábenlo el cielo y aquellas tumbas!—y al querer dirigir la voz á la sombra de nuestro amigo, pedíamos al cielo el lenguaje de la triste inspiración que nos dominaba, y buscábamos en derredor de nosotros un intérprete de nuestra aflicción, un acento que reprodujera toda nuestra tristeza, una voz donde en comun concierto sonasen acordes las notas de todos nuestros suspiros.

Entonces, de enmedio de nosotros, y como si saliera debajo de aquel sepulcro, vimos brotar y aparecer un joven, casi un niño, para todos desconocido. Alzó su pálido semblante, clavó en aquella tumba y en el cielo una mirada sublime, y dejando oír una voz que por primera vez sonaba en nuestros oídos, leyó en cortados y trémulos acentos los versos que van insertos en la página primera de esta colección, y que el Sr. Roca tuvo que arrancar de su mano, porque desfallecida á la fuerza de su emoción, el mismo autor no pudo concluirlos. Nuestro asombro fué igual á nuestro entusiasmo; y así que supimos el nombre del dichoso mortal, que tan nuevas y celestiales armonías nos había hecho escuchar, saludamos al nuevo bardo con la admiración religiosa de que aún estábamos poseídos; bendijimos á la Providencia, que tan ostensiblemente hacía aparecer un genio sobre la tumba de otro, y los mismos que en fúnebre pompa habíamos conducido al

ilustre Larra á la mansión de los muertos, salimos de aquel recinto llevando en triunfo á otro poeta al mundo de los vivos, y proclamando con entusiasmo el nombre de Zorrilla.

No he recordado aquí aquella tarde por el placer de describir una escena grande y poética. Más poética y más grande fué seguramente que mi descolorida descripción, aunque en el torrente de las escenas que á nuestros ojos pasan, ya se haya hundido, y ya casi todos la hayan olvidado. El autor de estas líneas no podrá borrarla de su memoria. Entonces empezó á sentir hacia el ilustre poeta á quien la consagra, el afecto que con él le une, y que es demasiado tierno para que no forme época en su vida: entonces empezó el público á conocer las producciones de este ingenio; y la impresión que de ellas ha recibido es demasiado profunda, para que no se marque muy distintamente en los anales de la literatura contemporánea. Pero no ha sido esta precisamente la razón de recordar aquella escena. Yo he tomado nota de ella, y la he consignado al frente de estas páginas, porque aquella original aparición me ha sugerido las reflexiones que voy á hacer sobre la índole y carácter de estas poesías.

Cuando oímos los versos de que acabo de hacer mención, todos los que tuvimos la fortuna de escucharlos, sentimos la inspiración que los había dictado, y comprendimos el idealismo en que estaban concebidos, porque también nosotros estábamos inspirados, y también nuestra existencia vagaba por las regiones de lo ideal y de lo eterno. Nos hallábamos al nivel del autor, á la altura de su mismo genio, y en estado de sentir lo que él tal vez no hizo más que expresar: porque entonces, como

los primitivos poetas, como los bardos en sus banquetes, como Píndaro en los juegos olímpicos, tomaba entusiasmo de nuestro entusiasmo, llanto de nuestro llanto: era el foco del espejo, y reflejábanse en él concentrados los rayos que tal vez de nosotros mismos partían. Así que á nadie pudo ocurrírsele que aquella produccion no fuese natural, espontánea, como su mirar, como su acento, como el color de su semblante y el llanto de sus ojos. Nadie pudo ver en ella la imitacion de tal autor, ó los principios de tal escuela: nadie discutió si era *clásica* ó *romántica*, *oriental* ó *filosófica*. Era una composicion de allí, de aquel poeta, de aquel momento, de aquella escena, para nosotros, en nuestra lengua, en nuestra poesia, en poesia que nos arrebató, que nos electrizó, que comprendimos, y sobre cuyo mérito, género y formas no se suscitaron discusiones ni críticas.

Y sin embargo, el autor la habia escrito algunos momentos ántes de aquella reunion, á solas en su gabinete, sin auditorio que la escuchara, y bajo la inspiracion de su dolor y de su génio. Si á solas tambien la hubiera leído á cada uno de sus oyentes, ¿hubiera producido el mismo efecto? ¿La hubieran hallado tan ideal, tan bella, tan original y tan espontánea? No seguramente. Para uno hubiera sido incomprensible una frase, otro hubiera encontrado exageracion ó falta de verdad en un pensamiento: un oído *fino* hubiera sentido flojo, duro, ó arrastrado algun verso: un entendimiento metódico, observaría la falta de orden, de conexión y enlace entre sus ideas: cuál la tendría por *vaga*, y haría notar que su lectura no dejaba en el alma ninguna idea fija. Y ¿qué más? La mayor parte tal vez, no hubieran visto en ella más que una imitacion de Victor Hugo ó de Lamartine.

Pues lo que hubiera sucedido á aquella composicion así leída, sucede todos los dias, no precisamente con respecto al público, sino con respecto á los inteligentes y críticos, con otras que se han dado á luz. Todas ellas suscitan las mismas vanas y ociosas cuestiones; y solo los corazones sensibles y no gastados, que se entregan de buena fé al ímpetu del sentimiento, y que unísonos desde luego al tono del poeta, vibran con todas las modulaciones de su laud, y obedecen á todos los caprichos de su inspiracion, se encuentran con respecto á las demás poesías de este autor en el caso en que todos nos hallamos cuando su aparicion en el cementerio. Entónces su inspiracion habia volado sola, á donde nuestro entusiasmo voló despues; su inspiracion siguió siempre la misma, tal vez más poderosa, más alta, más fuerte, más profunda; pero no siéndonos siempre posible ponernos en la esfera de su atraccion, vemos á veces sus cuadros desde un punto en que no tienen perspectiva, ó no oímos de su lira más que el ruido de los trastes. De ahí la mayor parte de esas disputas ó críticas: de ahí esas frases incomprensibles para los que quisieran hallar en los versos ecuaciones y silogismos: de ahí ese *gongorismo* para los que piensan que la poesia es solo un medio de hablar, y no un modo de sentir, una manera de ser: de ahí, en fin, la pretension de que estos versos son imitaciones de un autor, ó doctrinas de una escuela, por parte de los que todavia están aferrados en creer que la poesia es *un arte de imitacion*, y que puede ser un método de hacer exposiciones de teorías políticas ó sistemas filosóficos.

Empero los que tienen corazón y alma, y los que saben que con estos, y no con los dedos y con las palabras, se hacen los versos, saben tambien lo que signifi-

can estas impugnaciones, y lo que hay en ellas de verdadero ó inexacto. El autor de este prólogo está muy distante de creer que sean obras perfectas los primeros preludios poéticos del amigo á quien le consagra: el entusiasmo que le arrebató, no le ciega; ha querido sin embargo demostrar cómo muchos de los defectos que se atribuyen á una obra pueden consistir en el modo de juzgarla, y sobre todo, ha querido protestar contra ese tema de qué es imitación y amaneramiento de escuela lo que es tan espontáneo y tan natural como las flores del campo, y como las rocas de los montes.

Siglos hay, sí, que inspiran un mismo tono á todo el que los canta: principios, ideas, y sentimientos generales, dominantes, humanitarios, que presidiendo á una época y á una generación, se reproducen en todas sus obras y bajo todas sus formas. Pero entonces la analogía no es el plágio, la semejanza no es la imitación, ni la consonancia el eco; entonces, por el contrario, la conformidad es el sello de la inspiración y de la originalidad: entonces dos obras se parecen, y distan entre sí un mundo entero: entonces, dos autores se imitan sin conocerse; entonces se notan armonías y correspondencias entre la Biblia y Homero: entonces se copian Shakespeare y Calderón. Es un sol refulgente que reverbera en todos los cuerpos que ilumina: es una luna melancólica que reproduce todos los objetos que baña con sus pálidos rayos.

Sí. El siglo de Byron, de Hugo, de Chateaubriand debe inspirar también á los vates españoles; pero su inspiración no ha de dejar de ser propia y española, como del siglo y de los objetos que canten. Póngase cada uno á mirar sus cuadros á la luz que alumbró: verá tal vez en su fondo el reflejo del cielo que los cubre; pero no

colores prestados de ajena paleta. Fórmese para cada composición un teatro como el del cementerio, y verán todos en ella la inspiración original, la naturalidad, la unción, la verdad, la belleza ideal, y la celestial armonía que creyeron ver en la primera; percibirán clara y luminosamente lo que algunos no comprendieron; se sentirán en la presencia real de lo que tal vez les pareció visión y quimera; les sorprenderá la exactitud de lo que creyeron exagerado, y hallarán por último que lo que afectan llamar romanticismo, no es más que la poesía, la naturaleza, la verdad.

A otra serie de reflexiones dió, además, lugar en mi alma la escena de aquella tarde; reflexiones que algunos no comprenderán tampoco, y que otros muchos comprenderán solamente para fulminar contra ellas el anatema del ridículo, y para acogerlas con la sardónica ironía que entre nosotros se afecta hacia todo lo que no es materialmente positivo y humanamente lógico; hacia todo lo que propende á hacer intervenir al cielo en lo que pasa en la tierra. Yo, empero, que creo en un orden de cosas superior al orden de los fenómenos que á nuestra razón y á nuestros sentidos es dado percibir y explicar; yo, que estoy persuadido de que no se hallan entre nosotros todas las causas de lo que á nuestros ojos sucede; acostumbrado á ver la mano de la Providencia en los sucesos al parecer más insignificantes de la vida, no es mucho que la conozca en aquellas ocasiones en que con más solemnidad quiere como revelarse á nosotros.

Sí; un poeta puede confesarlo: puede decir que cree en las causas finales; que cree en la predestinación, y que cree que si la humanidad toda concurre á la obra que la inteligencia suprema le ha trazado, cada hombre, y so-

bre todo, cada especialidad concurre á un objeto fijo y determinado. Sin esta creencia, el libro del mundo es un enigma incomprensible, y el de la historia es un tejido de absurdos. Fiel á esta creencia, y juzgando que Larra era algo en la tierra; que en esta nacion, en esta agregacion de nulidades donde su existencia descollaba con tanto brillo, no en vano sus producciones habian fijado tan vivamente la atencion pública, y que su pérdida dejaba un vacío, no sólo en la literatura, sino en la sociedad; cuando á orillas del sepulcro del malogrado escritor que nos dejaba, vi brotar el poeta que nacia, el hecho era de demasiado bulto, la aparicion demasiado fatídica para no reconocer en el nuevo génio una mision tan especial como la del primero.

Los presentimientos análogos que hasta ahora he tenido, no han sido nunca vanos; el de aquella tarde no lo ha sido tampoco: los acentos del nuevo bardo sorprendieron desde luego y arrebataron. Agitado de la calentura del génio y de la maravillosa fecundidad de que le ha dotado el cielo, en pocos meses ha lanzado al público una multitud de composiciones, que no pasaron efímeras, como la mayor parte de las fugitivas producciones de nuestros días, ó conocidas sólo de los inteligentes, como las de épocas anteriores. Recibidas ora con admiracion, ora con extrañeza, ora con entusiasmo, ora con desagrado, segun las ideas y carácter de cada uno, no lo han sido nunca con indiferencia. Leídas y releídas, oídas y recitadas por todos; el ánsia con que se buscan los periódicos donde se publicaron algunas, ha obligado á recogerlas en la presente coleccion.

Y no sólo en elogios y alabanzas ha consistido su popularidad. Tambien han sido parodiadas, y puestas en ri-

diculo é imitadas por malos poetas, que es la más infeliz parodia: tambien han sido tachadas de inmorales, de incomprensibles, y hasta equiparadas en algun artículo de periódico á los discursos de varios célebres oradores de nuestras actuales Cortes. Pues bien: esta novedad y admiracion, esas sátiras é invectivas, esas imitaciones de la medianía, y esas hostilidades de la envidia son el grande éxito, la corona del talento, el sello de la especialidad.

Nuestra época se afanaba en producir un poeta que estuviese á su nivel y en armonia con ella; que fuese como el representante literario de la nueva generacion, de sus ideas, de sus sentimientos y creencias. Varios jóvenes, al parecer, con esta esperanza, y con éxito más ó ménos feliz, se habian presentado hasta ahora en la escena, y el público no dejó de vislumbrar en ellos ráfagas de nueva luz, y sentir aliento de nueva vida; pero á la aparicion de Zorrilla ha visto ya el oriente de un astro muy luminoso.

Tibios todavia sus primeros rayos, han despertado en su derredor todo un hemisferio de poesia; y si aun no ha nacido el sol, estrellas muy resplandecientes se eclipsaron ya ante su brillante crepúsculo. Si sus preludios marcan una aurora, sus cantos sellarán una época; si su aparicion ha sido fatídica, su poesia será providencial; si el eco de su voz ha sobrecogido y su primera inspiracion fascinado, muy transcendental y poderosa será la influencia que debe ejercer, y más anchurosa de lo que se cree, la esfera de accion en que debe obrar su impulso.

¿Cuál será, empero, esta accion? ¿Cuál será el desarrollo de este germen? ¿Cuál será este fin?—Yo he podido adivinarlo, pero no me atreveré á predecirlo, porque los arcanos del Destino no se explican, ni los vuelos del génio se calculan. Permitasele, sin embargo, á un alma tam-

bien poética formar esperanzas; y para formularlas y para dar una idea de las conjeturas que sobre lo futuro se presentan á su fantasía, permítasele entrar en consideraciones del aspecto bajo el cual las cosas presentes se ofrecen á sus ojos. La imaginación, la amistad, el entusiasmo podrán ejercer grande influencia en este análisis; pero el corazón, el sentimiento, la fantasía, son el único *método analítico* aplicable á las obras de un poeta.

En el estado actual de nuestra indefinible civilización, la poesía, como todas las ciencias y artes, como todas las instituciones, como la pintura, la arquitectura y la música, como la filosofía y la religión, ha perdido su tendencia unitaria y simpática y sus relaciones con la humanidad en general, porque no existiendo sentimientos ni creencias sociales, carece de base en que se apoye, y de lazo que á la humanidad la ligue. Sin poder proclamar un principio que la sociedad ignora, sin poder encaminarse hacia un fin que la sociedad no conoce, ni dirigirse hacia un cielo en que la sociedad no cree, la poesía, dejando una región en la que no hallaba atmósfera para respirar, se ha refugiado como á su último asilo á lo más íntimo de la individualidad y del seno del hombre, donde aun, á despecho de la filosofía y del egoísmo, un corazón palpita y un espíritu inmortal vive. Pero un hombre, en su aislamiento, es el más miserable y desgraciado de los seres. La Providencia ha hecho necesaria para la dicha y perfectibilidad del hombre la asociación; asociación que no es el agregado de muchos individuos de la especie humana, sino el conjunto de las facultades que en común poseen, la comunión de sus ideas y de sus sentimientos; de la inteligencia y de la simpatía. Mas hay épocas, tristes para la humanidad, en que estos

lazos se rompen, en que las ideas se dividen y las simpatías se absorben; en que el mundo de la inteligencia es el caos; el del sentimiento, el vacío; en que el hombre no ejercita su pensamiento sino en el análisis y en la duda, y no conserva su corazón sino para sentir la soledad que le rodea, y el abismo de hielo en que yace.

Entonces el genio puede volar aun; pero vuela, como el Satanás de Milton, solitario y por el caos: el sol le causa pena; la belleza del mundo, envidia. Su poesía es solitaria como él; y como él, triste y desesperada. Canta, ó más bien, llora sus infortunios, su cielo perdido, el fuego concentrado en su corazón, las luchas de su inteligencia y las contrariedades de su enigmático destino. Sus relaciones con la naturaleza no pueden ser expansivas, ni sus relaciones con los hombres simpáticas. Replegado en su individualismo, sus relaciones con Dios podrán aun ser muy vivas; pero sólo en su presencia, si la reconoce; y sólo en el universo, si tal vez ha renegado de la Providencia: los himnos que debían consagrarse á una religión de amor, serán solamente gritos de desesperación y de impío despecho, ó extravíos de un abstracto y estéril misticismo.

Tal es, á mis ojos, el carácter de la época presente; tal es también su poesía: la poesía dominante, la poesía elegiaca actual; poesía de vértigo, de vacilación y de duda; poesía de delirio, ó de duelo; poesía sin unidad, sin sistema, sin fin moral ni objeto humanitario, y poesía, sin embargo, que se hace escuchar y que encuentra simpatías, porque los acentos de un alma desgraciada hallan donde quiera su cuerda unisona, y van á herir profunda y dolorosamente á todas las almas sensibles en el seno de su soledad y desconsuelo.

Zorrilla ha empezado, y no podía ménos de empezar, por este género. Hijo del siglo, le ha pagado también su tributo de lágrimas; ha pasado por bajo el yugo de su tiranía; ha llorado también á solas, y ha dado al viento sus sollozos; ha golpeado su frente de poeta contra el calabozo que le aprisionaba; ha forcejeado por quebrantar cadenas que no son lazos; ha invocado el auxilio de Dios, y ha renegado del cielo; ha cantado el éxtasis de los bienaventurados y saludado á la Reina de los Ángeles; y ha lanzado gemidos de desesperacion infernal, y llamado en su socorro la muerte y la nada.

Y cuando la fuerza expansiva de su inspiracion, arrancándole de su individualismo, le lanzó á más ancha esfera, y le hizo recorrer, á pesar suyo, la sociedad que se agitaba á su alrededor, no se deslumbraron sus ojos con el brillo que despedía el oropel de la civilizacion, sino que instintivamente penetrantes, bien conocieron sobre el lecho de oro y púrpura, á la enferma que agonizaba abandonada y sola, y bien acertaron á ver más allá, bajo la suntuosa lápida del sepulcro cincelado, la brillante mortaja de seda y pedrería pronta á cubrir la fetidez de un cuerpo, presa ya de la gangrena y de la muerte.

El instinto perspicaz de su inspiracion le ha representado al mundo moral en su espantosa anarquía y desnivel, en su desorganizacion y fealdad. Y arrebatado, á tal vista, de un vértigo de tristeza y amargura, asomó á sus labios aquella risa horriblemente sardónica, con que el hombre, en el último extremo de desesperacion y miseria, escarneciendo á los demás y á sí mismo, pregunta al cielo como burlándose, qué es lo que tal desórden significa: duda si se debe tomar en serio la suerte de la humanidad; mezcla reflexiones profundas y terribles con sátiras amar-

gas y ridículos contrastes, y entre el llanto de un funeral hace oír las carcajadas de una orgía.

Entónces, evocando la sombra de Cervantes, tiene con ella el singular diálogo en que nuestro poeta se mofa de sus tiempos, tan á su sabor (si bien con otra hiel y tristeza), como aquel génio inmortal parodiaba los suyos. Entónces, personificando en Venecia á todas las naciones degradadas y á todos los pueblos corrompidos, despues de haber descrito en versos dignos de Calderon y de Byron la grandeza de su antiguo poderio, y el polvo y cieno en que desde su elevacion se hundieron, repentinamente *levanta una carcajada para apagar sus gemidos*, y termina su fúnebre canto entre la báquica algazara de un festin, como se suele ver en tiempos de peste y mortandad entregarse los hombres á desórdenes y excesos, para apurar los goces de su existencia, amenazada entre la embriaguez de los placeres. Y por último, en otro momento de inspiracion más poderosa y más profunda, abarcando de un sólo golpe de vista eminentemente sintético el cuadro de todos los vicios y de todas las monstruosas desigualdades de la sociedad, la pinta de una sola pincelada en cuatro versos dignos de la pluma de Lamennais, y que equivalen á todo un volumen de filosofía, en que dirigiendo sobre el banquete de la vida una mirada más terrible que la de Daniel sobre el convite de Baltasar, dice que

Unos cayeron beodos,
Otros de hambre cayeron;
Y todos se maldijeron;
Que eran infelices todos!

Empero lo que más caracteriza al génio es no ser exclusivamente órgano de la época en que vive, y presentir

la que nace en medio de las inspiraciones de lo que existe. Así Homero adivinó los tiempos de Licurgo y de Solón; así Virgilio casi pertenece al cristianismo y á la edad media; así el Dante apenas se concibe cómo haya escrito en el siglo XIII; así Cervantes en una edad caballerescas todavía, predecía y aceleraba el prosaismo del siglo XVIII: por eso el instinto de todos los pueblos ha reconocido siempre en la inspiración poética el don de la profecía.

El génio actual conserva aún reconcentrado todo lo que en la humanidad debía haber, y todo lo que habrá sin duda, porque todavía sus gérmenes existen, no en la sociedad, pero sí en los individuos: para él aún puede haber creencias y virtudes, é ilusiones y amor, y abnegación, y heroísmo é interés, que no sean de la tierra,—y un pensamiento de Dios, una memoria del cielo, una esperanza de inmortalidad.

Por eso nuestro Poeta no tardó en conocer que la poesía á que le arrastraba su siglo, era estéril y transitória, como debe serlo esta época de desorganización y de duda, como debe serlo el egoísmo que nos disuelve y el escepticismo que nos hiela; y parándose en su carrera, y apartándose de la boca del Tártaro á donde caminaba, y subiéndose á un puesto más avanzado y más digno de su misión, ha visto la naturaleza bella, risueña, iluminada, viva y animada, como Dios la creó para servir de teatro á la virtud y á la inteligencia del hombre; y tiñendo su pluma de los colores del iris y de los celajes del Oriente, ha dirigido á la humanidad palabras de amor y consuelo, himnos de bendición y alabanza al Creador:

¡Bello es el mundo! ¡Sí! ¡La vida es bella!

Dios en sus obras el placer derrama.

Entónces, en medio del negro horizonte que le circundaba, una brisa de esperanza agitó su alma, y un rayo del sol del porvenir iluminó su frente; su Musa, empero, ántes de lanzarle en las profundidades de lo futuro, quiso anudar en su espíritu la cadena de las tradiciones,—sin las que no hay sociedad ni poesía,—y llevarle á recorrer primero los venerables restos de lo pasado. Su imaginación debía encontrar todavía en ellos una sociedad homogénea y compacta de religión y de virtud, de grandeza y de gloria, de riqueza y sentimiento; y su pluma no pudo ménos de hacer contrastar lo que hay de mezquino, glacial y ridículo en la época actual, con lo que tienen de magnífico, solemne y sublime los recuerdos de los tiempos caballerescos y religiosos.

El primero entre nuestros poetas que ha sentido la necesidad de buscar en estas creencias y tradiciones los gérmenes de grandeza y sociabilidad que abrigan; que ha comprendido que es preciso desenterrar de los abismos de lo pasado los tesoros del porvenir, ha sido también el primero en dar vida poética á nuestros olvidados monumentos religiosos, y poner en escena las sagradas y grandiosas solemnidades, que hacían las delicias de nuestros Padres. Bajo su pluma vemos levantarse de entre el polvo y el cieno, que la cubren como un sepulcro olvidado, la severa capital del Imperio godo, revestida del armiño de sus Reyes y de la púrpura de sus Prelados, guerrera como sus héroes y sus armas, religiosa y política como sus concilios. Trocada despues por el árabe voluptuoso en una mansión de placeres, asistimos á sus fiestas y torneos y caballerescas justas, perfumados de los aromas de Oriente, adornados de galas, plumas, sedas y pedrería, y respirando el aliento de las huries.

Pero en seguida vemos alzarse gigantesca, y descollar por sobre todas estas memorias la Catedral Primada, símbolo arquitectónico del cristianismo, con los estandartes de piedra de sus torres, con las lenguas de bronce de sus campanas; y presenciamos los sagrados ritos de la religion única verdadera y más bella que ha existido sobre la tierra. Oímos el órgano cantando sus solemnes misterios por la *centuple garganta de los tubos de metal*, y escuchamos á la par el canto de los sacerdotes, el crujir de sus túnicas y brocados: nos deslumbra el brillo de mil lámparas, reflejado en el oro de los altares y en los diamantes del tabernáculo; y prosternados con el pueblo que asiste á espectáculo tan grandioso, nos embriagamos de luz y de armonía, de aroma de incienso y de música del cielo, y se apodera de nosotros el éxtasis que remeda en la tierra el arrobamiento de los bienaventurados. En aquel momento los gemidos de dolor cesan, los sollozos de amargura, los ayes de impotencia y despecho se convierten en lágrimas de santa ternura y en himnos de esperanza; el desprecio de la vida y el desapego á los hombres dan lugar á la idea de la inmortalidad, premio de una existencia de virtudes y amor. La sociedad que veíamos dispersa sobre la superficie de la tierra, reunida bajo las bóvedas del templo, nos parece no tener más que un sentimiento, una voz, una *oración* que elevar al cielo con el humo de sus ofrendas.

Allí están todas las artes: allí están la música, la pintura, la escultura, la arquitectura, concurriendo todas á un fin común; formando todas un concierto de los talentos del hombre. El templo abarca toda la vida: la Religion completa el cuadro de la poesía, como que es la clave

de la sociedad; y al volver de nuestro arrobamiento, al sentirnos en la realidad de nuestra existencia, no podemos ménos de consagrar un suspiro de pesar por aquellos hermosos tiempos que se han perdido; un ¡ay! por los placeres de nuestros Padres, por la fe que alimentaba su vida;.... una lágrima por la Religion, hoy de muchos abandonada, un movimiento de sagrado respeto hacia las venerandas reliquias que de ella nos quedan!

Tal es el efecto de las variadas y profundas sensaciones que nuestro Poeta sabe excitar con su maravilloso canto; tal es el cuadro que presentan á mis ojos las páginas de un libro, donde algunos no verán tal vez más que figuras dislocadas, versos inconexos, ideas contradictorias. Tal es el pensamiento unitario transcendental y profundamente filosófico que resulta de estas inspiraciones, la idea moral que preside á su redacción, y el hilo de union que liga con una trama invisible, pero fuerte, los varios trozos de este precioso mosaico. Pero este pensamiento y esta moralidad los buscarán en vano los que crean hallarlos en sartas de máximas, y en tiradas de sentencias. Para lectores de esta clase no ha escrito Zorrilla; ni, á la verdad, yo tampoco. La filosofía de que yo hablo, es una filosofía viva, animada, que transpira y brota en las cosas, y no en las palabras, como un jardín delicioso inspira ideas de placer; como la armonía de un concierto infunde sentimientos de amor ó de melancolía; como la vista del cielo y las maravillas de la naturaleza proclaman la existencia de Dios.

Sin embargo, se me dirá:—¿ha sido el pensamiento que tú descubres el pensamiento del autor? Tuvo presente el objeto que le asignas, al obedecer á las inspiraciones que le han dictado sus cuadros fantásticos y sus armo-

niosos himnos? ¿Ha pensado él, por ventura, en el fin social de sus versos?... ¿ha pretendido ensalzarle en un conjunto regular, y en un sistema poético, el joven génio, que acaso no ha hecho más que ceder al ímpetu de su imaginación en una hora de arrebató, y fijar con la pluma las instantáneas imágenes, las fugaces sensaciones que pasaban por su existencia, tal vez para no recordarse jamás? ¿Ha descendido á estas consideraciones filosóficas, á este análisis moral y religioso de sus obras, á este cálculo previo del plan de sus trabajos?—No, sin duda. Y si hubiera sido capaz de concebirlo, acaso no lo hubiera sido de realizarlo.

El génio no raciocina: los poetas, como todas las especialidades del mundo, no tienen siempre conciencia de lo que son; cumplen su destino sin saberlo, é ignoran la teoría de la obra misma que son llamados á edificar, y el poder de los principios mismos que vienen á proclamar y difundir. Por eso los que viven á su inmediación suelen juzgarlos con la mayor inexactitud, cuando creen ufanos que sólo ellos están en el secreto del génio; y porque ellos ven de cerca una tela tiznada de borrones y manchada con informes figuras, piensan que son ilusiones y fantásticas quimeras los primores que otros ven de lejos en un cuadro lleno de verdad y de vida. Ellos no ven más que al individuo, donde debían ver al poeta; no ven más que al autor, cuando debían examinar la obra, y miden al Escorial por la estatura de Herrera.

Oyen los lamentos de un hombre en cuyo rostro suele brillar la alegría; y no saben que son los gemidos de una generación entera los que se exhalan de aquel pecho, y el llanto de todo un siglo el que humedece las cuerdas de su lira! Ven al mortal, afortunado acaso, quejarse de una

sociedad en que es amado, en que vive tal vez en el seno de los placeres; y no saben que á una alma eminentemente simpática, no le bastan los placeres de una existencia sola; y que la esponja de su corazón embebe y derrama la amargura de diez millones de infelices! Ven al hombre del mundo, tal vez indiferente é incrédulo predicando la religión y los misterios; y no conocen la terrible personificación del siglo ateo, obligado á arrastrarse al pié de los altares, buscando un resto de fuego que reanime su helada existencia, é implorando, por gracia, al cielo una creencia, un rayo de verdad y de luz que alumbré á la humanidad, y le enseñe la senda de su destino en la espantosa noche del escepticismo que la circunda. Nó. Ellos no ven ni al hombre moral siquiera, al individuo en sus interioridades, en sus ilusiones, en sus flaquezas, en sus contrastes y en sus misterios; no ven más que al hombre uniformemente vestido, al hombre del café y del paséo, del teatro y de la orgía; que se modela por los demás, y que se hace más superficial, más pequeño, más material y positivo de lo que es en el fondo de su corazón.—Y luego exclaman: ¡Hé aquí el hombre! ¡Hé aquí el filósofo! ¡Hé aquí el poeta!

Pero la sociedad sólo vé el génio, sólo contempla y admira la creación de la inteligencia y de la inspiración. Él se la lanza, como la Pitonisa el oráculo, como la estatua de Memnon su armonía. Ella la recibe, ella la descifra, ella la comprende.

Si, Poeta: la sociedad te comprenderá mejor que los sábios y que los eruditos. Tus mágicos preludios no serán perdidos ni infecundos. Sigue tu grandiosa carrera: avanza desde tu aurora á tu porvenir de gloria y esplendor. Tú has cantado los dolores del corazón, los misterios del alma, las maravillas de la naturaleza y el poder de la ins-

piracion. Tú, manchado de polvo y de fango, el cuadro chillante y desentonado de una civilizacion anárquica y desnivelada: tú has matizado con los tintes de la luz de Oriente las sombras de la edad pasada, y nos has mostrado una luz todavía encendida en el fondo de los antiguos sepulcros. Sigue. — El Destino tal vez te reserva otra carrera, y te prepara otra corona: tu poesía se lanzará hácia un nuevo período más brillante y más filosófico. Tú conoces que lo presente no es digno de tí; pero debes saber también que lo pasado, fué ya; que lo que ha muerto una vez, no resucita jamás; y que es ley de la Providencia que la humanidad no retroceda nunca.

El porvenir te aguarda; ese porvenir misterioso que se cierne sobre la Europa, y con cuyos encantos soñamos, como se sueña en la adolescencia con las gracias de una amante que se forja el corazon. Esa edad por que la juventud suspira; esa edad invocada por los votos de nuestros corazones; esa edad, tierra de promision en este desierto, para nuestras fervientes y religiosas esperanzas, tú ya es; y ántes que nosotros debe llegar á ella esa fantasía que, á velas desplegadas, boga por el mar de los tiempos.

A tu musa está reservado pintar esas maravillas desconocidas, y rasgar á nuestros ojos el velo á cuyo través ahora casi ni vagamente se trasluce. Tú sólo serás capaz de realizar en tus proféticas creaciones ese apocalipsis de la inteligencia; esa época de reorganizacion y de armonía, en que la grandeza de los antiguos tiempos se multiplique por la belleza y progresos de la civilizacion moderna, despojada ésta de su egoismo, como aquella de su barbarie; en que una ley universal de justicia, sabiduría y libertad, reúna en una familia comun las naciones ahora aisladas, y en que una religion de amor y paz realice so-

bre la tierra el glorioso destino á que la humanidad es llamada.

Sí, Poeta. Tal vez tus versos nos pinten lo que los políticos no se atreven á calcular: tal vez á tu canto se revele lo que á la filosofía no le es dado prever. La Providencia no te ha hecho aparecer en vano; y pues que te evocó de una tumba, tú debes saber cosas que los mortales ignoramos. *Cumple, pues, tu mision sobre la tierra!*

No importa que los que á sí mismos se desprecian; los que no se creen nacidos con fin alguno; los que piensan que existen arrojados por el acaso, como piedras en el pozo de la vida; los que niegan la prevision de la inteligencia suprema, el soplo divino del espíritu humano, su imperio sobre el mundo; y los que á trueque de no reconocer los privilegios del génio niegan también su existencia, hayan ridiculizado esa frase tuya, y tomen un pensamiento de piedad por un pensamiento de soberbia. Tú, empero, que crees en ella porque oyes dentro de tí la voz divina que te la dicta, sigue sereno, á pesar de las tempestades que en el horizonte asoman, la inspiracion sublime que te lleva á otro mundo.

Yo te he visto partir, mi querido amigo; yo también había querido lanzarme á ese Océano. Pero delante de tí he recogido mis velas, y me he quedado en la ribera, siguiéndote con mi vista y con mis votos. Sí; yo en mis ilusiones había creído que tenía una mision que cumplir. Has venido tú, y me queda otra, bien dulce, bien deliciosa: la de admirarte y la de ser tu amigo.

JUICIO

SOBRE LA SEGUNDA PARTE

DE

EL ZAPATERO Y EL REY.¹

Hemos dicho ya que el éxito del drama del Sr. Zorrilla, representado en el teatro de la Cruz, había sido brillante como ninguno. Hoy es, y á pesar de las representaciones transcurridas, el teatro continúa lleno de bote en bote. El mérito y el interés del drama están por consiguiente juzgados. Cuando el público falla, tiene que enmudecer la crítica. Todos los análisis de los más inteligentes y más altamente reputados maestros del arte no nos podrán nunca persuadir de que un drama que excita tan grande interés en el público, y que clava al espectador en la luneta por espacio de tres horas sin dejarle respirar, pueda ser una produccion monstruosa.

El interés es el criterio del arte, es el sello del génio, del mérito artístico: el gran talento desplegado por el Sr. Zorrilla en su última produccion, es indisputable. Este gran poeta se ha elevado sobre sí mismo á una inmensa altura. Desde el primer drama de *El Zapatero y el Rey* á este, que ha intitulado ahora su segunda parte, hay un progreso tal, que hubiéramos deseado que llevara otro título, para que pudiera ser más completa la ilusion de que las dos obras pertenecen á diferente autor.

¹ Publicado en El Conservador.—16 de Enero de 1842.

De consiguiente, nuestro exámen, nuestra crítica sólo podrán recaer sobre las consideraciones á que dé lugar ese vivo interés que en el público excita; á erigirnos en censores ó analistas de la rectitud de ese juicio en su parte moral, política ó filosófica. La crítica sin duda puede llegar á tanto. La filosofía puede preguntar si es extraviado, natural y recto el sentimiento del público, cuando goza ó sufre en un espectáculo. La razon puede darse cuenta de los fundamentos en que su criterio estriba. Al investigar las causas de la perfeccion y de la belleza, no le está negado discurrir sobre si el placer que en la representacion de un drama experimenta, es una depravacion, ó un triste resultado de circunstancias que pervierten y extravían la sensibilidad de un pueblo ó de un auditorio.

Esto es lo que hemos procurado hacer respecto á la profunda sensacion que nos ha causado el drama del señor Zorrilla. Nos hemos preguntado á nosotros mismos, en lo más hondo y tranquilo de nuestra desapasionada conciencia literaria, si esa sensacion era racional; si como tal, sería duradera. Y la respuesta que nos hemos dado, ha sido ventajosa tambien al gran mérito del drama que examinamos. No es un éxito de circunstancias, no es un interés efímero, ni un triunfo pasajero el de esta obra. Es una obra de duradera belleza, de profunda filosofía; una obra de conciencia, de reflexion, de estudio, de altas miras; despues de ser concepcion de un maravilloso talento.

Muchas, infinitas veces ha sido puesto en escena el Rey D. Pedro. Es él, entre todos nuestros Reyes de los siglos medios, el personaje más dramático: prueba segura de que es el personaje más popular. D. Pedro no es un carácter que pueda prestarse ya á la creacion de nin-

gun poeta. Es un carácter ya formado, ya fijo, ya amoldado por la historia, por la escena, por la poesía, por los romances y las tradiciones populares. D. Pedro, el Rey cruel, D. Pedro el tirano, D. Pedro el fratricida, es el cruel, el tirano de la aristocracia; es el enemigo de la nobleza, el opresor de los señores y tiranos particulares; el Rey nivelador, el Rey demócrata. La impresion que dejó su reinado en la memoria del pueblo, no fué desfavorable. El pueblo cubrió sus tiranías con el nombre y el velo de la justicia. El pueblo conservó largamente el sentimiento de aquella fascinación que ejercen sobre la muchedumbre todos los grandes caracteres, y que debia inspirar á las masas el aborrecido de los magnates. Hasta en sus defectos vió grandeza: las más notables faltas de su vida son extravíos de una pasión que se ha llamado el «flaco de las almas grandes,» y que obtienen siempre, sinó disculpa, fácil perdon á lo ménos. Á través de sus defectos, y considerado en un siglo tan bárbaro como él, y en una sociedad tan desatada y tumultuosa como sus ardientes pasiones, D. Pedro es todavía una gran figura, es un coloso; y tiene á sus piés al pueblo que le llora, y á la posteridad que le acata y le respeta.

Pero á esta figura no se la puede tocar. El poeta la encuentra ya hecha y dibujada. Le es dado ennoblecerla, realzarla, iluminarla ú obscurecerla al presentarla; pero desfigurarla, no; pero rebajarla, ménos; pero degradarla, nunca.

Hé aquí una gran dificultad en el asunto manejado por el Sr. Zorrilla; pero una dificultad, no sólo vencida, sinó que es cabalmente esta circunstancia el origen y fuente principal de las grandes bellezas de su drama. El Sr. Zorrilla, léjos de querer pintar con nuevos rasgos al D. Pe-

dro de la tradicion, ha procurado ponernos en relieve la verdad de aquel grandioso y poético personaje; ha querido hacernos palpable el sentimiento, la aureola de popularidad que sobrevivió á su desastroso fin, y que vengó en cierta manera su memoria. Y para eso el poeta personifica al pueblo. Blas Perez, el hijo del zapatero elevado á capitán, el servidor rendido, el asistente inseparable, el vasallo por pasión, el perro fiel del altivo, pero generoso Monarca, es esa personificación. Blas Perez es el verdadero protagonista del drama. Su carácter es la creación del Sr. Zorrilla: es la gran figura, el principal papel, es el drama entero. Aquel *mónstruo* de gratitud que, enamorado de la mujer que cree hija de Guillen de Castro, y que despues resulta serlo de D. Enrique, sacrifica, no sólo su vida, sino la de su amada, á la venganza de su señor, es una concepción gigantesca, digan lo que quieran los que la tienen por exagerada. No, ese carácter no es en sí mismo donde debe ser examinado. Está dibujado para ser el reflejo del alma de D. Pedro, para que veamos y contemplemos en él el irresistible ascendiente, la fascinación poderosa, que ejercen siempre las almas grandes y los grandes génios.

Recordemos á Alejandro, que con una señal de sus ojos hacía despeñar en un precipicio á más de cincuenta de sus soldados; y sin remontarnos á tiempos tan remotos, recordemos los prodigios del irresistible ascendiente que Napoleon ejercía sobre sus allegados, y comprenderemos entónces la verosimilitud, la verdad del carácter de Blas Perez, y su grandeza en medio de su atrocidad. Acaso, á pesar de la distancia de las edades, le comprendemos en nuestro siglo tan bien como entónces le comprenderíamos. El pueblo español ha mudado poco.

Blas Perez es en los tiempos de D. Pedro el tipo del vasallo que vive con la vida de su señor, que respira con su aliento, que no puede vivir así que él falte, *"que cava su sepultura, de la suya por igual"*; y Blas Perez es en nuestros tiempos la democracia y la monarquía; la democracia social que sólo puede existir con un jefe que la acandille, con un ídolo único á quien adore y eleve sobre todas las demás eminencias que no sufre, y que detesta. Lo que prueba la profunda verdad del carácter de Blas Perez, es que no repugna en el teatro, y que el espectador se interesa por él, y llora con él el inmenso sacrificio que hace: se compadece y se admira; no se horroriza, ni detesta el heroísmo de su venganza.

Oportunamente ha escogido el Poeta para el desenvolvimiento de su idea el momento de la accion. Los últimos agitados dias de la vida de aquel Monarca, aquellos en que abandonado de todos los suyos, encerrado por el poderoso ejército de D. Enrique en el último castillo que de su reino le queda, y atraído de noche á la tienda del francés Duguesclin por una traicion villana, se halla solo y desamparado en el mundo, y hace todavía los últimos esfuerzos para luchar con el destino, que se desploma sobre él. Grandemente interesa en tan desventurado periodo la agonía del Leon Castellano. El Sr. Zorrilla ha pintado aquellos últimos instantes con un pincel de artista, con aquellos vigorosos toques, que acaso mirados muy de cerca pudieran parecer tiznaduras, pero que á regular distancia, á la distancia de la perspectiva escénica, no pueden dejar de parecernos de maravilloso y sorprendente efecto. Aquel D. Pedro, que convencido de la necesidad de morir, solo piensa, como César, en caer dignamente; aquel gran corazon, que en sus últimos instantes desafia

á sus contrarios á que "vengan á ver cómo mueren los leones castellanos", se levanta todavía á muchos codos de altura sobre sus contrarios. Asómanse involuntarias lágrimas á los ojos de los espectadores, y parece que se oye en medio de la pavorosa noche de Montiel la voz funeral de aquel tristísimo romance antiguo:

..... Y los de Pedro
Clamorean, doblan, lloran su Rey muerto.

Entonces el corazon parece que descansa, con que á aquel hombre le sobreviva el leal vasallo que le vengue. Blas Perez aparece: D. Pedro ha muerto: para él ya no hay amor, ni encantos, ni vida. En inmolar su existencia á la de su señor, le parece que nada hace. Pero su amada, que es más que su vida, es al mismo tiempo hija de D. Enrique. La sacrifica, la hace matar. Para el vencedor es la venganza; para él el suicidio: para D. Pedro la víctima de expiacion. "Cabeza por cabeza, esta es la mia," ha dicho el capitán. Hé aquí el drama, drama terrible; pero grande, pero gigantesco drama.

Á algunos hemos oido decir que es un drama doble; que son dos dramas; que son dos protagonistas, con dos acciones distintas, y sus exposiciones correspondientes. Puede haber una crítica que halle en esto un defecto: á los ojos de otra crítica más elevada, esa es la perfección, porque ese es el drama; es el intento del autor cabalmente esa duplicidad, esa union. No son D. Pedro ni Blas Perez los héroes: los dos son un solo personaje, un solo protagonista; es el uno el apéndice del otro; y en vano será que nos digan que el interés se duplica, si no se divide. No consiste el menor mérito del Sr. Zorrilla en que la soldadura de esas dos grandes piezas no se conoz-

ca. Es un retrato á caballo, ginete y cabalgadura que van, que corren, que se les vé precipitarse juntos.

Y sin embargo, la obra del Sr. Zorrilla tiene defectos, grandes defectos, oscuros lunares; pero defectos de detalle, lunares que se pierden en la luz brillante de bellezas de primer orden. La exposicion del primer acto está acaso demasiado llena de incidentes de comedia de enredo, y no corresponde á la sencillez clásica de los otros tres: la escena del ermitaño no está bien desempeñada, y la llegada de Guillen de Castro al castillo de Montiel á entregarse en manos de sus enemigos, no está bien preparada, ni es demasiado verosímil. Acaso nos atreveríamos á decir al Sr. Zorrilla que la versificación no es tan esmerada como la de algunas otras de sus producciones; y hubiéramos deseado en las invectivas contra los caballeros franceses algo ménos de lo que puede parecer intencion de aludir á sucesos de la época presente. No son los aplausos de circunstancias los que debe buscar un Poeta que tiene asegurado ya un lugar muy distinguido en el juicio y aprecio de la posteridad; pero no son tampoco estas ligeras faltas las que podrán empañar el brillo de la aureola de gloria que circunda la frente del gran Poeta.

Otros defectos hay que resultan de lo que pudo ser recelo de la empresa al poner en escena una obra cuyo éxito ignoraba. Pudiéramos citar alguno; pero nos contentaremos con advertir que la sombra de D. Enrique en el tercer acto hubiera podido ser ridícula, sin el talento y los esfuerzos de Latorre. Hay en el dia otros medios de ejecutar esas apariciones con ilusion y con grandeza. Afortunadamente el espectador no vé la sombra de Don Enrique en el lienzo iluminado. Donde ve aquel fantasma,

donde se aparece, donde se debe ver y pintarse es en el semblante del actor. Allí estaba. Latorre nos pareció en aquella escena, inimitable, y todo el drama hubiera sido una lluvia de aplausos para él, si el público pudiera siempre aplaudir en las grandes emociones. Es D. Pedro de Castilla, es el Rey del teatro este grande actor. Su voz, su accion, le llenan enteramente, y le dominan; y su figura sobresale por encima de todos, como sobresale terrible é imponente en la historia el Monarca Justiciero; como se eleva en la escena su erguida magestuosa cabeza.

El público refrenó varias veces su deseo de aplaudir, para desahogar al final su entusiasmo, haciendo llover sobre el Sr. Latorre los bien merecidos parabienes, que por espacio de muchas noches salió á recibir en compañía del jóven autor. Pero la representacion no puede ser completa, sin que el papel de Blas Perez suba á toda la altura en que el autor le ha colocado, y las fuerzas del Sr. Lombía no alcanzan á tanto, por más que con loable celo y con muy recomendable intencion haya querido desplegar todas sus facultades. Algunas veces lamentamos la division de las dos compañías. Cuando nos figuramos lo que sería este drama ejecutado por los Sres. Latorre y Romea, no podemos dejar de suspirar por la union de estos dos actores.

El Sr. Mate, aunque débil y con voz debilitada, nos conmovió profundamente en el desempeño de D. Enrique. Mucho sentimos ver declinar las fuerzas de actor tan estimable, en cuya accion, maneras y estilo tienen tanto realce los papeles, y se nota un estudio profundo del arte y un gran conocimiento del corazon.

DE LAS NOVELAS EN ESPAÑA,

CON MOTIVO DE LA PUBLICACION DE SAB, NOVELA ORIGINAL, POR LA SEÑORITA DOÑA GERTRUDIS GOMEZ DE AVELLANEDA. ¹

Nos hemos puesto muchas veces á pensar, aunque sin fruto hasta ahora, cuál podrá ser la causa de que el movimiento literario de esta época, al paso que fecundo en producciones dramáticas y en poesías de todos géneros, haya sido estéril en novelas. Fenómeno raro sin duda, pero real y existente.

Desde 1833 han visto la luz pública más dramas originales, y más comedias notables han ocupado la escena que en ninguna época del teatro español desde los tiempos de Felipe IV. Ninguno de esos años ha transcurrido sin que dejase de salir á luz una coleccion de poesías líricas. Los periódicos y publicaciones literarias, por otra parte, sucediéndose unos á otros, han mantenido siempre despierta y encendida la afición á estas obras y á estas lecturas. En fin, en unos tiempos en que el poema largo y sostenido no suele cautivar demasiado la atención de los lectores, hemos visto publicarse y concluirse largos y difíciles poemas, en tanto que la curiosidad pública espera todavía confiada la terminación de otros cuyos preludios han empezado á excitar su interés.

Y entre tanto no hay en España un novelista. Desde

¹ Publicado en EL CONSERVADOR.—19 de Diciembre de 1841.

los primeros ensayos publicados en 1833 y 1834, y que están muy lejos de llegar á la altura á que sus mismos autores se han elevado en otros géneros, esta clase de producciones ha quedado como desdeñada; y Walter Scott, Victor Hugo, A. Dumas, J. Sand, Federico Soulié, Balzac, Jules Janin, De Vigny y otros escritores extranjeros, han abastecido en España la insaciable curiosidad del numeroso público, que pone sus delicias en una lectura donde no tienen rivales ni hasta ahora imitadores afortunados.

Repetimos que se nos oculta la causa de este fenómeno. No será por cierto la falta de interés y voga de esta clase de producciones. Ningunas hay que le exciten en más alto grado: ningún libro de los infinitos que hoy se publican, cuenta con un público más numeroso; ninguno está más seguro de obtener fama, de dar nombradía; ninguno es más popular. Dígase lo que se quiera de la influencia de las novelas en las costumbres, las novelas son actualmente una necesidad, y una necesidad muy general y muy viva.

En la vida individual de las sociedades modernas, la novela ha reemplazado al interés social del poema antiguo. Era el poema el libro de los templos, el libro de las plazas, de los teatros y de los juegos circenses; de los grandes concursos, de las solemnidades públicas: la novela es el libro del hogar doméstico, del gabinete, del sofá modernos; el libro de los sentimientos solitarios de cada corazón, el poema de las actuales aisladas pasiones de todas esas almas que no se reúnen en ninguna parte para cantar, para orar, para sentir y llorar algo en comun. El teatro mismo no es más que la novela en acción: la novela es un teatro más extenso todavía, de más interés acaso, aunque de menos ilusión de realidad.

Hasta la política misma ha pedido auxilio y fuerzas á la novela. Gastada fatigosamente la atencion en las acerbadas cuestiones, que por espacio de tantos años han prestado alimento diario á la prensa periódica, vemos hoy á ésta, en el extranjero, exhausta y desfallecida, buscar en folletines el sosten de su vida y del interés, que ántes bastaba á excitar su ya fria y decadente voga. También nuestros periódicos, aún en medio de la fiebre que á nuestro cuerpo político devora, y que hace más importante que en otros países su polémica política, han tenido necesidad, para sostener y cautivar la atencion, de insertar novelas en sus columnas. ¡Y ninguna de ellas es original! ¹ Todos esos folletines son traducciones; y á veces ¡qué detestables traducciones!

No será por falta de imaginacion y de talento, ni por falta de paciencia de nuestros ingenios. Sus producciones en otros ramos protestarian contra esta suposicion. Ellos escriben asidua, diariamente para el teatro; ellos escriben casi siempre en verso; y por fácil y fecunda que sea su vena, todos sabemos cuánta más dificultad ofrece dialogar ceñidas escenas en tan lindos versos como á cada paso oímos recitar en el teatro, que describir libremente cuadros de la vida, en lo que — no *vil*, como dijo Voltaire, — sinó comparativamente *fácil prosa* llamaremos nosotros.

¡Y qué campo tan ancho tienen nuestros escritores para este interesante ramo de la literatura! Si quisieran cultivar el género de Walter Scott, nuestra historia está virgen todavía: nuestras continuas luchas, nuestras eternas contiendas civiles, nuestros turbulentos reinados de la Edad media, nuestras dramáticas y casi fabulosas conquistas, nuestros grandes reveses é inauditos infor-

¹ Aún no había escrito Fernán Caballero, ni otros, aunque pocos, novelistas posteriores.

túnios, materias son no tocadas todavía, y que prestaran objeto inagotable á cien plumas y á cien pinceles.

Aquí no hay una historia sólo: aquí no hay una sólo la nacion. Es la historia de cien pueblos, de cien razas, de cien naciones, de cien gobiernos, y de idiomas y de civilizaciones distintas, coexistiendo á un tiempo mismo. Aquí subsistía aún una ciudad enteramente romana ¹, y un Imperio godo y cristiano contaba siglos de existencia; y los árabes transplantaban á nuestro suelo su Alcorán, y las costumbres, y las pasiones, y la vida y la sangre de los hijos de Oriente. Aquí despues Astúrias y Leon, con los primeros, salvajes y nebulosos tiempos de la restauracion; aquí la vieja Castilla, desde el romántico Cid hasta la romántica Isabel; aquí Aragon y sus sangrientos borrascosos anales; aquí la dramática Navarra; aquí los originales nunca domados pueblos vascos; aquí las Ordenes Militares; aquí la série interminable de los Reyes moros, desde el interesante Abderrhaman I, hasta la deplorable suerte del último Rey granadino; aquí los ignorados piratas normandos apoderándose de nuestras costas septentrionales, mientras que los catalanes y balears plantaban sus pendones en Sicilia, en el Archipiélago y en la misma Constantinopla; aquí la morisma, las comunidades, los autos de fé, las fabulosas emigraciones y empresas de viajes: aquí en fin Cárlos V, Colón, Hernán Cortés, Pizarro, el Gran Capitan, el Duque de Alba, D. Juan de Austria, Felipe II, D. Álvaro de Luna, don Rodrigo Calderon; aquí las Blancas, las Urracas, las Berenguelas, las Marías, las Isabeles, las Padillas..... y las Teresas también, heroínas de amor, y de virtud, y de caridad del cielo!...

¹ Mérida.

¡Oh! si: nos cansáramos en vano en la inagotable tarea de indicar asuntos y materias para relaciones históricas. En el género descriptivo no vemos término á las innumerables bellezas, que ofrece por todas partes nuestra rica y variada naturaleza, no descrita nunca ni pintada sino en las eternas monótonas rosas y jazmines de nuestros amanerados poetas líricos. Hasta nuestras actuales costumbres podrían ofrecer cuadros no menos variados y ricos que la sociedad francesa, á los que de ellas quisieran sacar partido. Porque si es cierto acaso que nuestra sociedad no está tan corrompida; si las boardillas, los salones, los garitos y los palcos de esta reducida capital, no pueden ofrecer las desgarradoras y á veces repugnantes escenas de Balzac ó de Soulié; si en este Madrid, donde todos nos conocemos y nos hablamos, no puede haber grandes secretos, ni en esta vida *panóptica* y transparente del círculo de la buena sociedad, serían verosímiles esos misteriosos terribles arcanos que forman á veces el nudo de las novelas de nuestros vecinos, tiene el escritor español la ventaja de poder amenizar con variedad de figuras y de fisonomías, un cuadro que no podrá acaso ser de tan fuerte y cargado colorido.

Á nuestro entender, la sociedad francesa no es tan variada como la nuestra. Las clases allí se parecen más unas á otras, y los individuos entre sí. Allí hay más homogeneidad, más unidad de carácter, más nacionalidad que entre nosotros; y esto que es un bien en política, en literatura conduce á la monotonía. Aquí hay más riqueza, porque hay más anarquía. Aquí las clases se diferencian como las provincias: no se confunden, aunque se mezclen. Aquí más que clases hay individuos; y no se necesita mucha imaginación para encontrar por todas

partes tipos originales de los más raros y extraordinarios caracteres, aún en clases bajas y abyectas. Tienen á veces nobleza y generosidad nuestros bandidos, intrepidez nuestros contrabandistas, y gracia y donaire nuestros truhanes.

Hay todavía muchas almas nobles, aunque oscuras, en esta época de egoismo y de desgracias, muchos elevados caracteres ignorados y oscurecidos, muchas virtudes sublimes de que el mundo no hace cuenta, y que pudieran hacer gran papel en los escritos de un novelista de la época. Y hay, sobre todo, tanta desgracia, tanta desventura en una sociedad tan hondamente conmovida y desgarrada, que nosotros, á la verdad, no podemos dejar de lamentarnos de que entre tantos escritores no salga un escritor distinguido, que nos haga sentir el placer que experimentamos siempre al mirar en el relieve de la novela, y en el cuadro, siempre algo ideal, de una composición literaria, los mismos sucesos que vemos en la vida real, las mismas bellezas ú horrores, los mismos crímenes ó virtudes, los mismos placeres ó llantos, ó prosperidades ó desventuras, que en torno de nosotros presenciábamos, ó que la historia de nuestros padres nos refiere.

Por eso al anuncio de una novela original, la hubiéramos leído siempre con avidez; por eso nos hubiéramos apresurado siempre á ver si sus páginas nos revelaban al escritor, que para lustre y decoro de nuestra literatura anhelábamos. Pero la que ahora se anuncia con el nombre de *Sab*, tenía para nuestro interés y nuestra curiosidad nuevos y poderosos estímulos. Es su autor una señorita: es la señorita doña Gertrudis Gomez de Avellaneda, ya tan ventajosamente conocida por composiciones poéticas de un mérito poco comun; y esta señorita, esta

poetisa, esta escritora, es nuestra amiga; circunstancia que podrá parecer acaso un obstáculo para nuestro imparcial juicio, á los que no sepan que el afecto con que la jóven escritora nos distingue, es demasiado noble y tierno, para que pudiera menoscabarse en lo más mínimo, aunque nos viéramos en la precision de ser, al juzgarla, severos.

Afortunadamente no nos vemos en esa precision. Afortunadamente parte de nuestras esperanzas se han realizado. Es verdad que estas esperanzas no podían ser muy altas desde las primeras líneas de su prólogo. *Sab* se anuncia sin pretensiones, como un juguete, como un ensayo, como un pasatiempo en ratos de ocio de años muy juveniles de la autora; cuando su estilo y su gusto literario no estaban formados todavía; cuando sus piés no habían pisado el suelo de la vieja Europa; cuando sus ojos no habían visto el cuadro de esta antigua sociedad; cuando su alma acaso no conocía más que un sentimiento y una pasión.

No: nosotros desde luego no buscamos en *Sab* la novela: buscamos al novelista, y no le buscamos en vano. El novelista le hay: con la novela no podemos ser severos. Pero nos dá el derecho de serlo con otra que de su pluma salga, porque culpa será suya, si la que escribió algunos capítulos de *Sab* no dá á otra obra de más conciencia y de más estudio, toda la superioridad á que debe aspirar y llegar sin duda.

No es *Sab* una novela española, ni ménos inglesa ó francesa. *Sab* es una novela americana, como su autora. No es una novela histórica, ni de costumbres. *Sab* es una pasión, un carácter nada más; un carácter ideal sin duda, un carácter demasiado excepcional; y este es,

á nuestro entender, el principal defecto de la produccion que nos ocupa. Un carácter, que en cualquiera clase y raza que se escogiera, podria parecer exagerado, escogido entre los esclavos y los mulatos, debe parecer falso; y las nobles pasiones que se nos pintan en el corazon del generoso africano, á fuerza de querer ser realzadas y puestas en contraste con su triste condicion, pueden no ser comprendidas.

No es la novela la obra más á propósito para luchar con las creencias ó con las preocupaciones muy generalizadas; y lo está mucho la que condena á la inferioridad de sentimientos y de inteligencia á la raza negra. Nosotros no sabemos si las almas tienen color, como nos inclinamos á creer que tienen sexo; pero ningún pintor hasta ahora se ha atrevido á pintar en la gloria un serafín de tez de cobre, ni entre las legiones precitas una cabeza de rubios cabellos y de cutis nacarado.

Ya se vé. El sentimiento que respira en la obra de la señorita de Avellaneda, es muy natural, muy generoso en ella. El primer espectáculo que se hubo de ofrecer á sus ojos en aquellas regiones, y herir desde sus más tiernos años su sensibilidad, fué el espectáculo de la esclavitud. ¡Espectáculo horrible, tan humillante para el siervo como para el señor; espectáculo que subleva hondamente el corazon del hombre, y hace necesarias toda la fuerza del hábito, toda la dureza del cálculo, todo el egoísmo del interés, para que el horror que infunde, se modifique!

Bajo esta impresion profunda está concebida la novela, ó más bien está escogido su héroe, *Sab*, el pobre esclavo que se enamora de su señorita, y que devorado de celos y abrumado con la idea de que el amante, que va á ser su

esposo, es indigno de ella, y no puede hacer su felicidad, no sólo no estorba su union, sinó que pone los medios de que se realice, y sacrifica á esta idéa su fortuna y su vida, pudiera haber sido tomado en otra condicion y en otra sociedad; y acaso, á lo ménos entre nosotros, puede ser que tuviese más interés, teniendo más verosimilitud.

Por lo demás, el carácter y la pasion de Sab, que es toda la novela, están descritos con un pincel de fuego. Hay páginas magnificas, hay rasgos sublimes. Cuando Sab refrena sus impetus homicidas á vista de su dichoso rival postrado y moribundo, con la esperanza de tomar más sangrienta venganza en que al fin será conocido y despreciado, todo un carácter se dibuja en esta pincelada, digna de Otelo. Cuando el pobre esclavo lo inmola todo á la felicidad imaginaria de Carlota, y se deja morir por no arrancar de sus ojos la venda que puede hacerla feliz por dos ó tres años más, es sublime sin duda. — «¡Es un crimen anticipar á un mortal la hora de su triste desencanto!» — Sólo quien no tenga el corazon ulcerado por este mundo de ilusiones, — donde, muy al revés de lo que dijo Boileau, todo es bello ménos la verdad, — podrá desconocer la profundidad de esta máxima.

Es el estilo, en general, animado, flúido y corriente; pero á veces más desigual, y con más hondas caidas de lo que quisiéramos, en el libro de una persona, que escribe inspirada y admirablemente prosa más bella todavía que sus versos. *Sab* tiene algo de la incorreccion de la juventud, algo de la amable versatilidad de la mujer, y la desigualdad acaso de aquellos climas tropicales donde fué escrita. Hay en ese libro páginas nubladas y fatigosas, como algunos dias de aquellas ardientes zonas; pero á poco sale el sol, puro, radiante, abrasador, y se ostenta

por él bañada la espléndida y lujosa vejeticion de aquel suelo, donde las palmas

Nacen del sol á la sonrisa, y crecen,
Y al soplo de las brisas de Océano
Bajo un cielo purísimo se mecen.

Las descripciones son muy bellas. En el primer tomo hay una tempestad que sofoca al lector; y son tanto más notables y de mayor mérito estas pinturas, cuanto no hay en ellas pretensiones, ni se aspira á la exageracion y afectada originalidad que pudiera haber tentado á la jóven escritora, tratándose de un país vírgen y poco conocido, y en cuya descripcion pudiera haberse dejado llevar del peligroso impulso de imitar la manera de Chateaubriand. Uno de los mayores méritos de este ensayo es la sencillez.

No lo es sólo en el lenguaje: la accion tambien es sencilla; y tanto, que el primer tomo nada perdería acaso en tener más pormenores, y dejarla correr ménos desembarazadamente. No hay enredo, no hay drama, no hay arcanos, no hay peripecias sorprendentes; y hay interés, sin embargo, y hay en las partes de esa narracion tan sencilla, una trabazon admirable. El final sorprende por lo natural. Aparte de la muerte de Sab, nada sale del orden comun; y sin embargo, queda de ese libro un sentimiento profundo y una memoria de dolor que no se espera, ni debiera resultar de un desenlace, que podria parecer frío y lánguido á los ojos vulgares.

En esa interesante historia de una familia criolla suceden grandes desventuras, y sin embargo, no hay ningun malvado, no hay ningun crimen. El mismo Enrique Otway

no es un perverso; es solamente un personaje prosaico, un buen comerciante, para quien el libro de la vida no deja de ser un libro de caja, en donde todas las partidas se asientan en guarismos, inclusa la de su matrimonio. Los asesinos, los malvados, los traidores de esta composicion, son las pasiones, los caracteres, el alma volcánica de Sab, el carácter ideal de Carlota, la concentrada severidad de la pobre Teresa. Este es un mérito, un gran mérito sin duda, y rogámos á la señorita de Avellaneda que así lo crea, y que no lo eche en olvido en sus demás producciones.

Para que resulten grandes sucesos no tiene necesidad el génio de emplear el puñal ni el veneno. Ponga almas tier-nas en la escena, corazones verdaderamente apasionados, caracteres ardientes y generosos; y el infortunio, las lágrimas, el interés brotarán de suyo bajo su pluma. No tema la señorita de Avellaneda la censura que puedan hacerle de exageracion ó de inverosimilitud.

Recuérdasenos lo que decia Larra en uno de sus folletines sobre *Los Amantes de Teruel* al Sr. Hartzenbusch: "á los que digan que nadie se muere de amor, no les contesteis; sería inútil."—¡Oh, sí; tenía razon aquel desventurado! Las pasiones son de todos los siglos. Lo mismo matan hoy que hace dos mil años. Sí, nosotros creemos que hay todavía quien se muere de amor, aunque no tenga el valor de confesarlo ante una sociedad, que en masa ridiculiza las pasiones, aunque individualmente las siente y las llora.

Lo que lamentamos amargamente en el carácter de Sab, es que aquel desgraciado, tan noble y tan virtuoso, no tenga siquiera el consuelo de saber de dónde le viene tanta virtud y tanto esfuerzo. Aquel hombre, tan solo y desamparado en el mundo, no se acuerda nunca de vol-

ver sus ojos al cielo. Cree que su pasion es bastante para todo el sacrificio que se impone, y permítanos nuestra amiga decirle que esto no es verdad. Sab muere como Bruto, mártir de la virtud y blasfemando de ella; porque no encuentra á la virtud bastante digna de inmolarse su felicidad, su esperanza y su vida. En efecto, no lo es la virtud del mundo; pero sí la virtud del cielo, la virtud de la Religion.

Sab espira creyendo en el poder de su orgullo. ¡Triste palabra, que quisiéramos ver reemplazada con la esperanza en el Dios de los justos! La religion de Teresa no hace ménos falta al pobre mulato; y en lugar de aquella Martina, cuyo episodio nos parece un lunar de la obra, hubiéramos querido mejor ver á la cabecera de su lecho de muerte la imágen de la Madre del Redentor, cuyo culto debe ser tan tierno, tan consolador para los esclavos sin ventura y sin madre.

Nos hemos atrevido á hacer estas reflexiones, porque no creemos que *Sab* sea la última produccion de este género que hayamos de deber á la pluma de la señorita de Avellaneda. *Sab* es un cartel, es un heraldo, que anuncia á la literatura española la existencia de un novelista. *Sab*, á pesar del calor de alma con que está escrita, á pesar de las inspiraciones de sentimiento que la animan, de los destellos de génio que en ella chispéan, no es á nuestros ojos la obra: es el prefacio. No es el sol todavía; pero es la aurora.

Nosotros tenemos motivos para creer que el día que anuncia será bello y magnífico, aunque en esos ardientes celajes ya se vislumbre que habrá horas de tormenta, y que más de una vez surcará la esfera el rayo, y barrerá el suelo el huracan de los trópicos.

POESIAS

DE LA SEÑORITA

DOÑA GERTRUDIS GOMEZ DE AVELLANEDA. ¹

Esfuerzo es de valor, tanto como de talento y de genio, dar á luz en estos malaventurados tiempos un libro de poesías. Hay algo de heroismo literario, algo de verdadera abnegacion en quien se atreve á poner su firma al pié de una coleccion de versos. Precisa es una vocacion irresistible; preciso es que el corazon se vea arrasado por una pasion, que no prevé ni calcula, que ningun placer ni satisfaccion alguna, más que la pasion misma, ha de venir á recompensar.

¡Un libro de poesías! ¿A qué fin, ni para qué objeto le arroja el poeta enmedio de esta fútil y prosáica sociedad, enmedio del siglo positivo y financiero, enmedio de la literatura convertida en industria, á los piés del altar solitario del arte, condenado al olvido, ú objeto del desprecio?

Quien á tal se arroja, hechas tiene las pruebas del desinterés de su corazon, de su talento y de la pródiga riqueza de su alma desprendida. Ninguna recompensa le espera, ninguna!.... ni la palma celestial del genio, ni aquellos aéreos perfumes de que vivían, como en su empireo las deidades, los númenes de la imaginacion, que en los anti-

¹ Juicio publicado en *El Conservador*.—25 de Enero de 1842.

guos tiempos elevaba casi á su igual, y ceñía tambien con una corona de inmortalidad, la admiracion de un pueblo encantado y seducido.

Ahora no hay gloria. Ahora las artes no tienen templo, ni tienen culto: sus ántes reverenciados sacerdotes, convertido se hán en retirados y oscuros ermitaños, que han llevado á una escondida gruta su divinidad querida. Ahora no hay para ellos aplausos ni coronas. Ahora sólo les esperan, de un lado la crítica, armada de su tiente dolorosa y de su anatómico escalpelo; del otro, la ironía y el sarcasmo de la sociedad, que sin leerlos los juzga, y sin examinarles los condena.

¡Poeta!.... Este nombre tiene que ocultarle el triste que le lleva; tiene que rechazarle con desden el que sin embargo se afaná tan largos dias, y soñó tantas noches sólo por merecerle. Este nombre es para su felicidad un anatema; para su reputacion un escándalo; acaso hasta para su virtud y su moralidad, una mancha.

Sed poeta!.... cantad las maravillas de la naturaleza, las borrascas del corazon, las tristezas del alma, las esperanzas del cielo, ó la desesperacion del mundo; y en respuesta á vuestros cantos, y en eco á la expresion de vuestros afectos, os negarán la posibilidad de sentirlos. Sed poeta, describid las pasiones; que no creerán en las vuestras. Sed poeta, y hablad de virtud; que os llamarán hipócrita. Sed poeta, cantad el nombre de Dios; que os llamarán ateo. Sed poeta, dad al viento los ardientes suspiros de amor; y ninguna hermosura creará que podeis consagrarle vuestro corazon. Sed poeta, y no halle vuestra ideal fantasia bastantes placeres en la vida, bastante alimento para vuestro insaciable corazon; y ocultad cuidadosamente vuestro tedio y vuestro desaliento; llenad, aunque

sea de piedras, vuestro vacío; secad vuestras lágrimas, y no consagreis ni un suspiro á las ajenas; reíos y mostraos jovial y dichoso á la faz del mundo;..... porque vendrán los hombres positivos á probaros que sois feliz, á llamar manía vuestra tristeza y ridiculez vuestro dolor; porque vendrá la crítica á deciros que este—que la misma Religión llama valle de lágrimas,—es el mejor de los mundos posibles. Sed poeta, y dad á luz vuestros cantos; los sábios de los grandes volúmenes os llamarán compasivamente superficial, y deplorarán un talento perdido. Sed poeta, y publicad un libro, si los aterrados libreros se han decidido al arrojo de imprimirle; y os habréis incapacitado ante el mundo para todo lo que exige y supone ciencia, gravedad, perseverancia, estudio, conciencia, acaso virtud.

Pero sobre todo, sed poeta mujer; y á todas las desgracias y miserias de vuestro sexo, y á todas las agitaciones y tristezas de vuestro corazón, añadid una más grande todavía. Cuando la preocupacion de los hombres no os dispute la originalidad de vuestro genio, la de vuestro propio sexo os condenará á la pena, que en el pueblo de Atenas alcanzaba á todos los que por alguna calidad eminente se elevaban sobre los demás. No será el desprecio, no, que tanto no pueden; pero sufriréis el ostracismo.

Y sin embargo, preciso es que haya un encanto irresistible todavía en esta inclinacion que á ser poetas, y á confesarlo, y á gloriarnos de ello nos arrastra; cuando, á pesar de tantos obstáculos como se les oponen, y del triste galardón que las espera, hay almas todavía en gran número, que se inmolan generosas y ardientes á la profesion de tan austero sacerdocio; cuando en medio

del frío de esta sociedad, helada por el positivismo egoísta que forma su base, no se apaga aun el fuego sagrado del altar de la poesía; cuando todos los años vemos aparecer como brillantes y esparcidas chispas, multitud de colecciones de versos, que para sostener y conservar el culto del arte, basta que se escriban, ya que por desdicha no podamos asegurar que se lean.

No siempre son, á la verdad, centellas ardientes ó luminosas antorchas: hay tambien en esas apariciones, exhalaciones fosfóricas que cruzan las nubes, fuegos fátuos de aquellos que se ven alzarse efimeros en los cementerios. Pero sinó siempre alumbran ó calientan esos resplandores, revelan á lo ménos, á trechos y á ráfagas, la electricidad de la atmósfera; nos vienen á decir todavía por intervalos que hay en el corazón sentimientos, idealismo en la imaginacion, amor en la vida, calor en el alma: vienen algunas noches á arrullar el sueño en que el hielo del mundo nos aletarga, con dulces cantos y brillantes notas, que nos hacen ver ilusiones y maravillas, aunque al despertar nada veamos, y nada por desgracia e-cuchemos.

La poesía, en medio de lo positivo de la ciencia y del mercantilismo del arte, es como una de esas hermosuras coquetas que aparecen en la sociedad para desgracia de los hombres sensibles, y por las cuales, á su pesar, se mueren, y no obstante el ridículo del mundo, arrostrando burlas y desdenes, se sacrifican; mientras que tal vez otras bellezas ménos caprichosas y esquivas, que les brindan caricias y favores, suspiran desatendidas ó lloran abandonadas. No les importa su desgracia, ó el disfavor de su ídolo. Su placer es su pasión propia; su deleite, su mismo sacrificio.

¡Y todavía se quiere que la crítica se ensañe con los poetas! ¡Todavía se pretende que la pedantesca gravedad de la ciencia los proscriba, que la moral los destierre, como Platon de su república! Son sus libros acaso los únicos en que se revela sin disfraz el corazón: ¡y se les ha de poner en ridículo á nombre de esa verdad de convencion que reina en la sociedad! Son sus producciones acaso el último asilo adonde se ha refugiado la originalidad de nuestra literatura; ¡y se ha de decir que la corrompen! Son sus cantos la única protesta del espíritu que cree, y del corazón que siente, contra el escepticismo del siglo y el egoísmo del mundo; ¡y se les ha de despreciar todavía como vanos y estériles y perniciosos!

«¡Hay tantos poetas!» decís con desden. — ¡Y porqué no guardais con más razon esa desdeñosa pedanteria, para decir, ¡hay tantos filósofos, tantos políticos, tantos oradores, tantos publicistas!... y la verdad y la prosperidad de los pueblos, y la felicidad del género humano no adelanta un paso con sus vanas teorías, con sus reformas efimeras y sus revoluciones ominosas! — Á lo ménos la poesía no tiene tan altas pretensiones. Guárdese, pues, vuestra severa censura para los errores detenidamente pensados; quédense vuestras invectivas para la inmoralidad fría y calculada, para las teorías anárquicas, para la filosofía atea, para la moral disolvente.

Los poetas, los artistas, los cantores de lo ideal y de lo bello, los escritores que hacen vibrar todavía las flojas y enmohecidas cuerdas de nuestro corazón; los que prefieren al peligro de los extravíos de la inteligencia las emociones del sentimiento, bien venidos sean.... enhorabuena vengan! Nunca les diremos nosotros que *hay muchos*; nunca serán para nosotros bastantes. Nunca nuestra crí-

tica les condenará desdeñosa, sólo por el arte divino que cultivan; nuestro arte querido, nuestra primera pasión literaria, aunque despues, — á pesar nuestro y con harta amargura! — hayan venido otros estudios y otras tareas á ocupar nuestra inteligencia, y á surcar de precoces arrugas nuestra frente.

Y venga en buen hora, y bienvenida sea, descollando entre el coro de nuestros jóvenes poetas, la joven y brillante Poetisa, cuyo libro anunciamos al frente de estas líneas. Venga: que nada tiene que temer de nuestra crítica ni de nuestra censura. Hace tiempo que esperábamos la ocasión de consagrarle el láuro debido á su mérito. Hace tiempo que hemos anunciado su nombre. Los bellísimos destellos de su genio han hermosado más de una vez nuestras columnas, y amenizado nuestras tareas ¹.

Nuestro fallo no puede ser dudoso; nuestro juicio está hecho muy de antemano. Porque acaso parezca — por esta razon misma — un tributo de gratitud, no es un juicio de parcialidad. Cuando vamos á calificar como una joya preciosa de nuestra literatura el libro de la SEÑORITA DE AVELLANEDA, no es sólo ciertamente porque hayamos mostrado de antemano alguna de las brillantes perlas que le adornan. Por el convencimiento de su mérito las habíamos insertado: ahora que ella las ha publicado y reunido, inconsecuencia sería que no se le concediéramos, y no le ensalzáramos en todo su alto y relevante valor. Prueba hemos dado de que la amistad no nos ciega, de que el entusiasmo no nos impone deberes de adulación. Con la autora de *Sab* más severos hemos sido acaso que indul-

¹ Las de *EL CONSERVADOR*, Revista que escribía el Sr. Pastor Díaz en 1841 con los Sres. Pacheco y Cárdenas, y para la cual vió la luz pública este artículo.

gentes. Con la inspirada Poetisa no tenemos que faltar á la crítica entonando en su justo loor un canto de alabanza, y consagrándole por todo análisis un sincero y desapasionado tributo de admiración.

No somos nosotros solamente los que emitimos este juicio; por eso le asentamos con toda confianza. Un célebre Poeta, — acaso el más distinguido entre todos nuestros líricos contemporáneos, y que aun entre los antiguos puede contar pocos rivales; — un Poeta, que conservando en su vigorosa ancianidad toda la frescura y lozanía de las inspiraciones de su juventud, no puede creerse que paga en sus juicios tributo á la debilidad de los años; un Poeta, que conservando como una tradición viva entre nosotros, jóvenes é innovadores, la severidad del gusto clásico, la belleza pura de las antiguas formas, la robustez del lenguaje y la fuerza del pensamiento de nuestros autores del siglo XVI, no puede ser tachado de que se deja contaminar por el espíritu de nuestro siglo, y por las preocupaciones de nuestra literatura; el respetable DON JUAN NICASIO GALLEG0, cuyo nombre hemos leído con placer y veneración al pie del prólogo con que se encabeza el libro que anunciamos, no ha vacilado en afirmar *que nadie, sin hacerla agravio, podrá negar á la señorita de Avellaneda la primacía sobre cuantas personas de su sexo han pulsado la lira castellana, así en este como en los pasados siglos.*

Nosotros extenderemos á más nuestras alabanzas: nosotros tampoco vacilamos en asegurar que la preciosa colección á que nos referimos, puede sostener ventajosamente el parangón con las colecciones de mayor mérito que han dado á luz en este último período los poetas masculinos. Ninguno de ellos le excede en imaginación,

en talento, en génio. Ninguno, en la grandeza, elevación y originalidad de los pensamientos; ninguno, en la robustez y valentía de la expresión; ninguno, en la facilidad, pureza y armonía del lenguaje, en la riqueza del colorido, en la brillantez y propiedad de las imágenes; ninguno, en la belleza y en la variedad de las formas; ninguno en la espontaneidad de la inspiración; muy pocos y contados, en la filosofía y profundidad de sus conceptos, en la extensión y transcendencia de sus ideas.

Ábrase por donde quiera su libro, y no tememos haber de retractar nuestras alabanzas ante las pruebas de él sacadas. Haríamos un artículo interminable, si con ellas hubiéramos de corroborar nuestros asertos, porque tendríamos que trasladar á nuestras columnas su libro entero: habríamos de copiar íntegros sus bellísimos sonetos, modelos algunos de perfección, como el que encabeza sus versos, dando en él la Autora un triste adiós á Cuba su Pátria; como el que se intitula *En una tarde tempestuosa*: habríamos de reproducir sus vagas letrillas, entre las que descuella el *Paseo por el Bétis*, *Á la mariposa y el ruiseñor*; ó los sentidos romances *Á un gilquero*, *Á un niño dormido* y *Á su Madre en sus días*; y sobre todo tendríamos que insertar las composiciones profundas, fantásticas y elevadas, en que la Autora se deja arrebatar á la altura de la más ardiente y sostenida inspiración.

Nada más grande y poético que su oda *AL MAR*; nada más ardiente y apasionado que los versos *Á EL*; nada más sentido y dulcemente melancólico que las bellísimas estrofas *Á LA ESPERANZA*, ó la triste elegía que lleva por título *CONTEMPLACION*; nada más vago y puro que su himno *Á LA LUNA*, ó más fantástico que su *INSOMNIO* ó *LA SERENATA*, ó más acabado y perfecto en versificación y

estilo que las magníficas octavas AL GÉNI0. Nuestros lectores conocen ya la composicion titulada AMOR Y ORGULL0, esa composicion que sólo una mujer puede escribir. Á nosotros nos parece una de las mejores de la coleccion, y que bastaría por sí sola para dar á su Autora el nombre de Poeta, y asegurarle el lauro de una gloria duradera.

Y no es solamente siendo original cuando brilla su génio, y aparece como eminente artista. Hay traducciones que revelan tan grande talento como sus más bellos originales. Léanse algunas de Lamartine, especialmente la dedicada á BONAPARTE; la POLONIA, traducida de Víctor Hugo, y se conocerá cuanta facilidad y estro y númen abriga quien tales dificultades supera. Sobre todo es á nuestros ojos de relevante mérito la imitacion de Víctor Hugo titulada LOS DUENDES, que ha merecido del Sr. D. Juan Nicasio Gallego una censura, con la cual no podemos convenir. Cualquiera que sea el mérito intrínseco de este fantástico capricho, y aunque á nosotros tambien nos ha parecido en el original un tanto extravagante, creemos que la traduccion ha hecho desaparecer las rarezas que le afean, y que hay verdad y armonía y naturalidad en esa descripcion de las abultadas ilusiones de una noche agitada, en que la fantasia presta cuerpo real y formas temerosas á las molestas é informes idéas que sobre ella cruzan. Enhorabuena que califiquen esos versos como ridículas quimeras, los que tienen la fortuna de dormir siempre tranquilos un apacible y sosegado sueño, ó de trasnochar en una vigilia serena. El autor de estas líneas tiene la desgracia de haber sentido pasar muchas veces sobre el lecho de sus delirantes insomnios algunos *enjambres de duendes*.

Han tachado algunos los versos de que nos ocupamos,

de que falta en ellos aquella suavidad y ternura, que parecía debia ser el carácter distintivo de la poesia del bello sexo. — No dirémos nosotros que sobresalgan en esta cualidad más que en otras, ni tanto como en algunas. Ni es el sello de estas poesías la languidez, la ternura, ni tiene nada de bucólica, pastoril y afeminada la vigorosa entonacion de la ardiente poetisa Cubana: no hay ley más general en la naturaleza que la ley de los contrastes, ni hecho más constante que las reacciones. Á nosotros no nos parece que cuando una mujer toma la lira, necesaria y fatalmente ha de suspirar amores, ni exhalar blandas melodías. Acordémonos los críticos (los hombres) de la triste condicion del sexo hermoso, del destino nada envidiable que sobre él pesa: meditemos sobre ello, y despues, cuando alguna escritora rompe la coyunda á que las tenemos ligadas, y cede al impulso del estro que la agita, y del númen que de ella se apodera, no esperemos sino la dureza de la amargura y el arranque de la reaccion en los esfuerzos vigorosos de ese súbdito que lucha, de ese esclavo que se emancipa.

Sin embargo, nosotros no asentimos á que carezcan de dulzura estas composiciones; de aquella dulzura que no está en la fluidez de las palabras, ni en lo almibarado y muelle de los afectos; de aquella dulzura, sí, que reside más honda en la profundidad del sentimiento y en la verdad de la situacion. Versos hay muchos en las composiciones que hemos citado, que han hecho asomar á nuestros párpados suaves lágrimas, y en cuya lectura hemos buscado alguna vez blando consuelo, ú apacible reposo á penosos accesos de congojoso esplin ó de lánguida melancolía.

Otros nos han hecho la observacion de que si estos ver-

sos son siempre buenos como versos, las composiciones no son á veces, como tales, acabadas, ni tienen siempre la unidad y las proporciones que les corresponden. Nosotros no creemos que la señorita Avellaneda haya llegado á la perfeccion y altura á que puede y debe encumbrarse; pero confesamos tambien que es muy aventurado analizar en una situacion tranquila las proporciones de lo que se escribe en la agitacion del estro poético, ó en los arrobos del entusiasmo; y que la inspiracion tiene su lógica peculiar, su unidad que le es propia, y que no percibe jamás quien no se entusiasma, ni se inspira.—Los poetas no escriben para esas almas.

No, no seremos lince para los defectos, lunares, é incorrecciones que podrán tener estos versos; tanto más cuanto que podremos haber sido topos para sus bellezas. No es la tarea nuestra la critica de los preceptistas ó de los gramáticos. Á las producciones del género de la que analizamos, cumple otra critica del corazon, del sentimiento. Critica sin embargo más severa, más exigente, más escrupulosa todavía. La obra de la señorita de Avellaneda puede arrostrarla sin temor, y salir de ella espléndida y aerisolada. Nosotros creemos cumplir un deber en asegurarlo así, y en que nuestras manos puedan colocar una flor en la corona que de hoy más ciñe su hermosa frente.

Sólo sentimos que nuestro juicio no pueda tal vez servirle de consuelo, y que siendo de amigo, nuestro testimonio pueda á ella misma parecerle parcial y apasionado. Rogámosla empero que cuando oiga zumbir al rededor los murmullos de los que llaman fútil, y vana, y frívola á la poesía, recuerde que á las más grandes obras de la ciencia antigua han sobrevivido inmortales algunas frí-

volas letrillas de Anacreonte, y que no han perecido con los gigantescos monumentos de la grandeza romana las odas del flexible Horacio, ó los suspiros que exhalaba Tibúlo en el gabinete de Délia. Recuerde que acaso cuando la posteridad haya olvidado las estrepitosas cuestiones á que se dá hoy tan gran importancia en las regiones de la ciencia y de la política; cuando ni los nombres se sepan de los estadistas y oradores que tanto figuran hoy en la escena del mundo, y mil volúmenes de moral y derecho político duerman en el polvo de las bibliotecas, leeránse quizá todavía algunas estrofas de versos de los que en este período se han publicado, y el nombre de sus autores podrá sobrevivir á muchos nombres muy famosos hoy.

Por último, si la preocupacion ó la rutina hacen sonar en su oído que la ocupacion de hacer versos es incompatible con las tareas de su sexo, tambien á nosotros nos lo han dicho tanto alguna vez respecto á las del nuestro, que hemos abandonado ingratos nuestra aficion. Y despues de habernos engolfado en sérios estudios, en profundas meditaciones; despues de haber invertido algunos años de nuestra vida en el asiduo cumplimiento de graves deberes; despues de haber sido alguna vez hombres públicos, alguna escritores políticos; hemos vuelto muchas los ojos al dichoso tiempo de nuestros amores con las musas; hemos apreciado cada vez más los purísimos é inefables placeres del entusiasmo de las artes, y envidiamos ahora más que nunca, la facultad de hacer versos tan bellos como los de la amable y hermosa amiga, á cuyo talento, y á cuyo triunfo consagramos estas líneas.

LA ALHAMBRA.—GONZALO DE CÓRDOBA.—EL CID.¹

PORQUE TAMBIEN PARA EL SEPULCRO HAY MUERTE!

ha dicho Quevedo en uno de sus sonetos. Y era Quevedo génio muy profundo, y poeta de muy graves inspiraciones.

Hay, en efecto, tambien muerte para las tumbas, aun para las más gloriosas, para las más magnificas y colosales. Los sepulcros gigantescos de los egipcios quedan; pero los nombres de sus huéspedes han desaparecido.

¿Dónde están los antiguos monarcas del Asia, los que levantaban inmensas moles para perpetuar su memoria; aquellos grandes y Príncipes de la tierra que, segun la expresion de Job, *ædificabant sibi solitudines*; los Ninos, las Semíramis, los Sardanápalos, los Círos, ¿dónde están? ¿Dónde están los guerreros de Ilion, los semi-dioses de la Grecia; Priamo y sus cincuenta hijos? ¿Dónde están Jerjes y Leonidas, Temistocles y Aristides, Darío despues, y el grande Alejandro, y Aníbal, y César, y Pirro?... ¿Qué se han hecho?

Los inmortales génios de las artes tambien han desaparecido. Homero y Eurípides, y Demóstenes, y Arístoteles, y Ciceron reposan ignorados. La muerte ha pa-

¹ De EL HERALDO, periódico político, que se publicaba en 1842.

sado su guadaña sobre todas esas cenizas, sobre sus osamentas sagradas. Veinte, treinta siglos, ochenta, cien generaciones..... y nada queda ya de sus restos! Esas generaciones son como los años de la vida natural de esos sepulcros.

Pero, á lo ménos..... la vivieron! Si la Providencia puso un límite y señaló una duracion á los monumentos de los hombres, monumentos hay que han cumplido sobre la haz de la tierra los dias que les fueron contados para memoria ó para enseñanza de las generaciones. Pasaron, como los pueblos que los dieron ser y renombre; pasaron, con la influencia de las acciones ó de las obras á que habia presidido su génio, con las religiones que habian consagrado sus tumbas. Desaparecieron aquellos restos cuando llegaron tiempos en que pudieran ser profanados ó escarnecidos.

Pero vinieron tambien horribles períodos, en que así como la muerte entregó á los hombres su guadaña, para que segara en ciernes una mies verde todavía de existencias floridas y de generaciones lozanas, cedió á su vez el tiempo su hoz para que no quedaran de esas generaciones proscritas, *ni aun las piedras que de ellas se escribieron*, y que no habian criado musgo. Á la aparicion de esos períodos de cataclismo, en que para variar la superficie del mundo físico y las relaciones del mundo moral, era preciso acelerar la vida de los hombres, correspondieron siempre fenómenos necesarios para extinguir tambien los monumentos, y romper así la cadena de las tradiciones que conservan las sociedades.

Los medios de la Providencia no fueron siempre iguales, ni los ejecutores de sus terribles decretos llevaron siempre unos mismos nombres. Á veces anunciaron re-

suelatamente su mision y su destino; otras le encubrieron bajo formas de hipócrita falsía. Á veces fueron las guerras y las leyes; á veces, las revoluciones. Llamáronse unas veces bárbaros; diéronse á sí mismos el título de *azote de Dios*: otras se anunciaron como reformadores y filósofos. Eran en unos siglos godos, hunnos, vándalos, turcos: llamábanse Alaricos, Atilas, Gensericos, Otman, Timur. Despues se apellidaron jacobinos, demócratas: eran Marat, eran Saint-Just, eran Robespierre y Danton, y Santerre, y Carrier, los nombres de los nuevos destructores, de los que cubrian la tierra de cadáveres, y desenterraban los sepulcros; de los que abrian fosos inmensos para millares de víctimas, y desalojaban de sus muertos las catacumbas de Roma ó de París; de los que arrasaban la costa de África, ó las márgenes del Loira ó del Ródano: de los que esparcian al viento las cenizas de los emperadores romanos, y convertian en establos los templos de los dioses: ó de los que hozaron como hienas el panteon de San Dionisio, y arrojaron en un muladar los restos de Luis XIV y de Catalina de Médicis.

Nuestra nacion no podia quedar exenta de esta ley, ni dejar de reproducirse entre nosotros el fenómeno que ha acompañado siempre á todas las revoluciones, como coinciden las tempestades del mar y de la atmósfera con la explosion de los volcanes y con las sacudidas de los terremotos.

Cuando se dió entre nosotros la señal de la revolucion, empezó la época del vandalismo. Brilló como un fugaz relámpago la matanza, y se oye todavía un sordo trueno de demolición que no cesa. Las eminencias sociales han caído: preciso es que caigan tambien las piedras que se elevan. Los castillos feudales se habian desmoronado ya,

cuando los nobles se hicieron cortesanos. Las catedrales van faltando ahora, como los Obispos.

Los hombres más eminentes han emigrado á tierras extrañas, como los magníficos cuadros han sido vendidos al extranjero. Los gigantescos monasterios, las torres maravillosas, los colosales campanarios, los afiligranados chapiteles se rajan, y se hunden y se derriban, y se destechan por todas partes, como las instituciones. Los piadosos cruceros, los pilares históricos, los tradicionales rayos, son arrancados como padrones de infamia; y gracias cuando un magnífico claustro se conserva para cuartel, ó cuando á la venerable soledad donde murió Carlos I, el grande Emperador, le cabe el destino de ser una hilandería de sedas!

La revolucion gana más terreno todavía en esas mansiones solitarias, donde no luchan con ella las fuerzas de la vida. Siquiera los hombres combaten, y las instituciones resisten; pero los monumentos ceden.... y los muertos no se levantan! Para derribar una cúpula no es preciso ser arquitecto; y tal se atreve á manosear las reliquias de un héroe, que no fuera capaz de mirarle en vida cara á cara.

Pero es triste y doloroso,—por más que sea fatal!—el hecho á que aludimos, y el sistema de barbarie que revelamos. Es horrible de ver ese espíritu de vandalismo y de profanacion, por la razon misma que dejamos consignada; porque cuando los ultrajes no se pueden rechazar ni castigar, á la intencion de la maldad acompaña la vileza de la cobardía.

Todos los seres débiles son sagrados. La sociedad ha tomado siempre bajo su proteccion á los niños, á las mujeres y á los ancianos. Sobre los muertos han tendido su manto todas las religiones; para que cuando les faltase

la memoria de los hombres, los amparase la presencia de Dios. La Religión cristiana, plantando su cruz sobre las tumbas, había confiado al ángel de la muerte el depósito que no era bastante á guardar el génio de la gloria.

Por eso, cuando se ofrecen á nuestros ojos las tristes profanaciones de que somos testigos, no sólo lloramos porque vemos eclipsarse sobre nuestro horizonte el último crepúsculo de la gloria; sino porque nos parece que la Religión nos abandona. Á cada golpe de piqueta, á cada choque del martillo, á cada estallido de techo que cae, ó de piedra sepulcral que se arranca, nos parece oír aquella tristísima voz que gritaba un día al mundo pagano: «¡Los dioses se van!»

Esas antiguas obras, esas vetustas piedras son como los edificios de las generaciones que nos precedieron, como las señales y mojones del camino de la humanidad, que va andando delante de nosotros. Al arrancarlas y demolerlas, conviértese en solar ruinoso, y en desierto sin huellas ese camino. Destruyendo esos monumentos, rompemos con lo pasado, y vamos solos, vamos nosotros los primeros; como van los salvajes, como van los pueblos bárbaros por sus páramos, sin recuerdos, sin nombre, sin pasado! Esa renovación de los destructores de lo antiguo, es para los pueblos como sería para un hombre quedarse de repente sin memoria; sin memoria de cabeza, ni de corazón; sin ideas y sin afectos.

¿Qué es España sin esos recuerdos históricos, sin esas religiosas tradiciones? ¿Qué somos hoy nosotros, —nosotros más que pueblo alguno, —nosotros, que más que por lo presente, pertenecemos á Europa, y á la civilización por lo pasado? La historia de nuestros días puede explicarse sin España. La historia de los períodos que prece-

dieron, no existe sin nuestros sucesos y sin nuestras armas; sin nuestra Religión y nuestros libros. ¿Qué es España sin el Cid y San Fernando? ¿Qué la Europa, sin Gonzalo de Córdoba, Carlos V y Felipe II? ¿Qué es la civilización sin la América? ¿Qué es la literatura de la Edad media sin los árabes; la literatura moderna, sin Calderon y Cervantes?

¿Y qué nos queda hoy de todos esos sucesos y de todos esos grandes hombres? Sus reinos y sus conquistas las perdimos. Ya no mandamos en Méjico, ni en los Andes, ni en el Escalda, ni á los piés del Vesubio. De todas esas tierras y naciones, de todos esos períodos de esplendor y de grandeza, no nos quedan más que unos nombres y unas letras y unos huesos, unos palacios abandonados que se desmoronan, unos lienzos que se venden, unos sepulcros que se van quedando vacíos.

Y no nos lamentamos de un hecho supuesto, no. Pudiéramos citar infinitos é inmediatos, que tejieran una crónica espantosa de vandalismo y de profanaciones. Sería horrible el cuadro que presentáramos. Preguntad á Sevilla, preguntad á Granada, preguntad á Córdoba y á Búrgos; al Escorial y á Simancas; á Guadalupe y á Sobrado; á Santiago y Oviedo; á Valladolid, y á Valencia, y al mismo Madrid, á la capital misma de la monarquía. Registrad todos esos memorables archivos, todos esos panteones ilustres, buscad esos gloriosos letreros, esas venerandas antiguallas, esos nobles pergaminos, esas feudales armaduras. Penetrad en esos templos góticos, en esos alcázares árabes, bajo esos arcos romanos; y decidnos luego dónde ha amontonado más ruinas, y atesorado más sacrilegios la revolución que nos gangrena, si al aire libre de la sociedad y de la política, ó en esos asi-

los retirados de veneracion y de respeto, en esos santos lugares de gloria y de grandeza, de religion y de poesia.

No los enumeraremos todos: no es posible: no tienen número ni cuento. Hoy sólo señalaremos tres; tres cosas que representan tres periodos de la historia de nuestra nacion: la historia de Castilla, la dominacion árabe, la monarquia española de los Reyes Católicos; el Cid, los Reyes de Granada, el Gran Capitan.

Estos tres grandes nombres están representados en tres grandes edificios. El Cid reposaba en San Pedro de Cardena: de los Reyes moros quedaba la Alhambra: los restos de Gonzalo de Córdoba se veneraban en San Gerónimo de Granada. ¡Buscad al Cid en su Monasterio, en su panteon venerando!.... ¡Buscad á Gonzalo de Córdoba en el magnífico mausoléo que su Esposa le hizo labrar!.... ¡Buscad en la Alhambra las maravillas de los árabes!.... ¡Os asombraréis.... os horrorizaréis!

«¡La Alhambra! ¡La Alhambra! *Le Palais des Génies*,» hace poco que exclamaba en un arrebato de entusiasmo un poeta extranjero: la Alhambra, Palacio de las Hadas, mansion de encantos, consagrada por la historia y por la poesia, como una creacion fantástica de los cuentos orientales; la Alhambra va á desaparecer, ya que no bajo la piqueta de los demoledores, á impulsos del espíritu renovador de una restauracion sacrilega. Hace poco que insertamos en nuestras columnas la exposicion que con este motivo dirigió al Gobierno la Academia de Nobles Artes de Granada.

«Triste es, decian, triste es en verdad, y mengua para los amantes de nuestra gloria, el ver desaparecer una por una las preciosidades artisticas de la Alhambra, que la constituian un tipo único en las bellas artes de su época.

Inútil será dentro de poco tiempo buscar aquellos preciosos fragmentos de las miniaturas de oro y azul en aquellos colores que resaltaban en los mármoles de sus columnas, en la exquisita laceria de sus techos; porque ó han desaparecido á fuerza del rudo asperon, ó se han cubierto bajo una grosera costra de pintura al óleo!! La precision y exactitud de las formas en las aristas y relieves, ha perecido por este medio bárbaro de limpiar los mármoles.

«Tal es el deplorable cuadro que actualmente presenta ya la fuente de los Leones, rareza artistica conocida por todo el mundo, y el admirable Laberinto que forman las columnas de su patio: mutiladas las superficies esferoidales de la fuente, desportilladas las esquinas y perfiles de la inscripcion de alrededor, borrados sus lazos y nexos y perdidos sus contornos: el ignorante cincel del cantero ha desfigurado los ojos de los leones, haciéndolos mas profundos. El mismo deterioro sufren la mayor parte de las columnas del patio en los delicados collarinos de sus fustes hechos á torno, en las inscripciones y hojas de sus chapiteles, en los vestigios de sus caprichosas miniaturas; é igual suerte han corrido las columnas y techos de la galería alta del patio del estanque.»

Si son fundados estos temores, si son ciertos estos cargos que no se han refutado todavía, nosotros clamáramos porque no se detuviera la accion del tiempo, de la inclemencia y de la soledad. Pediríamos que se abandonara la Alhambra, para que por su propio peso viniera al suelo, ó para que los vaivenes de un terremoto la hundieran. Las ruinas, á lo menos, son grandes, son bellas, son poéticas. Las restauraciones son sacrilegios impíos.—

Trazó á principios del siglo XVI el gran arquitecto y

escultor admirable D. Diego de Silva la grandiosa fábrica del monasterio de San Gerónimo, por orden de los Reyes Católicos; y llegados los muros á cierta altura, en tiempo de Carlos V, la Duquesa de Terranova, viuda de Gonzalo de Córdoba, pidió al Emperador el edificio.

Hízola donación de él el magnánimo Carlos, y concluido el templo á expensas de la ilustre Matrona, fué depositado en él su Esposo en un gran sepulcro, á la entrada de su soberbia Capilla Mayor. Allí durmió tranquilo largos años; allí descansó de sus hercúleas empresas el héroe de Cerinola y del Garellano. Allí recibió por siglos el homenaje de admiración y respeto de la posteridad. Aquel templo era su pirámide y su castillo, ya que las almenas de Aguilar habían sido demolidas. En aquel recinto debían haber dado fin sus persecuciones. Pues allí — ¡oh mengua! — osaron insultarle muerto los que no pudieron vencerle vivo!....

¡Entrad hoy allí.... y aterraos! El templo suntuoso ha sido desmantelado; los mármoles que decoraban sus altares, han desaparecido. Las paredes están desconchadas; las cornisas y filetes desportillados. La yerba crece por sus derruidos techos, y el agua del cielo cae dentro en copiosos raudales de anchas goteras. Pero mirad el sepulcro: su losa se ha roto; la trompeta del vandalismo del siglo ha sonado para ella antes que la del Ángel del juicio final. El Gran Capitan no existe allí: nada se sabe de su paradero.... ¡Le han robado!.... ¡Le han desterrado de su última morada!....

El cabello se nos eriza, y la pluma se cae de nuestras manos al anunciar este hecho horrible! Cuando hasta tal punto han desaparecido el sentimiento de la gloria y la veneración del heroísmo, mucho debemos temer por la suer-

te del país. Mas vosotros, los de la seguridad individual de los vivos.... ¿en nada teneis la seguridad de los muertos? ¿Los restos de los muertos no tienen garantías en vuestras cartas constitucionales? Pero qué, ¿las tienen por ventura los héroes vivos? ¿Qué mucho que hayais dejado desenterrar al GRAN GONZALO, vosotros, los que habeis ajusticiado á LEON?

Y el Cid tambien, el semi-dios de la epopeya española, la gran figura de nuestra historia, el personaje de tantos romances y de tanta tragedia, la personificación de todas las grandezas y de todas las virtudes de los tiempos caballerescos, el Cid reposaba de tiempo inmemorial en San Pedro de Cardena. ¡Y se han atrevido á remover sus cenizas! Nosotros — si, por desdicha, tal hiciéramos — hubiéramos temido que por segunda vez echara mano á su espada el gran Rodrigo, ó que se hubieran desplomado sobre nuestras cabezas, para estorbar tamaña profanación, las paredes del viejo monasterio. Dicen que se desmoronaba; que aquel memorable santuario amenazaba ruina, y han querido disculpar un sacrilegio con otro mayor.

¡Y qué! ¿Qué importaba que San Pedro de Cardena viniera al suelo sobre la losa del héroe? Aquel monton de piedras y de ruinas hubiera sido todo él su tumba. ¿Por ventura no lo es todavía? ¿Por ventura son árbitros los hombres de mudar así, á su antojo, el lugar de los recuerdos, que han consagrado tantos siglos y tantas generaciones? ¿Son acaso la tumba del Cid los cinco piés de tierra, que puede ocupar su descarnado esqueleto? No: su sepulcro es San Pedro de Cardena; aquel vetusto edificio no es otra cosa ya. Sus cenizas podrán estar donde quiera; su memoria está allí. Allí le ha enterrado la Religion, allí le han custodiado los siglos. Allí está su sombra, allí

queda, debajo de aquellos techos ruinosos, al abrigo de aquellos pilares enmohecidos, de aquellos paredones musgosos y cárdenos. ¡Qué importan sus huesos? ¡Dónde encontrarán tumba para ellos!.... ¡Los vándalos que los han profanado, los han depositado en una caja en la casa de Ayuntamiento de Búrgos!

¡En el Ayuntamiento!.... ¡Allí donde se han hecho revoluciones y juntas, allí donde se violaron juramentos, y se execró el nombre de una Reina, allí está el Cid; el Cid, leal hasta el martirio, vasallo hasta el heroísmo de la obediencia; el Cid, que mató al Padre de su adorada, por honor, pero que jamás alzó su mano contra el Rey que le ofendía; el Cid, que en medio de sus fabulosas conquistas, sufrió con resignación sublime la persecución y el destierro con que fueron premiadas; el Cid.... trasladado al lugar donde la ingratitud violó á la faz del cielo los más sagrados empeños! ¡El retador de Zamora conducido ahora en hombros de los modernos Vellidos! Á nosotros se nos representa murmurando todavía aquellas solemnes palabras del romance:

Muchos daños han venido
Por los Reyes que se ausentan,
Que apenas han calentado
La corona en la cabeza....

Pedimos remedio contra tanto escándalo; alzamos un gemido de indignación dolorosa contra la manía de estas profanaciones. Para nosotros son el síntoma más horrible del siglo en que vivimos, de la época revolucionaria que atravesamos ¹.

¹ No queremos defraudar á nuestros lectores de algunas noticias respecto á este célebre Monasterio de San Pedro de Cardena, que creemos hubieran sido gratas á su elocuente defensor.

En 7 de Febrero de 1864 se puso á disposición del Emmo. Cardenal

Y no se nos arguya, en justificación de algunos de estos hechos, con el ejemplo de los ilustrados franceses, que han ido á desenterrar de Santa Elena el cadáver de Napoleón. Nosotros también condenamos este hecho. No vacilamos en decirlo: Napoleón debía quedar en Santa Elena. Aquella era su tumba digna, su tumba poética, su tumba grandiosa. La Providencia se la había dado. Eleven en las orillas del Sena á Bonaparte el templo más suntuoso: siempre será un rincón de una ciudad, una tumba más, entre otras muchas tumbas. Santa Elena, en medio del mar, separada del mundo entero por centenares de leguas, no era más que el sepulcro del gran guerrero!

¡Magnífico, grandioso, incomparable sepulcro, una ro-

D. Fernando de la Puente, Arzobispo de Búrgos, este venerando edificio. La entrega se hizo á virtud de reclamación del Prelado, y la Real orden se halla concebida en estos términos:

«Enterada la Reina (Q. D. G.) de la comunicación en que el M. Rdo. Cardenal Arzobispo de Búrgos hace presente la conveniencia de que se exceptúen de la permutación convenida con la Santa Sede, la Iglesia y Monasterio de San Pedro de Cardena, sitos á dos leguas de aquella ciudad, con el fin de abrir al culto la primera, y destinar el segundo á Casa-corrección de Sacerdotes, conservándose así tan célebre y memorable edificio; y considerando que por el art. 6.º del último convenio celebrado con la Santa Sede, se exceptúan de la permutación los edificios que se hallen destinados, ó se destinen, entre otros objetos, á casas de corrección ó cárceles eclesiásticas, S. M., de conformidad con lo propuesto por S. Emma., se ha servido declarar exceptuados de la permutación la Iglesia y Monasterio de San Pedro de Cardena, según desea el dicho Prelado.

De Real orden lo digo á V. Illma. para su inteligencia y efectos oportunos. Madrid 7 de Febrero de 1864.—TÁURITA.—Señor Director General de Propiedades y Derechos del Estado.»

El Prelado trasladándose á Cardena inmediatamente, ordenó su reparación, y el establecimiento de la reclusión mencionada, cuya dirección, así como la custodia del edificio, encargó al P. Fr. Millán Sevilla, antiguo monje de aquella Casa.

Nosotros la hemos visitado con veneración suma, y la hemos hallado no ruinosa, sino en el mejor estado de conservación. Allí se encierran los

ca de algunas leguas de circúito! La gran pirámide de Ménfis es una pequeña urna al lado de aquel peñon monumental, á cuya vista se prosternaban los navegantes, y se empavesaban de luto los navíos. ¡Que construyan otro los arquitectos de la Francia!.... Era preciso ir allí, atravesar los mares, para visitar los restos del Génio del siglo. ¡Bien lo merecía!—Napoleon ya no pertenece á la Francia: le dejaron morir en tierra extranjera. Su tumba, como su génio, era de la Europa, del mundo, de la historia, de la humanidad entera.

Allí estaba bien: allí debe estar. Todavía,—y hace dos años de su traslación,—no han ideado un monumento digno de su nombre. No le podrán construir, no. No cabe en París, en una ciudad habitada, esa sombra más

cuerpos de doceientos Santos monjes mártires, inmolados por los moros en 6 de Agosto de la era de ochocientos setenta y dos.

El Monasterio, edificado en el siglo VI con el nombre de *San Pedro de Cardena*, y aumentado por la Reina Doña Sancha, fué poblado por el gran Padre San Beulto durante su vida, é ilustrado en el siglo IX con aquel célebre martirologio.

Duermen en él diferentes Reyes: Lain Calvo, primer Juez de Castilla, las familias de Fernan-Gonzalez, Diego Lainez y el Cid, y entre esta sus dos hijas, Reinas, Doña Elvira y Doña Sol.

Están tambien los sepulcros del Cid y doña Jimena, ¡pero vacíos!.... Nos consta que la idea constante del ilustre Prelado, que ha sido el ángel conservador de aquel gran monumento nacional, fué siempre la de reclamar los restos mortales del gran Caudillo y de su Esposa, para devolverlos á aquel sitio, donde, por las tradiciones, vivian, aun despues de tantos siglos de muertos, y donde se hallan hoy todavía en cierta manera, á pesar de verlos ausentes y como expatriados.

La circunstancia de hallarse el Cardenal de la Puente en el último extremo de su vida, administrada la Santa Uncion, en los momentos de imprimirse este artículo, nos autorizan á consignar aquí este recuerdo y su piadoso deséo, tan conforme con el del Sr. Pastor Diaz, y que inspiraron á ambos á la par la Religión, la verdadera ilustración y el amor patrio.

Los que apetezcan mayores noticias sobre San Pedro de Cardena, glorioso Relicario á un tiempo, y verdadero Panteón nacional, pueden consultar el Apéndice, al final de este artículo.—(Nota del Compilador.)

grande que la Francia actual. Si quieren todavía poseerle los que se llaman herederos de su gloria, conquisten ó compren á Santa Elena, y vuélvanle allí, y echen otra vez sobre su frente angusta aquella piedra sin nombre, á cuya sombra se conservaba incorruptible, y aquellos sáuces sagrados, que no crecieron por cierto con las lágrimas de sus Mariscales!

Muévase el mundo cuanto quieran: inventen los hombres medios de acelerar la actividad de un siglo, al cual viene estrecho el tiempo. Centupliquen por medio del vapor la rapidez de la circulación social; y viva enhorabuena la sociedad moderna esa vida calenturienta que la agita, y que tal vez la consume.

Pero deje siquiera en paz á los muertos, y no turbe con el estrépito de su agitación convulsiva y desorganizadora, el reposo de los que duermen para siempre. Harto espacio hay erial é inculto, para que los vivos levanten en él sus moradas de un dia. Respeten á lo ménos los rincones donde haya sepulcros, y déjenlos que se cubran de escombros y de ruinas, ántes que edificar sobre ellos establos ó talleres, lupanares ó prefecturas, prisiones ó teatros. La memoria de los muertos pertenece á la posteridad: los monumentos son propiedad de la humanidad entera: la generacion sacrilega que dispone de ellos, comete un atentado. Un gran edificio pertenece á un pueblo: un ilustre sepulcro es de Dios.

Cuando enmedio de este siglo tan vano y presuntuoso, presenciámos el vandalismo de que nos lamentamos ahora, nos acordamos de aquella época, en que la conquista y la conservación de un Sepulcro Sagrado puso en movimiento toda la Europa, y la arrojó sobre el Asia en busca de aquel tesoro. Con aquel grandioso sentimiento empezó

la civilizacion européa: con él se dispó la barbárie, con él se organizó la sociedad.

Ahora es el sentimiento contrario el que prevalece.—
¿Si será que la civilizacion declina; que la barbárie resuscita; que la sociedad se disuelve?

APÉNDICE.

Para los amantes de la Religion, de las artes y del tesoro de las glorias nacionales, creemos conveniente dar alguna explicacion más detallada del Monasterio de SAN PEDRO DE CARDEÑA, la cual tomamos del *Boletín eclesiástico de Búrgos* de 5 de Mayo de 1864, página 130 del tomo 7.º de aquella interesante publicacion.

Dice así:

«A legua y media del solar en que radica la ciudad de Búrgos, cabeza de Castilla la Vieja en el Reino de España, caminando al Oriente, con alguna declinacion al Mediodía, había por los años de 537 una ermita dedicada á los Apóstoles San Pedro y San Pablo, en la que se veneraba un Santo Crucifijo de mucha devocion; y como á medio tiro de bala de ella, una fuente que hoy se llama *Caradigna*.

El Infante Teodorico, hijo de la Reina Doña Sancha y de su marido Teodorico, Rey de Italia, fatigado un dia de haber andado á caza, despues de haber bebido en dicha fuente, echóse á dormir, y cogido el sueño, despertó acometido de accidentes mortales, que le quitaron luego la vida. Afligida con la inesperada muerte de su hijo, mandó la Reina Sancha se le diese tierra en la ermita de los Santos Apóstoles, comenzando desde luego á fun-

dar en ella un Monasterio de monjes observantes, que le hiciesen compañía y le encomendasen á Dios. Vivía entonces en Italia el gran Patriarca del Monacato en el Occidente, San Benito, cuya santidad y doctrina, con la sumision y aprovechamiento de sus discípulos, eran el pasmo y edificacion de los fieles en toda la Iglesia. La autoridad Real y el poderoso influjo de su marido en aquel Reino, facilitaron á la Reina Sancha traer á España doce monjes educados en la escuela de tan santo, docto y famoso maestro, y plantar con ellos la celestial doctrina de su regla, el año 537, en el Proto-Monasterio Benedictino de España, que estaba edificando ó tenía edificado ya.

Este Monasterio, llamado de SAN PEDRO DE CARADIGNA ó de CARDEÑA, donde tienen distinguida sepultura el Infante Teodorico y la Reina fundadora, su Madre, supo conservar con honor en todo tiempo la observancia monástica, correspondiente á los sólidos cimientos en que la establecieron los discípulos de San Benito. El concepto que formaron de ella una multitud de Reyes, de Condes Soberanos y de insignes varones, que lo eligieron para depósito de sus cadáveres; y la liberalidad con que lo dotaron otros muchos fieles, son (entre otras que se omiten) una prueba demostrativa de esta verdad; pues que unos y otros se esmeraron en honrarlo, movidos de la exacta disciplina regular de sus hijos.

En este Real, ilustre y observantísimo Monasterio habitaban en el siglo IX de la era cristiana doscientos monjes, que, floreciendo con singular santidad de vida, se hallaron todos dignos de ser promovidos por Jesucristo á la corona del martirio. Súbditos del abad Estéban, perennemente ejercitados por este varon santísimo en la palestra espiritual, enseñados á vencer la carne, á despreciar el mundo, y á poner en fuga las potestades del infierno; noticiosos de que tenían sobre sí un ejército de árabes, ministros de Satanás, capitaneados por Zefa, y que venían sedientos de su sangre, no quisieron recibir redencion ninguna, por hallar mejor resurreccion; sinó que unánimes, poderosos con la armadura de Dios, fervorosos en el

la civilizacion européa: con él se dispó la barbárie, con él se organizó la sociedad.

Ahora es el sentimiento contrario el que prevalece.—
¿Si será que la civilizacion declina; que la barbárie resuscita; que la sociedad se disuelve?

APÉNDICE.

Para los amantes de la Religion, de las artes y del tesoro de las glorias nacionales, creemos conveniente dar alguna explicacion más detallada del Monasterio de SAN PEDRO DE CARDEÑA, la cual tomamos del *Boletín eclesiástico de Búrgos* de 5 de Mayo de 1864, página 130 del tomo 7.º de aquella interesante publicacion.

Dice así:

«A legua y media del solar en que radica la ciudad de Búrgos, cabeza de Castilla la Vieja en el Reino de España, caminando al Oriente, con alguna declinacion al Mediodía, había por los años de 537 una ermita dedicada á los Apóstoles San Pedro y San Pablo, en la que se veneraba un Santo Crucifijo de mucha devocion; y como á medio tiro de bala de ella, una fuente que hoy se llama *Caradigna*.

El Infante Teodorico, hijo de la Reina Doña Sancha y de su marido Teodorico, Rey de Italia, fatigado un dia de haber andado á caza, despues de haber bebido en dicha fuente, echóse á dormir, y cogido el sueño, despertó acometido de accidentes mortales, que le quitaron luego la vida. Afligida con la inesperada muerte de su hijo, mandó la Reina Sancha se le diese tierra en la ermita de los Santos Apóstoles, comenzando desde luego á fun-

dar en ella un Monasterio de monjes observantes, que le hiciesen compañía y le encomendasen á Dios. Vivía entonces en Italia el gran Patriarca del Monacato en el Occidente, San Benito, cuya santidad y doctrina, con la sumision y aprovechamiento de sus discípulos, eran el pasmo y edificacion de los fieles en toda la Iglesia. La autoridad Real y el poderoso influjo de su marido en aquel Reino, facilitaron á la Reina Sancha traer á España doce monjes educados en la escuela de tan santo, docto y famoso maestro, y plantar con ellos la celestial doctrina de su regla, el año 537, en el Proto-Monasterio Benedictino de España, que estaba edificando ó tenía edificado ya.

Este Monasterio, llamado de SAN PEDRO DE CARADIGNA ó de CARDEÑA, donde tienen distinguida sepultura el Infante Teodorico y la Reina fundadora, su Madre, supo conservar con honor en todo tiempo la observancia monástica, correspondiente á los sólidos cimientos en que la establecieron los discípulos de San Benito. El concepto que formaron de ella una multitud de Reyes, de Condes Soberanos y de insignes varones, que lo eligieron para depósito de sus cadáveres; y la liberalidad con que lo dotaron otros muchos fieles, son (entre otras que se omiten) una prueba demostrativa de esta verdad; pues que unos y otros se esmeraron en honrarlo, movidos de la exacta disciplina regular de sus hijos.

En este Real, ilustre y observantísimo Monasterio habitaban en el siglo IX de la era cristiana doscientos monjes, que, floreciendo con singular santidad de vida, se hallaron todos dignos de ser promovidos por Jesuero á la corona del martirio. Súbditos del abad Estéban, perennemente ejercitados por este varon santísimo en la palestra espiritual, enseñados á vencer la carne, á despreciar el mundo, y á poner en fuga las potestades del infierno; noticiosos de que tenían sobre sí un ejército de árabes, ministros de Satanás, capitaneados por Zefa, y que venían sedientos de su sangre, no quisieron recibir redencion ninguna, por hallar mejor resurreccion; sinó que unánimes, poderosos con la armadura de Dios, fervorosos en el

espíritu, se mantuvieron firmes á sufrir cualesquiera males; y entendiendo muy bien que no son condignas las pasiones del tiempo presente, respecto á la gloria venidera que se revelará en nosotros, se fortalecieron con mutuas exhortaciones á sufrir el martirio, y se previnieron con súplicas continuas á Dios para padecerlo.

Confirmados así en la Divina gracia, esperando con ánimo fuerte en el claustro del Monasterio, recibieron con suma paciencia la irrupcion de sus asesinos, que mirándolos como los más acérrimos impugnadores de su execrable secta, los degollaron cruelmente, proporcionándoles su inhumanidad la corona deseada, el miércoles 6 de Agosto de la era 872. Así se halla consignado en el *Martirologio Romano* en el expresado día, diciéndose: *Burgis in Hispania in monasterio Sancti Petri de Cardagna, Ordinis Sancti Benedicti, ducentorum Monachorum cum Stephano Abbate, qui à Sarracenis pro fide Jesu-Christi interfecti erant, atque ibidem in claustro à Christianis sepulti.* Arruinaron en seguida el convento, dejaron abandonados los santos cuerpos, y marcharon. Mas apenas se retiró el funesto ejército, acudieron los fieles de Cristo, sepultaron las sagradas reliquias, y escribieron apresurados en dos piedras, que todavía se conservan, la funesta, pero muy memorable historia de su heroico triunfo. Ni fué este sólo el honor con que después de haber coronado en los cielos á sus soldados, los hizo gloriosos en la tierra; sinó que también ilustró, para gloria de los mismos, con un célebre milagro su sepulcro, ostentándolo rojo, como rociado de sangre reciente, por muchos años consecutivos, el día aniversario de su martirio.

En su iglesia, cuyas altas bóvedas recuerdan la elevacion que las ideas civilizadoras iban tomando en el siglo XV, se hallan junto al altar mayor, los sepulcros que contienen los restos mortales de la Reina Doña Sancha, fundadora, como se ha dicho, de este Monasterio; de su hijo Teodorico; del Conde Garci-Hernandez de Castilla, hijo del gran Conde Fernan-Gonzalez; y finalmente, de Doña Ava, mujer de Garci-Fernandez y nieta del Em-

perador D. Enrique, cuyas arcas sepulcrales tienen los epitafios siguientes: *Regina Catholica Donna Sanctia, Theodorici, Italice Regis conjux, prima quæ monachos in Iberiam vocavit, et hoc construxit Cænobium. obiit era DLXXX.—Theodoricus infans, Sanctiæ reginæ filius, hic et obiit et conditus est, simulque Cænobium constructum era DLXXV.*—“Aquí yace García Fernandez, Conde de Castilla, hijo del gran Conde Fernan-Gonzalez. Finó era MXXXIII.”—“Aquí yace la Condesa Doña Ava, mujer del Conde Garci-Fernandez y nieta del Emperador D. Enrique.”

La capilla lateral de la Epístola es, aunque pequeña, muy elegante, y pertenece al estilo de arquitectura ojival florido, que por estar sobre ella la torre, y no haber sido derribada ésta, es el único resto que quedó de la iglesia antigua, pues la actual es de estilo gótico; pero segun dicen los maestros de obras, es de lo excelente y primoroso de aquellos tiempos en que se edificó: tuvo principio en el año de Jesucristo de 1447, reinando en Castilla D. Juan el II, y siendo Abad de este Monasterio D. Pedro del Burgo, hijo profeso del de Sahagun, en donde está enterrado en un sepulcro magnifico y de labor muy costosa. (Véase sobre esto la *Historia del Berganza*. t. II, pág. 224, núm. 162.)

En la inmediata, sobre cuya entrada se lee primeramente la inscripcion que sigue: *CAPILLA DE LOS REYES, CONDES É ILUSTRES VARONES*, y sobre ella tiene una tarjeta que dice: *Filii Sion inclityi reputati sunt in vasa testea. Thren, 4., 2.º* En cuyo recinto se daba culto á San Sisebuto, Abad de este Monasterio, y en el centro del cual subsisten aun los sepulcros, que servian de descanso á los restos mortales del héroe de Castilla RODRIGO DIAZ DE VIVAR, por otro nombre EL CID CAMPEADOR, y de su mujer DOÑA JIMENA DIAZ; si bien vacíos desde la traslacion á Búrgos de los restos que contenian, verificada en 19 de Junio de 1842. Cuyos sepulcros están unidos, y su asiento es sobre un zócalo de uno y medio piés de altura: por los costados de su longitud tiene la inscripcion siguiente:

*«Quantum Roma potens bellicis extollitur actis
Vivax Arthurus fit gloria quanta britannis
Nobilis è Carolo quantum gaudet Francia magno,
Tantum ducis Cid invicta Iberia claret.»*¹

El costado longitudinal de la parte del Cid, tiene el escudo de armas de su Padre, que son las de Lain Calvo, y á su cabecera otro, que le agregó D. Alonso el Sábio, que se compone de una cadena que circuye un campo, y pendiente de ella, en la parte más elevada, la cruz de las batallas, apoyada sobre otra cruz que forman dos espadas (la TIZONA y la COLADA), cuyas guarniciones se sostienen en los costados inferiores de la cadena. El costado de la parte de Doña Jimena, que es el izquierdo, tiene por escudo un león rampante, y en la cabecera un castillo, que es el de los Condes de Castilla, con la diferencia que á este le circuye una cadena como al del Cid.

Debajo de los escudos de la cabecera hay una lápida en que se lee: «En el año de 1809 llevaron los franceses de aquí á Burgos este sepulcro y restos contenidos, donde permanecieron hasta el 30 de Julio de 1826, en que fueron restituidos con gran solemnidad al mismo sitio.» Las losas que cubren los sepulcros tienen también sus inscripciones en el canto; la del Cid dice en caracteres góticos:

*«Belliger, invictus, famosus Mart triumphis
Clauditur hoc tumulo magnus Didaci Rodericus.»*

¹ También se hallaban escritas en la pared estas palabras, como si las dijera el Cid á los que venían á ver su sepulcro:

«Cid Rui-Díaz sô,
Que yago aquí encerrado,
E venci al Rey Bucar
Con treinta y seis Reyes de Paganos.
Estos treinta y seis Reyes,
Los veinte y dos murieron en el campo.
Vencilos sobre Valencia;
Desqué yo muerto encima de mi caballo.
Con esta son setenta e dos batallas
Que yo venci en el campo.
Gané a Colada é á Tizona,
Por ende Dios sea loado.
Amen.»

Estos versos fueron compuestos por el mismo D. Alonso el Sábio.—La losa del de Doña Jimena dice en caracteres romanos: «Doña Jimena Diaz, mujer del Cid, nieta del Rey D. Alonso el V de Leon.» Sobre estas losas sepulcrales se hallan las estatuas de los dos esposos. La del Cid, tendida, le representa cubierto de su armadura y casco con plumas; pendiente del cuello tiene la cruz de las batallas, y se extiende desde el pecho á los pies su Tizona arrollada con el tahalí; la abraza por la empuñadura con su mano derecha, y la izquierda abierta descansa sobre el tercio de su longitud; los pies se apoyan en un león echado, y la cabeza sobre dos almohadas. La situación de la estatua de Doña Jimena es igual á la del Cid: su traje es largo, con peto y toca, que le cubre la cabeza y el cuello, á lo monja; la posición de las manos es igual, con la diferencia de abrazar un rosario tendido en la misma forma que la tizona del Cid; á su izquierda en los pies tiene un perrito de lanas.

La capilla de que estamos hablando, contiene en sus paredes laterales, á derecha é izquierda, veintiseis urnas sepulcrales de los enterramientos siguientes: D. Ramiro Sanchez, Rey de Navarra, yerno del Cid; Doña Elvira, Reina de Navarra, hija del Cid; Diego Rodriguez, hijo del Cid, al cual mataron los moros en la hacienda de Consuegra; Doña Teresa, mujer de Diego Lainez, hija del Conde D. Nuño Alvarez, Madre del Cid; D. Ordoño, sobrino del Cid; Martin Pelaez el Asturiano; el Conde D. Pedro, hijo del Gran Conde Fernan-Gonzalez y hermano del Conde Garci-Fernandez; D. Nuño Alvarez de Lara; Hernan Cardena, caballero del Cid; Fernando Diaz, hermano bastardo del Cid; Alvaro Alvarez, sobrino del Cid; Doña Juliana Anton, hija de Anton Antolinez de Burgos y mujer de Fernando Diaz; Fernan-Gonzalez, hijo del Conde D. Pedro, y nieto del Conde Fernan-Gonzalez; D. Ramiro, Rey de Leon, hijo del Rey D. Alonso el Magno; doña Maria Sol, Reina de Aragon, hija del Cid; D. Sancho, Rey de Aragon, yerno del Cid; D. Diego Lainez, Padre del Cid; doña Fronilde, hija del Conde Fernan-Gonzalez; D. Alvar Fañez Minaya, capitán del

Cid y su primo; Lain Calvo, primer juez de Castilla; D. Gome de Gormaz; Fernando Alonso, sobrino del Cid; Pedro Bermudez, sobrino del Cid y su capitan; Martin Antolinez, sobrino del Cid; Bermudo Sandinez, y en fin, D. Gonzalo Nuño, hijo del Conde D. Pedro, y nieto del Gran Conde Fernan-Gonzalez.

Cuyos veinte y seis sepulcros, que están embutidos en las paredes de dicha capilla, tienen los escudos de armas ó blasones siguientes: D. Ramiro Sanchez, Rey de Navarra, yerno del Cid, tiene por armas un escudo partido por medio, de arriba abajo: el lado derecho está dividido en dos partes al través; en la superior están las cadenas cruzadas en campo de sangre, que son las armas de Navarra; en la inferior están flores de lis, y en el izquierdo están las armas del Cid, que son una cadena dorada cercando un campo verde: tiene corona sobre el sepulcro.

Doña Elvira, Reina de Navarra, hija del Cid, tiene por armas cuatro bandas negras en campo de oro, tres coronas de oro, en campo colorado; un leon con una hacha de armas en campo de plata, y otro leon rampante en campo de oro, cada uno en su cuadro; estas armas, segun Estéban de Garibay, son las que usaron los Reyes godos: tiene corona este sepulcro.—Diego Rodriguez, hijo del Cid, tiene por armas una cadena de oro, que cerca un campo verde, que son las armas de su Padre.—Doña Teresa, Madre del Cid, tiene un leon rojo rampante en campo de plata.—D. Ordoño, sobrino del Cid, tiene un escudo partido de arriba abajo: en el lado derecho están las armas del Cid, el lado izquierdo está dividido en dos partes al través; en la parte superior está una cruz de oro en campo blanco, y en la inferior una flor de lis en campo de sangre.

Martin Pelaez, el asturiano, tiene un brazo armado con una espada en la mano, la punta hácia arriba, en campo de sangre.—El Conde D. Nuño Alvarez de Lara, tiene dos calderas de oro con serpientes en campo colorado.—El Conde D. Pedro, hijo del Conde Fernan-Gonzalez, tiene un castillo en campo de sangre.—Hernan Cardeña, tiene un escudo partido de arriba abajo: en la

parte derecha tiene las armas del Cid, y en la izquierda cuatro hojas de plata en campo colorado.—Fernando Diaz, tiene un escudo cuarteado y contrapunteados leones en campo de plata, y cuatro bandas azules en campo de oro, que son las armas de Lain Calvo.—Alvaro Alvarez tiene el mismo escudo que Fernando Diaz.—Doña Juliana Anton, hija de Anton Antolinez de Burgos, y mujer de Fernando Diaz, tiene un escudo cuarteado, y contrapuestas dos flores de lis en campo de sangre, y dos cruces de oro en campo blanco.—Fernan-Gonzalez, hijo del Conde D. Pedro y nieto del Conde Fernan-Gonzalez, tiene un castillo en campo de sangre, y encima una cruz de plata en campo colorado, insignia de los condes soberanos de Castilla.

D. Ramiro, Rey de Leon, tiene un leon rojo rampante en campo de plata, y sobre el sepulcro una corona.—Doña Maria Sol, hija del Cid, tiene un escudo cuarteado, y contrapuestas las armas de Aragon con las del Cid, y sobre el sepulcro una corona.—D. Sancho, Rey de Aragon, yerno del Cid, tiene las armas de aquel reino, que son unas barras de oro en campo de sangre: tiene corona este sepulcro.—D. Diego Lainez, Padre del Cid, tiene las armas de Lain Calvo.—Doña Fronilde tiene un castillo en campo de sangre.—Don Alvar Fañez Minaya tiene por armas cinco roeles de oro en campo de sangre.—Lain Calvo, primer juez de Castilla, tiene por armas un escudo cuarteado y contrapuestos leones en campo de plata, y cuatro bandas azules en campo de oro.—D. Gomez de Gormaz tiene un castillo en campo de sangre.—Fernando Alonso, sobrino del Cid, tiene por armas un escudo partido de arriba abajo: en el lado derecho están las armas del Cid, y en el izquierdo, que está dividido en dos partes al través, en la superior hay una cruz de oro en campo blanco, y en la inferior está una flor de lis en campo de sangre.—Pedro Bermudez, tambien sobrino del Cid, tiene las armas de Lain Calvo.—Martin Antolinez, sobrino del mismo, tiene las mismas armas de Lain Calvo.—Bermudo Sandinez tiene por armas un escudo partido por medio, de arriba abajo: en el lado derecho hay unas

flores de lis en campo verde, y en el izquierdo las armas de Navarra. — D. Gonzalo Nuñez, hijo del Conde D. Pedro, y nieto del Conde Fernan-Gonzalez, tiene un castillo en campo de sangre, y encima una cruz de plata en campo colorado.

En el interior de la capilla de que estamos hablando, y por encima de los sobredichos sepulcros, se lee la inscripción siguiente: "*Gaude, Felix Hispania, letareque semper quia tot talesque meruisti Penates habere: sunt enim Reges illustrissimi genere, et Comites nobilissimi atque fortissimi, quorum corpora in præsenti capella requiescunt.*" Y en una tarjeta que tienen dos leones, se lee: "*Quomodo ceciderunt robusti, et perierunt arma bellica?* (2.º Regum 1.º 27.)"

En frente de esta capilla que acabamos de mencionar, hay otra, sobre cuya entrada se lee: "CAPILLA DE LOS SANTOS MÁRTIRES." Y más arriba hay una tarjeta que dice: "*Corpora C. C. S. S. M. M. (ducentorum Sanctorum Martyrum) in pace hic sepulta sunt. Anno 834.* Se llama esta capilla de los Santos Mártires, por estar erigida en el ala del claustro en que fueron enterrados *Doscientos Monjes*, martirizados por los moros en tiempo de su invasión en el año de la era cristiana de 834.

Esta ala del claustro, que según resulta de algunos autores apoyados en documentos, y aparece de los caracteres de su arquitectura, en dictámen de varios arqueólogos, es del tiempo de la fundación del Monasterio, á saber, del siglo VI, parece muy probable que sea el único ejemplar de arquitectura que de su época quedó en España, merced á la devastación sarracénica. Se compone de una serie de arcos semicirculares sobre columnas cilíndricas y lisas, cuyas basas son caprichosas, así como los capiteles, y estos muy variados, hallándose algunos que se asemejan bastante al corintio; pero la ejecución de todos es muy tosca. Cuatro de estos capiteles están incluidos en la capilla que acabamos de nombrar, y allí pueden verse y examinarse de cerca, á diferencia de los demás del ala, que solo se ven al través de unas estrechas ventanillas, abiertas en unas puertas que cierran el en-

terramiento de los Mártires. Entre los capiteles de las columnas y los arranques de los arcos hay unas impostas, según era uso en el siglo VI, al decir de varios inteligentes.

Entrando en dicha capilla, á mano derecha dentro del santuario, hay dos piedras embutidas en la pared, que contienen con caracteres góticos la inscripción siguiente: — "*Era DCCCLXXII. III. F. VIII. Idus Aug. adlisa est Karadigna, et interfecti sunt ibi per Regem Zephram CC. Monachi de grege Domini in die SS. Martyrum Justi et Pastoris.*" Cuya inscripción se dice haber sido puesta por los mismos que enterraron los Monjes mártires: á lo menos los caracteres, según los anticuarios, son de aquel tiempo ⁴.

A los pies de la iglesia están los sepulcros de Gil Diaz, moro convertido y mayordomo del Cid, y el de Sancho Guillen, Abad que fué de este Monasterio, y natural de la ciudad de Burgos, de una de sus principales familias; persona muy venerable, y Abad de ejemplar virtud, cuyo sepulcro se ha tenido siempre en gran respeto. (Berganza, t. II, pág. 184, núm. 84 y siguientes.)

En la capilla llamada de Santa Catalina, que está en la sacristía, en donde fué la claustra antigua, enterramiento de varias personas notables que refiere el historiador Berganza, según el Nicerológio de Cardena, hay un elegantísimo arco ojival florido, digno de estudiarse por los artistas. En un ángulo del claustro procesional, que es uno de los tres de que consta el Monasterio, se ven unos arcos con sus columnas tapiadas, que han juzgado dignos de estudio varios arqueólogos.

Este claustro, que es el segundo, al cual le faltan dos paños, que están tirados por el suelo desde el tiempo de la guerra de la Independencia, en que fué destruido el Monasterio, es de arquitectura grave y magestuosa, de estilo greco-romano: se ve en él una puerta ojival primitiva, tapiada, y también unos canecillos de una igle-

⁴ Zepha, del Siriaco significa Capitan. Según algunos, el que martirizó á los Monjes fué Almudar, hijo del Rey de Córdoba, que llevaba aquel título.

sia muy antigua, que estaba en el ala del claustro en frente de donde se halla la actual, los cuales canecillos han sido copiados cuidadosamente por varios artistas. Entre este claustro y la iglesia actual está el ala del de los Santos Mártires, de la cual ya se hizo relacion. El primer claustro pertenece á aquel gusto, que podríamos llamar intermedio entre el estilo ojival y el renacimiento italiano, importado en nuestra nacion por Berruguete y otros artistas, en la primera mitad del siglo XVI.

El tercer claustro es insignificante. El aspecto exterior del Monasterio, tanto por la bella gravedad de sus fachadas, como por su conjunto y posicion, añadido á los recuerdos históricos que á él están ligados, y entre los cuales no se puede omitir aquí el de hallarse incluido en el sitio en que, hasta el año de 1711, estuvo el palacio del Cid, además de las particularidades que se acaban de citar y otras bellezas que, como los retablos y la sobre-escaleira, se pasan en silencio por evitar prolijidad, hacen del Monasterio de San Pedro de Cardena un verdadero monumento de las antiguas glorias españolas.

Para concluir, queremos insertar el siguiente soneto compuesto en 1842; por la admirable coincidencia que ofrece con las ideas del Sr. Pastor Diaz. Tambien le hemos tomado del *Boletín Eclesiástico de Burgos*.—Dice así:

¡Salve, sombra del Cid.... sombra gigante!
Yo te acato en tu tumba abandonada;
Que á quien tanto por Dios vibró su espada,
Sólo el templo de Dios tumba es bastante.

En vano el siglo intentará arrogante,
Despues que ha profanado tu morada,
Erigir á tus restos tumba alzada,
Columna que hasta el cielo se levante!....

El vandálico siglo que ha perdido
Cuanto del gran Gonzalo nos quedaba,
De guarda fiel el galardón desdén;

Y por sus propios hechos desmentido,
Verá buscar al héroe.... donde estaba!....
En su tumba, en SAN PEDRO DE CARDEÑA!

DON FRANCISCO JAVIER DE BÚRGOS.

BIOGRAFÍA.

Solemos quejarnos con harta frecuencia de la escasez de hombres grandes y distinguidos talentos que han florecido en España en estos últimos tiempos, mayormente cuando comparamos nuestros días con otras épocas más gloriosas en nuestros fastos, ó cuando volvemos los ojos á las naciones que nos rodean, y que se hallan hoy á mayor altura de influencia política y de supremacía literaria.

Tambien nosotros tuvimos nuestro siglo de oro. Tambien hubo un tiempo en que dominadores del mundo, y preponderante Potencia en la Europa, no lo éramos menos en las regiones del saber, y en los vastos dominios de la literatura y de las artes. Parece que el impulso que recibe una nacion, cuando ejerce tan vasto poderío, como el que cupo en suerte á la España en algun período, no se comunica menos á la inteligencia, que al valor y al ardor marcial. Cuando nuestras armas llenaban la Europa, llenábanla asimismo nuestros libros. Teníamos grandes artistas, cuando teníamos grandes capitanes.

Cuando habia Monarcas como Felipe II, y Generales como D. Juan de Austria, y batallas como Lepanto y Ceriñola, habia sábios como Mariana, escritores como Cervan-

sia muy antigua, que estaba en el ala del claustro en frente de donde se halla la actual, los cuales canecillos han sido copiados cuidadosamente por varios artistas. Entre este claustro y la iglesia actual está el ala del de los Santos Mártires, de la cual ya se hizo relacion. El primer claustro pertenece á aquel gusto, que podríamos llamar intermedio entre el estilo ojival y el renacimiento italiano, importado en nuestra nacion por Berruguete y otros artistas, en la primera mitad del siglo XVI.

El tercer claustro es insignificante. El aspecto exterior del Monasterio, tanto por la bella gravedad de sus fachadas, como por su conjunto y posicion, añadido á los recuerdos históricos que á él están ligados, y entre los cuales no se puede omitir aquí el de hallarse incluido en el sitio en que, hasta el año de 1711, estuvo el palacio del Cid, además de las particularidades que se acaban de citar y otras bellezas que, como los retablos y la sobre-escalera, se pasan en silencio por evitar prolijidad, hacen del Monasterio de San Pedro de Cardena un verdadero monumento de las antiguas glorias españolas.

Para concluir, queremos insertar el siguiente soneto compuesto en 1842; por la admirable coincidencia que ofrece con las ideas del Sr. Pastor Diaz. Tambien le hemos tomado del *Boletín Eclesiástico de Burgos*.—Dice así:

¡Salve, sombra del Cid.... sombra gigante!
Yo te acato en tu tumba abandonada;
Que á quien tanto por Dios vibró su espada,
Sólo el templo de Dios tumba es bastante.

En vano el siglo intentará arrogante,
Despues que ha profanado tu morada,
Erigir á tus restos tumba alzada,
Columna que hasta el cielo se levante!....

El vandálico siglo que ha perdido
Cuanto del gran Gonzalo nos quedaba,
De guarda fiel el galardón desdén;

Y por sus propios hechos desmentido,
Verá buscar al héroe.... donde estaba!....
En su tumba, en SAN PEDRO DE CARDEÑA!

DON FRANCISCO JAVIER DE BÚRGOS.

BIOGRAFÍA.

Solemos quejarnos con harta frecuencia de la escasez de hombres grandes y distinguidos talentos que han florecido en España en estos últimos tiempos, mayormente cuando comparamos nuestros días con otras épocas más gloriosas en nuestros fastos, ó cuando volvemos los ojos á las naciones que nos rodean, y que se hallan hoy á mayor altura de influencia política y de supremacía literaria.

Tambien nosotros tuvimos nuestro siglo de oro. Tambien hubo un tiempo en que dominadores del mundo, y preponderante Potencia en la Europa, no lo éramos menos en las regiones del saber, y en los vastos dominios de la literatura y de las artes. Parece que el impulso que recibe una nacion, cuando ejerce tan vasto poderío, como el que cupo en suerte á la España en algun período, no se comunica menos á la inteligencia, que al valor y al ardor marcial. Cuando nuestras armas llenaban la Europa, llenábanla asimismo nuestros libros. Teníamos grandes artistas, cuando teníamos grandes capitanes.

Cuando habia Monarcas como Felipe II, y Generales como D. Juan de Austria, y batallas como Lepanto y Ceriñola, habia sábios como Mariana, escritores como Cervan-

tes, poetas como Garcilaso, dramáticos como Calderon y Lope, pintores como Jordan, y Velazquez, y Murillo. Y habia hombres de Estado para gobernar tanto imperio, y legisladores para dar leyes sábias á tan vastos continentes, y eclesiásticos sapientísimos, lumbreras de la Iglesia, y magistrados íntegros y doctos, antorchas de la justicia; y en todos los ramos, y en todas las carreras el catálogo de los grandes hombres de aquella España era el más numeroso, y el más ilustre hoy todavía, en cuanto las celebridades de los tiempos modernos no han podido aventajar á las eminencias de la edad á que aludimos.

Reyes ahora destronados, y poder enflaquecido, el brillo de otros pueblos, que se elevaron sobre las ruinas de nuestro poder, eclipsa nuestro esplendor; y por muy apasionados que seamos de nuestras glorias, donde quiera que volvamos los ojos podemos ver quien las ofusque y supere. Mal podríamos sostener la competencia con nuestros vecinos en ningun género de talentos, mucho ménos en los ramos del saber. Las naciones extranjeras más avanzadas en los progresos materiales de la civilizacion, descuellan más tambien en el estudio de las ciencias y en el cultivo de las artes. Es mayor sin duda el catálogo de sus literatos, de sus poetas, de sus políticos, de sus historiadores; mayor sin duda el catálogo de obras originales que sale de sus prensas. Hecho es este á cuya evidencia no podemos cerrar los ojos. Lo vemos, lo confesamos.

Pero desde este hecho, á pensar y á creer que estamos infinitamente rebajados del nivel de la ilustracion europea, hay una distancia inmensa, una diferencia esencial; y en ese juicio, y en esa creencia no seremos nosotros los que convengamos. No está, no, nuestra nacion á la altura de las demás de Europa; pero la diferencia en pro-

gresos intelectuales puede no ser tan grande como á primera vista aparece, ofuscados los ojos que la miden, por engañosas apariencias.

Y es, entre otras cosas, que el número de hombres verdaderamente sábios, y alta y merecidamente reputados, no es demasiado numeroso en nacion alguna. Muchas medianías hay que usurpan, alzadas en hombros de una efímera voga, el lugar debido á los que verdaderamente se elevan sobre bases y cimientos propios y sólidamente afirmados. El desarrollo de la industria material ha comunicado á las letras un movimiento, más que intelectual, mercantil; y entre millares de libros, mero producto de especulacion, que la prensa lanza todos los dias, para hundirse á poco en el abismo del olvido, y en los que sólo se hallan repetidas en todos los tonos, y preparadas en toda clase de formas las ideas que circulan en la sociedad, ó que son patrimonio comun del vulgo pensador, son muy contadas las obras verdaderamente originales; las que añaden una idea nueva, ó un descubrimiento luminoso al fondo comun del saber de la época; las que presentan una solucion satisfactoria á alguna de las graves cuestiones que se agitan en las regiones de la literatura, de la ciencia ó de la política. Son muy escasos los trabajos literarios de verdadero estudio y de conciencia: son raras, y aparecen en todas partes á largos intervalos, las producciones que puedan contar celebridad póstuma y fama duradera. La ciencia y literatura de vapor corren muy rápidas su camino.

Y despues de todo, las naciones que nos rodean, amestradas de más tiempo y más escarmentadas por las revoluciones políticas y las vicisitudes de este borrascoso siglo, han aprendido á despreciar las diferencias de opinion

que separan á los hombres y á los partidos, cuando se trata de la gloria nacional y del mérito de los grandes talentos que forman el caudal de esta gloria. Al pronunciarse un nombre ilustre, se olvidan allí las opiniones que ha sustentado, la causa á que ha servido, y la trompa de la Fama pregona con igual sonoridad los talentos de un realista, ó las virtudes de un republicano. Descúbreanse todas las frentes al nombre de Chateaubriand, sin que se tengan en cuenta, ni por sus adversarios, sus opiniones. Guizot no deja de ser una alta razon filosófica, porque se le llama doctrinario. De Balanche y de Maistre van á sentarse á la Academia á par de De-Broglie y de Royer-Colard. De-Bonald y Laménais son igualmente aclamados con respeto; y no ménos glorioso, no ménos popular resplandece el nombre de Lamartine, ensalzando la legitimidad caída y entonando en bellísimos versos religiosas plegarias, que la musa libre y graciosa, cáustica, picante y revolucionaria un tanto, del inmortal Beranger. Son artistas, son poetas, son oradores, son filósofos franceses. La Francia nos los presenta siempre reunidos en un espléndido grupo de gloria; nos repite todos los días envanecida esos nombres, que su incesante repetición parece que multiplica. Grandes y muchos son sin duda; pero esa gran voz, esa unánime aclamación popular, nos los hace parecer más, y acaso mayores.

No sucede así entre nosotros; no sucede así en esta sociedad, trabajada tanto y tan crudamente por las tempestades políticas que rugen y braman todavía. El rencor de las malas pasiones, el odio profundo de las discordias nos tienen divididos y fraccionados en partidos, círculos y pandillas, verdaderas regiones apartadas unas de otras, más que si las dividieran mares dilatados, ó ale-

daños de enriscadas fronteras. Todos aquí nos separamos, porque todos nos aborrecemos y nos rechazamos. Desunidos vivimos, como domésticamente reñidos; y un pueblo que tan dividido se muestra, no aparece como nación, no tiene en ningún ramo nacionalidad. Aquí un partido es enemigo del otro: son como dos generaciones extrañas.

Los unos no reconocen los talentos de sus adversarios; los otros niegan toda capacidad en sus antagonistas. La ancianidad no admite los progresos del siglo; la juventud superficial y presuntuosa no coloca en el catálogo de las celebridades á los talentos de la centuria anterior. Cada bando no consiente en los corifeos del otro ningún título, que pudiera suavizar el rigor del anatema á que perdurablemente le ha condenado. Piérdese así la unidad, piérdese el conjunto: las altas aristocracias de la república de las letras no forman cuerpo, y los hombres eminentes que todavía posee España en gran número, aquí enterrados, y más allá oscurecidos, y en una parte calumniados, en otra perseguidos, en muchas ignorados, y en todas mal comprendidos, y vistos á mala luz, brillan sólo á los ojos de algun hombre generoso é imparcial, que tiende sobre este suelo una mirada de exámen desapasionado; pero no se reúnen, por el comun y popular encarecimiento, en el foco de luz que podrían aun derramar sobre nuestro anubarrado horizonte éstas hoy esparcidas lumbreras. No basta contarlas. Para ver lo que somos y valemos era menester reunir las. Nosotros creemos que vendrá un día, y un período de mayor calma, y otra generación más justa que así lo haga. Entre tanto nos proponemos ayudar á esta obra en nuestro débil é incompleto trabajo.

Ilustre y alto ejemplo, que corrobora la verdad de las

reflexiones que acabamos de hacer, es el personaje, cuyo nombre encabeza este escrito. Si viviera entre nuestros vecinos, su celebridad sería europea, sus numerosos escritos habríanse multiplicado en repetidas ediciones; las Academias le habrían abierto sus puertas; su retrato y su nombre serían patrimonio del público entusiasta y admirador. Y lo merecería sin duda, y entre nosotros lo merece también, y más todavía; como quiera que sean entre nosotros más raros tanto saber y tantos merecimientos, tanta ilustración, y tantos trabajos útiles, y tantos esfuerzos no perdidos por el bien de la Patria.

Débenle las letras españolas considerables adelantos en la perfección del gusto poético y del esmerado estilo que caracteriza sus producciones. Débenle las musas composiciones que rivalizan con las de nuestros más famosos ingenios en brillantez, vigor, entonación y colorido; que superan á las de muchos en profundidad de intención filosófica y en elevación de miras, y que no pasarán efímeras con el siglo en que nacieron. Débele la literatura clásica el más bello monumento, que se ha elevado en nuestros días á la gloria inmortal y admiración eterna del más grande de los poetas de la edad latina, la magnífica traducción de Horacio, que bastaría por sí sola á asegurarle un nombre para siempre glorioso en nuestros fastos poéticos.

Débele la política los primeros gérmenes de las ideas verdaderamente liberales, de las ilustradas nociones y máximas de buen gobierno, que habían hecho desaparecer de entre nosotros las preocupaciones del absolutismo y las exageraciones reaccionariamente democráticas de la escuela de 1812; como le debe el periodismo acaso el primer diario político de influencia y nombradía. Débele

la administración su ser, su vida: él ha echado en nuestro suelo su semilla fecunda; él la ha beneficiado con luminosas teorías, con especulativos estudios, que no serán perdidos para la generación presente, ni para las de tiempos más felices y afortunados, y que harán en su día que vuelvan á dar sus opímos frutos trabajos y aplicaciones prácticas, malogrados ahora y esterilizados, al parecer, por el desbordamiento de la avenida revolucionaria. Débenle el Gobierno y el país mejoras y adelantos materiales, de los que conservará por siempre una memoria tan larga, como corta fué su administración difícil y afanosa. Débele el teatro producciones dramáticas, á las cuales reserva acaso admiración y aplausos el público que no ha podido hasta ahora disfrutar su representación. Y deberále, en fin, la posteridad, sobre otros innumerables trabajos, la historia fiel y animada de los años más interesantes de nuestra época; la narración filosófica, y la severa aunque imparcial censura de los grandes acontecimientos que han pasado á nuestros ojos, y que mejor que nadie ha podido apreciar desde la altura de su vasto pensamiento, y desde la posición aislada en que respecto de los partidos ha debido encontrarse.

Y sin embargo, el hombre á quien tanto se debe, yace oscurecido á la vista, y tal vez á la memoria de la Nación, á cuya gloria tan poderosamente ha contribuido. Muchos habrá que no sepan hoy lo que se ha hecho de esa noble existencia, ni cuál ha sido la suerte de esa vida tan útil y laboriosamente empleada. Acaso ignoran que vive todavía, si bien esperando en el lecho del dolor el término de unos días consagrados al saber y á la felicidad de su país.

Vive, sí: Granada le tiene. Sintiéndose desfallecer, ha

vuelto desde las orillas del Sena, á respirar, en sus postreros años, el aire que rejuvenece, la atmósfera embalsamada y vivificante de los cármes del Darro y del Genil. Allí está, siendo las delicias de los suyos y de sus amigos, en la dulce oscuridad, y en la medianía de oro de la vida privada. La amistad lo sabe; pero el público lo ignora. El público, acaso despues de mucho tiempo, recuerda por vez primera, cuando nuestros lábios le pronuncian, el nombre de D. Javier de Búrgos. El espíritu de partido ha querido pasar sobre él una esponja de olvido: el rencor inextinguible de unos hombres, á quienes no ha quedado más que hiel en el corazon, ha querido privar á este nombre hasta de la nacionalidad, y trasladar á otro país la gloria que de poseerle nos resulta.

¿Y porqué? Porque, cuando han pronunciado la palabra *afrancesado*, han creído la envidia y la enemistad eclipsar y oscurecer una existencia tan brillante. Porque han intentado, no sólo condenar á perpétuo ostracismo su persona, sino que quisieran tambien negar carta de naturaleza á su esclarecida fama. Nos cuesta trabajo admitir una razon que se funda en los más innobles motivos personales, en la más pueril y mezquina ojeriza. Queremos olvidarnos de ella. Sólo sabemos el pretexto, y es por cierto harto pequeño, ante nuestros desapasionados ojos.

El Sr. Búrgos en el año de 1810, cuando los franceses invadieron las Andalucías, y dividieron el territorio en provincias regidas por Prefectos, y en distritos administrados por Subprefectos, creyó poder servir útilmente á su Patria admitiendo la subprefectura del distrito de Almería, que 21 años despues, habia, siendo Ministro, de erigir definitivamente en provincia. No era Búrgos, no lo ha

sido, de los que desearan la sumision de su Patria á una potencia extranjera, ni de los que pudieran mirar con gusto la pérdida de su nacionalidad. Pudo ser, sí, de los que creyeron que la invasion francesa era desde luego incontrarestable por los esfuerzos de un pueblo aislado y mal dirigido; que habia llegado la época de una crisis en su vida política, de un gobierno nuevo, tal vez de una dinastía. Acaso entónces no extendió sus miradas tan lejos, ni se curó de llevar tan adelante las esperanzas de un porvenir, que pendia de circunstancias, que no estaban al alcance de la prevision humana. Él sólo vió un numeroso ejército invasor ocupando su país natal, viviendo sobre sus recursos, amenazando devorar sus subsistencias.

Crejó un deber de patriotismo interponerse entre las tropas enemigas y un pueblo invadido. Nada de comun habia entre propietarios populares y bien quistos, y enemigos que asolaban el territorio en que se esparcian. No habia fuerzas que oponerles. La provincia de Granada no vió en los treinta y dos meses de su ocupacion un sólo soldado de la Patria. Lo único que podia neutralizar las brutales exigencias de tropas habituadas á la rapiña y al desórden, eran los miramientos, las deferencias, las contemporalizaciones. Supuesta la necesidad de surtir las, era mejor que se hiciese esto con órden y regularidad, sin vejaciones, sin tropelías, y con el menor sacrificio posible, que entregar los habitantes todos á discrecion de una soldadesca, indisciplinada siempre y feroz, cuando carece de lo que há menester. Era mejor que los preciosos intereses de la propiedad y del reposo de aquellos habitantes se confiaran á magistrados del país familiarizados con sus leyes, y unidos con los que reclamaban su apoyo por los lazos del paisanaje y las relaciones de familia, que dejar

que sus desavenencias y querellas fuesen decididas por los enemigos mismos, que ocupaban su suelo en aquellas tan calamitosas circunstancias.

Esto creyó Búrgos, cuando se encargó del destino que hemos mencionado. Los bienes que en él habia dispensado á los pueblos, en un sistema á favor del cual apenas se habian sentido en aquel distrito los horrores de la guerra, hicieron que se le llamara á Granada, y se le confiara la presidencia de la Junta general de subsistencias, donde dispensó todavía mayores servicios, en mayor escala, en circunstancias cada vez más difíciles, y rodeado de premiosas necesidades. Bien distante estaba de creer que se le pudiera un dia hacer un cargo por lo que era un título de elogio, y de que las enconadas pasiones calificaran de crimen los grandes méritos contraídos para con el país en una época de trastorno y confusion. Y sin embargo, este fué el crimen de su vida: esta fué su traicion, y el fundamento de las persecuciones y de los odios que llovieron sobre él. Este fué su título á la impopularidad, su delito de lesa nación y de *afrancesamiento*. La posteridad será más justa y más desapasionada. El buen sentido de la época lo es ya tambien; y nosotros, que para aquellos sucesos somos ya posteridad, no podremos confundir jamás con traiciones y bajezas y bastardías, errores de opinion; ni mucho ménos, nobles hechos, que en vez de proscripcion, merecerian en cualquier país gratitud y recompensa.

En la época á que aludimos, y en que se distinguia ya como entendido administrador y enérgico funcionario público D. Francisco Javier de Búrgos, era jóven todavía. Habia nacido en 22 de Octubre de 1778, de padres nobles y acomodados en la ciudad de Motril, provincia de

Granada. Destinado á la Iglesia, entró á la edad de once años en el colegio de San Cecilio de aquella capital, establecimiento célebre ya entónces por la perfeccion con que se enseñaban en él las ciencias eclesiásticas. Búrgos las cursó allí con notable aprovechamiento, y empezó desde aquella temprana edad á distinguirse en los estudios, en que despues habia de sobresalir con mayor lustre, mostrando desde luego una decidida aficion por la elocuencia y la poesia. Adolescente aún, llamaban ya la atencion sus primeras producciones; sus juguetes líricos, sus pequeños y tímidos ensayos dramáticos, dejaban ya entrever, sinó el juicio y aplomo que debia ostentar su autor en edad madura, la imaginacion brillante, que habia de dar tanto color y vida á las producciones todas de su fecunda pluma. No se avenían demasiadamente estas disposiciones con el estado para que sus padres le destinaban; y cumplidos apenas los diez y nueve años, y no sintiéndose con vocacion para la carrera eclesiástica, pasó á Madrid con ánimo de profundizar otras ciencias, y de conocer á los hombres que más se distinguian entónces en el cultivo de las letras.

Era entre estos á la sazón el más célebre y más altamente reputado, el ilustre poeta D. Juan Melendez Valdés, Fiscal de la sala de Alcaldes de Casa y Corte. Hallábase en el apogeo de su merecida gloria literaria: desde el siglo de oro de nuestra literatura, las musas españolas no habian tenido más digno, más noble, más brillante intérprete. No aparecía entónces solamente como gran poeta: era además el restaurador de nuestra poesia. Era el padre, era el príncipe de los poetas de su época. Los años transcurridos, los adelantos de nuestra edad, la fama y mérito de otros ingénios que le han sucedido, y aun los

juicios de la crítica que le han censurado, no han podido todavía marchitar la corona que, fresca y lozana entónces, ceñía su frente. En la época á que nos referimos, un nuevo florón se añadía á sus laureles. El alumno de las musas recogía en el templo de Témis la palma de la elocuencia. El dulce cantor de Batilo adquiría una nueva celebridad en su vigorosa y elocuente acusación fiscal contra la Madame Laffarge de aquellos tiempos, la tristemente célebre *Castillo*; y el mayor prestigio, la mayor popularidad, la más alta gloria circundaba con rica y brillante aureola al Magistrado Poeta.

Hallábase éste un día sentado á la mesa, cuando llamó su atención el ruido de una contienda, al parecer empeñada, entre sus criados, y una persona, que pugnaba por entrar á toda costa por una puerta, que Meléndez podía descubrir desde su asiento. Resistían los criados al empeño importuno del que forcejeaba por entrar, cuando su amo les preguntó: — «¿Qué es eso?» Adelantóse entónces, y apareció en el comedor un jóven de resueltas apariencias, pero de dulce y agradable fisonomía. — Nada ya, le dijo. Por ahora he conseguido el objeto que me había propuesto, que era el de conocer á V. En otra ocasión, si V. lo permite, volveré á tener el honor de tratarle, y de oír de su boca los medios de entrar en una carrera que V. ha corrido con tanta gloria. — Usted es poeta, le dijo Meléndez. — Quiero serlo, replicó el jóven. — Entónces, siéntese V., añadió el bondadoso Magistrado, y detuvo cerca de sí al jóven entusiasta.

Este jóven era Búrgos. Desde su llegada á Madrid había sido su más ardiente deseo conocer al eminente literato; pero no siendo fácil en aquel tiempo, que un mancebo desconocido, á quien apenas apuntaba el bozo,

trabase relaciones estrechas con un personaje de alta jerarquía y de mayor fama; y fatigado y aburrido de los trámites que dilataban el logro de su vivo empeño, se había decidido, en el arrebató de su hostigada impaciencia, á dar el paso que acabamos de referir. No había sido vano en su corazón el presentimiento que le arrastraba con tanta fuerza: sus simpatías fueron desde luego correspondidas con la más benévola ternura por parte de Meléndez. Desde aquella entrevista quedó Búrgos instalado en una confianza, que convertida en íntima y estrecha amistad, no se debilitó un sólo momento hasta la muerte del ilustre anciano, ocurrida veinte años más tarde en Mompeller, en la amargura del destierro. Fué desde sus principios tan afectuosa y cordial aquella amistad, que Meléndez, contando con el poder y valimiento de su célebre amigo D. Gaspar Melchor de Jovellanos, Ministro á la sazón de Gracia y Justicia, brindó á Búrgos con el favor de hacerle conmutar por cursos de jurisprudencia sus matrículas de teología, y le puso bajo la dirección de su amigo el abogado D. Miguel Pareja, con el fin de que versado en el estudio de la jurisprudencia, se habilitara para recibir la toga, á que en la esperanza de más seguro y afortunado porvenir le destinaba.

Pero esta esperanza desvaneciése en breve. Jovellanos fué separado estrepitosamente del Ministerio, arrastrando á Meléndez en el disfavor y desgracia de su caída. Afectó á Búrgos grandemente este contratiempo, más por motivos de cariño y por la triste impresión que hicieron en todos los corazones honrados aquellos desagradables acontecimientos, que por miras de mezquino y particular interés. Afligido profundamente, y resuelto á no solicitar empleos que no deseaba ni había menester

regresó á su país natal á cuidar y hacer prosperar su patrimonio.

Allí, cumplidos apenas los veintinueve años, fué regidor perpétuo del Ayuntamiento, y secretario de la Sociedad económica. Distinguióse notablemente en el desempeño de las muchas comisiones de interés local que se le confiaban; y ni estas tareas, ni sus asuntos domésticos le distraían del cultivo de las letras, y del trato ameno de las musas. Todavía en estas varias y agradables ocupaciones halló tiempo su incansable aplicación para un estudio más grave y más austero. Un hombre ilustre le había inspirado la afición al estudio de la economía y la administración, ciencias entonces entre nosotros no sólo poco cultivadas, sino casi de todo punto desconocidas. Búrgos se dió á ellas con todo el ardor y entusiasmo que empleaba en cuanto emprendía. Los progresos que hizo en su oscuro retiro, debían revelarse después en más brillante y dilatada esfera.

Tal era, tal había sido su vida, cuando en 1810 sobrevino la invasión francesa, y las circunstancias con cuya relación empezamos la biografía de nuestro protagonista. El odio encarnizado contra un partido, en que la envidia pudo, bajo un especioso pretexto, hollar á mansalva víctimas ilustres é inteligencias superiores, no ha podido confundirle jamás con aquellos pocos bastardos españoles, que unidos á los invasores, hicieron armas contra su Patria.

Pudo Búrgos, engolfado entonces en estudios administrativos, mirar como más perfectas las formas y métodos introducidos en el gobierno de la nación francesa por la administración vigorosa de su Imperio. Pudo desear su importación entre nosotros, y que se aclima-

tasen en nuestro suelo, de tiempo inmemorial desgobernado, ventajosas prácticas y saludables instituciones. Pudo acaso aprovechar, con generosa y disculpable impaciencia, la ocasión que se le presentaba, de aplicar sus estudios, y de ensayar con utilidad y brillo sus talentos; y si es verdad que hubiera sin duda deseado más bien utilizarlos en más tranquilas circunstancias, y á la sombra protectora de un gobierno de legitimidad y de porvenir, no hay razón tampoco para acusarle porque entonces, en bien de su país oprimido, había prescindido del poder que le tiranizaba.

Los demócratas, que han acusado á Búrgos con tanta acrimonia y tenacidad, son los que han sustentado con más ardor el principio de que los empleados no sirven al Gobierno, sino á la Patria. Si este principio puede tener alguna vez sentido y aplicación, es sin duda en las circunstancias excepcionales á que nos referimos, y en los años en que Búrgos desempeñó sus primeras funciones administrativas. Lo que sabemos es, sí, que de ningún período de su vida se muestra tan satisfecho como de aquel, y que de ningún otro conserva más recuerdos de complacencia y más títulos de gloria.

Fuéronlo, sin embargo, de proscripción; y en 1812 empezó para Búrgos la triste carrera de todos nuestros hombres distinguidos: la emigración. Sus servicios no le eximieron de una necesidad que, más que á su persona, fué fatal á las letras. Al dejar á Granada, confió á varios de sus amigos el depósito de sus producciones científicas y literarias, que hasta entonces, ó no había pensado, ó no había querido publicar. Dos horas después de su partida, un ex-fraile, á quien había colmado de beneficios, denunció la existencia de aquel depósito, y la de

*otras prendas y efectos que había dejado, y todo fué invadido, extraviado y vandálicamente repartido y ocupado por empleados infieles. Lo que perdonó la rapiña, lo sepultó la ignorancia. Con su copioso y rico equipaje, con más de dos mil volúmenes de su escogida biblioteca, desaparecieron sus manuscritos originales, y en ellos, además de muchas composiciones dramáticas, líricas y didácticas, un poema épico de la conquista de Granada, traducciones del poema de Lucrecio de *rerum natura*, y de las *Geórgicas* de Virgilio, y copia de Memorias y disertaciones doctas y curiosas sobre varios puntos de literatura, economía y administracion.

Empero, la emigracion misma y sus ócios y sus necesidades, debían producir la compensacion de estas pérdidas, inspirando á Búrgos el ardor, y dejándole el tiempo de concluir y llevar á cabo la árdua y gigantesca empresa de traducir en verso castellano todas las obras de Horacio. Bastaría esta sola obra para la honra y justo renombre de un esclarecido literato: bastaría sólo el arrojo de acometerla, y la perseverancia de acabarla, aun cuando esto solamente se considerara, y no se tuviera en cuenta el mérito de su desempeño. Quería publicarla en Madrid; quería publicarla en su Patria el *afrancesado*, para quien la Francia era un triste destierro. Lo solicitó del Rey, y á consecuencia de los brillantes informes, en que diferentes ayuntamientos y otras autoridades de Granada y Almería atestiguaron los beneficios que había dispensado al país durante la invasion francesa, obtuvo la autorizacion deseada, y fijó su residencia en Madrid, el año de 1817.

Agradecido á la merced del Soberano, le dedicó su traduccion de Horacio. Dignóse aquel Monarca, un tanto aficionado á las letras latinas, aceptar la dedicatoria; pe-

ro, á pesar de su proteccion, á pesar de que pasada á la censura de varios literatos, sus favorables y lisonjeros dictámenes corrían de mano en mano ántes de que la obra viera la luz pública, el Ministro D. Juan Lozano de Torres la retuvo cerca de dos años en su gabinete, sin que se adivinase el motivo de tan extraño proceder, y sin que surtieran efecto alguno los continuos esfuerzos del autor para arrancársela. ¡Tan caprichosa é irracional era la administracion de aquel tiempo, y con especialidad, la de aquel Ministro!

Entretanto, y aguardando su rescate, entreteníase Búrgos en publicar con el título de *Continuacion del almacén de frutos literarios*, una voluminosa coleccion de obras inéditas de españoles célebres, unas con notas y comentarios, otras con noticias biográficas de sus autores, y muchas con juicios críticos y calificaciones más ó ménos extensas, de su mérito respectivo. Una de estas producciones, ántes desconocidas, ocasionó en altas regiones una inquietud, que contribuyó no poco á la celebridad del editor, y que revela de paso la asustadiza debilidad del poder de aquella época. Búrgos había publicado entre otras, los *Aforismos del famoso Antonio Perez*, obra de gran reputacion entre los eruditos. La Inquisicion se alarmó. Los comentarios que había añadido su editor, poco favorables en verdad al crédito de aquel antiguo secretario de Felipe II, no fueron precaucion bastante contra la suspicacia del Santo Oficio. El editor fué severamente amonestado, el cuaderno escrupulosamente recogido; y este acontecimiento le retrajo de publicar las obras de *Macanaz*, que formaban parte de su copiosa coleccion de manuscritos, haciéndole pensar en otras que no le expusieran á tantos riesgos.

En 1819 empezó á publicar un periódico con el título de *Miscelánea de Comercio, Artes y Literatura*. El Gobierno de aquella época no permitía la discusion de otras materias. Tratólas todas el nuevo periodista con grande elevacion de idéas, con vehemencia de expresion, con esmerada correccion de estilo. Diéronle en breve estas dotes merecido y eminente lugar entre los más distinguidos escritores. Sabíase que era el único redactor de su periódico; y aunque entónces las exigencias del público no fuesen tantas, ni tan difíciles de satisfacer como en años posteriores, no era ménos digna de admiracion y alabanza la grande prueba de laboriosidad que aquel improbo trabajo suponía, el vasto saber, la variedad de conocimientos, la transcendencia de miras y la solidez de doctrina, que sus ilustrados artículos revelaban y esparcian.

Hallábase engolfado en estos trabajos, cuando estalló en las *Cabezas de San Juan* el movimiento militar, que había de restablecer la Constitucion de Cádiz, proscripta en 1814. El Gobierno, aterrado y aturdido, dictó en vano, para reprimirle, medidas parciales, equívocas, insuficientes. El incendio tomó vuelo; los mismos mal dirigidos esfuerzos para apagarle, le atizaban. Las chispas de Andalucía saltaron á Barcelona, á la Coruña, á Zaragoza. Pronuncióse en Ocaña el regimiento Imperial Alejandro. La hora de una reaccion política había llegado para el Gobierno reaccionario de Fernando VII. El Monarca que no había sabido moderarse, hubo de someterse; y en la noche del 7 de Marzo de 1820, firmó un decreto reconociendo la Constitucion, que seis años ántes había declarado anárquica y subversiva.

Búrgos anunció y comentó al punto en su periódico aquella importantísima noticia, con todas las muestras de

un júbilo que no dejó de aparecer ardiente, por más que su expresion fuese templada y comedida. Con este acontecimiento ensanchábase el círculo del periódico; las cuestiones políticas caían ya bajo la libre jurisdiccion de su juicio. Su importancia crecía entónces extraordinariamente. No había ninguno en aquellos primeros momentos, ni era fácil que otro hubiera tratado la política con tanta maestría y elevacion. Sus discursos constitucionales tuvieron inmensa voga, y el periodista no ménos nombrada. Numerosos grupos de personas de todas opiniones se agrupaban en su casa para conocerle; muchos días se despachaban más de diez mil ejemplares del número de su periódico.

Nosotros, que no hemos presenciado aquellos momentos de entusiasmo político y de anhelosa curiosidad, pero que despues hemos visto en revoluciones no ménos importantes, y en más graves trastornos y extraordinarios sucesos, tanta indiferencia de parte del público, podemos deducir de esta comparacion cómo se han gastado en el corazon del pueblo y de los partidos las pasiones políticas, y cómo el desengaño de mil desvanecidas esperanzas ha hecho dar poca importancia á sucesos y variaciones, en que ningun bien libra la sociedad, aunque se ventilen en ellos los intereses de sus promovedores. Entónces no se juzgaba así todavía. Entónces había aun entusiasmo, y cuando aquella nueva era política aparecía, presentábase en general á los ojos del país como una era de prosperidad y de ventura. El mismo personaje cuya historia escribimos, respiró acaso, entre los incienso de su popularidad, el aire vivificador de esta esperanza consoladora.

Empero, hartó en breve, comenzó esta popularidad á

sufrir rudos embates. Á los pocos días, los absolutistas, vueltos de su estupor, acusaban al escritor de la *Miscelánea* de que atacaba la prerogativa Real, enumerando las restricciones que el nuevo Código político imponía á la autoridad del Monarca. Los liberales empezaron asimismo á atacarle, porque en el calor de las pasiones y en el engreimiento de la victoria, se había atrevido á inculcar ideas de moderacion y templanza, y á condenar la intolerancia con que se señalaban diariamente á la animadversion publica hombres respetables, que no profesaban las doctrinas proclamadas en 7 de Marzo. Iban apareciendo nuevos diarios, cuyos redactores, más apasionados é inexpertos, impregnados de doctrinas exageradas y reaccionarias, trataron de generalizarlas, combatiendo las doctrinas conciliadoras de la *Miscelánea*.

Empeñóse la lucha entre este y los otros periódicos, medida primero, viva en breve y violenta, sobre todo cuando Búrgos emitió con sencillez, y sostuvo despues con vigor, la idea de que para las Cortes que iban á convocarse, convendría que los diputados llevasen el carácter de Constituyentes, considerándose que en Marzo de aquel año se cumplian los ocho que la Constitucion fijaba para poder ser revisada. No disimulaba el autor de esta opinion el poco cariño que profesaba al Código gaditano, y creía hallar en la realizacion de su pensamiento un medio de acomodarle más al espíritu de la Monarquía, y de ponerle más en consonancia con las costumbres, las opiniones y los hábitos de la nacion. Era tal sin duda su deseo, como el de otros muchos sensatos y juiciosos pensadores, demasiado poco numerosos, es verdad, para que su razon prevaleciera contra el torrente de las presuntuosas medianías políticas, que sostenian como artículos

de fé todos los dislates é imperfecciones de la Constitucion de Cádiz.

Búrgos los reveló con ménos precaucion de lo que convenia al amor propio de sus padres, y al ciego entusiasmo de sus restauradores. Al reunirse las Cortes en Julio, todos los periódicos le hacian la guerra: su pensamiento estaba despopularizado, tanto como habia sido bien defendido. No era tiempo todavía; no estaban maduras las verdaderas teorías constitucionales; no se comprendía el sistema representativo. Hoy es, y aquellos hombres no le han comprendido; no han hecho más que variar de absolutismos. Si se hubiera adoptado entónces el pensamiento de Búrgos, si las Cortes de 1820 hubieran hecho una Constitucion nueva, ó no hubiera sido peor que la de 1812, ó se habria abolido en 1822. No son las Constituciones los artículos impresos en el papel; son los hombres que la revolucion pone en evidencia y eleva al mando de los negocios. Y esos hombres lo mismo son ahora que entónces; por fatalidad, incapaces de reforma y variacion. El mismo es ahora que entónces su gobierno.

En este combate y en estos trabajos Búrgos habia agotado sus fuerzas. Los que conocen el mecanismo de la redaccion de un periódico diario, se asombrarán sin duda al saber que era solo absolutamente para escribir, dirigir y componer el suyo, sin colaborador de ninguna especie. No es de admirar que sus fuerzas se rindiesen. Postróle doliente á las puertas del sepulcro una gravísima enfermedad, y tuvo que poner término á sus tareas. Por poco tiempo se suspendieron. Restablecido apenas de su dolencia, se hizo cargo de la direccion de *El Imparcial*, que redactaban con grande autoridad Lista, Miñano, Hermosilla y Almenara. Pero ocurrieron los sucesos del 7